



¡DAÑADO!

Una Novela De los Hermanos Walker

J.S. Scott

De la Autora en las Listas de Bestsellers del New York Times Y Usa Today



J.S. SCOTT

Autora en las listas de Bestsellers del NY Times & USA Today

¡Dañado!

Una novela de Los hermanos Walker

J. S. Scott

Traducción: Marta Molina Rodríguez

Título original: *Damaged!: A Walker Brothers Novel*

Copyright © 2019 de J. S. Scott

Traducción: Marta Molina Rodríguez

Edición: Isa Jones

ISBN: 978-1-951102-14-2 (Edición electrónica)

ISBN: 978-1-673557-36-7 (Edición en papel)

Todos los derechos reservados. Queda terminantemente prohibida la reproducción o transmisión de este material sin autorización escrita, en cualquiera de sus formatos, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o cualquier otro formato.



INDICE

<u>PRÓLOGO</u>	<i>Dane</i>
<u>CAPÍTULO 1</u>	<i>Kenzie</i>
<u>CAPÍTULO 2</u>	<i>Kenzie</i>
<u>CAPÍTULO 3</u>	<i>Dane</i>
<u>CAPÍTULO 4</u>	<i>Dane</i>
<u>CAPÍTULO 5</u>	<i>Trace</i>
<u>CAPÍTULO 6</u>	<i>Dane</i>
<u>CAPÍTULO 7</u>	<i>Kenzie</i>
<u>CAPÍTULO 8</u>	<i>Dane</i>
<u>CAPÍTULO 9</u>	<i>Kenzie</i>
<u>CAPÍTULO 10</u>	<i>Dane</i>
<u>CAPÍTULO 11</u>	<i>Dane</i>
<u>CAPÍTULO 12</u>	<i>Dane</i>
<u>CAPÍTULO 13</u>	<i>Kenzie</i>
<u>CAPÍTULO 14</u>	<i>Dane</i>
<u>CAPÍTULO 15</u>	<i>Kenzie</i>
<u>CAPÍTULO 16</u>	<i>Dane</i>
<u>CAPÍTULO 17</u>	<i>Kenzie</i>
<u>CAPÍTULO 18</u>	<i>Dane</i>
<u>CAPÍTULO 19</u>	<i>Kenzie</i>
<u>CAPÍTULO 20</u>	<i>Dane</i>
<u>CAPÍTULO 21</u>	<i>Kenzie</i>
<u>CAPÍTULO 22</u>	<i>Kenzie</i>
<u>CAPÍTULO 23</u>	<i>Kenzie</i>
<u>CAPÍTULO 24</u>	<i>Kenzie</i>
<u>CAPÍTULO 25</u>	<i>Kenzie</i>

[**CAPÍTULO 26** *Kenzie*](#)

[**CAPÍTULO 27** *Kenzie*](#)

[**CAPÍTULO 28** *Kenzie*](#)

[**CAPÍTULO 29** *Kenzie*](#)

[**CAPÍTULO 30** *Kenzie*](#)

[**CAPÍTULO 31** *Kenzie*](#)

[**CAPÍTULO 32** *Dane*](#)

[**CAPÍTULO 33** *Kenzie*](#)

[**CAPÍTULO 34** *Dane*](#)

[**CAPÍTULO 35** *Kenzie*](#)

[**CAPÍTULO 36** *Kenzie*](#)

[**CAPÍTULO 37** *Kenzie*](#)

[**CAPÍTULO 38** *Kenzie*](#)

[**CAPÍTULO 39** *Dane*](#)

[**CAPÍTULO 40** *Kenzie*](#)

[**CAPÍTULO 41** *Kenzie*](#)

[**CAPÍTULO 42** *Kenzie*](#)

[**CAPÍTULO 43** *Kenzie*](#)

[**CAPÍTULO 44** *Dane*](#)

[**CAPÍTULO 45** *Kenzie*](#)

[**EPÍLOGO** *Kenzie*](#)

[Multimillonario Rechazado](#)

[Biografía](#)



PRÓLOGO

Dane

HACE OCHO AÑOS...

No había nada que deseara más que quedarme solo. Escuché la lluvia golpeando el tejado de la pequeña choza, la única estructura en pie en mi nueva isla privada. En cuanto me dieron el alta hospitalaria y vi las reacciones a mi aspecto cambiado, lo único que necesité fue huir de las miradas horrorizadas que había recibido cada vez que salía por la puerta. Parecía un monstruo. Me sentía como un monstruo. Así que, era un monstruo, al menos para mí mismo.

Incluso a mis dos hermanos les costaba ver mi aspecto ahora. Ninguno dijo lo que pensaba, pero sentí la incomodidad entre nosotros tres. No hacía falta ser ingeniero para darse cuenta del porqué. Demonios, solo tenía dieciocho años y toda mi vida acababa de calcinarse. Literalmente.

Casi no recordaba el accidente de avión que había acabado con la vida de mi padre y de su nueva esposa, pero ahora sentía sus efectos. Todo mi puñetero cuerpo dolía por las quemaduras recién curadas y otras lesiones resultado del accidente.

Mis hermanos, Trace y Sebastian, no dejaban de decirme que tenía suerte de estar vivo. Yo no sentía que haber sobrevivido al horrible accidente aéreo fuera una especie de bendición. Durante los últimos meses hubo ocasiones en las que deseé haber muerto con mi padre. La recuperación había sido muy impredecible y el dolor era tan atroz que no estaba seguro de poder aguantarlo, incluso con medicación.

—Puedo vivir solo —mascullé para mí mismo. Me senté en la pequeña cama, donde solo me esperaba la oscuridad. Parecía extraño estar completamente solo. Había pasado mi vida rodeado de mi familia y amigos. Verme de pronto atrapado en una isla privada sin un alma alrededor era un alivio y una pena a la vez.

Me dejé caer sobre la almohada, intentando decirme a mí mismo que arreglaría la isla y la haría mía. No estaría tan mal cuando pudiera construirme una verdadera casa allí. Lo primero que

haría sería construir una casa decente para poder dormir en una cama cómoda de una vez. Mis hermanos sabían muy poco acerca de lo que planeaba y no sentí la necesidad de informarles de que la isla necesitaba... bueno, de que necesitaba un poco de trabajo. «Una casa. Tuberías. Un aeropuerto. Carreteras. Un estudio donde pueda seguir trabajando en mi arte...», pensé.

Estaba decepcionado porque nunca podría ir a la universidad. Tenía tan mal aspecto que no podía imponer mi apariencia a nadie ahora mismo. Antes del accidente, había sido admitido en uno de los mejores programas de arte del mundo. Ahora no podía asistir. No soportaría las caras de lástima de los otros estudiantes del campus cada vez que intentase cambiar de aula entre clases.

Quizás, algún día mi rostro no se vería tan destrozado y mi cuerpo recuperaría su fuerza. Pero, por ahora, estaba dañado, y lo sabía. «De mente, cuerpo y alma», me dije. Llegado a ese punto, no estaba muy seguro de cuál de los tres estaba sufriendo más. Todo el dolor parecía llegar a raudales hasta que yo ya no era más que una gran masa agonizante.

Había comprado la cara isla en las Bahamas como lugar donde recuperarme e intentar poner en orden mis ideas. Habría más cirugías para intentar arreglar algunos de los problemas estéticos, pero entretanto tendría un lugar donde escapar de los demás. «Sí, estoy huyendo», reconocí. Puede que también intentara huir de mí mismo. No estaba seguro. Seguía jodido. «Estaré bien. Solo necesito un poco de tiempo», me dije.

Por desgracia, acababa de descubrir cuántos amigos de verdad tenía después del accidente. Los únicos que habían estado ahí para mí sinceramente eran mis hermanos. Cuando cesaron las fiestas caras y necesitaba a mis colegas, no hubo nadie interesado en hacer de niñero de un inválido que apenas tenía fuerzas para atravesar la habitación.

—Soy patético —gruñí, deseando no haber tenido que dejar a Sebastian y Trace. Los echaba de menos, pero ambos estaban ocupados con sus vidas y yo me había dado cuenta de que querían olvidar todo aquello. Por desgracia, el accidente no había terminado para mí. De hecho, sentía que mi infierno solo estaba empezando. Sí, les había dicho a mis hermanos que estaría bien. El problema era que, en realidad, no estaba bien. No estaba bien en absoluto. Sin embargo, estaba curado, aunque el resultado final del accidente no fuera bonito.

Quería que mis hermanos siguieran adelante con su vida. Habían pasado meses preocupándose por mí, lidiando con el luto a la muerte de nuestro padre. Era hora de que se concentraran en reconstruir su vida sin él. Trace estaba ocupado intentando dirigir la corporación multimillonaria de nuestro padre y Sebastian iba a retomar sus estudios de ingeniería.

¿Y yo? Yo estaba escondiéndome en mi nueva isla durante una temporada para averiguar cómo lidiar con mi vida ahora que ya no era tan afortunada como antes. Seguía lamiéndome las heridas. Bueno, no literalmente, sino en sentido figurado. Iba por detrás de mis hermanos en el luto por nuestro padre, ya que pasé un mes o dos sin saber toda la verdad. Y entonces, estaba tan enfermo que no había podido lidiar con la pena. Supongo que nunca había sabido lo realmente afortunado que era hasta que todo se vino abajo.

—Haz de tripas corazón, Walker —dije taciturno a la habitación oscura. Me tumbé de lado, maldiciendo el basto colchón en el que descansaba. Al día siguiente, mi prioridad sería hacer que me enviaran una cama cómoda a la isla para poder descansar por la noche. El viento empezó a aullar y esperé con todas mis fuerzas que no se me avecinara una terrible tormenta tropical. No había visto el programa del tiempo y estaba en una zona de huracanes.

Era mi segundo día en la isla y ya estaba cansado del silencio y el aislamiento. «Cuidado con lo que deseas, ¡imbécil!», me recordé. Aquel día había deseado que hubiera ruido. Por desgracia, ahora recibía exactamente lo que había deseado, pero no como yo había esperado que se produjera.

Me sentía terriblemente solo. El repentino aislamiento en la isla era bastante extremo. No estaba acostumbrado a no tener absolutamente a nadie a mi alrededor con quien hablar de mis problemas. Mi madre había fallecido hacía años, pero mi padre siempre había estado ahí para mí mientras crecía. Nunca había echado en falta tener madre porque él había sido un gran padre. Si yo tenía problemas, él siempre quería hablar de ellos y ayudarme a resolverlos inmediatamente.

Dios, deseaba tanto volver a tenerlo conmigo que me dolía físicamente. La presión en el pecho era tal que apenas podía soportarla. Tal vez no recordara el accidente, pero aún lamentaba la pérdida de mi padre, el único progenitor que había conocido. ¿Cómo demonios iba a vivir sin él?

Supuse que lo superaría, igual que mis hermanos. Ahora mismo, no estaba preparado para aceptar el hecho de que nunca volvería a ver a mi padre, pero sabía que tarde o temprano tendría que asimilar el hecho de que se había ido.

Se me encogió el corazón y me llevé una mano al lado izquierdo del pecho, intentando llenar de algún modo el profundo vacío y el dolor atroz que de pronto intentaba hacerse con el control de mi ser.

—Te echo de menos, papá —dije desesperanzado. Por desgracia, nadie respondió. La realidad empezaba a calar. El adormecimiento de la negación comenzaba a disiparse. «¡Maldita sea!», pensé. Quería recuperar la negación porque dolía demasiado pensar en estar sin mi padre. Estaba solo y tendría que lidiar solo con toda mi mierda. «Estaré bien solo. Me acostumbraré», me repetí. Cerré los ojos, pero pasó mucho tiempo hasta que por fin caí en un sueño inquieto y sin descanso.



CAPÍTULO 1

Kenzie

EN EL PRESENTE...

Solo había volado en avión dos veces en toda mi vida. Una vez a Los Ángeles, desde Boston, cuando tenía dieciocho años. La segunda fue de vuelta a casa en la Costa Este cuando todos mis sueños se hicieron pedazos un par de semanas después.

Aún recordaba el largo vuelo de costa a costa, embutida en el asiento turista más barato que había encontrado. Había sido incómodo en ambas direcciones y estaba contenta de no tener que volver a volar nunca. Hasta hoy.

Pobre como las ratas durante toda mi vida, nada podría haberme preparado para mi vuelo actual a las Bahamas en el avión privado de Trace Walker. Había despegado tarde aquella mañana para mi nueva oferta de trabajo. Ahora era casi la hora de cenar y sabía que teníamos que estar acercándonos a la isla privada de Dane Walker en las Bahamas.

Casi detestaba ver que terminara el vuelo, aunque llevaba más de cinco horas en el aire. Había muchas cosas con las que mantenerme ocupada en el lujoso avión. Incluso podía ir a echar una siesta en el dormitorio del jet, pero estaba demasiado nerviosa como para siquiera pensar en esa opción. Había comido un almuerzo gourmet y después vi una película, así que el tiempo en el avión se había pasado volando. Ahora que nos acercábamos a las Bahamas, empezaba a ponerme nerviosa.

—¿Puede abrocharse el cinturón, Srta. Jordan? —la amable petición de la azafata me sacó de mis pensamientos de golpe.

—Por supuesto —respondí mientras lo buscaba con torpeza—. ¿Vamos a aterrizar?

La linda y delgada morena me sonrió.

—Estamos descendiendo. Pronto llegaremos a la isla.

Me senté erguida en el cómodo asiento de cuero y me abroché el cinturón.

—Gracias por ser tan amable conmigo —musité, no muy segura de qué decirle a la mujer que se había asegurado de que tuviera todas las comodidades disponibles durante el vuelo.

—Es mi trabajo —respondió ella—. Pero ha sido un placer atenderla en este vuelo.

—Te lo agradezco. —Le dije—. Nunca había viajado en un avión privado.

Estaba casi segura de que ella ya lo sabía. Desde el momento en que embarqué, había mirado embobada el interior de la nave como si fuera un espejismo en el desierto.

—Espero que haya disfrutado la experiencia —comentó educadamente.

—Ha sido alucinante —contesté yo con sinceridad—. Solo espero gustarle al Sr. Walker.

Mi nuevo trabajo como asistente del multimillonario Dane Walker en una isla privada en las Bahamas era un sueño. No solo iba a percibir una pequeña fortuna en comparación con mis trabajos anteriores, sino que además trabajaría con un artista de un talento increíble. Durante mi corto empleo como recepcionista en una galería de arte en Nueva York, había podido ver una de sus piezas en persona, aunque no había permanecido mucho tiempo expuesta. Se había vendido por un precio exorbitado y yo lamenté la pérdida de la preciosa obra de arte desde que fue retirada de la pared. Admiraba la obra de Dane Walker desde hacía mucho tiempo y detesté ver que el lienzo salía de la exposición tan pronto.

—Estará bien, —me aseguró ella—. No he conocido a Dane Walker personalmente, pero sus hermanos son hombres muy buenos.

Tal vez tuviera que decirlo porque Trace Walker era su jefe, pero yo tenía la sensación de que lo decía en serio.

—Yo tampoco lo he conocido. No he conocido a ninguno de los hermanos Walker en persona —confesé.

Había sido un vuelo largo y yo había tenido mucho tiempo para hablar con Mary, la servicial azafata, durante el vuelo. Le había contado que iba a ser la nueva empleada de Dane Walker y que estaba nerviosa por si nos llevaríamos bien o no.

—Relájese —dijo en tono tranquilizador—. Estoy segura de que será tan simpático como sus hermanos.

Yo esperaba que estuviera en lo cierto.

—Simplemente parece extraño que viva solo en una isla. Tiene que resultar muy solitario. ¿Por qué querría estar alejado de sus hermanos? Según tengo entendido, son la única familia que tiene.

Había estado leyendo acerca de los efectos del aislamiento prolongado, y no eran buenos. Si Dane Walker había estado solo la mayor parte del tiempo durante ocho años, podría estar completamente loco.

Mary se encogió de hombros.

—No estoy segura, pero es un artista. Tal vez solo sea un poco... excéntrico.

Probablemente eso era una manera delicada de decir que estaba un poco loco, o mucho. Miré por la ventana, percatándome de que habíamos descendido bastante rápido.

—Puede ser —convine con una evasiva. No estaba muy segura de qué encontraría en la isla, pero confiaba en que saliera bien.

—Podría viajar a las islas pobladas durante su tiempo libre —sugirió—. Son muy bonitas.

Yo asentí con cortesía, consciente de que no iba a hacer nada hasta que me pagara. Tenía exactamente cinco dólares en el monedero. Había estado muy cerca de ir a la bancarrota en Nueva York cuando perdí mi empleo de recepcionista porque mi jefe había sido un perfecto cretino. Seguí trabajando en una tienda a jornada parcial, pero vivir en Nueva York era caro y no podía pagar mi parte del alquiler del apartamento que compartía con otras mujeres.

La oferta de Trace Walker de trabajar para su hermano llegó completamente inesperada y no podía haberlo hecho en un mejor momento. Me había salvado el trasero de quedarme en la calle, sin hogar.

Mi mejor amiga, Paige, se había comprometido con Sebastian Walker, el multimillonario hermano mediano de los Walker. Después de licenciarse en Derecho en Harvard, se había mudado a Denver para trabajar para Walker Enterprises. Yo no la había visto desde que dejó nuestro apartamento en Cambridge para mudarme a Nueva York. No había tenido la oportunidad de contarle que había perdido mi trabajo en la galería, así que ella no llegó a enterarse de lo mal que me iban las cosas.

Sinceramente, no quería decirle a Paige que había perdido mi trabajo. Ella estaba muy feliz y se merecía cada momento de alegría que tuviera. Lo último que yo quería era traer de nuevo la mala onda a su vida. Por desgracia, la mía era un asco y yo era toda una decepción. Decidí que me las apañaría de alguna manera. Siempre lo había hecho. Llevaba sola la mayor parte de mi vida y siempre había conseguido sobrevivir.

Sin embargo, tuve suerte de que Trace y Sebastian me hubieran llamado para ofrecerme empleo. De no haberlo hecho, las cosas estaban a punto de ponerse muy feas. Tanto como para verme en la indigencia.

Finalmente, respondí a la morena junto a mi asiento.

—Quiero verlo todo. No he podido viajar mucho.

Huir lo más rápido que podía a otra ciudad no contaba como viajar, pero había hecho mudanzas bastante rápidas en mi vida. No me había quedado alternativa.

—Le encantará viajar —dijo Mary con entusiasmo—. Me encanta mi trabajo porque me lleva a muchos lugares distintos del mundo.

—Estoy segura de que saldrá bien —dije sin mucha energía. Estaba demasiado preocupada por conocer a Dane como para pensar en nada más.

«Este trabajo tiene que ir bien. No tengo un plan B», me dije.

Mary me dio una palmadita en el hombro.

—Tengo que sentarme. Aterrizaremos pronto.

Le lance una débil sonrisa cuando fue a sentarse en los asientos de cuero color crema detrás de mí y se abrochó el cinturón. En realidad, no tenía ni idea de cómo saldría todo aquello, pero tenía que llevarme bien con Dane Walker. Mi supervivencia dependía de ello. No sabía exactamente qué se requería de mí como asistente de Dane, pero estaba dispuesta a hacer prácticamente cualquier cosa para mantener un trabajo con un sueldo alto que me sacaría del mundo de pobreza en el que había estado sumida toda mi vida.

Trabajaba duro, pero nunca había llegado a ninguna parte. No tenía una licenciatura universitaria, así que había muy pocas esperanzas de que mi situación mejorase. Lo único que había conocido era sobrevivir.

«Todo irá bien. Paige no habría permitido que Trace y Sebastian me enviaran aquí si no fuera una buena oportunidad», me dije. Extrañaba muchísimo a Paige. No solo había sido mi mejor amiga durante años, sino mi única amiga de verdad. Deseaba desesperadamente poder asistir a su boda. Trace me había dicho que quería que ayudara a Dane a organizarse para que él pudiera ir al gran acontecimiento de Paige y Sebastian, así que, evidentemente, Dane iría a las nupcias. Como la boda se encontraba en una etapa de planificación seria, sabía que la fecha se fijaría pronto. ¿Estaría dispuesto a darme días libres mi nuevo jefe para que pudiera asistir a la boda? Como él iría a la ceremonia, quizás no me necesitara durante unos días.

Hice una mueca cuando los neumáticos del avión tocaron la pista de aterrizaje. El sonido seguía resultándome extraño. Mientras inspiraba profundamente, intenté convencerme de que todo saldría bien. Solo necesitaba resultarle simpática a Dane Walker y lidiar con el hecho de que haría las cosas muy sola en la isla privada.

La dificultad radicaba en que yo detestaba estar completamente sola. Puede que no tuviera muchos amigos de verdad, pero siempre había vivido en la ciudad, donde había distracciones. Si tenía demasiado tiempo para pensar, terminaba evocando recuerdos que quería olvidar desesperadamente.

Esperé mientras el avión seguía rodando hasta que finalmente se detuvo por completo. Mary ya estaba sacando mi maleta del armario y dándosela al piloto cuando me levanté del cómodo asiento de cuero. Recogí mi bolso y mi bolsa de viaje, donde llevaba el ordenador.

«Todo lo que tengo cabe en una bolsa de viaje y una maleta», pensé. Mis compañeras y yo habíamos contribuido todas para comprar los muebles gastados de nuestro apartamento en Nueva York. Solo eran míos en parte y había renunciado a cualquier derecho a ellos al marcharme.

No es que mereciera la pena repartirse o trasladar ninguno de los muebles a otra casa, pero resultaba patético que pudiera meter todo lo que poseía en una maleta de mano que arrastraba detrás de mí.

—Buena suerte —me dijo Mary en tono sincero cuando pasé junto a ella.

Eché un vistazo al exterior y me percaté de que mi maleta estaba siendo cargada en una limusina negra en el asfalto.

—Gracias. Por todo —respondí, agradecida de haber tenido alguien con quien hablar durante el largo vuelo. Sonreí a Mary mientras avanzaba hacia los escalones. De inmediato me golpeó una ráfaga de cálido viento tropical al bajar las escaleras—. Decididamente, ya no estoy en Nueva York —farfullé para mí misma mientras me abría camino hasta el coche que los hermanos de Dane habían dispuesto para recogerme allí, en el aeropuerto.

Cuando salí de Nueva York, el mercurio estaba bajo cero y acababa de caer una terrible nevada. Estar allí, en las Bahamas, era como llegar a un mundo nuevo. Mirando a mi alrededor con curiosidad, lo único que vi fue asfalto porque seguíamos en la pista de aterrizaje, pero no podía esperar a ver más de la isla. A pesar de los nervios, este trabajo iba a ser una aventura y quería saborear cada momento.

Me apresuré al coche tan rápido como mis tacones bajos me llevaron hasta allí. Decidí casi de inmediato que el vestido de manga larga que llevaba era demasiado abrigado para el clima de allí. Y las medias que llevaba ya se me estaban pegando a las piernas de la humedad. El calor era bienvenido. La humedad... no tanto. Especialmente con un atuendo destinado a un clima frío.

Quería impresionar a Dane pareciendo profesional, así que me había puesto un vestido verde de lana que había encontrado en una tienda de segunda mano en navidad a juego con unos zapatos de tacón bajo. A medida que me acercaba al vehículo, un hombre desconocido con una llamativa camisa de flores salió del asiento del conductor.

—¿Srta. Jordan? —preguntó con voz amistosa. Su cortesía me pilló por sorpresa. Nadie me llamaba Srta. Jordan. Extendí el brazo para estrechar la mano que me ofrecía.

—Por favor, llámeme Kenzie —pedí, sonriéndole a pesar de los nervios.

El tipo, grande como un oso, tenía ojos castaños resplandecientes y una piel tan morena que sospeché que era nativo. Cuando habló, supe con seguridad que había nacido y crecido en el entorno tropical.

—La llamaré como quiera —respondió con un acento bahameño relajado.

—Entonces, llámeme Kenzie, desde luego —dije cuando finalmente aparté la mano de su fuerte apretón—. ¿Trabaja para el Sr. Walker?

—Sí —confirmó—. Llevo trabajando para él tanto tiempo como él lleva viviendo aquí, en Cayo Walker.

—¿Le puso su nombre a la isla?

—Oh, no. La llamó así por su padre —respondió el hombre grande.

Sentí que se me encogía el corazón al pensar en lo que le había sucedido a Dane.

—¿Y cómo debería llamarlo yo? —inquirí.

—Puedes llamarme Theo. Es mi nombre —dijo en tono jocoso mientras abría la puerta del coche.

Miré el asiento trasero, a sabiendas de que me sentiría incómoda sentada detrás de Theo.

—¿Puedo sentarme delante? —pregunté dubitativa—. Me gustaría tener una vista de la isla en primera fila.

—Claro que sí —dijo en tono magnánimo, moviendo su cuerpo de una manera sorprendentemente ágil mientras trotaba hacia la puerta del copiloto.

Tomé una profunda bocanada y la solté, sintiéndome más cómoda porque Theo era muy agradable. Moví el trasero para sentarme en la oscura limusina, esperando que Dane fuera tan amable como Theo estaba siéndolo conmigo ahora mismo.

«Estaré a salvo. Voy a tener un trabajo fantástico», pensé optimista.

El estrés económico de las dos últimas semanas empezaba a mejorar por fin. ¿A quién le importaba si todo lo que poseía cabía en una maleta de mano? Iba a trabajar como asistente de un artista mundialmente reconocido y haría todo lo que pudiera para resultarle útil a Dane.

Lo cierto era que me sentía tan agradecida por aquel trabajo que no me había tomado demasiado tiempo preguntándome como sería vivir en una isla privada sin más habitantes que mi nuevo jefe. Y, en realidad, no importaba. Era una superviviente. Siempre lo había sido. Trabajaría en cualquier empleo que encontrase para mantenerme a flote.

Sinceramente, no quería que nadie me encontrase y una isla deshabitada era tan buen lugar como cualquiera para esconderme. Por suerte, había conseguido un trabajo con un sueldo alto, lo cual no me esperaba. Pero juré que, costara lo que costase, impresionaría a Dane Walker para que nunca volviera a querer estar sin asistente personal, en concreto, sin mí.



CAPÍTULO 2

Kenzie

—Seguro que te vas a quemar esa piel tan blanca, Kennie —dijo Theo con preocupación en la voz mientras salía disparado como alma que lleva el diablo por la carretera que salía del aeropuerto.

Yo sonreí, sin molestarme en corregirlo sobre cómo pronunciar mi nombre. Su voz cantarina era relajante y su manera de hablar me tranquilizaba.

—Me acostumbraré, pero probablemente me quemé primero. No hemos tenido mucho sol precisamente en Nueva York.

La conducción de Theo no me molestaba. Después de todo, venía de Nueva York. Suspiré, consciente de que mi pelo rubio y piel clara no eran la mejor complejión en un entorno tropical. Rara vez me bronceaba y, si lo hacía, era después de achicharrarme. Llevaba bastante base de maquillaje con un protector solar fuerte, pero el resto de mi cuerpo sería pasto del sol si no lo protegía.

—No se quede mucho tiempo fuera al principio —me advirtió.

—No lo haré —le aseguré—. ¿Vive aquí, en la isla?

Sentía curiosidad por Theo y lo que hacía para Dane. Ahora, ambos éramos empleados del dueño de la isla y yo esperaba que nos hiciéramos amigos.

—Oh, no. Vivo en Nueva Providencia con mi preciosa mujer y mi hija. Uso el barco del Sr. Dane para venir aquí y volver a casa todos los días.

Sabía que la capital, Nassau, estaba en Nueva Providencia, así que evidentemente él vivía en una zona más densamente poblada.

—¿Tiene barcos?

—Sí, varios. Yo uso uno de los más pequeños para venir aquí y volver a Nassau.

—¿Qué haces exactamente para el Sr. Walker?

Theo se encogió de hombros.

—De todo. Soy su conductor, administrador de la finca, hago las reparaciones por aquí y soy su amigo. Mi mujer viene al Cayo varias veces a la semana para limpiar esa enorme casa suya y yo hago el mantenimiento general.

—Entonces, ¿vive aquí solo? —cavilé.

—Ya, no —respondió Theo con una sonrisa—. Ahora estás tú aquí.

—Me pregunto cómo se sentirá al respecto. ¿Tiene una casa de invitados para mí?

—No hace falta. Su casa es enorme.

Yo había dado por supuesto que probablemente tendría que vivir en la residencia de Dane y no estaba muy segura de cómo me hacía sentir aquello. Aunque siempre había tenido compañeras de piso, siempre había tenido una casa fuera del trabajo.

—¿Y un estudio?

—Oh, sí. Tiene un enorme edificio de cristal para su arte. Pinta bien.

Yo reprimí una carcajada. Los cuadros de Dane eran mejor que buenos. Eran extraordinarios. Me encantaría tener a Dane Walker como mentor. Solo esperaba que me dejara esbozar o pintar con él ocasionalmente y que quizás me diera unos consejos. Haría todo lo posible para no molestarlo, pero si me dejara ver su técnica, sería fascinante.

«No puedo ser como la peste. Mi principal prioridad es ayudar a Dane», me recordé. Cualquier sueño de mejorar mis habilidades artísticas era secundario a hacer mi trabajo, pero siempre podía tener la esperanza. Permanecí en silencio cuando llegamos a una carretera que parecía bordear la costa de la isla.

—Guau. Qué bonito es esto —musité en voz alta.

El agua azul del océano y las playas de arena blanca me dejaron sin palabras. Una sensación de paz me invadió al mirar la playa, cautivada por las aguas cerúleas y la preciosa arena. La tierra en el lado opuesto del vehículo era igualmente deslumbrante. Las flores de colores vivos, las palmeras y el verdor de la copiosa vegetación era una de las vistas más increíbles que había visto en toda mi vida.

—Muy bonito —convino Theo de buena gana—. Yo no querría vivir en ningún otro lugar.

Yo suspiré.

—Cuando salí de Nueva York, hacía frío y nevaba. Parece casi surrealista estar aquí ahora. Hace mucho calor.

Theo rio entre dientes.

—Y más que va a hacer.

Imaginaba que hacía mucho más calor en verano, pero, por el momento, estaba disfrutando del suave invierno en un clima tropical. Por desgracia, nunca había tenido la oportunidad de explorar Los Ángeles durante mi breve estancia en California y nunca había viajado mucho fuera de Nueva Inglaterra. Nueva York había sido mi única aventura de verdad y se había echado a perder realmente rápido.

Me emparé del paisaje a medida que Theo navegaba por la carretera sinuosa alrededor de la isla.

—¿Puedes decirme cómo es el Sr. Walker? —pregunté dubitativa.

—Cascarrabias la mayor parte del tiempo, pero no dejes que eso te asuste. Está muy solo, aunque no quiere admitirlo.

—¿Cómo de cascarrabias? —pregunté con nerviosismo.

Theo se encogió de hombros.

—Generalmente, no tiene mucho que decir. Pero bajo ese exterior irascible, es un buen hombre.

—¿Le gusta tener compañía?

—No lo sé. Nunca tiene visita —dijo Theo con tono triste—. Creo que le gustaría que sus hermanos vinieran a ver la isla, pero no creo que nunca les pida que vengan.

—Son la única familia cercana que tiene —mencioné pensativa.

Sabía que Paige y Sebastian estaban ambos preocupados por Dane. No había ido a Denver durante las vacaciones ni había salido de la isla desde hacía bastante tiempo. Paige aún no había conocido a Dane, pero yo sabía que quería conocer por fin al único miembro de la familia cercana de Sebastian a quien no había visto aún en persona.

Parte de mi misión allí era asegurarme de quitarle suficiente trabajo a Dane como para que fuera a la boda de Paige y Sebastian, y estaba resuelta a cumplir con la tarea por mi amiga.

Visto que todos los Walker eran asquerosamente ricos, me parecía extraño que su familia nunca hubiera ido de visita allí. Lo único que tenían que hacer era embarcar en su avión privado. Yo sabía que a Paige le encantaría aquello y no comprendía por qué Trace y su mujer no disfrutarían de unas tranquilas vacaciones en la isla.

—Necesita a su familia —dijo Theo en voz baja—. Lleva demasiado tiempo solo en esta isla. Yo estoy aquí de lunes a viernes, pero suelo estar fuera cuidando de la finca del Sr. Dane. Se pasa todo el día solo, pintando. Estar tanto tiempo solo no es natural.

—¿Por qué se esconde aquí? —inquirí.

—Dice que le gusta su intimidad, pero en realidad no es así. Quedó marcado después del accidente que mató a su padre y a su nueva madrastra, por dentro y por fuera. No estoy seguro de qué herida le duele más.

Se me cayó el alma a los pies cuando Theo mencionó las heridas de Dane.

—¿Son muy malas sus cicatrices?

—Ya no tanto —dijo Theo—. Él les da mucha más importancia de la necesaria. A lo largo de los años, se ha sometido a cirugías e injertos de piel para arreglar lo peor. Ciertamente, su cuerpo quedó marcado de maneras que nunca se curarán, pero creo que ahora le duele más el corazón que el cuerpo.

Por un momento casi pude sentir su dolor al imaginarme a un hombre que se escondía del mundo. Un solitario, no por elección, sino por sus circunstancias.

—Espero poder ayudarlo —dije con melancolía.

—Uy, creo que podrás. Pareces una mujer simpática —respondió Theo en tono travieso.

—Sus cicatrices no me molestarán —insistí.

—Entonces puede que al final te acepte en su casa.

Dejé de mirar el paisaje isleño y volví la cabeza para mirar al conserje de Dane.

—¿Qué quieres decir?

—No va a gustarle.

—¿A gustarle qué? —pregunté con voz de pánico.

—Al Sr. Dane no le gustará el hecho de que estés aquí al principio, pero con un poco de suerte lo superará.

—¡Espera! Sabe que vengo, ¿verdad? ¿Trace y Sebastian se lo dijeron?

Theo sacudió la cabeza.

—No sabe nada. Supongo que sus hermanos pensaron que era mejor enviarte aquí que darle al Sr. Dane una oportunidad de rechazarte. El Sr. Trace me llamó directamente y me pidió que viniera a recogerte. Le dije que lo haría, pero que no me correspondía a mí darle la noticia al jefe.

El corazón me dio un vuelco mientras mi mente intentaba lidiar con el hecho de que Dane ni siquiera sabía que iba a ir allí. No sabía que Trace y Sebastian le habían enviado ayuda.

El hecho de que nadie hubiera informado a Dane de mi llegada me enojó, pero esas emociones eran secundarias a un miedo que era incapaz de reprimir.

—¿Y si no me quiere? ¿Y si me manda de vuelta a casa? Necesito muchísimo este trabajo — susurré con voz ronca y horrorizada.

Venir a trabajar para Dane Walker había sido mi salvación.

Tristemente, muy pronto podría convertirse en mi perdición. Si Dane Walker no estaba dispuesto a dejar que me quedara y trabajara para él, no estaba segura de qué demonios iba a hacer.



CAPÍTULO 3

Dane

HACE SIETE AÑOS...

Me alegraba de volver a mi isla. Acababa de ver a mis hermanos por primera vez desde hacía casi un año y, aunque los extrañaba, el encuentro me había resultado incómodo. Sí, había disfrutado de las vacaciones y de la compañía de mis hermanos, pero no me habían gustado las miradas horrorizadas que había recibido cuando fui un día a Denver para hacer compras navideñas.

«¡Mami! Es un monstruo... ¡Mira!», recordé. La madre de la pequeña había reprendido a su hija y se la llevó a rastras, murmurando una disculpa mientras se apresuraban a salir de la tienda de artículos electrónicos.

Aun así, no lograba olvidar lo asustada que había parecido la niña cuando vio mi rostro. Ciertamente, acababa de hacerme una cirugía reparadora y tenía la cara cubierta de vendas. Probablemente, no debería haber salido de casa de Trace, pero sentí un repentino ataque de culpa en cuanto me percaté de que no había salido de Cayo Walker para ir de compras antes de llegar a Colorado.

—Me alegro de que esté en casa, jefe. Su cachorrillo loco lo ha añorado —me informó Theo con tono alegre.

Eso me sacó una sonrisa en el asiento del copiloto mientras mi conserje me llevaba a casa. Probablemente yo había echado de menos a mi potcake más que él a mí. Picasso, mi joven can, había sido mi único amigo de verdad. Al terror blanco y negro de orejas caídas no le había importado una mierda que yo estuviera destrozado y cubierto de cicatrices de la cabeza a los pies. Lo único que quería era un hogar seguro, comida y cariño. A cambio, me daba amor incondicional. Deseé que el mundo fuera así de sencillo. Por desgracia, la vida con las personas era mucho más complicada.

—Me alegraré verlo —respondí finalmente, viendo aparecer mi casa.

—Mi Emilee se alegrará de devolvérselo —bromeó Theo—. Ha estado lloriqueando desde que se fue.

—Estoy seguro de que Emilee lo ha malcriado —respondí yo. La mujer de Theo estaba en la casa con mi cachorro loco. Era un ángel y dudaba que se alegrara de renunciar al cuidado de ninguna criatura.

—Claro que sí —convino Theo—. Ha recibido muchas chucherías.

La respuesta de Theo confirmó el hecho de que volvía con un cachorro muy mimado. A Emilee le encantaban los animales y no los hacía comportarse precisamente.

Salí cuando Theo se detuvo frente a la puerta principal, aún sorprendido de que se hubiera hecho tanto en tan poco tiempo. En un año, la casa y el estudio ya estaban construidos. Cerré la puerta del coche con un golpe y alcé la vista hacia el trabajo realizado para convertir Cayo Walker en mi hogar. Sí, había exagerado, pero empezaba a darme cuenta de que había muy pocas cosas que no pudiera hacer. Era demasiado rico como para excluir ninguna posibilidad. El problema era que, incluso después de terminada toda la obra, seguía solo. Mi visita a mis hermanos me había dejado un sabor agrisado. Me había recordado que independientemente de cuánto construyera en Cayo Walker, aquello nunca llevaría a gente hasta allí. Me estremecí al mirar todas las ventanas de la planta superior, consciente de que las habitaciones nunca serían ocupadas.

«Puede que algún día», me dije. Después sacudí la cabeza. Evidentemente, mis hermanos no tenían ganas de visitarme y nunca habría nadie allí excepto Theo y Emilee. Sentí una opresión en el pecho al entrar a pie en la casa. «¡Dios! Echo de menos a mi padre. Echo de menos a mis hermanos. Echo de menos las voces y los sonidos de la ciudad. Estaré bien solo. Me acostumbraré», me concienció. Aquellas palabras eran mi mantra. Quizás, en el futuro terminaría convenciéndome de que eran ciertas.



CAPÍTULO 4

Dane

EN EL PRESENTE...

—Nunca podré complacer a todo el mundo —dije en tono gruñón mientras dejaba caer la brocha a un lado y examinaba el gran lienzo frente a mí.

Llevaba meses trabajando en el cuadro. Estaba bastante satisfecho con la pieza. Pero sabía, como siempre, que cada pintura que hacía estaba sujeta a interpretación individual. A algunas personas les encantaría el arte. A otras, no. Ese era el problema de ser un artista abstracto. Dos individuos completamente diferentes tenían dos opiniones distintas de lo que les decía el cuadro.

Me puse en pie y caminé inquirero hacia la casa. Por lo que a mí respectaba, el cuadro estaba terminado. Había volcado mis emociones en el arte sobre el lienzo. Dependería de los espectadores decidir si la pieza era relevante para su vida... o no. Hice girar los hombros mientras caminaba, intentando eliminar los nudos de tensión de la parte superior de mi espalda. Haría que Theo se llevara el abstracto y lo enviara a una galería en Nueva York. Sin duda, ganaría un buen dinero con el cuadro. Sin embargo, con mi riqueza, los ingresos significaban muy poco. Había doblado mi patrimonio neto en los últimos años, pero era un juego, algo que me mantenía ocupado. Lo último que necesitaba era más riqueza material. Sí, había estado bien tener miles de millones mientras establecía mi hogar en Cayo Walker. Pero más dinero ya no me servía para nada. Ya tenía todo lo que un hombre puede desear.

«Todo excepto un poco de compañía», pensé. Sí, a veces tenía a Theo y a su esposa con quienes hablar, y ambos eran mis amigos. Pero, de cuando en cuando, desearía tener algo... más. No había habido una mujer en la isla desde mi breve relación con Britney, y yo había aprendido bien mi lección. A veces era mejor estar solo. La mujer con la que me había acostado durante varios meses hacía dos años no era compañía, sino un grano en el trasero.

Ella quería estar conmigo para vengarse de mi hermano Trace por dejarla. No es que me importara. Había sabido desde el principio que Britney apenas toleraba mi aspecto y nunca teníamos sexo a la luz del día. La zorra me hizo saber al marcharse que sólo había aguantado por el dinero que le daba y por la posibilidad de recuperar a Trace. Yo ya lo sabía. Siempre había sabido que no podía ni verme, pero quería un poco de contacto humano tan desesperadamente que no había puesto en duda el hecho de que apenas consiguiera dejar que follara con ella. Britney nunca había sido nada más que una prostituta fina. Una puta muy cara. Conformarme con lo que una mujer me diera por dinero se había terminado hacía dos años. Nunca volvería a sentirme agradecido por tener sexo. Podía masturbarme solo sin preocuparme de intentar complacer a alguien que no tenía verdadero interés en mí.

—Estoy mejor solo —carraspeé al llegar a la puerta delantera de la mansión que había construido en la isla. Mi estado solitario había acabado convirtiéndose en algo normal para mí. Estaba resignado a estar solo en mi isla, aunque no fuera totalmente por elección. Me volví antes de entrar por la puerta, mi atención distraída por el vehículo que se desplazaba por el camino de entrada.

«Theo», pensé. ¿Qué demonios hacía allí? El sedán negro, un vehículo que solo salía si yo necesitaba ir a algún sitio fuera de la isla, se abrió camino por el largo acceso y se detuvo justo delante de mi casa. Estos días apenas necesitaba que Theo me llevara de un lugar a otro y prefería conducir yo mismo ahora que mis heridas se habían curado por completo. Principalmente sentía curiosidad y desconcierto antes las acciones de Theo. Hasta que la vi a ella.

A menos de tres metros, vi a la mujer salir del asiento del copiloto del automóvil, forcejeando vigorosamente con una maleta de mano y un bolso.

—¡Maldita sea! —dijo con voz derrotada mientras tiraba de la bolsa de noche que se había enredado con el cinturón de seguridad—. No seas una torpe ahora. Ahora, no.

La pequeña maleta terminó por liberarse y ella tropezó hacia atrás, intentando a la desesperada no dar un traspie con los tacones. Fracasó miserablemente. Yo me adelanté por instinto, deseoso de protegerla de aterrizar sobre la dura superficie del camino de entrada. Mi cuerpo estaba detrás del suyo cuando chocó contra mi pecho.

—Cuidado —dije con voz ronca mientras la ayudaba a estabilizarse, rodeándole la cintura con los brazos.

«¡Dios!», pensé. Olía a coco y a pecado, y la tentación atravesó mi cuerpo con tan solo sentir su figura dulce, curvilínea y cálida contra mí. Me quedé inmóvil, con el miembro erecto de inmediato, el cuerpo tenso y preparado. Disgustado conmigo mismo, solté a la mujer en cuando recuperó el equilibrio.

—¿Sr. Walker? —inquirió en tono nervioso mientras se colgaba ambas bolsas al hombro.

—Ese soy yo —gruñí, mis instintos primitivos apenas bajo control mientras la examinaba, intentando decidir qué había provocado mi reacción explosiva.

Sí, era guapa y bastante adorable mientras se alisaba la falda con las manos, intentando recomponerse. Su pelo liso, largo y rubio platino le caía por los hombros, y los rasgos delicados de su rostro hacían que pareciera mucho más inocente de lo que podía ser ninguna mujer. Era bajita y tuvo que inclinar la cabeza para mirarme con sus ojos azul celeste. No fue el color lo que me golpeó como un tráiler, sino su expresión. Su mirada estaba completamente desprovista de disgusto o desagrado cuando me miró con esperanza, por lo visto esperando cortésmente a que yo dijera algo más.

—Encantada de conocerlo. Soy Kenzie, su nueva asistente —dijo del tirón, sin aliento, mientras extendía la mano a modo de saludo.

—Tus hermanos la enviaron —dijo Theo situándose a su lado.

—¡No! ¡Ni hablar, joder! —gruñí.

Miré fijamente la mano que me ofrecía, pero no se la estreché. Estaba demasiado indignado en ese momento. «¿Mis hermanos? ¡Qué cabrones!», pensé. Sabían que no quería a nadie más en Cayo Walker, especialmente no a una puñetera mujer.

—Llévala de vuelta —ordené a Theo mientras daba media vuelta para entrar en la casa—. No la quiero aquí. No necesito asistente.

—Estás siendo un imbécil, hombre —dijo Theo, ignorando mis órdenes por completo mientras tomaba su maleta y me seguía al interior—. Ha hecho un largo camino para llegar aquí y necesita un trabajo. No vas a mandarla a casa ahora mismo.

—Has ayudado a mis hermanos —lo acusé mientras me volvía para fulminar a Theo con la mirada.

—Sí, hombre. Porque creo que tienen razón. Entre tu arte, la contabilidad y tus pasatiempos, necesitas a alguien que te organice.

Yo dudé un instante, no muy seguro de qué pensar del Theo al que veía en ese momento. En raras ocasiones discutía por nada y yo no entendía por qué lo hacía ahora.

—Con el debido respeto, Sr. Walker, sus hermanos me prometieron un puesto de trabajo —dijo la mujer en un tono firme y razonable—. Renuncié al trabajo que tenía en Nueva York para venir aquí.

—¿Y por qué habría de ser mi problema? —farfullé—. Yo no he tenido nada que ver con que te contrataran sin mi conocimiento. Han metido la pata y quiero que te vayas.

La observé mientras se metía un mechón de pelo largo y rubio detrás de la oreja con nerviosismo.

—Puede que no. Pero, si tiene la amabilidad, por favor, deje que me quede una temporada. Esto tampoco ha sido culpa mía y no tengo donde ir. Tengo cinco dólares en el monedero. Eso es lo único que se interpone entre yo y estar muerta de hambre y sin hogar.

Su confesión fue prosaica y captó mi atención. Quería estrangular a mis hermanos por poner a aquella mujer en esa situación.

—Te daré dinero —le dije.

—No estoy pidiendo un donativo, Sr. Walker. Solo quiero que se me dé una oportunidad justa en el trabajo para el que se me contrató. Puede que no tenga mucha experiencia como asistente personal, pero soy trabajadora y terminaré cualquier tarea que me eche. Soy una organizadora nata, así que puedo ayudar a quitarle parte de su carga.

Sinceramente, yo no me sentía estresado por mi carga de trabajo. Bueno, no lo había estado hasta que una rubia de infarto, despampanante y que estaba buenísima entró por mi puerta. En ese preciso instante, me sentía totalmente abrumado.

—No necesito ayuda —espeté airado, a sabiendas de que tenía que alejarme de ella antes de que se me hiciera un lío la cabeza. Ni una sola vez me había mirado de manera diferente a como miraría a cualquier tipo normal. No se había percatado de mis cicatrices ni parecía desconcertada por mi rostro destrozado. Fue una experiencia extraña. No estaba acostumbrado a que las mujeres me mirasen como si fuera... normal.

—¿Y si la necesita? —razonó ella.

—No la necesito.

—Al menos, déjeme intentarlo —insistió.

—No.

Me sentía como el imbécil que Theo me acababa de acusar de ser. Tenía que reconocérselo a la mujer... tenía muchas agallas y eso me gustaba. Estaba luchando por un trabajo y no parecía importarle mi aspecto en ese momento.

No solo estaba expuesto mi rostro, sino que iba sin camisa, mis viejas heridas totalmente visibles debido al calor del día. Ella tenía mucha suerte de que no estuviera desnudo, pero no hacía tanto calor como para quitarme toda la ropa. Seguía llevando unos pantalones viejos y cómodos.

—De acuerdo —dijo en tono desesperanzado—. Theo, ¿puedo volver a Estados Unidos en el mismo avión?

«Sí, soy un cabrón», pensé. Al ver la mirada devastada en la cara de la rubia, me sentí como si acabara de dejar a un cachorrillo tirado en la calle. Pero, maldita sea, ¿por qué tenía que preocuparme su suerte? Ni siquiera la conocía, caramba.

—Puedo llevarla de vuelta, Srta. Kennie —respondió Theo con tristeza.

Ella me dejó clavado con una mirada de decepción.

—Desearía poder decir que ha sido un placer, Sr. Walker. Pero no lo ha sido. Siempre he sido una admiradora de su arte y estaba muy ilusionada por conocerlo mejor. Pero supongo que es mejor mirar sus cuadros e intentar olvidar lo grosero y desagradable que es.

«¿Y estoy lleno de cicatrices! ¿Por qué demonios no menciona mis cicatrices?», me pregunté. Vaya, aún no había mencionado mi aspecto ni mostrado ninguna reacción de ningún tipo a cómo me veía. Iba alicaída cuando abrió la puerta que yo había cerrado antes con un portazo, durante mi ataque de ira... y miedo. Había algo acerca de esperar a que cayera la bomba que me había disparado y me había provocado una reacción instintiva negativa. Admiraba las agallas de esta mujer y lo último que quería ver era que le ocurría nada malo. Cuando se dirigía a la salida con Theo a su espalda, dije en tono molesto:

—Puedes quedarte por ahora.

«¿Qué cojones...? ¿Por qué han salido esas palabras de mi boca?», me pregunté. Cuando ella volvió la mirada por encima del hombro con expresión esperanzada, supe exactamente por qué las había dicho. No podía mandarla de vuelta al mundo sin nada. No podía echarla a la calle a una vida que no tenía la más mínima compasión. La había experimentado yo mismo de primera mano. Y no quería que aquella mujer sufriera porque mis hermanos habían sido unos perfectos imbéciles. ¿No habían pensado en qué le ocurriría a ella si me negaba a tenerla en mi isla?

—¿Lo dice en serio? —preguntó sin aliento con una voz que me puso el pene más duro de lo que había estado desde mis tiempos de adolescente salido.

—Sí —dije apretando la mandíbula—. Theo, enséñale su habitación.

Iba a ser increíblemente difícil renunciar a mi intimidad. Estar solo al menos me daba un poco de paz. Pero me resigné ante el hecho de que ella no aceptaría nada a menos que trabajara para ganárselo.

—Gracias —musitó.

—Pero intenta mantenerte apartada de mi camino. No me gusta que me interrumpen cuando estoy trabajando.

Ella asintió.

—Entendido.

La observé mientras se retiraba a la planta superior tras un Theo silencioso, con sus tacones repicando en la superficie de mármol de las escaleras. Intenté hacer que mi cuerpo se relajara mientras seguía mirando fijamente su figura hasta que desapareció, comiéndome con los ojos su trasero atractivo cuando llegó a la cima de las escaleras.

—¡Estoy jodido! —susurré con voz ronca al perder de vista a Kenzie, a sabiendas de que no solo eran su cuerpo y su cara lo que me cautivaba. Me sentía atraído por su espíritu, algo mucho peor que querer sexo. Había algo en aquella mujer que me hacía querer acercarme más a ella, y eso no era bueno. Yo no me acercaba a las mujeres. No podía. Había tardado años en protegerme, así que, desde luego que no necesitaba a nadie que pusiera mi mundo patas arriba. Estaba destinado a decepcionarme y tenía demasiado fracaso y derrota en mi pasado.

Hice rotar los hombros tensos mientras me daba media vuelta para abrirme paso a mi despacho. Mantendría las distancias. Me aseguraría de que no me conmoviera. Mi cordura dependía de ello. Aún enojado, cerré el despacho de un portazo al entrar, resuelto a llamar a mis hermanos de inmediato para hacerles saber que nunca volvería a dirigirle la palabra a ninguno de ellos.



CAPÍTULO 5

Trace

—Vale, desembucha —insistió mi preciosa mujer cuando entró en mi despacho de casa—. Estás sonriendo de esa manera retorcida que me hace pensar que has hecho algo extremadamente malo.

Como siempre, el sonido de la voz de Eva y su preciosa sonrisa me hicieron sonreírle desde la silla de mi despacho.

—Lo he hecho —convine de buena gana—. Dane está tan cabreado que dice que nunca volverá a dirigirme la palabra.

Sabía que no lo decía por decir. Mi hermano pequeño volvería a hablarme tarde o temprano. Ahora mismo, solo estaba descargando su ira. No se trataba de que Sebastian y yo no nos hubiéramos esperado aquella reacción antes de enviar a Kenzie a la isla, pero la feroz reacción de Dane me había sorprendido un poco. Mi hermano pequeño no solía enfadarse y el hecho de que estuviera furioso era una buena señal.

—¿Qué le has hecho? —respondió Eva, ligeramente alarmada.

—No está contento con la llegada de Kenzie a su paraíso tropical —le dije con una sonrisa en la comisura de los labios, viendo cómo tomaba asiento frente al escritorio con el ceño fruncido.

—Eso no es bueno —caviló—. ¿Y si hace que se marche?

—No lo hará —respondí yo en tono engreído.

Ella inclinó la cabeza de una manera encantadora que yo había llegado a adorar.

—Eso no lo sabes. Puede que esto haga daño más que ayudar.

—Tengo que arriesgarme —dije yo en un tono más serio—. Dane necesita que alguien revolucione su vida. Se está volviendo muy conformista con eso de pasar el resto de su vida solo en su isla.

—¿Y qué pasa si eso es lo que quiere? —discutió ella.

—Si creyera que eso es todo lo que quiere, nunca habría enviado a Kenzie allí. ¿De verdad piensas que es feliz?

Eva permaneció un instante en silencio antes de responder.

—Parece... conforme. Puede que feliz, no, pero de acuerdo consigo mismo y con sus decisiones.

—¿Y eso es suficiente?

Ella sacudió la cabeza.

—Sé que tienes razón. Creo que se merece mucho más. Tiene que sentirse solo, pero supongo que no quiero verlo destrozado porque hayamos interferido.

—Yo tampoco quiero eso —confesé—. Pero Dane no va a arriesgarse. Su vida ha sido demasiado dura. Si está cómodo, se conformará con la vida que tiene ahora.

—¿Qué dijo por teléfono?

—Suena agitado. Se arrancó a regañarme. Supongo que después llamará a Sebastian y no me cabe duda de que él también interpretará el enfado de Dane como una buena señal. Sinceramente, no creo que esté tan enfadado como asustado. Le gustó la manera en que ella se enfrentó a él y no dejaba de mascullar que ni siquiera se había dado cuenta de sus cicatrices.

Eva dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias a Dios. Lo único que quiero es que alguien vea a Dane por sí mismo. Tiene muchísimo talento y es atractivo. Desde que empezó los tratamientos con láser, sus cicatrices han mejorado aún más, pero él no lo ve. Theo me dijo que está suponiendo una gran diferencia. La verdad es que me gustaría que alguien aparte de toda su familia se preocupara por él, independientemente de cuánto dinero tenga o de su aspecto.

—El dinero atrae a los tímidos —le dije en tono razonable.

Ella me lanzó una mirada escéptica.

—¿Como yo?

Sacudí la cabeza.

—Tú, nunca, mi amor. —Prácticamente había tenido que obligar a esa mujer a que se casara conmigo y desde el principio supe que Eva era sincera, algo que nunca había experimentado antes. Por eso era probablemente por lo que la quería tanto. Con dinero o no, ella me quería incondicionalmente.

Suspiró.

—No conozco a Kenzie, pero Paige jura que es la mujer más dulce que ha conocido nunca, así que estoy segura de que es verdad. Ella ha tenido que soportar su propia pena. Esperaba que ella y Dane conectaran.

—Hablé largo y tendido con ella por teléfono. Me gusta. Si iba a arriesgarme alguna vez, supe que sería con ella. No tengo ni idea de si habrá un vínculo romántico entre ella y Dane, pero eso no era lo que intentaba hacer. Mi objetivo era que él viera que no todas las mujeres son víboras desalmadas. Si consiguen ser amigos, yo me conformo. Puede que eso haga que Dane salga un poco de sí mismo. Quizás saldría más a menudo de la isla.

—Sebastian lo quiere aquí para la boda —dijo Eva con melancolía—. Y yo quiero verlo. Hace mucho tiempo.

—Tengo un avión privado —sugerí yo—. Siempre podríamos ir a visitarlo.

—Me encantaría —dijo ella con voz animada—. Supongo que nunca se me había ocurrido ir a verlo. Me sentiría como una intrusa. Nunca nos ha invitado.

—Yo siento lo mismo —reconocí—. Pero quizás sea hora de que nos autoinvitemos.

Nunca había invadido la intimidad de Dane. Suponía que quería estar solo. Pero empezaba a preguntarme si simplemente no nos había invitado porque pensaba que nos negaríamos y empezaba a arrepentirme de haberle dado su espacio.

—Hablemos con él en la boda de Sebastian y Paige —sugirió Eva—. No me daría ninguna pena ir de visita a una isla tropical en invierno y me encantaría ver más a Dane.

—Lo mismo digo —convine yo—. Solo espero que vaya a la boda. Ha estado muy ocupado durante los últimos años y tengo la sensación de que está utilizando eso como excusa. Cuanto más tiempo permanezca aislado, más improbable será que siga viniendo de visita. No lo soporto, Eva. Es todo lo que nos queda a Sebastian y a mí.

—Vendrá —dijo Eva con confianza—. No va a perderse la boda de su hermano. Puede que se saltara las fiestas, pero sus hermanos solo se casarán una vez. Bueno, al menos eso espero yo.

—No pienso dejarte ir —respondí yo con firmeza—. Estás atrapada conmigo.

Eva era todo mi mundo y no podía imaginar mi vida sin ella.

—Feliz de estar atrapada —lanzó en respuesta con una sonrisa encantadora.

—Entonces, ¿cuánto tiempo tenemos antes de la boda? —le pregunté a mi mujer—. ¿Ha fijado la fecha Paige?

—Todavía no —dijo ella—. Pero casi hemos terminado de planificar, así que debería confirmarse pronto. Paige está pensando en reubicar la ceremonia porque va a hacer mucho frío aquí.

Mi esposa y la prometida de Sebastian llevaban semanas planeando la boda y yo sabía que mi hermano se estaba impacientando. Sabía que a él no le importaba un carajo dónde se celebrase.

—Más vale que sea pronto. Sebastian no aguantará mucho más.

Eva se echó a reír.

—Sobrevivirá. No necesitamos darnos prisa. Ya están viviendo juntos. No es como si ella estuviera haciéndolo esperar.

—No importa. Quiere hacerlo oficial. —Yo entendía su frustración. Había sentido la misma necesidad desesperada de asegurarme de que Eva estuviera vinculada a mí. Quizás fuera un instinto primitivo, pero no parecía correcto no estar casado con ella. Después de todo, había esperado toda mi vida para encontrarla.

Eva cambió de tema al preguntar:

—¿Qué más dijo Dane?

Yo me encogí de hombros.

—La mayoría de lo que bramaba no tenía sentido.

—Pobre Dane —se conmovió Eva.

—Si llega a sentirse cómodo con Kenzie, su incomodidad actual merecerá la pena.

—Creo que también será bueno para ella —dijo Eva—. No ha tenido una vida fácil y, tal vez, vivir en una isla tropical sea un descanso agradable.

—Ha vivido en la ciudad toda su vida. De hecho, yo creo que será bastante desconcertante.

—Pero será un respiro. New York llega a aburrir —defendió ella.

Yo sabía que las calles no habían sido buenas con mi mujer y no había nada que le gustara más que salir de caminata por el monte. Aunque vivíamos en Denver, nos escapábamos tan a menudo como podíamos.

—¿Necesitas un descanso? —pregunté, de repente preocupado de haber estado descuidándola.

Ella se puso en pie y se acercó lentamente a mi silla. Yo extendí los brazos y la agarré de la cintura, atrayéndola sobre mi regazo.

Abrazar a Eva siempre me levantaba el ánimo. No tenía ni idea de cómo había conseguido ser tan afortunado, pero había dejado de cuestionar mi suerte. Simplemente estaba condenadamente feliz de que se hubiera casado conmigo.

—No, no necesito un descanso —contestó con un suspiro de felicidad, mesándome el cabello rebelde con los dedos—. Me gusta hacer escapadas, pero lo hacemos bastante a menudo. Tengo que estar en una ciudad para hacer lo que me gusta, y tú también.

Yo podía discutirle que Walker Enterprises podría tener su sede central en cualquier lugar, pero sus estudios de artes culinarias eran otra historia. Su talento requería mucha gente que quisiera comer y ella estaba mejor en un lugar donde la población pudiera apreciar sus habilidades.

Mi esposa aún no lo sabía, pero yo estaba planeando comprarle el mejor restaurante de Denver cuando hubiera terminado sus estudios. Se merecía un lugar especial donde pudiera crear sus propias recetas.

—No me importa una mierda dónde esté, siempre que esté contigo —dije yo con voz ronca, estrechando el abrazo en torno a su cintura.

—Ídem, Sr. Walker —dijo ella en tono juguetón.

El corazón me dio un vuelco cuando mi preciosa Eva bajó la mirada hacia mí con amor en los ojos, una expresión con la que había aprendido a contar desde que nos confesamos lo que sentíamos el uno por el otro.

—Te quiero —dije automáticamente, incapaz de mantener las emociones confinadas en el pecho.

—Yo también te quiero —dijo con un susurro sensual bajando su voluptuosa boca hacia la mía.

Todos los pensamientos sobre mi hermano pequeño se desvanecieron a medida que Eva inundó mi alma. Ya me preocuparía por Dane más tarde. No podía hacer gran cosa ni podía concentrarme cuando tenía a Eva tan cerca. Lo que ocurriera entre Dane y su asistente tendría que dejarse en manos del destino. Yo ya no iba a interferir más. Simplemente esperaba que, algún día, mi hermano pequeño fuera tan feliz como Sebastian y yo. Nadie se lo merecía más que él.



CAPÍTULO 6

Dane

HACE SEIS AÑOS...

Vivía en una casa sin espejos. A propósito, había evitado la presencia de espejos cuando se decoró la casa. No es que fuera un vampiro ni nada parecido. Simplemente era un tipo que odiaba la visión de su propio rostro. En raras ocasiones veía mi reflejo, a menos que estuviera afeitándome, tarea que acababa de terminar. Mirándome la línea de la mandíbula en el único espejo que tenía en la casa, lo di por terminado y bajé el espejo ajustable que utilizaba en el baño principal para afeitarme el vello facial.

De acuerdo, probablemente podría haber dejado que la decoradora pusiera espejos en los otros dormitorios y probablemente habría estado más abierto a recibir visitas, si es que llegaban a venir en algún momento. Pero, ahora mismo, solo estaba yo y odiaba verme.

Bajé la mirada a los enternecedores ojos oscuros de Picasso mientras este los alzaba hacia mí desde su sitio a mis pies.

—Sí, vale. Tú estás aquí —musité a mi perro—. Pero dudo que quieras mirarte en el espejo.

Picasso ladeó la cabeza de una manera que siempre me dejaba perplejo, como si comprendiera cada palabra que decía, a pesar de que yo sabía que no era así. Fui al vestidor a tomar una camiseta limpia, me la puse y le pregunté al chucho:

—¿Quieres ir a la playa?

El can se levantó en un abrir y cerrar de ojos, lloriqueando para que lo sacara al agua. Estaba casi seguro de que Picasso entendía la palabra playa. O tal vez simplemente supiera que comenzábamos casi todos los días con un paseo al mar. Lo observé, ligeramente divertido, cuando salió disparado por la puerta y lo seguí a paso más lento.

Tener una rutina diaria me mantenía cuerdo. Primero me tomaría el café y después me retiraría a mi estudio. En realidad, lo único que tenía que hacer era trabajar en mi arte. No es que tuviera

otros asuntos urgentes en ese momento.

Me pregunté qué estarían haciendo Trace y Sebastian e intenté resistir el impulso de llamarlos y averiguarlo. Había vuelto a casa hacía unas pocas semanas de mi visita anual durante las vacaciones y ya sentía el silencio agobiante de la enorme residencia. En ocasiones, cedía al ansia de hablar por teléfono con Sebastian y Trace, y después terminaba sintiéndome más solo de lo que podía soportar. Así que evitaba sus llamadas hasta que yo tenía que hablar con ellos. Así era más fácil. No quería hacerme ilusiones de algo que nunca se cumpliría. Cuando terminé de preparar el café, me apoyé contra el fregadero esperando a que terminara de hacerse. En realidad, ¿era tan terrible vivir en una isla privada? Tenía mi libertad. Tenía a mi perro. Podía dedicarme a cualquier cosa que me interesara y trabajar en mi arte.

Ahora tenía barcos, así que me entretenía pescando y haciendo submarinismo. «Estoy bien solo. Me acostumbraré». Intenté desterrar de mi mente a mis hermanos mientras servía una taza de café y me sentaba a leer las noticias internacionales, tratando de no pensar en cuánto desearía tener a alguien con quien hablar de lo que estaba sucediendo en el mundo. Como hacía cada mañana, ojeé las noticias solo. Igual que cualquier otro día. Siempre estaba solo.



CAPÍTULO 7

Kenzie

Me desplomé sobre la cama en la habitación más bonita que había visto en toda mi vida con un suspiro de alivio. Por fin. Theo había terminado de contarme dónde podía encontrarlo todo en la suite y se había retirado, así que estaba sola por primera vez desde que me recogió en el aeropuerto.

Dane había estado a punto de despedirme y me estremecí al pensar en lo que habría podido ocurrir si tuviera que intentar empezar de nuevo. Me vería en la calle, sin un sitio a donde ir. No tendría a donde huir. Esta oferta de trabajo lo significaba todo para mí. Creí que sería mi oportunidad de acumular recursos y planear mi vida. Necesitaba un nuevo comienzo desesperadamente y había esperado con todas mis fuerzas que Dane Walker fuera el inicio de algo distinto para mí. Ahora, sabía que sería otra batalla por la supervivencia. No quería tener que mudarme cada vez que se descubriera mi paradero. Llevaba haciéndolo desde que llegué a la edad adulta.

Me tumbé de espaldas y eché un vistazo al enorme dormitorio. Estaba decorado con muy buen gusto, con un estilo claro, luminoso, playero. La habitación azul era, de hecho, de color aguamarina. Salpicaduras de un azul marino más oscuro y otros colores con más profundidad hacían de la habitación un lugar divertido y relajante. No había nada recargado ni pretencioso en el espacio. Pero gritaba lujo de todas maneras.

Había visto el baño privado cuando Theo me llevó arriba y supe que los colores y el tema se habían mantenido en todo el espacio. El cuarto de baño era aguamarina también y me encantaban los tonos intensos.

Lo único realmente extraño de lo que me había percatado era de la sorprendente falta de espejos. Por suerte, tenía un gran espejo de maquillaje en la maleta, pero el hecho de que una suite increíble como aquella careciera de un espejo resultaba realmente... peculiar.

Había una sala de estar encantadora y un escritorio al otro lado del dormitorio y supe que iba a encantarme tener mi propia televisión. Compartir un espacio con varias mujeres significaba que

raramente conseguía ver lo que quería en televisión. Aunque tampoco es que tuviera mucho tiempo.

—Nada de holgazanear —me dije con firmeza mientras me incorporaba. Estaba allí para trabajar y lograría tanto como pudiera de inmediato. Empecé a guardar mi ropa, sin querer creer que mi estancia sería únicamente temporal. «Tengo que quedarme aquí. Necesito quedarme aquí», me recordé. Después de cambiarme y ponerme unos pantalones y una camisa ligera, me dije que estaba lista.

Aunque no me entusiasmaba volver a interactuar con Dane, estaba lista para ponerme manos a la obra. No soportaba estar desocupada. Estaba casi segura de que no lo llevaba en los genes. Me había pasado toda la vida ocupada, tomándome el tiempo de ponerme cómoda y relajarme en raras ocasiones. «Estaré bien», me dije. Dane Walker no me había dejado con una buena primera impresión, sin duda, pero tendría que superar el miedo a toparme con él. Estaba allí para ayudarlo.

Por desgracia, resultaba muy intimidante. Tenía aspecto de tener unos veintitantos, más o menos la misma edad que yo. Aunque no ayudaba precisamente saber que teníamos algo en común. La tensión entre nosotros prácticamente podía cortarse con cuchillo. «Me siento atraída por él. Realmente atraída», pensé. Eso sí que era un problema.

Era imposible que mirase su cuerpo enorme sin sentirme ligeramente turbada. Era musculoso, pero tenía la sensación de que no se debía a levantar pesas ni a entrenar. Dane tenía la piel besada por el sol y el aspecto de un hombre que trabajaba mucho en el exterior. Su piel estaba naturalmente bronceada por el sol. Así que yo me apostaba a que era increíblemente activo por la isla.

Su mirada color chocolate era perturbadora, pero yo no podía negar cuánto me había afectado. Tenía rasgos fuertes, rematados con una mata rebelde de pelo azabache. Sí, tenía algunas cicatrices y me pregunté cómo se las había hecho, pero no eran algo que fuera a causar el rechazo de nadie. Me dolió el corazón por lo que le hubiera pasado y di por hecho que sus marcas eran secuelas del accidente que había acabado con la vida de su padre.

Bajé a explorar, intentando orientarme en la casa descomunal. En la primera planta, encontré un salón, un cuarto de estar y una cocina de chef que me moría de ganas de ver. No era una gran cocinera, pero me defendía en la cocina. Pasé junto a la sala de cine y eché un vistazo a la piscina cubierta y el *spa* durante un momento antes de avanzar. Finalmente, llegué a su despacho. Para mi consternación, descubrí que ya estaba ocupado.

—¿Sr. Walker? —pregunté dubitativa al cruzar la puerta abierta.

—¿Qué quieres? —preguntó él, descontento.

—Soy su asistente. Venía a preguntarle qué quiere usted.

—Nada. Ya se ha terminado el horario de trabajo.

Gracias a Dios, se había puesto una camiseta. Facilitaba mucho el mirarle sin babear por su figura musculosa.

—¿Cuál es exactamente mi horario de trabajo? —pregunté, esperando que no me echara.

—Como eres mi asistente, supongo que son las que yo quiera que sean —afirmó en tono divertido.

No estaba mirando en mi dirección. Estaba parado frente a las puertas francesas de espaldas a mí, aparentemente perdido en sus pensamientos. «¡Dios!», pensé. Me gustaba la vista. El hombre tenía el trasero más firme del planeta.

—De acuerdo —dije servicialmente. Estaba casi segura de que él intentaba deshacerse de mí, pero me quedé en la sala. No me parecía correcto irme sin más.

—Dime, ¿por qué termina una mujer preciosa como tú aquí? —exigió.

Yo miré fijamente los anchos hombros que revestidos por una camiseta de algodón ajustada.

—Necesitaba un trabajo —dije con sinceridad.

Dane se volvió hacia mí y después tomó asiento en su escritorio. Su expresión seguía siendo taciturna, pero hizo un gesto para que me sentara en la silla frente a su mesa.

—¿Por qué necesitabas un trabajo? —insistió.

Yo me moví para sentarme, sopesando qué quería revelar de mi desastrosa vida personal y profesional, sintiéndome como una perdedora por estropear tanto las cosas.

—Perdí mi empleo. Trabajaba en una galería de arte en Nueva York.

Él alzó una ceja arrogante.

—¿Qué galería? ¿Y por qué te despidieron?

—No he dicho que me despidieran —protesté.

—¿Lo hicieron?

—Sí —dije en tono derrotado—. No fueron ellos; fue él. Yo trabajaba en Keith Maxfield Fine Art.

Dane asintió.

—Hago negocios con él.

—Lo sé. Vi tu cuadro en persona por primera vez cuando empecé a trabajar allí.

—Cuéntame qué pasó —exigió—. Ahora soy tu empleador. Tengo derecho a saberlo.

Dejé escapar un suspiro de nerviosismo. Dane tenía razón. Debería conocer mi historia laboral, aunque técnicamente yo no era su empleada. En realidad, me habían contratado sus hermanos. Pero sabía que estaba justificándome.

Lo dije de la manera más sencilla posible:

—Él lo negaría, pero Keith me pidió salir varias veces. Yo dije que no. Él intentó violarme. Yo le di una patada en las pelotas. A la mañana siguiente, me despidió.

Odiaba pensar en aquel día. Había sido uno de los peores de mi vida. Me habría marchado sin más para nunca volver si no hubiera necesitado el puesto desesperadamente. De haber sabido que Keith iba a despedirme, me habría ido sin tener un despido en mi vida laboral. Por desgracia, necesitaba mi trabajo, así que me quedé allí esperando que Keith se recuperase después de que le pusiera los cojones de corbata y que me dejara en paz.

Dane se reclinó en la silla, evaluándome.

—¿Ese cabrón intentó violarte? —preguntó con voz ronca y gutural.

—Sí.

Se produjo un silencio sepulcral entre nosotros hasta que él respondió finalmente:

—Mañana a primera hora, te pondrás en contacto con la galería para hacerles saber que no voy a darles más obras mías. No hago negocios con tipos como él.

Yo estuve a punto de atragantarme con el nudo enorme que tenía en la garganta mientras miraba a Dane anonadada. Había sido una orden prosaica, pero no me cabía duda de que hablaba en serio.

—¿Me crees?

—¿Tengo razones para no creer que sea cierto?

Yo sacudí la cabeza mientras el corazón me latía pesadamente en el pecho.

—No. Pero yo no soy nadie. Maxfield es una gran galería.

—Hasta que me des motivos para no confiar en ti, me vale tu palabra.

Se me anegaron los ojos al asimilar lo que Dane acababa de decir. Yo solo era una mujer en el puesto más insignificante que podía tener nadie en la galería. Y, sin embargo, Dane me creía a mí.

Así como así. Aquello hizo que el corazón se me encogiera en el pecho de gratitud porque había aceptado mi palabra.

—Gracias —dije en tono emocionado y grave.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Por creerme. La mayoría de la gente se pondría de parte de Keith. Especialmente sus clientes. Es bastante poderoso en el mundo del arte.

—No me importa una mierda lo bien que mangonee. Lo único que es para mí es un vendedor capaz de colocar mis obras. No lo necesito.

Dane tenía razón. No necesitaba a Keith. Cualquiera otra galería mataría por exhibir su obra.

—Conozco unas cuantas que son prometedoras —dije titubeando—. Les encantaría tener cualquier pieza que les dé. Tengo una amiga. Una antigua compañera de piso. Es una mujer extremadamente conocedora de los abstractos.

Él se encogió de hombros.

—Me parece bien. Ponte en contacto con ella. Tengo un cuadro listo para vender.

—Ay, Dios. Se va a entusiasmar —le dije a Dane emocionada.

Mi felicidad levantó el vuelo al pensar en contarle a Stephanie que Dane Walker iba a exhibir una pieza en su joven galería. Se había dejado el trasero trabajando, pero era una empresa difícil hacerse hueco en el mundo del arte en Nueva York. Los artistas querían las galerías más prestigiosas y Steph no estaba a la altura por el momento.

—Como he dicho, me da igual —gruñó.

—¿Qué es lo que te importa? —inquirí—. No quiero fastidiar este trabajo.

—No tengo ni idea de qué darte para ocupar tu tiempo —respondió bruscamente—. Nunca he tenido asistente. Lo hago todo solo.

—¿Por qué?

—Porque lo prefiero así —dijo en tono contrariado—. Vamos a quitarnos de encima este tema. Así podrás dejar de fingir que no ves mi cara destrozada. Tengo cicatrices que la gente no quiere ver. Lo sé e intento mantenerme alejado del ojo público. Por eso vivo aquí.

Yo lo miré boquiabierto con incredulidad. Abrí la boca y volví a cerrarla. ¿De verdad pensaba que sus cicatrices eran tan antiestéticas que tenía que ocultarse de todo el mundo?

—Tiene cicatrices —contesté con cautela—. Pero no son tan terribles.

Dane resopló.

—Son asquerosas. Seamos francos. Mi cara no es nada que nadie quiera ver.

Yo me sentí triste al verlo burlarse de sí mismo. Dane había necesitado una enorme fuerza de carácter para sobrevivir y prosperar después de su accidente. Había experimentado mucha pérdida a una edad muy temprana. Sin embargo, había creado cuadros magníficos que habían ascendido como la pólvora en el mundo del arte.

—Yo quiero verlas. No creo que tenga el rostro tan destrozado —dije, preguntándome qué opinaría de mi comentario una vez que yo lo hubiese soltado. No es que quisiera ver las marcas que le habían causado tanto dolor en el pasado. Pero estas lo hacían aún más único. ¿Cómo podía mirar nadie a Dane y no ver una fuerza tremenda?—. Debe de haber sido difícil lidiar con todo con tanta valentía cuando estaba malherido y perdió a su padre tan joven.

Él dejó escapar una risa ahogada sin humor.

—¿Valiente? ¿Crees que soy valiente? —inquirió—. Soy un maldito cobarde. No fue difícil comprarme una isla privada porque nací rico. Lo único que tenía que hacer era mantenerme alejado de la gente.

—Eso es fácil decirlo —comenté yo—. La soledad basta para volver loca a una persona. Así que, sí, creo que tienes mucho coraje. La mayoría de la gente querría a alguien con quien hablar de lo sucedido. Querría que la cuidaran.

Con la riqueza de Dane, podría haber contratado a un montón de empleados para que estuvieran a su entera disposición. Obviamente, no había lidiado así con sus lesiones en absoluto.

—No hablo de ello —espetó—. ¿Para qué? Es lo que es. No puedo cambiar el pasado.

Me puse en pie, a sabiendas de que probablemente estaba pasándome de la raya. Veía lo tenso que estaba y no quería seguir intentando convencerlo de que se equivocaba. Nadie sabía mejor que yo cómo era sentirse rechazado y fuera de la norma.

—No a todo el mundo le importan tu dinero o tu aspecto —dije mientras caminaba lentamente hacia la puerta—. Creo que simplemente has conocido a demasiada gente a la que sí le importa.

Evidentemente, él había tenido malas experiencias después del accidente. Su instinto de autoprotección era bastante fuerte.

Dane me fulminó con la mirada mientras me volvía para salir del despacho.

—¿De verdad? ¿Qué sabrás tú de no ser atractiva? Eres jodidamente guapa. Podrías haber sido modelo perfectamente.

Sus palabras me hicieron encogerme visiblemente y empezó a retorcerse el estómago.

—Eso no significa que mi vida haya sido fácil —defendí.

—Al menos tú no tienes que esconderte en esta maldita isla. Elegiste estar aquí.

Yo asentí.

—Lo hice. Pero ¿no lo elegiste tú también?

Ahí, él se quedó atascado. Yo lo notaba. Por alguna razón, él parecía creer que tenía que aislarse.

—Supongo que sí —reconoció con voz ronca.

—Nadie te mantiene prisionero aquí excepto tú mismo —lo informé mientras salía del despacho y cerraba la puerta tras de mí.

Sentía su dolor y quería asegurarle de que era mucho más que un cuerpo y un rostro. Ciertamente, tenía un cuerpo increíble y era atractivo, pero su talento y su compasión eran las cosas más notables de Dane.

Él me había creído cuando nadie más lo hizo. Aparentemente, no iba a echarme de su casa sin dejarme intentar hacer el trabajo para el que había sido contratada. Creaba arte y conmovía a la gente en su fuero más interno.

Suspiré y volví arriba a paso lento. Algún día, si pudiera dejar de esconderme y huir yo misma, quizás pudiera seguir mi propio consejo y no sentirme prisionera. Era difícil decirle a alguien que se equivocaba cuando yo misma no estaba siguiendo esas reglas.



CAPÍTULO 8

Dane

HACE CINCO AÑOS...

—No. No. No. Tienes que sentir tu arte, chico —me dijo Carlo—. No estás sintiéndolo.

Carlo Benning podía ser uno de los artistas más respetados de su tiempo, pero en ese preciso instante, quería darle la espalda a mi lienzo y darle una paliza. Lo único que me había impedido intentar golpear al pintor era mi respeto hacia él.

—Estoy sintiéndolo —gruñí.

Carlo estaba haciendo una larga estancia en la isla, enseñándome a mejorar mi arte. Ciertamente, su visita me había costado muchísimo dinero, pero me gustaba pensar que nos habíamos hecho amigos durante los últimos meses.

—El sentimiento no está ahí —protestó él—. ¿Qué sientes cuando pintas?

Yo me encogí de hombros. Ya habíamos pasado por esa rutina antes.

—Siento que estoy intentando hacer una buena pieza.

—No es suficiente —respondió él—. Lo que sientes tiene que proyectarse en el lienzo.

Lo que sentía, lo que siempre sentía, era soledad. Una oscuridad permanente parecía haberse afincado en mi alma.

—Oscuridad. Siento oscuridad —reconocí.

El artista hizo un aspavento hacia el caballete en el que trabajaba yo.

—Miedo. Oscuridad. Desesperanza. Sea lo que sea lo que estés experimentando, puede volcarse en tu arte. Cuando lo consigas, tendrás éxito, chico. Tienes un talento en bruto, pero careces de emociones.

Yo quería decirle que no era un chico. Distaba mucho de serlo. Era un tipo que había crecido bastante rápido. Tenía emociones, pero la mayor parte de ellas eran tan retorcidas que no las comprendía y apenas podía reflejarlas en mi obra.

Me giré y miré mi cuadro. Sabía lo que quería reflejar, pero Carlo tenía razón. Por ahora, no veía lo que quería. El problema era que no estaba seguro de cómo plasmarlo en el lienzo.

Tenazmente, tomé la brocha, resuelto a encontrar la manera de comunicarme con el mundo mientras seguía dentro de mi burbuja. ¿Qué quería decir? ¿Qué quería que la gente supiera?

—No sé mucho acerca del mundo —respondí con sinceridad—. Lo único que conozco está aquí.

—Entonces háblales de tu vida en la isla. Las emociones son universales, chico. Todo el mundo siente el mismo dolor, la misma oscuridad, la misma alegría.

Miré mi pintura con el ceño fruncido, dándome cuenta de que no decía casi nada de nada importante. Tal vez Carlo tuviera razón. Quizás mis emociones en el lienzo pudieran ser mi conexión con el mundo exterior.

Tras unas cuantas pinceladas audaces con la brocha, sopesé el hecho de que mi mentor se marchaba al día siguiente. Tenía que poner las cosas en orden ahora. Sí, podía traer a otro artista al que admirase a la isla con la promesa de pagar por su enseñanza particular. Y probablemente lo haría. Tenía mucho que aprender. Pero, aunque Carlo me volvía un poco loco, había sido agradable tener a otra persona por allí.

«Estoy bien solo. Me acostumbraré», me dije. Dejé que esas palabras familiares calaran en mi corazón. Quizás, algún día, las creería.



CAPÍTULO 9

Kenzie

—Buenos días, Sr. Walker. —Saludé a mi nuevo jefe con mucho más optimismo del que sentía en realidad. Me acerqué a su mesa y dejé una taza de café sobre ella. Solo. Sin leche ni azúcar. Theo había pasado por allí mientras yo preparaba un café y me dijo cómo le gustaba a Dane.

No podía creerme que funcionara sin su cafeína. Yo era completamente adicta y lo primero que hacía cada mañana era engullir tanto como podía. Por supuesto, era posible que mi consumo de café tuviera algo que ver con mi absoluta falta de sueño. Por primera vez, me sentía descansada. Había dormido ocho horas aquella noche y me desperté sintiendo la cabeza despejada.

—Gracias —respondió él, que sonaba distraído mientras se concentraba en su pantalla de ordenador.

—De nada —contesté, sentándome frente a su escritorio con mi propia taza llena y un cuaderno en la mano.

Planeaba tomar notas de lo que quería que hiciera y empezar con el trabajo que tuviera pendiente.

—Puedes marcharte —comentó distraídamente.

«¡Ah, no! ¡No vas a despacharme por segunda vez!», pensé resuelta.

—Quería pedirle una lista de instrucciones —dije—. Ayudaría que pudiéramos reunirnos cada mañana.

Me coloqué el vestido de algodón alrededor de las piernas. Como a Dane no parecía gustarle mucho el atuendo formal, me había puesto un vestido azul y blanco informal con unas sandalias cómodas. El día anterior llevaba uno de los dos conjuntos profesionales que tenía.

Finalmente, él levantó la mirada del ordenador y me entregó un sobre.

—Toma —dijo en tono gruñón.

Yo lo tomé, esperando que fuera una lista de las cosas que quería. Sería mucho más fácil para mí saber qué esperaba.

—¿Qué es esto? —inquirí mientras sacaba el contenido del sobre.

—Un cheque —respondió en tono brusco.

—¿Para qué? Todavía no he hecho nada.

—Es un adelanto de tu sueldo. Ninguna mujer debería andar sin un poco de efectivo.

Miré el cheque y después a él, que ya había vuelto a su pantalla de ordenador. Me había dado el equivalente a varios meses de sueldo y me conmovió que hubiera pensado siquiera en el hecho de que yo no tenía dinero. Me sentí dividida entre la gratitud y la vergüenza.

—Pero me contrataron sus hermanos —le informé amablemente.

—Ahora eres mía —respondió con voz grave.

Dejé que sus palabras calaran en mi conciencia. Por alguna razón, me hicieron sentir cálida y segura. No importaba que Dane solo quisiera decir que iba a trabajar directamente para él. Aun así, saboreé las palabras acerca de pertenecer a algún lugar. Era una sensación que no había experimentado demasiado en mi vida.

—Gracias —dije con cortesía—. Eso es muy amable.

—Créeme, rara vez soy amable —respondió con voz gutural.

Yo ignoré su autodesprecio. Había sido amable conmigo, así que ni por un minuto creí que el hombre no tuviera un corazón decente. Tal vez estuviera bien escondido, pero estaba ahí.

—Quizás Theo podría llevarme a Nassau alguna vez —dije dubitativa, sin saber qué sentiría Dane acerca de que yo saliera de la isla—. Me vendría bien un poco de ropa.

Todo lo que tenía eran saldos de las tiendas de segunda mano. Se me daba bien sacar algo de la nada.

—Pagaré tu ropa —se ofreció sin dejar de teclear en el ordenador—. No es como si hubieras pedido verte atrapada en un clima tropical.

—No, estoy bien —balbucí, sorprendida de que hubiera hecho una oferta tan generosa. No me quería allí y ahora se ofrecía a costearlo todo, desde mi falta de efectivo hasta mi armario.

—No es gran cosa.

Sí, de hecho, para mí si lo era. Aparte de Paige, nadie se había ofrecido a hacer nada agradable por mí desde hacía años.

—El cheque está bien. Trabajaré duro para ganármelo —le dije tomándome en serio cada una de mis palabras.

Era evidente que Dane había decidido darme una oportunidad y yo no pensaba dar por hecha la prueba.

—Creo que deberías tomarte unos días libres —sugirió él—. Duerme. Come. Tienes aspecto cansado y estás demasiado delgada. Estás en el entorno perfecto para relajarte un poco.

—Estoy aquí para trabajar —protesté—. Si me dices cuál es mi horario de trabajo, puedo relajarme en mi tiempo libre. Dime qué me está permitido hacer. ¿Puedo usar la piscina?

El se encogió de hombros.

—Por supuesto. Tus horas de trabajo pueden ser de diez de la mañana al mediodía.

Yo me eché a reír, esperando que fuera una broma.

—Estaba pensando en algo más parecido a un horario de nueve a cinco.

—De nueve a dos —dijo enérgicamente.

—Dane, eso es...

—Si sigues hablando, te despido. —Finalmente, alzó la vista de su pantalla para lanzarme una mirada de advertencia—. Yo trabajo por la mañana, hasta primera hora de la tarde. Suelo trabajar en la contabilidad temprano. Aprendí yo solo a descifrar los riesgos y beneficios de las inversiones. Luego, invierto en las empresas que me gustan. Después de eso, aprovecho la luz

tardía de la mañana y de primera hora de la tarde para pintar en mi estudio. No trabajo hasta muy tarde. Me voy a la playa a surfear o a bucear.

—¿Puedo usar su estudio después del trabajo? —pregunté sin aliento.

—¿Pintas? —preguntó.

Yo asentí.

—No soy muy buena, pero es una afición que me apasiona.

—¿Cómo sabes que tu trabajo no es bueno? Es bueno si te sientes mejor después de liberar tus emociones en el lienzo. No hay una manera correcta o incorrecta de expresarse.

—Dice el hombre que gana más de un millón por pieza —respondí yo con una sonrisa—. No es que no se lo merezca. Admiro su obra desde hace varios años.

—Me formaron algunos de los mejores —dijo despreocupadamente—. No pude ir a la universidad, pero traje aquí, a la isla, a los artistas a quienes más admiraba para estudiar con ellos. Todos empezamos en algún sitio. Es una progresión interminable. Como artistas, nunca sentimos que tenemos suficientes habilidades, razón por la que seguimos intentándolo.

Me sentí bien cuando me incluyó en el gremio de artistas, aunque no tuviera el talento suficiente como para merecerlo.

—Mi primer amor es la alfarería. Pinto y esbozo, pero prefiero hacer cosas prácticas.

—Pues sigue haciéndolo —sugirió, suavizando su mirada oscura mientras me alentaba.

—No es tan sencillo. El equipo cuesta dinero. Pero algún día volveré a hacerlo.

—Estoy seguro de que lo harás —coincidió.

Nerviosa, volví la atención a mi cuaderno.

—Bueno, dígame qué obligaciones puedo quitarle de los hombros.

—Sinceramente, no estoy tan ocupado —dijo renuente.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí? —pregunté confusa.

—No fui a Denver durante las vacaciones el año pasado. Les conté a mis hermanos que era porque estaba muy ocupado —dijo.

—Pero ¿en realidad no lo está? —pregunté, empezando a comprender por qué había tanta mala comunicación entre los hermanos.

Dane tenía cosas que no compartía con sus hermanos.

—Tengo muchas piezas que quiero terminar, pero no me corre prisa. No hago piezas por encargo. Le doy las cosas con las que estoy satisfecho a galerías cuando las termino.

—Lo sé. Las galerías detestan eso —confirmé con una sonrisa.

Nadie sabía cuándo iba a recibir un cuadro de Dane Walker y eso solía volver loco a mi jefe.

—Que se jodan —dijo—. No les mando mi trabajo por dinero. ¿Te has puesto en contacto ya con tu antiguo jefe?

—Todavía no —contesté—. Pero será lo primero de la lista. —Dejé el café en su escritorio y lo anoté; después volví a mirar a Dane—. ¿Qué más?

—Podrías encargarte de la comunicación con las galerías con las que trabajo. Ponte en contacto con tu amiga y hazle saber que puede ocupar el lugar de Maxfield. Estoy seguro de que agradecerán una voz mucho más bonita que la mía —caviló.

—De acuerdo —dije encantada.

Me puso al día de las piezas que quería exhibir y tomé copiosas notas. Después habló de lo que pensaba hacer en el futuro y yo tomé aún más notas.

Cuando terminamos, por fin pregunté:

—¿Por qué mintió a su familia?

Él guardó silencio, fulminándome desde su asiento detrás del escritorio.

—Eso es demasiado personal —me advirtió.

—Por eso soy su asistente personal —dije con humor en la voz.

—No siempre voy a decirte lo que estoy pensando. No estoy acostumbrado a sincerarme, excepto cuando pinto —me informó con un deje de sufrimiento en la voz.

—No le pido que haga eso. Pero, para serle de utilidad, necesito entender algunas cosas.

Él calló un instante, con aspecto de sopesar mis palabras. Tras un silencio tenso, dijo:

—No me apetecía ir. Trace y Sebastian tienen pareja y son felices ahora. Nadie necesita que le agüe la fiesta.

«Dios, Dane suena como yo», pensé. Sentía exactamente lo mismo acerca de imponer mi presencia a cualquiera que fuera feliz.

—Lo querían allí —protesté yo—. Paige estaba muy ilusionada por conocerlo.

—Ya será otra vez —musitó él.

—Pensaba que le gustaba Eva —dije.

—Me gusta —me tranquilizó él—. Simplemente es... incómodo.

—¿Porque ahora son pareja? —Yo entendía lo que decía. Era incómodo cuando alguien de tu entorno estaba con alguien y tú, no. Había pasado por eso yo misma.

—No lo sé —respondió secamente—. Simplemente no me apetecía ir.

Evidentemente, se trataba de un caso grave de ansiedad ante las fiestas, o tal vez el aislamiento constante empezaba a hacer mella en él.

—Lo entiendo. De verdad —me conmisaré.

Volví a mi objetivo, tanteando las obligaciones de las que podía encargarme. Aunque no estaba abrumado, definitivamente le venía bien un asistente personal, y yo estaba decidida a hacerle la vida más fácil lo mejor que pudiera.

—Gracias —le dije levantándome de la silla finalmente—. ¿Dónde voy a trabajar?

Él señaló una puerta al otro lado de su despacho.

—Hay un despacho pequeño anexo. Estaba casi seguro de que nunca lo utilizaría, pero hice que los constructores lo incluyeran de todos modos.

La puerta estaba oculta tras una planta descomunal y no la vi hasta que avancé más allá de su mesa. Re coloqué la inmensa planta y abrí la puerta de un empujón.

—Madre mía —musité en una reacción instintiva al ver la sala.

El despacho de Dane era muy masculino y, en comparación, este espacio era muy femenino. Era claro y luminoso, y las puertas que llevaban al exterior me daban una vista impresionante de la playa.

—Servirá, ¿verdad? —gruñó desde detrás de mí.

Eché un vistazo a la mesa y silla blancas, pensado que probablemente era el ambiente más relajante donde había tenido el privilegio de trabajar.

Evidentemente, el despacho era un anexo en caso de que se casara, así que tuve la esperanza de que no fuera un completo cínico. El espacio estaba construido con una mujer en mente.

—¿Quién pintó el cuadro? —grazné, maravillada por el paisaje marino que ocupaba gran parte de una pared.

—Yo. —Dane se había levantado de su silla y estaba justo detrás de mí.

La poderosa acuarela no se parecía en nada al trabajo habitual de Dane. Él no pintaba acuarelas. Y, decididamente, no hacía arte caprichoso. Pero la obra era ambas cosas y mucho más. La miré fijamente, aún fascinada por la imagen potente e hipnotizante.

—Es precioso —musité, consciente de que las palabras no bastaban para describirla.

—No es uno de los mejores —murmuró él—. Pero estaba de humor para hacer algo... diferente.

—Funcionó —respondí con un susurro ronco—. Decididamente, funcionó.

—Me alegro de que te guste. Que pases buen día. Voy a salir al estudio pronto.

—De acuerdo —acepté distraídamente, sin dejar de mirar fijamente la pieza en la pared—. Me pondré a trabajar.

La puerta se cerró sin ruido detrás de mí, indicando que Dane había salido del despacho. Tuve que obligarme a sentarme al escritorio y dejar de mirar boquiabierto la atípica obra en la pared.

Cierto, la acuarela no era la obra distintiva de Dane. Pintaba poderosos óleos abstractos que generalmente provocaban una reacción instintiva en el espectador. La acuarela era sutil, pero no menos bonita, de un modo completamente diferente. No era menos poderosa que sus cuadros abstractos. La pintura oscura e intensa me golpeó de lleno.

Miré mis notas, intentando retomar el hilo. Entonces, sin poder evitarlo, me levanté y coloqué el escritorio hasta que lo único que tenía que hacer era girar la cabeza para ver la pintura de Dane. Satisfecha, tomé el teléfono para llamar a mi antiguo jefe y hacerle saber que no volvería a recibir ningún cuadro de Dane. Fue la llamada telefónica más gratificante y empoderadora que había hecho en toda mi vida.



CAPÍTULO 10

Dane

HACE CUATRO AÑOS...

—Creo que se nos echa encima una buena tormenta, Picasso —farfullé a mi perro mientras le rascaba las orejas distraídamente. Estaba sentado en la playa con el chucho, viendo el oleaje furioso batiendo la arena. Por ahora, solo era una tormenta tropical. Algo que había aprendido acerca de vivir en una isla del Caribe era que siempre tenía que estar atento al programa del tiempo. Aunque no era como si estuviera en peligro.

Tenía un refugio antitormenta de última generación bajo tierra y era casi tan grande como mi residencia. Hasta ahora, me había enfrentado a un huracán de categoría dos con comodidad. Este se había intensificado rápidamente y yo no había tenido oportunidad de evacuar. Pero no era estúpido. Si tenía que salir de la isla por una tormenta monstruosa, lo haría.

Era un asco que mi siguiente profesor, un artista de acuarela de un talento increíble, no fuera a llegar aquel día al cayo. Había estado impaciente por hablar con alguien más que con mi perro. Pero no iba a ocurrir. Se retrasaría hasta que mejorase el tiempo. El agua era hipnotizante y de repente deseé tener la habilidad de inmortalizarla sobre el lienzo.

Los paisajes marinos no eran algo que yo soliera pintar. Bueno, hasta ahora al menos. «¿Y si no puedo hacer algo diferente? Siento la volatilidad del océano. ¿No podría capturarla con la brocha?», me pregunté.

Nada, absolutamente nada, me impedía aprender distintos tipos de arte. Tal vez fueran pocas las ocasiones en las que me apetecía pintar en distintos medios, pero podía hacerlo como pasatiempo. De sobra sabía que lo único que tenía era tiempo.

Ya había pensado eso antes, razón por la que iba a intentar aprender una nueva forma de hacer imágenes en acuarela. Tal vez no lo sintiera a menudo, pero sería agradable aprender algo distinto.

Me levanté de mi sitio en la arena y le indiqué a Picasso que me siguiera. Empezaba a sentir la fuerza de la tormenta, lo cual significaba que tenía que llevar mi trasero, y el de mi perro, bajo tierra. Con un poco de suerte, no estaría confinado durante mucho tiempo. Theo y Emilee estaban refugiándose con su familia, así que ni siquiera sentiría la presencia de nadie durante, al menos, varios días. «Estoy bien solo. Me acostumbraré», me repetí. Ahora, esas palabras se me pasaban por la cabeza automáticamente. Estaba casi seguro de que empezaba a creérmelas.



CAPÍTULO 11

Dane

EN EL PRESENTE...

—¡Joder! No puedo concentrarme —dije disgustado, dejando caer la brocha junto a la pintura en la que estaba trabajando. No podía volcar mis emociones en la obra cuando lo único que quería hacer era ir a buscar a la preciosa rubia que trabajaba para mí. Prácticamente, lo único que conseguía sentir ahora mismo era lujuria y no tenía ni idea de cómo plasmar eso en un lienzo. Empecé a recoger, resignado a renunciar por hoy.

Kenzie llevaba en la isla una semana y había conseguido hacer de mi mundo un maldito caos. Cuando me levantaba por la mañana, tenía ganas de verla al bajar. La mayoría de las veces, tenía el desayuno preparado y había hecho café. Aunque no era algo que yo le pidiera, lo hacía de todas maneras porque le gustaba comer. Y yo estaba encantado de compartirlo. Cocinaba fatal y era agradable tener un desayuno caliente. Habíamos empezado a almorzar juntos y era increíblemente acogedor. Kenzie era ingeniosa, inteligente y divertida. Por desgracia para mí, también era despampanante y olía a coco con un toque a flores después de una buena tormenta. No era el olor cargado de un perfume intenso. No. Su fragancia era dulce, pero ligera. Un aroma al que podía acostumbrarme a necesitar oler todos los días.

«¡Tengo que dejar de anhelar su presencia!», me dije. Ya era adicto a ella y la dulzura seductora que formaba parte de su personalidad. Cierto, en ocasiones podía ser obstinada o descarada, pero estaba acostumbrándome. Para ser fiel a la verdad, admitiría que en realidad me gustaba eso de ella.

Kenzie me trataba como trataría a cualquiera y nunca parecía darse cuenta del hecho de que no era perfecto. Su simpatía era encantadora y no me gustaba carecer de algún tipo de arma. Era imposible que fuera cruel con ella. Bueno, no conscientemente. Quería guardar las distancias, pero

no podía. No del todo. Simplemente, se había abierto camino hasta mi vida cuando yo no estaba mirando.

«En el desayuno. En el horario de oficina. En la cena», pensé. Por si no fuera bastante, me preguntaba qué estaba haciendo constantemente. Aunque no había querido una asistente, me había quitado gran cantidad de trabajo que yo no me había dado cuenta de que me quitaba mucho tiempo. Probablemente porque quería que me mantuviera ocupado.

Ahora tenía más tiempo para ir a la playa o caminar por la isla. Algunas de las cosas donde había bajado el ritmo volvían a ser factibles. Demonios, incluso me había convencido de que le enseñara algunas habilidades necesarias para ser actuario y aprendió increíblemente rápido.

«¡Más! Quiero más», pensé. Ella no había visto la isla y, aunque nos habíamos puesto de acuerdo en cuanto al horario de trabajo, pasaba más tiempo en el despacho de lo que habíamos acordado. «Necesita un descanso. Necesita comer mejor. Necesita más placer en su vida. Me necesita a mí...», me dije. De acuerdo, puede que no me necesitara a mí realmente, pero me gustaba pensar que sí. Podía mostrarle la isla. Podía mostrarle la playa. Podía enseñarle todo lo que no sabía ya. Empuñé la brocha que estaba limpiando, intentando no pensar en el hecho de que lo que más deseaba era verla en mi puñetera cama. «Desnuda. Gimiendo. Suplicando que le haga venirse y gritando cuando lo haga», fantaseé.

—¡Joder! —Tenía el pene duro como el hierro y estar alrededor de Kenzie me volvía loco de remate—. ¿Por qué tenía que sentirme atraído por ella? —musité irritado.

En realidad, desearla probablemente había sido inevitable. Mi necesidad de joder con ella había sido rápida e inmediata, y se hacía más fuerte cada día que pasaba en su compañía.

Decididamente, era una mujer digna de admiración. Kenzie había trabajado duro solo para mantenerse a flote porque no había tenido oportunidad de ir a la universidad. Había asistido a unas cuantas clases de arte, pero principalmente por diversión. Igual que yo, era prácticamente autodidacta en todo en lo que destacaba, y las cosas no habían sido ni remotamente tan fáciles para ella sola como lo habían sido para mí.

Yo no tenía ni idea de cómo era ser pobre. Solo podía imaginar lo dura que había sido su vida. Yo era asquerosamente rico desde el día en que nací. Pero ella llevaba trabajando como loca desde que era lo bastante mayor para conducir, y eso tenía que haberla desgastado. Pero, si así era, Kenzie no daba muestras de ello. Todos los días, era positiva y alegre, algo a lo que yo no estaba acostumbrado exactamente, pero que no me resultaba totalmente desagradable. Aunque no sabía exactamente cómo manejar a alguien como ella. Las mujeres a las que había conocido eran privilegiadas, igual que yo, o eran expertas en conseguir el dinero que querían mediante la manipulación.

Pero Kenzie no era así. Parecía contenta trabajando para mí y pasando tiempo en mi isla. Por ahora, no parecía aburrida, aunque tal vez llegara a sentirse así si no dejaba de trabajar constantemente. Quería darle todo lo que nunca había tenido, pero sabía que no lo tomaría sin más como todas las demás mujeres que había conocido. Ella era... diferente, pero no en el mal sentido.

—Me gusta —reconocí para mí mismo, la afirmación resonando en mi estudio. Ese era el problema. Me gustaba y eso me ponía en una situación tremenda. Cuanto más me gustaba, más la deseaba. Sinceramente, esperaba que dejara de gustarme tanto. Se me estaban poniendo las pelotas tan azules como el océano del deseo. «No puedo joder con ella», pensé. No solo temía que se fuera, sino que me preocupaba que se echara para atrás al verme. Sí, parecía totalmente despreocupada con mi aspecto, pero eso no significaba que me quisiera encima.

Por algún motivo, ni siquiera podía intentar ofrecerle un trato de dinero a cambio de sexo. Primero, porque sabía que ella no vendería su cuerpo. Segundo, porque yo no quería comprarlo. Quería que ella estuviera dispuesta y con ganas, y esa idea era una fantasía absoluta. ¿Una mujer preciosa como ella desearía a alguien como yo? No. Imposible. No parecía importar cuánto me repitiera que Kenzie solo era una empleada. Mi pene pensaba lo contrario.

Terminé de limpiar mi espacio de trabajo y después salí de mi estudio, terriblemente inquieto por ser incapaz de concentrarme en mi obra. Librarme de la tentación era imposible. Lo supe desde el momento en que me echó la bronca por no cumplir mis promesas de querer ayudarla. Simplemente no estaba muy seguro de cómo hacerlo manteniendo la cordura.

Caminé hasta la casa, diciéndome que no iba a permitirme ir al despacho porque tenía la certeza de que Kenzie seguía allí. Como era de esperar, mi trasero fue directo al despacho de mi casa, como si ella fuera un faro de referencia y yo un maldito barco a la deriva. Abrí la puerta de su despacho de un empujón, y no me sorprendió ver su precioso trasero en la silla, la mirada atenta al ordenador mientras clicaba el ratón.

—¿Kenzie? —dije.

Ella se sorprendió y levantó la mirada en cuanto se percató de que estaba en el despacho.

—¿Sí, Sr. Walker?

Sus bonitos ojos se dirigieron hacia mí con intensidad, lo cual me hizo tragar un nudo en la garganta, como si fuera un adolescente salido que había sido pillado mirándola.

—Iba a ir a la piscina un rato. ¿Te apetece venir conmigo?

«¡Joder! ¿Por qué demonios he dicho eso?», pensé.

La culpabilidad me atravesó el sistema como un cohete disparado cuando vi iluminarse su rostro. No le había ofrecido compartir actividades reales conmigo porque tenía miedo de terminar arrodillado y suplicándole que pusiera fin a mi agonía.

—Solo es la una y cuarto —dijo mientras mordisqueaba un lápiz que había tomado de la mesa.

«Ay, mierda», me dije. Ahora fantasearía sobre dónde podría estar esa boca exquisita en ese preciso instante.

—No importa. Voy a terminar por hoy. Deja el ordenador. Llevas bastante tiempo con esto.

—Yo...

—No discutas —exigí—. Ve a ponerte el bañador y te veré en la piscina.

Kenzie había trabajado duro desde su primer día entero en la isla. Si empezaba una tarea, encontraba otra de la que podía ocuparse. Poco a poco, estaba facilitándose la vida. Quizás, demasiado. Además del arte, tenía muy poco para evitar pensar en ella todo el puñetero día.

—Si está seguro de que está bien —dijo ella con anhelo.

—Está bien. Te lo he preguntado yo, ¿no?

—Sí —dijo levantándose—. Lo ha hecho. Y no voy a rechazarlo.

Decididamente, me rechazaría si supiera lo que quería hacer en realidad. Porque quería acostarme con ella. Desesperadamente, de hecho.

—Ve —contesté, ansioso por ir a la piscina para distraerme. Por supuesto, eso no iba a funcionar muy bien si me llevaba mi mayor tentación a darse un chapuzón.

«¡Soy tonto!», pensé.

—De acuerdo. Solo tardaré un minuto —dijo mientras se apresuraba, presumiblemente para cambiarse de ropa.

—Estoy jodido —dije en voz alta cuando hubo salido del despacho. Pero también me sentía aliviado de que hubiera accedido a venir. Mientras deambulaba hacia el exterior, tuve que

preguntarme por qué no estaba muy disgustado conmigo mismo por haberle hecho la propuesta a Kenzie.



CAPÍTULO 12

Dane

HACE TRES AÑOS...

—Joder, desearía que no tuvieras que volver —me dijo Trace mientras nos preparábamos para separarnos en el aeropuerto de Denver. Mi avión privado esperaba; por fin había hecho construir un aeropuerto completo en la isla con espacio suficiente para aterrizar con mis aeronaves y almacenarlas.

Sabía que mi hermano decía la verdad. Probablemente quería que me quedara allí, pero era imposible que eso sucediera. Las vacaciones habían sido agradables aquel año. Ya hacía más de un año desde mi última cirugía y no había vendas a la vista. Por supuesto, me había asegurado de que Theo y Emilee hicieran mis compras navideñas, al igual que en los años anteriores desde que me topé con aquella niña asustada en el centro comercial.

Quería decirle a Trace que siempre podía venir a visitarme a las Bahamas. Tenía suficiente espacio. Pero las palabras no salieron de mi boca. Mi hermano mayor tenía una vida ajetreada allí, en Denver, y Sebastian estaba empezando a no hacer nada excepto pasarse el tiempo de fiesta. Yo no estaba ocupado como Trace. No estaba intentando dirigir un negocio internacional. Y el estilo de vida fiestero de Sebastian no me interesaba. Pero, caramba. Seguía queriendo ver a mis hermanos más a menudo. Vivir solo en Cayo Walker estaba haciéndome enloquecer poco a poco.

«¡Dilo! Dile que quieres verlo más a menudo», me insté.

—Sí, a mí también me gustaría poder quedarme un poco más. —Las palabras salieron de mi boca automáticamente.

—No seas un extraño —gruñó Trace mientras me estrujaba con un abrazo de oso. Yo le devolví el abrazo levemente mientras respondía:

—No lo seré —respondí. «Lo seré. Sé que lo seré», pensé.

—Lámame cuando llegues a la isla —insistió, dando un paso atrás para que pudiera marcharme. Sebastian se había marchado el día anterior, así que no quedaba mucho que decir, excepto adiós. Levanté la mano mientras caminaba hacia mi avión, obligándome a no volver la vista atrás. Mis hermanos tenían su vida y yo tenía la mía. No tenían nada que ver. «Estoy bien solo. Me acostumbraré», me dije.

Me sacudí la despedida con un movimiento de hombros en cuanto embarqué en el avión. Parecía que finalmente estaba teniendo éxito convenciéndome de que mi mantra era la verdad. Algún día, aceptaría mi soledad. Solo esperaba que ese día llegara pronto.



CAPÍTULO 13

Kenzie

EN EL PRESENTE...

Cuando vives en la misma casa que otra persona, llega un momento en que ocultar algunas de tus vulnerabilidades resultaba prácticamente imposible.

—Ha llegado la hora —me dije con nerviosismo.

Sabía, desde el primer día que llegué al cayo a trabajar, que Dane llegaría a conocer a mi verdadero yo tarde o temprano. Vivir en el mismo hogar era personal y yo no podía estar en guardia a cada momento del día.

Di la espalda al espejo que había estado utilizando y fui al armario a tomar una camisola informal. Me la puse sobre mi bañador de cuerpo entero, a sabiendas de que ocultaba muy poco porque era clara y casi transparente. Ya no quería seguir ocultándome, pero me aterrorizaba mostrarle a Dane quién era bajo la fachada. Si había alguien que pudiera comprender por qué me ocultaba, Dane lo haría.

No podía decir que nunca volvería a tener que huir en el futuro, pero eso era otro tema. Este problema en realidad no era nada importante. O eso era lo que me decía a mí misma. Si no quería mirarme, entonces podría volver a ser una asistente que no hacía nada más que trabajar cuando el jefe andaba cerca.

Para ser sincera, quería desesperadamente convertir la isla en un lugar donde pudiera ser yo misma, y eso no iba a producirse sin correr un gran riesgo. Estaba cansada de tener miedo y estar en aquel lugar apacible me hacía desear que las cosas fueran distintas para mí.

—¡Ahí va! —musité para mí misma al abrir la puerta y tomar las escaleras a la planta baja de la casa. Entré en la zona de la piscina antes de poder detenerme, dar media vuelta y volver a mi dormitorio.

—Ya era hora —farfulló Dane desde el centro de la piscina—. Creía que te habías echado atrás.

—No lo hice —contesté desde el bordillo. Me quité la camisola y la dejé caer sobre una tumbona.

—¿Es honda? —pregunté.

—Ese lado no cubre. No te tires desde ahí —me advirtió mientras avanzaba fácilmente por el agua más profunda.

«No mires atrás, Kenzie. Solo salta», pensé. Di un salto de fe, una de las cosas más difíciles que había hecho en mi vida, porque no confiaba en nadie, y me zambullí en el agua. La piscina estaba caliente, pero el choque del agua me cortó la respiración de todas maneras. Reemergí cerca de Dane y me aparté el pelo empapado de la cara.

—Ay, Dios. Está más fría de lo que pensaba —dije sin aliento.

—No me gusta demasiado caliente —dijo él con voz grave y gutural—. Para eso tengo el *jacuzzi*.

Era verdad que tenía uno. El *spa* estaba al otro lado de la sala.

—Me gusta —reconocí—. Supongo que, simplemente, no estaba preparada.

Finalmente, volví la cabeza, alcé el mentón y miré directamente a Dane. Nos sostuvimos la mirada y la tensión en el aire se volvió prácticamente insoportable. El corazón me latía desbocado mientras observaba su expresión. Sorprendentemente, sus rasgos se tornaron en una mirada que no me había esperado.

«Está... enfadado», me percaté. No era difícil ver cómo se sentía. La furia indignada estaba ahí, en sus ojos oscuros.

—¿Qué cojones te pasó? —preguntó con voz ronca y peligrosa.

Yo me encogí de miedo cuando él avanzó en el agua y me tomó de la muñeca cuando me llevaba la mano a la cara. «Puede que esto fuera una mala idea. Quizás no debería haberme arriesgado», pensé.

—¿A qué te refieres? —pregunté confundida.

Sus fosas nasales se dilataron cuando su mirada examinó mi rostro y la parte superior de mi tronco, las únicas zonas que podía ver claramente por encima del agua hasta la cintura.

—¿Quién te hizo daño? —farfulló.

Me percaté de lo que estaba preguntándome.

—Alguien a quien no conocía.

—Mataré a ese cabrón —dijo con una sincera expresión de rabia.

—Fue hace años —reconocí yo, la mirada pegada al rostro de Dane. Él me soltó la muñeca y llevó una mano a mi cara. Trazó la larga marca en mi mejilla y después la cicatriz en el lado opuesto de mi rostro. El tiempo pasó a cámara lenta a medida que la tensión entre nosotros se intensificaba cada vez más. Mi cuerpo vibraba de tensión, esperando a ver si Dane me aceptaría tal cual era. Era la primera vez que me tocaba y el simple roce de su mano en mi piel hizo que me diera un vuelco el corazón.

—Cuéntamelo —exigió mientras seguía trazando las cicatrices de mi rostro como si aún fueran recientes y dolorosas.

Yo di una bocanada trémula y la solté lentamente antes de empezar a hablar.

—Fui a California cuando tenía dieciocho años a hacer una entrevista para un trabajo de modelo. Había trabajado como modelo durante la adolescencia, principalmente cosas pequeñas que surgían en Boston y pequeños concursos de belleza adolescente. Cosas tontas, en realidad, pero que llamaron la atención de una agencia de modelos reputada.

Se me revolvió el estómago cuando Dane siguió atravesándome con la mirada, y proseguí:

—Mis padres eran traficantes de drogas y criminales. No les importaba mucho lo que hiciera y falsifiqué sus nombres para firmar el consentimiento para seguir haciendo trabajitos de modelo cuando era más joven. De no haberlo hecho, se habrían quedado hasta el último centavo de lo que ganara, y yo tenía que comer.

Aquellos fueron años difíciles y tuve que apañármelas para conseguir los trajes y pagar las tasas. Así es como aprendí a hacer algo de donde no había nada.

—¿No te daban de comer? ¿Es que no les importabas, joder?

Yo sacudí la cabeza.

—No. Prácticamente me críe yo sola. Rara vez andaban por casa y, cuando lo estaban, era drogados o totalmente borrachos. Me gustaba más cuando no estaban allí, pero tenía que encontrar la manera de alimentarme y hacerme cargo de algunos gastos. En raras ocasiones pagaban las facturas.

Había sido adulta desde que tenía memoria, la niña abandonada que necesitaba ganar su propio dinero de alguna manera.

—¡Joder! ¿Dónde demonios estaban los servicios sociales? —gruñó cuando finalmente bajó la mano de mi cara para acariciar las pequeñas cicatrices de la piel de mi hombro y pecho. Yo me encogí de hombros.

—Nadie sabía lo que estaba pasando o no querían saberlo.

—Tus vecinos...

—Todos en el edificio de mi apartamento eran adictos, Dane. No les importaba una mierda lo que le ocurriera a una niña desconocida. Ni siquiera se tomaban en serio su vida.

Sus bonitos ojos oscuros disparaban fuego cuando se cruzó con los míos.

—¡Eso es una mierda! —estalló.

Yo le lancé una sonrisa triste. Alguien como Dane Walker nunca sabría lo que era vivir una infancia y adolescencia como las mías. Él había luchado contra sus propios demonios, pero no lo había hecho sin un centavo. Tampoco pensaba que él hubiera tenido las cosas más fáciles que yo. Había sufrido su propio dolor. Pero nuestras circunstancias habían sido... diferentes.

—Era una mierda —convine—. Pero me adapté. Sabía que, si tenía éxito como modelo, sería una forma de ascender en la escala social. Quería ir a la universidad y no podía hacerlo sin ganar mucho efectivo. Quería algo mejor de lo que tenía. Y si ser modelo era la única manera de salir de la vida en la pobreza, utilizaría esa vía para ahorrar dinero para la universidad.

—¿Cómo te hiciste esas cicatrices? —preguntó en tono ronco y profundo.

—En California —le dije, el cuerpo tembloroso por la caricia continua y delicada de sus dedos—. Cuando salí de Boston a California, tenía dieciocho años. Estaba agradecida de que quizás fuera la oportunidad que necesitaba. Tenía que salir de Boston y empezar a vivir mi vida. Lo único que quería era tener éxito haciendo algo por aquel entonces. Quería dejar de vivir al día. No podía permitirme las zonas más caras de Los Ángeles, así que me conformé con un estudio en una zona mucho más barata. Había vivido en barrios asquerosos toda la vida...

—Sigue hablando. Cuéntamelo todo —me instó.

—Volví bastante contenta de mi entrevista. Estaba segura de que la agencia de modelos me escogería. La entrevista había ido realmente bien. Pero, cuando llegué a mi apartamento, había dos hombres allí, totalmente colocados.

—¿Te topaste con ellos al entrar? —supuso.

Yo asentí. Era cierto. No podía contarle toda la verdad acerca de mi pasado. No ahora. Posiblemente, nunca. Pero podía compartir lo que me había ocurrido en California.

—No los vi hasta que fue demasiado tarde. Luché lo mejor que supe, pero no era rival para dos hombres con navajas.

Cerré los ojos cuando destellos del suceso se introdujeron en mi mente. La pelea. El terror abrumador. Y la certeza de que aquel día iba a morir.

—Abre los ojos, Kenzie. No dejes que los recuerdos se hagan presa de ti —exigió Dane.

Mis ojos se abrieron de golpe y de repente veía el confort de la mirada compasiva de Dane. Tragué saliva antes de decir:

—Sobreviví. Pero me quedaron las cicatrices, así que ese fue el final de mi carrera de modelo.

—¿Por qué? —musitó él—. Sigues siendo tan jodidamente guapa que no puedo dejar de mirarte.

El corazón se me encogió en el pecho, un dolor opresivo que hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

—No lo bastante guapa —respondí—. Con el tiempo, aprendí a taparme las cicatrices con maquillaje. Había aprendido mucho acerca de cubrir las imperfecciones cuando era adolescente. Pero no bastaba. La cámara seguía viendo mis defectos, especialmente por aquel entonces, cuando aún eran recientes. Las cicatrices no podían cubrirse completamente.

Solía llevar ropa que tapaba las cicatrices de mi cuerpo, pero nunca había podido volver a trabajar en el sector del modelaje.

—No son tan terribles —protestó Dane.

—Han mejorado con el tiempo —le dije yo—. Pero el mundo quiere la perfección.

—Entonces, ¿qué pasó después de California?

—Volví a la Costa Este. Era un mundo con el que estaba familiarizada. Acepté los trabajos que me ofrecían para mantenerme a flote.

—¿Y qué hay de tus padres?

—Mi madre murió mientras cumplía condena y mi padre sigue en la cárcel. Fueron responsables de matar a un tipo durante un mal negocio de drogas. Aceptaron un trato por el que se declaraban culpables y fueron a prisión. —Mis padres eran asesinos; raramente lo contaba a nadie la verdad acerca de lo que les había ocurrido. Prefería decir que ya no estaban, cosa que era así. Prefería omitir la información de que mi padre había matado a un hombre y de que seguía entre rejas.

—¿Y tus atacantes? —preguntó con voz grave y peligrosa.

—Muertos —dije sinceramente—. Allanaron otro apartamento al día siguiente para buscar dinero. El dueño los mató a ambos.

Dejé escapar un suspiro de alivio, contenta de haber confesado parte de mi pasado. Simplemente no estaba segura de cómo lo interpretaría él. Era la hija llena de cicatrices de dos asesinos convictos. ¿Cómo podía nadie procesar eso sin sospechar que yo podría ser tan mala como mis padres?

—Supongo que eso me ahorra el tiempo de tener que localizarlos —respondió con voz insatisfecha, como si estuviera decepcionado de no poder vengarse él mismo.

—Esa parte de mi vida ha terminado —le informé en voz baja—. Esperaba poder volver a empezar de nuevo aquí, en tu isla. —También esperaba no tener que volver a huir, pero elegí no mencionar aquello.

—Puedes hacerlo —dijo él en un tono más amable—. Lo que quieras es tuyo. Solo necesitas decirlo.

Mi cuerpo empezaba a gritar de deseo, pero no clamaba nada que Dane poseyera. Suplicaba que él siguiera tocándome.

—Estoy contenta aquí y ahora —confesé—. Por primera vez en mi vida, me siento realmente a salvo.

—Bien —gruñó Dane—. Vas a seguir así.

Ni una vez, desde el momento en que entré en la piscina, me había mirado Dane con nada que no fuera un instinto protector fuera de control que yo ansiaba. Pero, entre esas emociones, sentí el crepitar de una tormenta que se levantaba entre nosotros.

Me picaban los dedos por tocar la enorme cantidad de piel bronceada de su pecho. A pesar de las cicatrices que pudiera tener, Dane me parecía hermoso. Era de una belleza resistente que hacía que yo anhelara sus caricias.

—¿Vas a besarme? —susurré sin aliento.

—No debería —carraspeó mientras sus manos se posaban a cada lado de mi rostro.

La decepción inundó todo mi ser.

—Supongo que no.

Dane era multimillonario y mi empleador. Lo último que yo quería era arriesgar aquel trabajo. Ahora que me había aceptado, con cicatrices y todo, no quería dejar su isla.

Me había arriesgado a desvelar mis imperfecciones porque tenía el presentimiento de que Dane lo entendería. Su aceptación e instinto protector eran más de lo que yo había esperado.

Me miró con deseo en los ojos, una reacción totalmente inesperada. Sí, quería que él pudiera lidiar con mis defectos. Pero saber que me deseaba a pesar de mis imperfecciones era casi más de lo que podía soportar.

—Pero al carajo si no lo hago de todas maneras —me advirtió mientras levantaba mi mentón justo antes de que su boca aterrizase sobre la mía.



CAPÍTULO 14

Dane

HACE DOS AÑOS...

—Lo siento mucho Sr. Dane —me dijo Theo—. Picasso se alejó de mi Emilee cuando lo sacó a pasear. El coche lo golpeó antes de que ella pudiera hacer nada para salvarlo.

«No debería haberme ido de vacaciones este año», pensé. La pena de que mi perro potcake, Picasso, hubiera desaparecido inundó mi alma para siempre. Mi bola de pelo era lo único que realmente hacía soportable la isla. Picasso me quería incondicionalmente. No le importaba que no fuera perfecto.

«¿Muerto? ¡No! Joder, ¡no!», me dije.

—Podemos conseguirle otro perro —sugirió Theo.

Yo sacudí la cabeza. El enorme nudo en la garganta me impedía hablar. Había vuelto a la isla de mi viaje de vacaciones a Denver para descubrir que el otro único residente permanente de la isla, mi fiel potcake, había sido atropellado por un vehículo en la capital mientras se quedaba con Theo y Emilee durante mi ausencia. Nunca volvería a ver a mi fiel chuchito.

—No quiero otro perro —dije finalmente a Theo con voz ronca. Nos dirigíamos a casa desde el aeropuerto y saber que no volvería a ver a Picasso cuando llegara a la casa estaba matándome. Aquello sería mucho más solitario sin Picasso. No quería un sustituto, como si hubiera sido un mueble. Mi can había sido mi amigo y compañero durante los últimos seis años. No estaba preparado para dejarlo marchar. Tiré del cinturón de seguridad, sintiendo que me asfixiaba.

Los potcakes eran abundantes en algunos lugares del Caribe. Vagaban callejeros y resultaban muy molestos cuando la población aumentaba demasiado. Pero Picasso estaba mucho de haber sido molesto para mí. Cuando Emilee me lo trajo siendo un cachorro, sentí el vínculo con el juguetón torbellino de energía blanco y negro. Él necesitaba un buen hogar. Yo necesitaba compañía. Había sido la unión perfecta para nosotros... hasta que se fue.

«Maldita sea. Mi perro había crecido en aquella isla tranquila. No había reconocido los peligros del tráfico», me culpé.

—¿Está seguro de que no quiere otro? —preguntó Theo con remordimiento de conciencia.

—Sí. Picasso era especial —respondí yo toscamente. Estaba hecho polvo por un maldito perro. Quizás eso me hiciera resultar patético. Pero no me importaba una mierda. Theo y Emilee no veían a los animales como una bendición. Los potcakes estaban por todas partes y, solían ser como un grano en el trasero para los lugareños.

Él no lo era. Él era mi amigo. «Aguántate, Walker. Los hombres de veinticuatro años no lloran por un chucho», me dije. Tosí para aclararme la garganta y empecé a preguntarle a Theo cosas que no tenían nada que ver con mi mascota. Lidaría con la pena cuando Theo y Emilee se marcharan a casa. «Estaré bien solo. Me acostumbraré», repetí. A medida que el familiar mantra se me pasaba por la cabeza automáticamente, me convencí de que era verdad. Así era más fácil.



CAPÍTULO 15

Kenzie

Dane devoró mi boca como si la poseyera, y esa ferocidad alimentó un fuego que ya ardía furioso dentro de mi cuerpo. Solo había estado con un chico en toda mi vida, una aventura adolescente que amargó casi todo mi deseo de otra relación física. No es que realmente hubiera tenido la oportunidad después del ataque. Tenía demasiado miedo como para dejar que ningún chico me conociera, para que se abriera camino hasta mi corazón. La mayoría de los hombres no me querían cuando veían mis cicatrices. Pero Dane... Ay, Dios, era tan diferente de cualquier otro hombre que hubiera conocido en mi vida...

Pero su abrazo feroz era distinto, nada parecido a lo que yo había experimentado. Era un hombre que sabía exactamente lo que quería y seguiría saqueando hasta conseguirlo. Me abracé a su cuello y presioné mi cuerpo contra el suyo con un suspiro de satisfacción para mis adentros. Su cuerpo, duro como una roca, acunaba el mío a la perfección, y yo me aferré a su espalda musculosa, invadida de sensaciones que aterrizaron de lleno entre mis muslos. Lo deseaba. Lo necesitaba tan desesperadamente que ningún otro pensamiento podía penetrar la neblina de lujuria para llegar a mi sentido común.

—Dane —dije en tono aturcido cuando finalmente apartó su boca de la mía.

—¡Joder! Theo está aquí —gruñó Dane.

Yo tardé un minuto en procesar lo que decía después de oír los sutiles sonidos de la presencia de alguien en la cocina. Theo había ido a hacer la compra y, evidentemente, ya estaba de vuelta y guardando las provisiones.

Mi cuerpo gritó a modo de protesta cuando Dane me soltó y retrocedió. Por mi parte, quería volver a estar en su abrazo protector, pero finalmente recobré el sentido común.

—No quiero que nos vea así —confesé—. Me gustan él y Emilee, y lo último que quiero es que piensen que me estoy ganando tu favor durmiendo contigo.

Él me lanzó una sonrisa pícaro que fue como un puñetazo en el estómago mientras respondía con voz ronca:

—Si me acostara contigo, te aseguro que no dormirías...

Yo quise encaramarme por su fuerte cuerpo cincelado cuando pronunció aquellas palabras con tanta confianza.

—Puede que no durmiera... —dije distraídamente, con la mente aún aturullada.

—¡Mierda! Desearía haber mantenido el agua mucho más fría —dijo con un gemido viril de dolor mientras nadaba hacia el lado más profundo de la piscina.

Yo solté una bocanada entrecortada que no sabía que estaba reteniendo y lo observé cortando el agua sin esfuerzo. Sumergí la cabeza esperando que mi cuerpo alcanzara a mi sentido común pronto, en algún momento. Subí las escaleras de la piscina, tomé una toalla y mi camisola y después me abrí camino rápidamente hasta el dormitorio. Mi cuerpo seguía temblando de deseo cuando llegué a mi habitación. Mi capacidad de raciocinio se recuperó mucho antes que mi cuerpo.



No vi a Dane hasta la mañana siguiente. Ambos habíamos guardado las distancias y yo había decidido que bajar la guardia fue un terrible error. Quizás había hecho lo correcto mostrándole quién era realmente. Él era mi jefe. Y teníamos que vivir en la misma casa. No podía seguir ocultando mis cicatrices. Pero dejar que me besara era otra historia completamente diferente.

Yo me sentía vulnerable cada vez que me tocaba y eso me hacía cagarme de miedo. Era muy sensata como para permitirme sentir tanto. Estar sola durante la mayor parte de mi vida me había enseñado que la única persona en la que podía confiar era yo misma. Paige había sido mi única amiga de verdad en la vida. Otras amistades habían sido transitorias y cortas. Algunas, simplemente informales. Nadie podía contar conmigo para estar ahí, así que yo evitaba cualquier clase de intimidad o vínculo real la mayor parte del tiempo por pura necesidad.

No estoy segura de si podría haber compartido mi historia con Paige de no haber sido su compañera de piso durante tanto tiempo como para haber aprendido a confiar en ella poco a poco. Suspiré mientras vertía agua en la cafetera y la encendía.

«Puede que me sienta tan atraída por Dane porque nos parecemos muchísimo», pensé. Ambos habíamos experimentado una profunda soledad a una escala que la mayoría de la gente nunca comprendería. Ambos teníamos cicatrices, pero las marcas físicas eran mucho menos dolorosas que las emocionales. Dane se escondía en su isla. Yo me escondía a la vista de todos. Incluso en las calles de Nueva York, compartidas por millones de personas, siempre me había sentido sola.

Me metí un mechón detrás de la oreja preguntándome cuándo vería a Dane aquel día.

—Estás nerviosa —dijo este alargando las palabras desde la puerta de la cocina—. Solo empiezas a toquetear el pelo cuando estás inquieta.

Yo me volví para mirarlo mientras avanzaba al interior de la sala. Como de costumbre, estaba tan guapo que quitaba el hipo con unos pantalones y un polo azul marino que abrazaba cada músculo torneado de su tronco superior. Maldije el hecho de que estuviera en tan buena forma y de que el sonido de su voz grave me hiciera sentir escalofríos en la columna vertebral.

Sí, Dane tenía cicatrices, pero nada de eso lo hacía menos atractivo. Como mucho, parecía añadirle misterio al hombre.

—Supongo que nunca me había dado cuenta —dije antes de volver la cabeza hacia el café.

—¿Por qué estás tan tensa a estas horas? Es muy temprano —inquirió mientras se apoyaba contra el fregadero justo a mi lado.

Yo sacudí la cabeza.

—No lo estoy. Estaba pensando.

—Y una mierda —me contradijo él, cruzando sus musculosos brazos—. Puede que no me haya relacionado mucho con la gente en los últimos siete u ocho años, pero te he observado lo suficiente como para conocer tu lenguaje corporal.

Yo abrí la boca para decirle que a nadie le había importado nunca lo suficiente como para observar mis reacciones, pero volví a cerrarla, a sabiendas de que no debía revelar demasiado de mí misma. Eso me hacía sentir desnuda y vulnerable; no podía permitirme experimentar esa clase de emociones. Me obligué a tomar una bocanada y a soltarla lentamente.

—De acuerdo. Estoy un poco nerviosa, supongo. Las cosas se salieron de madre ayer y lo siento.

Él se volvió y abrió el armario, tomó dos tazas y las puso en la encimera.

—Yo no lo siento —dijo con voz ronca.

—Soy tu asistente —discutí.

—¿Y a quién coño le importa eso? —dijo él—. Solo estamos tú y yo aquí. No es como si hubiera empleados aparte de Theo y Emilee. Y sé a ciencia cierta que a ellos les da exactamente igual lo que hagamos. No hay un libro de protocolo sobre lo que deben hacer dos personas solas en una isla privada.

—A mí me importa. Necesito este trabajo —dije finalmente, girándome hacia él.

Él me miró fijamente con una ceja alzada en gesto desafiante.

—¿Crees que te despediría?

—Espero que no. —Las palabras salieron de mi boca antes de poder reprimirme.

—No lo haré —farfulló él; luego entrecerró los ojos—. ¿Por qué demonios has vuelto a ponerte un kilo de maquillaje?

Ocultar mis cicatrices era una costumbre cuando estaba trabajando y, tal vez, aquella mañana me sentía demasiado desnuda.

—Es apropiado.

—No, desde luego que no lo es —respondió él—. Quitátele. Tus cicatrices apenas se ven y aquí hace un calor tremendo. En verano, esa porquería se te correrá por toda la ropa.

Dane tenía aire acondicionado, pero yo tenía que reconocer que no estaba del todo acostumbrada a la humedad del clima tropical.

—¿Realmente es algo que quieres ver? —pregunté a la defensiva.

—Sí, creo que sí —respondió él mientras servía el café en dos tazas.

—¿Por qué?

—No tengo ni la más remota idea. Eres preciosa de cualquier manera. Pero prefiero ver tu piel antes que una capa de pote. Esa no eres tú.

No bromeaba cuando dijo que el maquillaje era excesivo. Hacer completamente invisibles mis cicatrices requería mucho tiempo, esfuerzo y un montón de maquillaje. Utilizaba capas, cada una más espesa que la anterior.

—Nadie ve a mi verdadero yo nunca en realidad.

Dane me tomó del brazo y tiró de mí hacia delante. Después giró su cuerpo rápidamente para atrapar me contra la encimera.

—Yo te veo, Kenzie —gruñó—. Me percato de absolutamente todo en ti. Conozco tus costumbres cuando estás nerviosa, lo que te gusta y lo que no, y sé cuándo no estás contándomelo todo. Sé que siempre has lidiado con las cosas por ti misma, pero ya no necesitas seguir haciéndolo. Estoy aquí para ayudarte si me dejas.

Nos sostuvimos la mirada y vi la sinceridad en sus ojos. Quería confiar en Dane, pero mi necesidad de supervivencia seguía demasiado a flor de piel como para no estar segura de si podría hacerlo.

—Gracias —dije.

—¿Dejarás que lo haga? —Preguntó con mirada penetrante, dejándome desnuda y vulnerable, exactamente lo que estaba intentando evitar.

—Estoy bien —insistí—. Me has dado un buen trabajo y una bonita casa donde vivir. Eso es más que suficiente.

—Eso no es nada —respondió él—. Tienes que aguantar a este pobre perro. Deberías recibir una paga por combate.

Tuve que morderme el labio para contener una sonrisa.

—No eres tan malo.

Sinceramente, Dane era, con toda probabilidad, una de las personas más simpáticas que había tenido como jefe en toda mi vida. Con su estilo hosco, me había animado y me estaba enseñando cosas que nunca había tenido la oportunidad de aprender.

Sí, me había besado, pero yo estaba casi segura de que yo le había suplicado que lo hiciera con la mirada. No era la clase de hombre que se abalanza sobre una mujer si ella no quiere su atención.

—Me siento atraída por ti —solté antes de poder moderar la afirmación.

—Sí. No lo entiendo muy bien —dijo él en tono confuso.

Incapaz de detenerme, estiré un dedo para recorrer sus cicatrices. Él hizo una mueca, pero después me dejó tocarlo.

—Eres más que tu aspecto exterior —musité—. Sé que crees que tus cicatrices son feas, pero en realidad no lo son. Solo forman parte de quién eres y de tus experiencias con la vida.

—Mis experiencias vitales son un asco.

—Las mías también —dije yo en voz baja—. Puede que por eso me guste tanto tu pintura. Sentía un espíritu afín, creo.

Dane levantó el brazo y tomó mi mano; después, la sostuvo contra su mejilla.

—¿Qué tal esto?

—Sentía la desesperación y la rabia en tus pinturas, pero también un diminuto rayo de esperanza.

—La parte de la esperanza probablemente la pinté por accidente —me informó.

—No, no es así —protesté yo—. Estaba ahí.

—Enterrada en lo más profundo de la desesperación y la rabia —dijo él en tono jocoso.

Yo me encogí de hombros.

—A veces. Pero, aun así, estaba presente.

Su agarre se dirigió a mi muñeca, que hizo bajar lentamente.

—Las cosas que te sucedieron no fueron justas, Kenzie. Al menos, yo tuve una infancia hasta que mi padre murió. Nací privilegiado y malcriado. Pero mi padre me dio una buena base. Simplemente nunca tuve la oportunidad de servirme de ella en el mundo real. Pero eso fue elección mía. Tú no pudiste elegir mucho de nada. Y cuando finalmente te libraste de tus padres, terminaste en manos de unos de los peores cabrones que hay.

Dane entrelazó nuestros dedos. No creo que se percatara siquiera de que seguía aferrado a mi mano fuertemente.

—Tenía a Paige —discutí—. Su amistad me hizo creer que no todo el mundo era malo.

—No todo el mundo lo es —convino él—. Pero es probable yo sea el mayor imbécil que conozcas en toda tu vida. Y tampoco puedo evitar mi atracción por ti. Probablemente te deseara casi desde el momento en que te vi. Intentar hacer que te marcharas fue una reacción instintiva al deseo.

—No podemos dar rienda suelta a esa atracción —dije yo desesperadamente.

—¿Quién nos lo impide? —preguntó él—. Kenzie, no pasará nada malo si lo hacemos.

Yo no lo creía del todo. Había pasado toda mi vida esperando lo peor, siempre esperando que ocurriera algo malo. Y casi siempre sucedía.

Intenté apartar la mano de un tirón, de pronto incómoda con aquella conversación.

—Podemos empezar de nuevo —sugerí cuando Dane soltó mi mano al fin—. Simplemente, podemos olvidar lo que pasó ayer.

Él sacudió la cabeza.

—Eso no es posible. Te quiero en mi cama desde la primera vez que te vi.

—¿Por eso decidiste dejar que me quedara? —pregunté con voz trémula.

—No. Dejé que te quedaras porque en el fondo, probablemente todavía hay una parte de mí que quiere ser justa y ayudar a alguien que lo está intentando con tantas fuerzas como tú. Simplemente parecía lo correcto.

—¿Te arrepientes?

Solo había pasado poco más de una semana, pero yo esperaba que ahora no tuviera dudas.

—No. Empiezas a hacerte insustituible.

Se me encogió el corazón en el pecho.

—Bien. Quiero ser útil.

Él subió un brazo y me levantó el mentón para poder mirarme directamente a los ojos.

—Eres más que útil, Kenzie. Nunca lo olvides.

Yo no estaba acostumbrada a ninguna clase de elogio, así que sus palabras me desconcertaron.

—Iré a desmaquillarme. Tienes razón. Me molesta, especialmente aquí.

Era una máscara que estaba acostumbrada a llevar, pero ya no parecía necesaria en absoluto en Cayo Walker.

Había conseguido cubrirme eficazmente aquella mañana, acto que esperaba me distanciara un poco de Dane. Por desgracia, había conseguido lo contrario. Él sabía lo que estaba intentando hacer y parecía resuelto a hacer caer mis muros a mis pies.

Durante un instante pareció dubitativo, como si quisiera hacer o decir algo, pero entonces me soltó la barbilla.

—Bien. Cocinaré.

—Por favor, no lo hagas. Volveré en un minuto.

—¿Qué? Puedo freír un poco de tocino ahumado o algo así —protestó.

Yo corrí a las escaleras, esperando que no empezase antes de que yo volviera. Dane había intentado ayudarme en la cocina una o dos veces. No había quedado muy rico.

—No empieces sin mí —dije por encima del hombro.

El corazón me dio un vuelco cuando subí las escaleras a la carrera, casi segura de que había oído reírse a Dane Walker.



CAPÍTULO 16

Dane

No estaba seguro de por qué demonios había cambiado el cuadro en el que trabajaba, pero estaba concentrándome más en lo que tenía delante ahora. Era otro paisaje marino, al óleo esta vez, y algo que no había practicado desde que mi mentor, un maestro en pinturas marinas, dejó la isla para volver a casa.

Me sentía más cómodo con el óleo, pero no estaba muy seguro del tema de mi obra. No pintaba cuadros realistas. Trabajaba emociones abstractas. Pero, por algún motivo, trabajar en el perfecto atardecer sobre el océano me atraía en ese momento. Resultaba extraño, pero estaba aprendiendo que podía plasmar emociones en el lienzo con cualquier tema. La escena que estaba pintando era oscura, el océano batiendo con el oleaje y la luminosidad bruñida del sol poniente sobre un mar oscuro y enfadado.

Demonios, así me sentía yo en cierto modo. Kenzie era la luz y yo el océano tempestuoso. Lo único que quería realmente era sumergirme en ella como el sol poniente. Kenzie había salido de la cocina aquella mañana y se había lavado la cara, acción que contaba con mi total aprobación. Su piel era preciosa y perfecta; las cicatrices, prácticamente invisibles, un símbolo de lo mucho que había sufrido en el pasado.

Yo le dije que su vida no había sido justa, lo cual era especialmente cierto en su caso. ¿Cómo podía sobrevivir a una infancia de mierda una persona y a una vida adulta también terrible?

No costaba creer que aspirase a ser modelo. Era jodidamente preciosa, incluso con imperfecciones en el rostro. Lavarse el maquillaje no sirvió de nada para aplacar mi deseo de sujetarla contra la pared y tomar lo que mi pene clamaba por tomar. Quería que experimentase cientos de clases de placer, todos enseñados por mí.

—Nunca sobreviviré a esto —me dije de pie en mi estudio mientras examinaba lo que había hecho hasta el momento con mi proyecto actual—. Me matará.

Sabía que yo no iba a poder dejar de tocarla. Conocer que ella sentía una atracción parecida tampoco me ayudaba. Lo único que hacía era dificultar el no intentar llevármela a la cama. Quería

más que su cuerpo. Con Kenzie, quería cada parte de ella, y eso me aterraba.

Verla todos los días y tener a alguien con quien me gustaba hablar empezaba a cambiarme poco a poco. Si eso era bueno o malo quedaba por ver. Pero me hacía sentir bien. Sentaba bien tener a Kenzie allí, y no pensaba ignorar algo que me había ayudado a volver a recobrar la cordura.

Tanto tiempo solo en el cayo había empezado a afectarme. Demonios, quizás hubiera comenzado a perder la cabeza hacía mucho tiempo, pero en realidad no me había importado una mierda porque no quería ser vulnerable.

—¿Dane? —llamó una voz dubitativa desde la puerta de mi estudio.

Me volví para ver a Kenzie de pie en la puerta, con el brillo del sol a sus espaldas.

—¿Sí?

Me sonrió mientras decía:

—Steph está lista para aceptar tu última pintura. Solo necesito que firmes el contrato.

—Lo haré cuando vuelva a la casa —convine.

—De acuerdo —musitó antes de dar media vuelta para volver a marcharse.

—¡Espera! —exigí yo.

—No quiero molestarte —dijo.

Caramba si ese tono femenino y dulce no me ponía el miembro más duro de lo que ya estaba con solo ver su precioso rostro.

—No estás molestándome —confesé—. Creo que ya he terminado por hoy.

En cuanto la veía, no quería dejar de hacerlo. Kenzie era una adicción y yo nunca parecía hartarme de su presencia inspiradora. Ver su sonrisa acababa de alegrarme el puñetero día.

—¿Puedo verlo? —preguntó con curiosidad, haciendo un aspaviento con la mano hacia mi obra actual.

—Sí —consentí—. Aún me queda mucho que hacer. Estaba trabajando en otra cosa, pero no estoy en un momento en que quiera terminarla, así que me puse a trabajar en otro lienzo.

Ella se acercó y el aroma a coco y calor invadió mis fosas nasales. Inspiré profundamente y solté el aire despacio, saboreando el aroma de Kenzie.

—Dios mío, es increíble —dijo con expresión sin aliento que me hizo desear extender los brazos y rodear su cintura para sentir su cuerpo suave y curvilíneo pegado al mío.

—Espero volver a ver una puesta de sol como la de ayer —le dije—. No me llevé una cámara para hacer fotos.

—Me encanta —dijo ella ladeando la cabeza para examinar lo que había hecho—. Es crudo y precioso.

—Entonces es tuyo cuando lo termine —afirmé.

Tal vez, tener parte de mi obra le diera alguna clase de seguridad a Kenzie. A mí no me importaba una mierda lo que hiciera con ella. Si algún día necesitaba el dinero, podía vender esa estupidez.

Ella se quedó boquiabierta.

—No, Dane. Nunca podría aceptar esa clase de regalo. Tus cuadros se venden por al menos siete cifras. Y este es único.

—No me importa una mierda el dinero. Nunca me ha importado. Quédatelo o véndelo. No me importa. Pero es un regalo. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

Ella dudó antes de responder.

—El mes que viene. El dieciséis.

—El mío también —le confió—. El quince. Cumpló veintiséis. Así que puedes quedártelo como regalo de cumpleaños. ¿Cuántos cumple?

—Veintiséis —contestó ella.

—Soy un día más mayor que tú.

—No voy a aceptar tu cuadro —se negó—. Es bastante increíble que pueda mirarlos.

Se quedaría con el cuadro y con cualquier obra futura que quisiera. Pero no me apetecía discutir con ella en ese momento.

—¿Haz algo conmigo? —pregunté con un tono que sonaba más como una orden—. Celebremos juntos nuestros cumpleaños. —Ya discutiría con ella más tarde por los cuadros.

—Sebastian ha llamado. Él y Paige van a casarse la víspera de tu cumpleaños. Paige quiere que sea su dama de honor.

—¿Tú quieres ir? —pregunté.

—Sí. Es un verdadero honor que quiera que vaya a su boda. Sebastian también quiere que tú vayas.

Kenzie frunció el ceño, remarcando la pequeña arruga entre sus cejas al hacerlo.

Yo dejé escapar un suspiro de exasperación.

—De acuerdo. Pero después salimos a celebrarlo. Es un puñetero milagro que llegaras a los veintiséis.

Ella soltó una carcajada de sorpresa.

—Supongo que lo es. Muchas gracias. No quiero perderme la boda de mi mejor amiga.

Yo sabía que era sincera. Kenzie era la clase de mujer que estaría ahí para su amiga, aunque la vida no hubiera sido particularmente buena con ella.

—No es como si no fuera a ir, de todas maneras —compartí yo.

—Pero habías pensado en saltártela —respondió ella.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque cuanto más tiempo se evita algo, más difícil es arreglarlo. No has visto a tu familia desde hace más de un año.

—Los veré en la boda —refunfuñé.

—Va a ser una ceremonia preciosa —dijo emocionada—. Eva y Paige llevan semanas planeándola.

—¿Querías participar en la planificación? —pregunté. Detestaba mantenerla alejada de algo que quería hacer.

Ella sacudió la cabeza.

—Ya la estoy viendo porque Paige y yo hablamos por videollamada.

Me sentí aliviado. No quería tener que llegar pronto, pero si Kenzie realmente quería ir para la planificación, yo iría. No había mucho que no haría para verla sonreír como lo hacía en ese preciso instante.

—¿Llegará hasta Hawái tu avión privado? —preguntó incómoda.

—Por supuesto. ¿Quieres ir a Hawái? —Pregunté confundido porque creía que estábamos hablando de Denver y de la boda.

—Se planea la boda allí. Como seguirá haciendo frío en Denver, Paige decidió celebrar la ceremonia en Maui.

—A Sebastian probablemente le gustará eso —le dije yo—. Solía pasar mucho tiempo allí.

—¿Te gusta?

—No he ido desde que era niño. Mi padre solía llevarme a hacer submarinismo por todo el mundo. Empecé cuando tenía once años. Era buzo juvenil antes de certificarme cuando cumplí los quince años —le dije con una opresión en el pecho al recordar el pasatiempo que mi padre y yo

compartíamos con entusiasmo. Eran buenos recuerdos, pero no necesariamente fáciles de evocar porque ya no tenía a mi padre para compartirlos.

—¿Todavía buceas?

Yo la sonreí con superioridad.

—Estoy en una isla privada en una de las mejores zonas de buceo del mundo. Sí, salgo tanto como puedo.

—Siempre he querido aprender —me dijo con voz anhelante.

—Entonces, te enseñaré.

—¿Lo harás? —Parecía patidifusa.

—¿Sabes bucear con tubo? Podríamos empezar por ahí e introducirte al submarinismo cuando te sientas cómoda.

—Tengo una confesión que hacer —dijo solemnemente.

—¿Qué?

—En realidad no sé nadar muy bien.

Yo me encogí de hombros, archivando la información para estar siempre cerca de ella cuando se metiera en el agua.

—Entonces haremos de ti una mejor nadadora antes de bucear con tubo.

Una emoción infantil iluminó su expresión.

—¿De verdad? Me encantaría.

—¿Encontrarás el tiempo en mi apretada agenda? —le pregunté con una sonrisa.

—Sí, Sr. Walker —me replicó con humor en la voz.

«Santo Dios», pensé casi seguro de que haría prácticamente cualquier cosa con tal de mantenerla sonriendo como en ese momento. En ocasiones, Kenzie había parecido un poco tensa y melancólica durante unos días después de su llegada a la isla. Supuse que la perspectiva de no tener trabajo había mermado su optimismo. No quería volver a verla tan tensa y preocupada nunca. No estaba preparado cuando de pronto se abalanzó sobre mi torso. Por suerte, era de reflejos rápidos y la atrapé. Maldita sea, me sentí tan bien al hacerlo que no quería que se apartase.

—Gracias, Dane. Muchas gracias —me susurró en alto al oído.

—No es precisamente difícil ni un sacrificio ir a bucear. Estamos rodeados de agua —bromeé.

—Sé que no te entusiasma la idea de viajar, pero te encantará la boda. Te lo prometo.

Habló con tono tan sincero que no quise decepcionarla, así que no dije nada. A decir verdad, probablemente me encantaría el viaje a Hawái si ella estaba a mi lado. Sus necesidades se estaban convirtiendo rápidamente en algo más importante que mi miedo al mundo exterior.

Apreté la mandíbula cuando su cuerpo sensual rozó el mío. ¡Mierda! Qué no daría por hacerlo sin ropa entre nosotros. Quería explorar su cuerpo increíble y tomarme mi tiempo para ello.

—En realidad no me importa mucho —dije enterrando el rostro en su cabello. Su tacto y su aroma me volvían loco. Quizás fuera un masoquista en secreto, pero no podía soltarla.

—Planeabas ir —me acusó echando la cabeza hacia atrás para alzar la mirada hacia mí.

—Sí —confirmé yo—. Mis hermanos probablemente solo se casen una vez. Quiero estar ahí. Me sorprende que Sebastian sentara la cabeza.

—Paige lo quiere —dijo Kenzie—. Espero que sea bueno con ella.

No había duda de que Sebastian trataría a Paige como a una reina. La adoraba y yo sabía que había dejado su pasado atrás.

—Era un mujeriego, pero desde que conoció a Paige, no creo que ni siquiera haya pensado en otra mujer. Es un hombre reformado.

—Yo soy la menos indicada para hablar de errores del pasado —compartió—. Siempre y cuando vea lo que tiene ahora, me parece bien.

—Nada de lo que te ocurrió fue culpa tuya, Kenzie —le aseguré.

—A veces me siento como una idiota. Voy a cumplir veintiséis años y no he conseguido gran cosa.

—No digas eso —farfullé. Lo último que quería para Kenzie era que se arrepintiera de nada. Su vida había sido un asco hasta la actualidad y yo pensaba asegurarme de que nunca conociera otro día infeliz si estaba en mi mano evitarlo.

Para mi disgusto, ella se alejó de mí.

—Siento haberte interrumpido.

Yo me encogí de hombros.

—No lo has hecho. Como he dicho, he terminado por hoy.

—¿Puedo utilizar tu estudio durante una o dos horas?

—Por supuesto. Te dije que podías. —Pensé un instante antes de añadir algo—: Pero solo si me dejas ver tu trabajo.

No me importaba su técnica. Quería verla haciendo algo que la hiciera feliz.

—Ni siquiera tengo nada empezado aquí. Principalmente hago bocetos por ahora.

—Tengo el lugar perfecto donde puedes empezar —dije comenzando a limpiar mis brochas.

—¿Sí? —respondió ella, que sonaba confundida.

Me lavé las manos y las sequé con papel absorbente.

—Vamos. Tengo algo que mostrarte.

Tomé su mano y la conduje hacia la casa, esperando hacerla sonreír una vez más aquel día.



CAPÍTULO 17

Kenzie

Decir que me dejó atónita lo que Dane quería mostrarme habría sido un eufemismo. Me condujo a la parte trasera de la casa y me arrastró a una habitación que nunca había visto, un porche cubierto que supuse apenas utilizaba. Había pasado junto a la sala yo misma cuando exploraba la casa, pensando que la puerta cerrada era un armario o una zona de almacenaje.

Era un espacio bastante grande, y era precioso. Estaba climatizado, pero alguien había abierto unas cuantas de las muchas ventanas para que el sonido del océano fuera claro dentro de la sala.

—Ni siquiera sabía que esta habitación estaba aquí —le dije al entrar, deteniéndome tan abruptamente que Dane chocó contra mi espalda.

—Nunca la uso —comentó mientras me sujetaba—. Tengo otros porches enormes, así que supongo que no lo había necesitado hasta ahora. ¿Qué te parece? ¿Puedes trabajar aquí?

Tardé un minuto en comprender a qué se refería.

Miré a mi alrededor hasta que finalmente me percaté de que la sala estaba preparada para hacer alfarería. Y estaba equipada con el mejor equipo de última tecnología. Mi experiencia provenía de trabajar en un viejo torno de alfarero con viejos hornos y procesadores en un centro cultural local de Massachusetts.

—Este equipo es increíble —musité recorriendo la sala y acariciando uno de los tornos con la mano.

—Es tuyo —farfulló a mi espalda—. Theo y yo lo instalamos, pero puede que necesite a alguien con más habilidad para entender cómo funciona.

—Incluso tienes equipo para hacer piezas de bizcocho —dije, aún maravillada ante el volumen de equipo que había llevado allí—. Y pueden pintarse.

—Puedo pintar algunas para ti, pero no estoy seguro de que mi trabajo sea exactamente lo que quieres en alfarería.

Yo me eché a reír.

—Tendría loza demasiado cara como para sentirme cómoda comiendo o bebiendo de ella. — Quizás no estuviera segura de cuánto podría costar una pieza de alfarería con la firma de Dane, pero solo sería una bonita pieza de exposición—. ¿Cómo supiste qué comprar? —Pregunté. Sinceramente, estaba estupefacta de que hubiera montado una sala de cerámica cuando nunca pensaba utilizarla.

Él se encogió de hombros.

—Simplemente compré lo que me dijeron que sería útil en una sala de cerámica.

Solté una carcajada de sorpresa.

—Parece que te vendieron toda la tienda.

—Quería asegurarme de que tuvieras todo lo que necesitaras. ¿Te gusta?

Yo me volví a mirarlo.

—Es alucinante. En serio, no sé qué decir.

Un simple *gracias* no parecía suficiente. Lo que más me conmovía era el hecho de que Dane hubiera hecho aquello con el único objetivo de hacerme feliz. ¿Quién hace cosas así? Yo no necesitaba nada de todo aquello, pero estaba impaciente por intentar hacer algunas piezas ahora que tenía una sala de cerámica.

Ni siquiera podía fingir que Dane lo hubiera hecho con ningún otro propósito que el de contentarme en la isla, y no estaba segura de cómo lidiar con eso. No sabía cómo lidiar con él. Nunca me había preocupado de hacerme feliz a mí misma. Demonios, ni siquiera había pasado de mantenerme con vida. ¿Qué decirle a alguien que había hecho algo costoso y probablemente arduo simplemente porque creyó que quizás me gustaría?

—No digas nada —sugirió—. Simplemente dime si tiene todo lo que necesitas.

—No puedo creer que hayas esto hecho por mí —respondí con sinceridad—. Nadie se había tomado nunca tantas molestias por mí.

Los ojos se me inundaron de lágrimas mientras seguía mirándolo.

—Ay, Dios. No llores, joder, Kenzie —suplicó con voz ronca.

—No puedo evitarlo. ¿Por qué has hecho esto? Solo soy una empleada.

—Dijiste que te gusta trastear con la alfarería. ¿Y qué tiene de malo hacer algo bueno por un empleado? Eso por no decir que eres más que una empleada para mí, Kenzie.

—Me gusta trastear con la alfarería, sí. Pero no tenías que hacer esto —dije sintiéndome culpable y, sin duda, nada digna de su gesto.

—Quería hacerlo —protestó él.

—Gracias —dije con una lágrima en el ojo que escapó y cayó sobre mi mejilla. No quería que pensara que era una desagradecida. Simplemente no estaba muy segura de cómo lidiar con todo aquello—. Estaré aquí a cada oportunidad que tenga.

—Haz tiempo —insistió él—. Puedes empezar a terminar antes.

Le sonreí, una sonrisa de oreja a oreja que no pude contener.

—No hace falta. Tengo mucho tiempo libre. He tenido la sensación de que estoy de vacaciones. Solo tengo un trabajo y la jornada es demasiado corta en mi opinión.

Como si no me diera ya suficiente tiempo libre. Nunca había trabajado tan pocas horas. Mis jornadas de trabajo solían ser de diecisiete horas. Y prácticamente todos los días eran laborables. Trabajar un promedio de seis o siete horas al día para Dane me parecían unas vacaciones.

—Ya has trabajado mucho en tu vida. Es hora de aprender a jugar un poco, Kenzie.

Yo no tenía ni idea de cómo sería no trabajar casi a cada hora del día.

—No estoy segura de saber cómo hacerlo —reconocí—. Trabajar pocas horas aquí me está haciendo sentir muy culpable, teniendo en cuenta cuánto se me paga. Me gusta mantenerme

ocupada, Dane.

—Mantente ocupada con cualquier otra cosa que no sea mi trabajo —exigió él.

—Se me paga para manejar tus asuntos —bromeé.

—Entonces, puede que deba cambiar el nombre de tu puesto. ¿Y si dijera que necesito una compañera y que eso va a formar parte de tu trabajo?

Lo último que necesitaba Dane era que alguien lo molestase todo el tiempo. Trabajaba duro sopesando los pros y los contras de sus inversiones, los riesgos y posibles primas. Luego pasaba a trabajar en su arte. Sus jornadas no eran cortas precisamente.

—Diría que mientes.

Observé cómo se movía su garganta cuando tragó saliva.

—No estoy mintiendo —dijo llanamente—. Me gusta tenerte aquí.

Sus palabras eran el elogio más dulce que había recibido en mi vida.

—Nadie me ha querido nunca realmente —dije dubitativa, las emociones expandiéndose y amenazando con derretir las barreras que solía levantar para contenerlas.

Dane se acercó más, tanto que sentí su aliento cálido en el rostro.

—Yo te quiero, Kenzie. No quiero desearte, pero no voy a mentirnos a ti ni a mí mismo. Creo que ya sabes lo que siento. Demonios, no puedo estar en la misma habitación que tú sin que se me ponga duro...

Incapaz de detenerme, me abracé a su cuello, suspirando al enredar los dedos en la espesa mata de pelo fosco de su cabeza.

—Lo siento —reconocí—. Ojalá no lo hiciera, pero así es. Siempre va a ser peligroso porque soy tu asistente.

—Mi asistente-compañera —me corrigió—. E independientemente de lo que ocurra entre nosotros, no pienso despedirte.

Sus brazos rodearon mi cintura rápidamente, sosteniéndome como si fuera algo precioso. Tal vez tuviera buenas intenciones, pero ¿cómo se vive en la misma casa con alguien en una relación de trabajo después de haber tenido sexo con esa persona?

Saber que necesitaba mi trabajo era prácticamente suficiente para hacerme alejarme de él. Pero no podía. Estar cerca de Dane, que me abrazara, era tan increíblemente embriagador que no podía renunciar a la oportunidad.

Su mano recorrió mi columna de arriba abajo en un gesto reconfortante y posesivo que me hizo sentir como si hubiera encontrado la paz exactamente donde estaba en ese momento.

Apoyé la cabeza contra su hombro, sintiéndome derrotada.

—Es posible que no pienses hacerlo, pero si nos acostamos, terminará resultando incómodo.

—Estoy bastante seguro de que en algún momento terminarás en mi cama, Kenzie —farfulló.

—No... no puedo —dije sin aliento en la voz, a sabiendas de que su predicción probablemente fuera cierta. ¿Durante cuánto tiempo podría negar cuánto lo deseaba?

—Creo que puedes. Sinceramente, no creo que ninguno de nosotros pueda seguir resistiéndose a la tentación —me contradijo, sin darme tiempo a contestar antes de bajar la cabeza y besarme.

Su intención era clara y yo me estremecí cuando finalmente sentí su boca fundiéndose con la mía. Mi sangre se puso al rojo vivo cuando Dane exigió que me rindiera a él; yo cedí sin pensarlo mucho. No podía pensar. No podía razonar. Lo único que podía hacer era sentir lo que me estaba haciendo, a lo cual respondí con un gemido sofocado por su boca.

«No puedo hacer esto. No puedo», me dije.

En algún lugar en mi interior, mi cerebro gritaba para que lo escuchara, pero la voz de advertencia era tan baja en comparación con el rugido de necesidad que la silenciaba que no le

presté atención.

Lo único que importaba era Dane y el hecho de que anhelaba su tacto. Solté una especie de sonido salvaje cuando él rompió el beso para recorrer con sus sensuales labios la piel sensible de mi cuello. Le clavé las uñas cortas en la nuca y empecé a arañar su espalda envuelta en una camiseta.

Necesitaba algo más, cualquier cosa trascendental que me sacase de esa agonía que se fraguaba a fuego lento.

—Dios, Dane, te necesito. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera censurarlas.

—Aquí estoy. Te daré lo que quieras —gruñó—. Simplemente no me digas que pare.

Sus manos acariciaron mi espalda y aterrizaron sobre mi trasero envuelto en unos pantalones. El aliento cálido de Dane sopló sobre mi cuello y después planeó hasta los lóbulos de mis orejas. Intenté presionar el cuerpo contra él con más fuerza. Quería sentir su cuerpo duro como una roca lo más cerca posible.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida —dijo con voz ronca—. Dejarte sola es imposible. No puedo estar en la misma habitación que tú sin desear esto.

—Yo tampoco —confesé, el aliento entrecortado y rápido al salir de mis labios.

Cuando me levantó la camiseta y empezó a quitármela, no protesté. De hecho, sostuve los brazos en alto para que pudiera deshacerse de la prenda. Mi sujetador fue inmediatamente después y estuve a punto de ronronear cuando nos encontramos piel con piel de cintura para arriba.

Dane estaba descamisado, lo cual era una costumbre suya cuando trabajaba en el estudio. Era un tormento ver su torso y abdomen suaves y cincelados sin desear tocarlo. Él tenía razón. Fracasaría independientemente de cuánto supiera que tenía que protestar. Estaba más allá de poder protegerme, cosa que nunca me había sucedido antes. En ese preciso instante, deseaba a Dane más que sobrevivir. Era eso o confiar lo bastante en él como para saber que nunca me haría daño. Quise gimotear a modo de protesta cuando Dane se apartó de mí, pero él estaba centrado en otra cosa.

—Quítatelos —exigió bruscamente mientras me bajaba los pantalones y la ropa interior.

Yo levanté los pies de uno en uno hasta que se deshizo de mis bragas y permanecí desnuda frente a él. Me sentí tan expuesta que titubeé un instante, pero mi vacilación no duró mucho. Bajé una mirada hambrienta hacia él, estremeciéndome al ver el deseo en sus ojos.

—He soñado con esto —carraspeó al levantarse, las manos recorriendo mi cuerpo con reverencia mientras se erguía—. Pero verte así es mucho mejor que mi imaginación.

—Duele —dije con voz atormentada que se quebró cuando sus dedos empezaron a jugar con mis pezones palpitantes.

—Haré que te mejores —prometió.

—Estoy nerviosa —confesé—. Solo he tenido sexo con un chico y fue en el instituto.

—Olvidate de él —dijo con voz amortiguada mientras mordisqueaba la piel sensible de mi cuello—. Yo ya he olvidado a cualquier mujer excepto a ti.

De alguna manera, no importó que Dane viera mi cuerpo imperfecto. Sabía que aun así me deseaba, con cicatrices y todo. Él retrocedió y trazó la línea blanca de la marca sobre mi pecho, una herida de navaja que no me había llegado al corazón por muy poco.

—Odio esto —mencionó enfadado—. Odio que esos cabrones te pusieran la mano encima... y punto.

—Ya pasó —gemí yo mientras alcanzaba la cremallera de sus pantalones en un frenesí por dejarlo tan desnudo como estaba yo en ese instante.

—No lo hagas —me advirtió en tono grave y gutural—. Ya se me ha acabado la paciencia.

—No necesito paciencia —protesté yo—. Solo te deseo a ti.

No reconocía a la mujer necesitada que agarraba con fervor el miembro de Dane. Quería sentirlo. Quería saber que estaba tan desesperado como yo. Su cuerpo se tensó cuando por fin encontré lo que quería. Una sensación de poder recorrió todo mi cuerpo al reconocer la intensidad con la que reaccionaba Dane a mis caricias.

Totalmente maquillada, con las cicatrices ocultas, los hombres se me habían insinuado en ocasiones, pero nadie había llegado a comprenderme o a aceptar que tenía imperfecciones. Ninguno de ellos se había molestado en conocerme en absoluto. Dane me veía realmente. Y, aun así, me deseaba, independientemente de las cicatrices de mi cuerpo. La sensación era embriagadora.

—Quiero tocarte —gimoteé, frustrada con cualquier clase de material que nos separase.

—Maldita sea, Kenzie. Quiero ir con calma. No puedo hacerlo cuando me tocas.

Yo, por mi parte, lo deseaba salvaje y apasionado. Con Dane, no había ninguna otra manera.

Solté un leve gritito cuando me tomó en brazos y me llevó hasta un sofá en un pequeño salón en la esquina de la sala. Se detuvo en la puerta por el camino y giró el pestillo, preservando nuestra intimidad.

Una pequeña porción de mi cerebro intentaba encontrarle el sentido a lo que estaba sucediendo, pero se vio ahogada por el deseo carnal que hacía palpitar mi cuerpo a la expectativa.

Dane me dejó sobre el sofá, se quitó rápidamente los pantalones y los calzoncillos tipo bóxer y los arrojó a un lado mientras se agachaba junto a mí.

—Quiero más —dijo en tono enigmático—. Necesito que te olvides de todo excepto de mí.

Como si yo pudiera pensar en cualquier otra cosa cuando él me tocaba... Eso nunca sería un problema. Ya estaba preparada y dispuesta, pero en el momento en que Dane recorrió mi cuerpo con sus manos antes de bajar la cabeza para lamer un pezón ultrasensible y duro como un diamante, estaba completamente perdida.

Olvidé todo lo demás excepto la sensación de su boca caliente en mis pechos y su mano sumergiéndose entre mis muslos.

—Tócame —supliqué, apartando las piernas para dejarle paso.

—Voy a tomarme mi tiempo, cielo —dijo, la mandíbula apretada por contenerse—. No voy a hacer esto con prisas.

Yo solté un breve gemido, a sabiendas de que no iba a conseguir la gratificación instantánea que anhelaba. Dejé caer la cabeza contra la almohada y mi espalda se arqueó cuando Dane se abalanzó para capturar mi otro pecho, la intensidad de su agarre sobre mi pezón prácticamente atroz. La punzada de sus mordisquitos insistentes aterrizaba directamente entre mis muslos temblorosos.

Costaba no percatarse de sus fuertes bocanadas mientras sus dedos me rozaban el sexo antes de encontrar la entrada, solo para ser recibidos por el deseo húmedo que ya lo esperaba.

—¡Dios! Estás empapada, Kenzie —dijo bruscamente.

—No puedo evitarlo —respondí yo, apenas reconociendo mi grito desesperado.

—No quiero que lo evites. Te deseo así.

Yo ni siquiera pensaba fingir saber qué quería él exactamente. Dane estaba abrumando todos y cada uno de mis sentidos y yo no lograba hilvanar ni dos palabras.

Supe que estaba completamente perdida cuando me acarició con un dedo entre los pliegues empapados y este se deslizó sobre mi clítoris. Estaba perdida y no sabía con certeza si podría

volver a encontrarme. En ese momento, ni siquiera me importaba. Lo único que deseaba era a él.
Al diablo con las consecuencias.



CAPÍTULO 18

Dane

HACE UN AÑO...

—¿De verdad crees que alguien te querría? —dijo Britney con una risa malvada—. Estás lleno de cicatrices. Te vistes como una especie de vagabundo. Eres patético comparado con tu hermano, Trace.

Yo sabía, incluso estando en Denver, que Britney terminaría llegando a la isla a recoger su ropa. Habíamos roto en Denver, pero ella no iba a renunciar en absoluto al caro armario financiado por mí ni a las demás cosas que le había regalado. Simplemente, yo esperaba que tardase un poco en hacer ese recado en particular. Pero no fue así.

Había llegado al cayo el mismo día que yo volví de las vacaciones en Colorado. Ahora que sus cosas estaban empacadas y listas para partir, supe que no podría evitarla. Si lo intentaba, me encontraría.

—Se ha terminado, Britney. Vete.

Por desgracia, ella ya me había dado caza hasta que me encontró en el estudio. No tenía ni idea de por qué necesitaba destrozarme simplemente porque no fuera Trace. Demonios, sabía que nunca me había querido realmente. Simplemente pagué por el privilegio de utilizar su cuerpo y el precio había sido altísimo. Pero ansiaba contacto humano. Era perfectamente consciente de que estaba utilizándome por mi dinero. Simplemente no había llegado a comprender que lo hacía para vengarse de mi hermano, Trace, por dejarla.

¿Realmente pensaba que él volvería con ella? Britney era una víbora y yo me alegraba de que Trace tuviera a Eva ahora. Lo que nunca había comprendido era por qué mi hermano se había dejado engañar por el falso encanto de Britney para empezar.

—Oh, me voy —dijo ella con vehemencia—. Solo quería que supieras cuánto odiaba joder contigo.

—¿Por qué? —inquirí despreocupadamente. No es que me importara realmente, pero parecía la pregunta más evidente.

Ella se explayó.

—Era un suplicio todas y cada una de las veces. Tus cicatrices me daban escalofríos. Ni siquiera merece la pena. El dinero que me diste era lamentable.

Yo me había gastado decenas de miles de dólares en ella durante el breve tiempo que había pasado en el cayo. Independientemente de lo que le diera, nunca era suficiente. Empezaba a dudar que ningún hombre fuera a tener nunca suficiente dinero para satisfacer a Britney y lo sentí por el pobre cabrón al que decidiera exprimir después.

—Vete, Britney. Estoy intentando trabajar.

Sinceramente, solo me alegraba de que se fuera de mi isla y de que nunca fuera a volver a recibir la atención de mi hermano. Había amenazado a Trace. Había intentado romper su relación con Eva. Y me había utilizado concienzudamente para conseguir el dinero que ansiaba. Aunque no es como si yo no lo supiera. Simplemente, estaba lo bastante desesperado como para dejarla andar por allí. Ahora, prefería estar solo. Sabía lo vacío que me sentía jodiendo con una mujer que detestaba mirarme.

—¡El trabajo! —gritó con voz estridente—. Eso es lo único que te importa.

—¿Querías importarme? —inquirí, conociendo la respuesta a mi pregunta incluso antes de hacerla.

—¡No! Toda esta experiencia ha sido lo suficientemente mala. Odiaba sentirme obligada a acostarme contigo.

Yo me encogí de hombros.

—Podrías haberte marchado en cualquier momento. Decididamente, no lo hiciste de manera involuntaria.

—Sabes que necesito dinero. Trace me dejó tirada.

—¿Así que nuestro dinero era intercambiable? —pregunté. Prácticamente veía el humo saliéndole de las orejas cuando replicó—: Nunca serás Trace.

No. Nunca sería mi hermano mayor, pero ella debería haberlo sabido desde el primer día. No era tan refinado ni tenía tanta formación como mi hermano mayor y, desde luego, no me parecía a él físicamente. Yo tenía cicatrices. Trace, no.

—Te mandaré un cheque —dije llanamente, deseoso más que nada de ver a Britney darme la espalda. Tal vez nunca hubiera habido emociones entre nosotros, pero sus insultos empezaban a hacer mella en mi inseguridad.

Ella alzó la nariz con desdén.

—Bien. No hará más fácil mi sacrificio, pero el dinero ayudará.

La observé mientras daba media vuelta y salía del estudio. «¡Dios!», pensé aliviado de que se hubiera ido. ¿En qué estaba pensando cuando decidí dejar que se quedara allí? ¿Había estado esperando que cambiase? Tal vez simplemente había deseado que fuera tolerable durante una temporada. Quería una especie de distracción, compañía. Y sí, tal vez quisiera sexo, pero el precio había sido demasiado alto para mi cordura.

«Estaré bien solo. Me acostumbraré», me repetí. Esta vez, supe que aquellas palabras eran completamente ciertas. Joder no había merecido el precio emocional que había tenido que pagar en forma de las constantes quejas y críticas de Britney. Sus palabras habían tocado una fibra sensible, aunque no quisiera reconocerlo. A la mierda con el sexo. Podía masturbarme con muchos menos problemas. Nunca volvería a estar con ninguna otra mujer a menos que la deseara realmente y ella sintiera lo mismo.

Estaba casi seguro de que eso nunca ocurriría.



CAPÍTULO 19

Kenzie

EN EL PRESENTE...

Su boca ardiente en mi sexo fue como un millar de sacudidas que inundaban mi cuerpo todas a la vez. Fue poderoso. Fue abrumador. Yo estaba consumida por un deseo tan fuerte que en realidad era tan aterrador como placentero.

—¡Dane! —grité, aún atónita por el hecho de que me devorase como un hombre hambriento. El placer se disparó por mi cuerpo mientras yo me dejaba consumir por Dane y por lo que estaba haciéndome para que experimentara un deseo primitivo que nunca había experimentado antes—. Por favor —supliqué con impotencia, con todo mi ser centrado en la necesidad de llegar al clímax y encontrar el desahogo.

En ese momento, no existía nada más que Dane y su lengua endiablada. Mi espalda se arqueó por la sobrecarga de sensaciones y una euforia incontenible. El orgasmo me golpeó en oleadas batientes que no habría podido contener, aunque quisiera. Descendí lentamente, el aliento rápido y entrecortado mientras finalmente me relajaba en el sofá, completamente agotada.

—Dios mío —carraspeé mientras me apartaba el pelo de la cara—. ¿Qué acaba de pasar?

Dane por fin levantó la cabeza y se volvió hacia mi rostro.

—¿Te has venido? —sugirió con humor en la voz.

—Esto nunca me había ocurrido antes —expliqué sin aliento.

Mi experiencia en el instituto había sido breve y ordinaria. Principalmente, me había asegurado que no me perdía demasiado manteniéndome alejada del sexo. Mi compañero no tenía experiencia y había sido un encuentro bastante doloroso.

Dane se movió hasta llegar a mi lado y me besó, y yo le rodeé el cuello con los brazos y me aferré a él mientras me saboreaba en sus labios. Me sentía sacudida y vulnerable ahora que mi mente consciente volvía a mi cuerpo. «¿Qué demonios acabo de hacer?», me pregunté. Mi cuerpo

anhelaba más con Dane, pero empezaba a darme cuenta de lo peligroso que podía ser ese deseo. Mientras este levantaba la cabeza, yo musité:

—Esto no debería haber ocurrido.

Él me miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

Yo me senté, las emociones a flor de piel mientras mis pensamientos desbocados me decían lo arriesgada que era mi situación en ese momento. Corría el riesgo de perder mi corazón ante un hombre que generalmente prefería estar solo.

—Eres mi jefe —expliqué con voz temblorosa, utilizando nuestra relación profesional para justificar mis emociones, aunque sabía que había mucho más tras mi miedo que mi empleo.

Él me conmovía de una manera que me dejaba completamente expuesta y yo no estaba acostumbrada a eso.

No podía decirle a Dane lo que sentía, cuánto temía realmente estar enamorándome de él. Al igual que Dane, estaba acostumbrada a estar sola, a pelear todas mis batallas sola. Confiar en alguien y permitirme empezar a depender de él podría resultar desastroso.

—Kenzie, quédate conmigo —exigió en un tono grave y gutural—. Duerme conmigo cada noche. Deja que te muestre lo bueno que puede ser tener a un hombre que adora tu cuerpo, joder.

«¿Mi cuerpo? ¿Y qué pasa con el resto de mi ser?», pensé. Bajé los pies al suelo, obligando a Dane a retroceder. Daba miedo cuánto quería ceder y seguir el camino que apenas acabábamos de emprender. Lo ansiaba tan desesperadamente que mi cuerpo temblaba por la abstinencia en cuanto él retrocedió.

—No puedo —respondí finalmente, los labios apenas capaces de pronunciar las palabras.

Quizás lograría la gratificación instantánea si hacía lo que él quería, pero, a la larga, terminaría devastada. Sabía que Dane tenía tanto el poder de destrozarme como el de proporcionarme placer.

—Te subiré el sueldo como corresponde —sugirió.

Se me encogió el corazón mientras me levantaba. Sus palabras acababan de arrancarme el corazón del pecho. Me deseaba, pero como otro arreglo comercial, obviamente.

—Yo no vendo mi cuerpo —respondí secamente mientras recogía mi ropa.

—Lo sé —respondió él—. Ni siquiera debí sugerirlo.

El problema era que él había querido una transacción comercial y me dolió mucho más de lo que jamás habría imaginado.

Dane Walker era la clase de hombre que podía comprar prácticamente cualquier cosa que quisiera, así que, como es natural, había dado por supuesto que una mujer pobre como yo saltaría ante la oportunidad de conseguir más dinero.

—Me equivoqué —le dije mientras sostenía la ropa en mis brazos frente a mí como si fuera un escudo.

—Kenzie, no quería decir...

—Creo que sí querías decirlo —respondí—. Pero no puedo aceptar. Eso no es lo que quiero.

—¿Qué quieres? —inquirió con voz grave.

Yo quería más de lo que él podría darme. Las lágrimas amenazaban con empezar a derramarse por mis mejillas y le di la espalda. Corrí hacia la puerta y abrí el pestillo, intentando salvaguardar mi dignidad.

—¡No te vayas! —dijo con dureza.

—Te veré para el trabajo por la mañana —respondí llanamente.

No esperé ni un minuto más. Abrí la puerta y salí corriendo de la habitación. Theo estaba al otro lado de la isla y yo quería ir a la planta superior en caso de que volviera a la casa.

Tomé las escaleras rápidamente, resuelta a llegar a la intimidad de mi suite antes de echarme a llorar.

—¿Qué demonios estaba haciendo? —sollocé al cerrar la puerta de mi dormitorio y apoyarme sobre ella—. Dane es mi jefe y acostarme con él nunca será suficiente.

Me desplacé al sofá y me senté, las piernas temblando de miedo. ¿Cómo había podido perder el control totalmente? ¿Se debía al hecho de que había sido tan detallista con la sala de cerámica?

A decir verdad, mis emociones estaban muy dispersas desde el momento en que había llegado allí. Dane siempre había sido una amenaza para mi corazón. Día tras día, me había encariñado más y más con él hasta que floreció algo completamente diferente. Había sucedido muy rápido; yo no había sido capaz de reconocer exactamente lo que estaba ocurriendo en ningún momento.

Ahora, estaba jodida. Había cedido al deseo, algo muy diferente para mí de lo que era para él. Él quería sexo. Yo quería algo más.

—Es peligroso querer más de lo que puede dar una persona —me susurré.

Dane se había construido una vida allí, en la isla. Tal vez estuviera escondiéndose, pero parecía preferirlo así. De algún modo, yo tenía que volver a colocarlo en su sitio: como mi jefe. De lo contrario, sabía que sólo me partiría el corazón. Independientemente de cuántas barreras irguiera, Dane podía hacerlas tambalearse.

Inspiré profundamente mientras me ponía en pie, decidida a ducharme e intentar recomponerme. Para sobrevivir, tenía que dejar de verlo como cualquier otra cosa que un superior, la persona a la que respondía únicamente por trabajo. Era la única manera que tenía de protegerme a mí y a mis ahora frágiles emociones.

Había aprendido hacía mucho tiempo que la única persona en la que podía confiar en última instancia era yo misma. Nadie quería que sobreviviera más que yo. Me sorprendí al doblar la esquina hacia la ducha. Dejé la ropa en el tocador, la mirada puesta en lo que había frente a mí.

«Espejos». De pronto tenía un reflejo de mí misma delante de mis narices. Alguien, con toda probabilidad, Theo, había montado dos espejos circulares sobre los lavabos del doble tocador aquella mañana. Estudié mi rostro en la superficie. Tenía un aspecto horrible. El pelo enredado y salvaje, y los ojos hinchados y aterrados.

—Recomponete, Kenzie —me motivé.

A pesar de sus cicatrices, Dane Walker podía tener a casi cualquier mujer que deseara. Seguía estando buenísimo y era miembro de una de las familias más ricas del planeta.

Yo aparté la mirada de mi reflejo; no quería ver el anhelo que seguía presente en mis ojos. Sí, tal vez Paige hubiera cautivado al Walker de sus sueños, pero mi amiga era preciosa y tenía formación de Harvard. Yo apenas me había graduado del instituto y había asistido a unas clases de arte por diversión. Estaba dañada debido a mi pasado, tanto física como mentalmente, y estaba segura de que esas heridas nunca sanarían.

Abrí el grifo del agua y entré en la ducha antes de dejar escapar mis emociones en forma de monstruosos sollozos de duelo por un amor que nunca podría existir realmente.



CAPÍTULO 20

Dane

Me habían hecho falta todas mis fuerzas para no salir corriendo tras Kenzie. Pero apreté la mandíbula y volví a ponerme los pantalones. Después me dejé caer sobre el sofá. ¿En qué demonios estaba pensando cuando le ofrecí dinero para que se acostara conmigo? ¡Dios! Puede que un acuerdo por dinero fuera lo único que había conocido para la intimidación adulta. Pero con Britney todo se trataba de sexo. Kenzie era diferente y me jodía la cabeza haberle hecho daño.

No lo había hecho a propósito. Había hecho la oferta por desesperación. Ahora que la había tocado y había tenido el privilegio de verla venirse, era adicto. «¡Imbécil! Sabía que Kenzie no era como nadie que hubiera conocido», me reproché. Acababa de echar a perder cualquier oportunidad que tuviera de ganarme su confianza. No hacía falta que me lo dijera ella. Vi la decepción y la traición en sus bonitos ojos.

—Esto va a obsesionarme, joder —dije en voz alta y disgustada. Kenzie me recordaba a un animal herido y yo no la había curado. Había actuado como un lobo que esperaba hacer presa de una criatura vulnerable. Apoyé la cabeza sobre las manos, sintiéndome derrotado.

Era imposible volver atrás en el tiempo y retirar la oferta. Estaba atrapado con mi cagada. El problema era que en realidad no la quería por dinero, en absoluto. Me había prometido que nunca volvería a hacer eso, pero había olvidado lo que se sentía cuando una mujer me dejaba usar su cuerpo por dinero. Era un asco. Pero, en un momento de desesperación, había cedido y recurrido a la única manera que conocía de llevarme a una mujer a la cama: le ofrecí dinero. «Kenzie no es como ninguna otra mujer», me recordé. Demonios, lo había sabido desde el momento en que posé la mirada sobre ella. No iba a negar que la deseaba, pero no era simplemente sexual.

Me mesé el cabello con una mano frustrada y después reposé la cabeza contra el respaldo del sofá, mirando el techo fijamente y preguntándome cómo iba a hacer que Kenzie olvidara mi estupidez. Le había hecho daño. Había visto la mirada dolida, desnuda y vulnerable en su rostro; aquello hacía que mi puñetero pecho doliera de remordimiento.

Prácticamente todos excepto Paige habían decepcionado a Kenzie y lo último que yo deseaba era ser otra persona más que ella creía que solo la quería para una cosa. Lo cierto era que la quería para casi todo. Quería desayunar y tomar café con ella por la mañana. Quería estar en la misma habitación que ella simplemente porque me hacía feliz. Quería ser la persona a quien acudiera cuando necesitase hablar o simplemente para tener cerca a alguien a quien le importase. Quería serlo todo para ella. Pero me había convertido en la persona de la que tuvo que huir porque le ofrecí dinero a cambio de sexo.

—No quería decir eso. Eso no es lo que quiero —dije, tan enojado que me odiaba a mí mismo.

«Yo no vendo mi cuerpo». Sus palabras habían sido como una bofetada. Había tratado a la mujer que significaba tanto para mí como a una prostituta común. Y me detestaba por haberlo hecho. Kenzie me había sacado de mi soledad de un tirón y de buena manera. Y yo se lo había pagado con uno de los mayores insultos que podía recibir jamás una persona. «Puedo acudir a ella. Puedo pedir perdón. Puedo explicarle que no pretendía decir eso», pensé. Sin embargo, me contuve por una razón. Las palabras no significaban nada para Kenzie. Le habían hecho daño demasiadas veces como para creer cualquier cosa que saliera de la boca de nadie. Un hecho vale más que mil palabras y yo iba a tener que demostrarle que podía guardarme las manitas. Necesitaba que supiera que tenía más valor que simplemente su cuerpo.

Estaba claro que quería estar sola. Aunque yo no podía culparla. «La dejaré en paz, pero no será fácil», pensé. Mi mejor opción era intentar ser un amigo antes de convertirme en su amante. Realmente, quería su confianza más que acostarme con ella. De acuerdo, quizás no pareciera que su confianza era una prioridad porque tenía las pelotas hinchadas de deseo, pero lo quería todo de Kenzie y, más que nada, necesitaba que supiera que yo era su puerto seguro, el chico que nunca le haría daño.

Quería llamar a Trace y preguntarle qué haría en mi lugar, pero reprimí el impulso. No era como si hubiera una bandada de mujeres en la isla. Llegaría a una conclusión, aunque preguntase hipotéticamente, y tendría razón, porque Kenzie era la única mujer en la isla. Además, Trace nunca lo habría estropeado como yo. Mientras pensaba en la mirada ojiplática de pánico y dolor que había visto en el rostro de Kenzie, supe que tendría que calmarme. Por más que quisiera ir a ver si estaba bien, tenía que dejarla sola y darle tiempo y espacio.

—Lo siento —le dije al techo, ya que no había nadie alrededor para escucharme. Kenzie me había otorgado su confianza y cuando entró en pánico, no estuve ahí para calmar sus miedos. En lugar de eso, había actuado como un cabrón rico y malcriado que podía comprar lo que quisiera. Había cosas que no me estaba contando, pero dejaría que ella decidiera qué y cuándo quería revelarlo.

Me puse en pie, consciente de que tendría que asegurarme de que estaba bien. No la arrinconaría; simplemente tenía que saber que estaba bien. Salí de la sala de cerámica que había montado para ella, maldiciéndome de nuevo por ser un imbécil mientras corría escaleras arriba antes de detenerme frente a la puerta de Kenzie en camino a mi habitación. Lo único que oía era el rumor de la ducha y el débil sonido amortiguado del agua corriente.

«Está bien. Está en la ducha», pensé. El pulso me latía con fuerza en los oídos y tuve que luchar contra el impulso de hablarle. Era decisión de Kenzie. Yo había renunciado al derecho a insistir en nada cuando dije algo increíblemente estúpido. «Sigue adelante. Déjale espacio», me dije. No estaba muy seguro de cómo encontré fuerzas para darle la espalda a su puerta y caminar por el pasillo hasta mi dormitorio.

Me dolía el estómago como si me hubieran dado un puñetazo en cuanto entré en mi suite. Tiré la ropa al suelo mientras me abría paso hasta la ducha, atónito al doblar la esquina y ver mi

propio reflejo. Lo primero que vi fueron mis cicatrices. Acercándome más, analicé las marcas atentamente. Sí, decididamente se habían atenuado, pero seguían plenamente a la vista. Vi todas y cada una de ellas, ya que estaba en pelotas.

¿Eran tan tremendas como antes? No. ¿Podía verlas todavía? Ya lo creo. Toqué la cicatriz de mi abdomen, donde me habían hecho una cirugía en los órganos internos para detener la hemorragia. Toqué unas cuantas cicatrices quirúrgicas más antes de pasar a mi cara. Era posible que ningún crío fuera a salir huyendo asustado, pero las marcas y quemaduras que se produjeron seguían resultándome evidentes.

—Tenía a una mujer a la que no le importaban mis cicatrices y he jodido las cosas — carraspeé, aún enfadado conmigo mismo.

Di la espalda a mi reflejo, enojado por haberme detenido a mirarlo siquiera. Mis imperfecciones nunca se desvanecerían. Mis cicatrices nunca desaparecerían. Fui a darme una ducha, esperando que masturbarme aliviase un poco de mi tensión y borrarse el recuerdo de la reacción de Kenzie a mi oferta de convertirla en nada menos que una prostituta de lujo.

No funcionó. Su gesto dolido me atormentaba. En mi opinión, probablemente me lo merecía.



CAPÍTULO 21

Kenzie

Tardé unas semanas en lograr contener completamente mis emociones. Dane se mantuvo distante, como era de esperar, hecho que tanto me hacía polvo como me hacía sentirme agradecida. Estaba agradecida porque cuanto más capaz era de controlar mis emociones, más fácil era lidiar con él en un sentido profesional.

Sin embargo, no podía dejar de desearlo, así que me quedé hecha polvo cuando se volvió más frío y taciturno. Teníamos una relación profesional y yo nunca volví a pasarme de esa raya. Era la asistente personal perfecta. No metía la nariz en sus asuntos, a no ser que afectaran directamente a su arte.

Después del trabajo, no solía quedarme en la casa. Exploraba la isla, a veces alejándome un poco más costa abajo para encontrar un bonito lugar donde trabajar en dibujos de cualquier cosa que llamase mi atención. Muy raramente lograba estar en la sala de cerámica que Dane había montado para mí. Lo había intentado, pero cada vez que entraba en ese espacio, pensaba en lo que había sucedido entre Dane y yo.

No podía pensar en eso sin caer en una depresión que no quería experimentar. Había perdido la cabeza por completo aquel día, algo que simplemente no me ocurría a mí. Siempre tenía que estar alerta y nunca me entregaba por completo a nadie. Era un error que no podía permitirme cometer.

Como en realidad tampoco tenía ganas de pasar tiempo en su estudio, había pasado la mayor parte de mi tiempo haciendo bocetos de cosas que me gustaría pintar.

«Hasta hoy», pensé. Iba a estar obligada a permanecer en su compañía durante días, tanto si me gustaba como si no, puesto que habíamos aterrizado en Maui para la boda de Paige y Sebastian.

Había sido un vuelo largo y estaba exhausta para cuando por fin nos registramos en nuestras habitaciones. No estaba segura de si era cansancio emocional o físico, pero solo permanecer cerca de Dane era... difícil.

—Quizás podría pedir una habitación para mí —le dije con mi voz profesional que llevaba utilizando las últimas semanas.

Cierto, estábamos en una *suite* en el resort, el mismo hotel donde Paige y Sebastian celebrarían la ceremonia. Pero simplemente resultaba incómodo tener que estar atrapada en el mismo espacio que Dane.

—Reservé la *suite* a propósito —replicó él—. Es más fácil que estemos aquí juntos. No es como si estuviera pidiéndote que te metas en mi puñetera cama de un salto. Tienes tu propio dormitorio.

Sí tenía mi propia habitación y lo último que quería era sonar desagradecida. Era imposible que yo hubiera podido permitirme un alojamiento como aquella *suite* de lujo. Yo habría encontrado el hotel barato más cercano, y esos no parecían precisamente comunes en Maui.

—Lo siento —le dije con voz entrecortada, un tono que sin duda alejaría a Dane—. Es una habitación preciosa. Simplemente no quería invadir tu intimidad.

De hecho, no quería estar cerca de él porque temía perder mi frialdad profesional y terminar suplicándole que jodiera conmigo, pero no pensaba decirle eso.

—No estás invadiéndome —farfulló mientras se dejaba caer sobre el sofá con una copa que se había preparado él mismo en el bar—. Te quiero aquí.

Yo no supe qué contestar a ese comentario, así que lo dejé estar. Había pasado un tiempo desde que Dane mencionara nada personal. Por supuesto, era posible que me quisiera cerca para que pudiera hacer cosas por él. Quizás no era un comentario a nivel personal. Después de todo, yo era su asistente.

—Me muero de ganas de ver a Paige —dije cambiando de tema.

La habitación tenía muchos metros cuadrados. Simplemente me costaba estar tan increíblemente cerca de él todo el tiempo. Aunque ese era mi problema, no el suyo. Y yo quería estar en el resort para mi conveniencia. Teníamos unos cuantos días de actividades preliminares antes de la ceremonia propiamente dicha.

—Sebastian ha escrito. Volverán dentro de poco. Ha llevado a Paige a comprar unas cosas que necesita.

—¿Quieres que deshaga tu maleta? —pregunté como una buena asistente personal.

—Claro que no, demonios. No vamos a estar aquí tanto tiempo. Y soy perfectamente capaz de guardar mis puñeteros calzoncillos.

—¿Vamos a unirnos a Sebastian y Trace para cenar esta noche? —Los padres y la familia de Paige iban a cenar solos tranquilamente.

El guardó silencio durante un momento antes de hablar.

—Sí, supongo.

Yo sabía que él no quería salir, pero iba a participar por el bien de sus hermanos. No los había visto desde hacía más de un año.

—Se alegrarán de verte —respondí acercándome al bar para buscar una bebida. Había sido un vuelo largo. Estaba casi segura de que Dane se encontraba tan agotado como yo, pero no dejaría plantada a su familia—. Es una reunión pequeña —mencioné tomando asiento junto al sofá después de ponerme un vaso de agua.

Esperaba hacer que él se sintiera cómodo. Me resultaba evidente que él se sentía como un pez fuera del agua. Quizás lo reconocía en él porque yo misma también me sentía así. Yo no había entrado en temas personales desde aquel día en la sala de cerámica, pero me resultaba casi imposible ignorar su miedo a estar en público.

—Es en un restaurante. Habrá demasiada gente alrededor.

—Dane, tus cicatrices no importan. Ni siquiera se notan mucho —dije. Me preguntaba si se había molestado siquiera en mirarse en los espejos que finalmente había instalado en su casa.

Theo me había contado que había colgado espejos en todos los cuartos de baño, así que supuse que eso incluía también el baño de Dane.

—¡Y una mierda! Las veo perfectamente en el espejo de mi baño.

«Vale, entonces sí que miró», pensé.

Él prosiguió.

—Y no son algo que pueda tapar.

—¿Como hago yo? —cuestioné en voz baja.

—No estoy juzgándote —respondió él bruscamente.

—Dejaré atrás el maquillaje si tú intentas no pensar en tus cicatrices —me ofrecí. No había intentado realmente cubrir las imperfecciones de mi rostro. Dane las aceptaba, al igual que Theo y Emilee. La mayor parte de los días me aplicaba un maquillaje natural, no las capas de pote que solía utilizar para ocultarme.

—No importa lo que hagas. Eres preciosa, joder.

Yo suspiré. Aunque Dane guardaba las distancias, no se contenía con los cumplidos.

—Y tú eres guapo —lo informé—. Tus cicatrices no supondrán ninguna diferencia para la mayor parte de la gente.

—Lo intentaré —gruñó—. Pero no prometo nada si empiezo a asustar a niños pequeños.

Me había contado su experiencia con la niña pequeña con la que se había encontrado hacía años mientras hacía sus compras navideñas. Lo mencionó brevemente unos días atrás cuando nos preparábamos para partir. Aquello me dificultaba el mantener las distancias y yo no sabía qué decir. Estuve a punto de perder el aspecto de ser únicamente su asistente cuando compartió cómo se había sentido hacía años.

—Llevabas un montón de vendas —le recordé—. No eran tus cicatrices. Era la masa de gasa lo que te hizo parecerle un monstruo aterrador.

Dane se encogió de hombros.

—Lo que sea.

La manera más fácil de demostrarle a Dane que no iba a llamar la atención, excepto a las mujeres que probablemente lo mirarían como un amante potencial, era salir con él.

Esperaba que una vez que se insensibilizara, perdería el deseo de permanecer escondido en su isla todo el tiempo. Por suerte, Paige tenía muchas cosas planeadas. Di el último trago de agua y me puse en pie.

—Tengo que planchar el vestido para esta noche. Desearía tener algo un poco más elegante. Quizás debería haber ido a Nassau con Theo.

Gracias a Dane, tenía dinero. Gastaba muy poco en la isla, así que la mayoría de su generoso adelanto seguía en mi cuenta bancaria.

—¿Quieres ir a buscar algo? A mí probablemente también me vendría bien algo más formal. Tengo el esmoquin para la boda, pero no me he traído nada apropiado para todas las cosas que ha planeado Paige.

Aunque le había informado de que habría preliminares, no creía que él estuviera preparado para la cantidad de tiempo que íbamos a pasar fuera de las habitaciones. El corazón me dio un vuelco. No podía creerme que Dane estuviera ofreciéndose a salir conmigo en público. No tenía por qué hacerlo. Lo hacía voluntariamente. Teniendo en cuenta cuánto detestaba estar en público, no podía ignorar su invitación.

—Me gustaría —reconocí.

—Entonces iremos —respondió él, la mandíbula tensa y palpitante—. Mataremos el tiempo antes de la cena.

Antes de que cambiara de idea, yo recogí mi bolso y mis gafas de sol.

—Estoy lista.

Él se levantó de su asiento, tomó sus propias gafas oscuras y se las puso. Yo empecé a caminar hacia la puerta, solo para que Dane me agarrara del brazo.

—No pretendía hacerte daño, Kenzie. Te lo juro.

Su simple roce hizo que mi corazón bailase. Quise renunciar a la lucha de no ser nada más que su asistente, pero mi cerebro lógico puso fin a ese hilo de pensamiento. Sabía que él nunca había pretendido herirme. No era esa clase de chico. Pero eso no significaba que no fuéramos dos mundos completamente diferentes. Sí, había dolido cuando me trató como poco más que a una prostituta, pero ese dolor no era lo que me había mantenido alejada de él. Dane era peligroso para mí y yo estaba acostumbrada a protegerme y salvarme sola.

—Sé que no lo pretendías —dije, mi voz poco más que un susurro.

—Odio esta relación —carraspeó apretando su agarre en torno a mi brazo—. Odio el hecho de no poder hablarte de cualquier cosa que se me ocurra. Echo de menos lo que teníamos antes de echarlo a perder completamente.

—¿Ser amigos? —inquirí.

—Que tú fueras tú misma —me corrigió él.

—Fui una estúpida —revelé—. Nunca debería haber permitido que ocurriera nada más entre nosotros. Venimos de vidas muy distintas.

—Y, sin embargo, nos parecemos mucho —farfulló él.

Tenía razón. Dane y yo habíamos afrontado dificultades diferentes, pero parecidas. Si no había otra opción, quería ser su amiga. Pero ¿cómo podía lograrlo sin pasarme de la raya? No tenía fuerza de voluntad cuando con respecto a él.

—Nos entendemos bien —reconocí.

—Entonces, ¿podemos dejar ya esta mierda y sentirnos libres para hablar de cualquier cosa que queramos?

¿Podíamos? Sinceramente, yo no estaba segura. Pero, tal vez, si nos uníamos como amigos, yo conseguiría sacudirme el tormento que amenazaba con volverme loca.

—Lo intentaré —accedí a regañadientes. Ambos necesitábamos compañía y nuestra relación era mucho más agradable al principio, cuando no éramos tan reservados.

«Puedo protegerme y ser amistosa», me dije. Al menos, quería pensar que podía.

—Eso es todo lo que pido por ahora —dijo en tono aliviado.

—Eso es todo lo que puedo dar.

Dane me soltó el brazo y se dirigió a la puerta mientras decía:

—Entonces supongo que tendré que conformarme con eso por ahora.

Yo solté una bocanada de alivio.

—Vamos a buscar algo bonito en las tiendas —dije, intentando sonar alegre.

Estaba emocionada de estar en Hawái por primera vez y quería verlo todo. Cuando salimos por la puerta, solo podía esperar no haber cometido un gran error.



CAPÍTULO 22

Kenzie

Aunque Dane me había proporcionado un adelanto muy generoso y yo tenía dinero en la cuenta bancaria, me encogí al ver los precios en las tiendas del resort. Rara vez solía comprar ropa nueva. La mayoría provenía de tiendas de segunda mano y yo daba rienda suelta a mi creatividad con esas prendas. Así que no solo iba a comprarme algo nuevo, sino que intentaba gastar una pequeña fortuna en un vestido que quizás no volvería a ponerme nunca.

La ahorradora que había en mí se estremeció al mirar los precios de los vestidos en las tiendas de marca. Yo no iba a restaurantes elegantes ni a fiestas, así que apenas conocía el protocolo acerca de qué ponerme. Dane me había seguido de cerca por varias tiendas, esperando pacientemente mientras yo observaba la preciosa ropa codiciosamente.

—¿Vas a comprar algo o solo estamos mirando? —dijo con una mezcla de irritación y humor.

—Estoy mirando —dije a la defensiva.

¿Qué esperaba encontrar? Quizás algo en liquidación o, al menos, en rebajas. No había visto un solo descuento en ninguna parte. Todo estaba al precio ordinario, más dinero del que había gastado en alquiler durante seis meses.

—¿No has visto ni un solo vestido que te guste?

—He visto algunos —dije con una evasiva.

Dudaba que él tuviera que mirar los precios siquiera y no tenía ni idea de cuánto costaba un vestido.

—Entonces cómpratelos y vámonos ya de aquí —contestó él.

Dane estaba tenso, pero había sido muy bueno dejándome mirar de tienda en tienda.

—Creo que ya está —dije en tono falsamente alegre—. Me parece que tengo suficientes cosas. Puedo ponerme algo que me haya traído.

Realmente quería comprarme unas cuantas cosas bonitas, pero no estaba dispuesta a gastar tan alocadamente. Mis instintos frugales eran demasiado fuertes como para despilfarrar el dinero en algo tan frívolo. Era demasiado sensata como para abandonar la prudencia.

Dane me miró con el ceño fruncido.

—Entonces ¿qué hacemos aquí?

—Creo que deberíamos ir a las tiendas de hombres a buscar algo para ti. —Solté con desgana la prenda que estaba tocando.

—No hasta que tú escojas algo.

Por desgracia, tenía esa mirada testaruda que me decía que no iba a aceptar mis excusas, así que le dije la verdad.

—No puedo gastarme tanto en un vestido.

—No lo harás.

—Te dije que yo pagaría tu ropa.

—No. En absoluto —contesté—. No voy a dejar que mi jefe asuma el gasto de mi ropa personal. Ya me has dejado venir contigo para que no tuviera que pagar el vuelo y me estoy alojando contigo en tu *suite*.

Él se encogió de hombros.

—Quiero que tengas algo bueno. Quiero comprarte cosas.

Su voz era tan sincera que me dieron ganas de llorar. Dane hacía las cosas simplemente para hacer felices a los demás y su ofrecimiento me conmovió.

—Te lo agradezco. De verdad. Pero no puedo aceptarlo. Además, me aterraría llevar algo tan caro. Me siento más cómoda con mis cosas. Vamos a ver la tienda de caballeros.

Yo abrí camino y Dane no tuvo más alternativa que seguirme. Me pilló en cuanto salí de la tienda.

—Espera, Kenzie. No quiero salir de aquí sin comprarte algo que quisieras.

Yo me detuve en seco cuando su mano fuerte me rodeó el brazo.

—Lo siento —dije con remordimiento—. No tenía ni idea de que la ropa sería tan costosa aquí. Supongo que debería haberlo sabido porque es un resort caro.

Él me giró suavemente para encontrarnos cara a cara mientras respondía:

—Mira, no sé qué se siente al ser pobre, pero tú no tienes que sacrificar nada para dejarme comprarte algo.

—Es humillante —respondí sinceramente—. No recuerdo haber comprado una prenda nueva en toda mi vida. Me volví muy buena arreglando ropa de segunda mano. Pagar el alquiler y comer era más importante que tener cosas nuevas.

—Entonces, ¿por qué no me dejas comprártelas? —preguntó él, evidentemente perplejo.

Yo di una profunda bocanada y la solté.

—Puede que sea pobre, pero aún tengo mi orgullo, Dane. Siempre he cuidado de mí misma.

Él me soltó el brazo, pero no se alejó.

—Sí. Y lo que estoy diciendo es que ahora no tienes por qué cuidar de ti misma completamente. Puedo ayudar. Quiero ayudar.

Yo sacudí la cabeza mientras le daba la espalda y volvía a dirigirme hacia donde había visto las tiendas de caballeros, con Dane caminando junto a mí ya que quedaba sitio.

—Estoy bien —le aseguré—. Puedo conjuntar algo con lo que he traído. No es como si fuera tan importante. Paige sabe que no tengo dinero para comprar ropa elegante.

—Cabezona —gruñó él.

—Cabezón —repliqué yo, el corazón aún henchido por el ofrecimiento de Dane.

Sabía que su ofrecimiento no llevaba ningún compromiso, pero aun así no podía aceptar. Sin embargo, era condenadamente dulce que se hubiera expuesto de esa forma sin esperar absolutamente nada a cambio de su generosidad.

Entramos en la tienda de caballeros y él contó en gran medida con mi consejo. Yo daba mis opiniones de buena gana, entusiasmada cuando escogió todo lo que me gustaba. Tal vez no tuviera ni la menor idea de las tendencias en moda masculina, pero sabía lo que lo hacía verse aún más bueno de lo que estaba.

Dane se reunió con un asistente de compras para adquirir algunos de los accesorios que necesitaba y pidió que se enviase la mercancía a su habitación. Yo esperé fuera para disfrutar del precioso día. Parecía que hacía horas que se había ido cuando por fin llegó de vuelta al banco que ocupaba yo.

—Estamos listos. Volvamos a la *suite* —dijo, sonando aliviado de que hubiera terminado la salida.

Yo me puse a su lado en nuestro corto paseo de regreso a la habitación frente a la playa.

—Nadie te ha mirado con cara rara —comenté—. ¿Ya te has convencido de que tus cicatrices no tienen importancia?

—No —me contradijo—. Simplemente he tenido suerte de que nadie mirase de cerca.

Yo resoplé de exasperación.

—El motivo por el que a nadie le importa es que ya no son tan visibles. —Vacilé antes de preguntar—: ¿Por qué pusiste espejos en tu casa?

—Porque quería verme —dijo vagamente—. Y no me parecía justo para ti que no los hubiera. No es cómodo.

—Yo tengo cicatrices —le recordé.

—No como las mías.

Mis cicatrices eran muy parecidas a las de Dane: viejas, curadas y apenas perceptibles. Ciertamente, yo había escapado tapando las mías con capas de maquillaje para trabajar, pero eso no quería decir que me parecieran completamente horribles. Simplemente quería sobrevivir en un mundo donde guapa era la mejor manera de verse si querías empleo no cualificado. Nadie quería ver a una recepcionista llena de cicatrices.

La diferencia entre Dane y yo era el hecho de que yo no estuviera traumatizada por mis cicatrices cuando estaban frescas y eran más perceptibles. Él, sí, y eso había grabado el rechazo en su mente. Su convalecencia había sido horrenda y dolorosa, mientras que la mía había sido más corta y sencilla.

Yo no solo había perdido a mi único progenitor en el suceso. Había crecido sola, mientras Dane se sentía como si hubiera sido completamente abandonado. Había asociado su pérdida con sus cicatrices y eso lo había marcado.

—No siempre vemos lo que es —expliqué mientras le seguía el ritmo a Dane—. Lo que vemos en el espejo es nuestra verdad, no es lo que piensan los demás.

—Entonces odio mi puñetera verdad —farfulló—. Es horrenda.

—Solo para ti —dije yo—. ¿Quieres saber lo que veo yo?

—Probablemente, no.

Sonreí mientras observaba su perfil.

—Veo un chico guapísimo que tuvo que sobrevivir un trauma emocional y físico horrible a una tierna edad. Veo a alguien fuerte, atractivo y a quien merece la pena conocer.

—Tu vista está jodida —dijo con una carcajada sin rastro de humor.

—No, no lo está —negué yo—. Eres tú quien no se ve tal y como eres en realidad, Dane.

—Entonces, ¿por qué huiste de mí? —preguntó con voz ronca.

¿Era eso lo que pensaba? ¿Que había huido de él porque no me sentía atraída? Tenía que ser más listo que eso.

—No tenía nada que ver contigo —contesté amablemente—. Era por mí.

—Te ofrecí dinero a cambio de sexo —me recordó.

—Sí, eso fue asqueroso. Pero te conocía lo bastante bien como para saber que no querías decirlo tal y como salió. O, al menos, espero que no pensaras eso de mí.

—No lo pensaba. Te lo juro. Simplemente estoy acostumbrado a pagar todo lo que tengo.

En muchos sentidos, su afirmación resultaba triste. Nadie debería tener que pagarlo todo, especialmente alguien que quería intimar con otra persona.

—Nunca habría aceptado tu dinero. Creo que lo sabes. Pero, en realidad, no es la razón por la que no podía estar contigo.

—Entonces ¿a qué se debe? —insistió cuando montamos en el ascensor que nos llevaría a nuestra suite.

«Porque mi vida es un caos», pensé. «Siempre lo ha sido». ¿Cómo podía explicarle a un tipo como Dane que la mayor parte de mi existencia la había pasado huyendo, simplemente intentando mantenerme con vida?

Cuando estábamos solos en el ascensor, respondí:

—Siempre he tenido que hacerlo todo sola. No estoy acostumbrada a estar tan unida a otra persona y no sé creer en nadie. No es que no seas digno de confianza. Simplemente, yo soy desconfiada. Mi vida depende de que cuide de mí misma y no me meta en líos. No puedo permitirme cometer ningún error.

—¿Y me ves como un error?

Frustrada, le dije:

—Creo que no lo entiendes. Nunca he tenido un respiro, Dane. La supervivencia era un duro trabajo casi a cada minuto del día para mí. No tenía tiempo para dibujar ni para ir a dar un paseo por la playa. No tenía tiempo para mi arte. Ni siquiera sé nadar. Nunca lo he necesitado, aunque vivía cerca de la costa.

Sí, le había contado que no nadaba bien, pero lo cierto era que en realidad no sabía nadar en absoluto. Él me devolvió una mirada perpleja.

—¿Nunca has tenido nada bueno en la vida?

—Nada —respondí categóricamente—. No hasta que empecé a trabajar para ti.

Mi vida había cambiado desde que llegué a las Bahamas. Tenía tiempo libre. Tenía una casa bonita donde vivir. Comida a intervalos regulares. Tenía una vida relativamente normal. Y, por Dios, Dane no tenía ni idea de lo increíble que era eso para mí.

—¿No tienes familia? —inquirió este mientras me invitaba con un gesto a salir del ascensor.

—Nadie de quien merezca la pena hablar. La mayor parte están en la cárcel o muertos. Te dije que mi padre y mi madre eran yonquis y criminales de carrera.

Él abrió la puerta de la *suite* antes de responder:

—¿Cómo demonios conseguiste sobrevivir?

—Porque creía que tenía una salida. Creía que iba a ganar un sueldo decente como modelo. No quería ser como ellos. —Los ojos se me llenaron de lágrimas espontáneamente y tuve que tragar un nudo en la garganta.

Quería irme a mi habitación, pero Dane me detuvo dándome el alto con una mano en mi brazo.

—No huyas, Kenzie —pidió con un farfallo grave—. Deberías sentirte orgullosa de haber sobrevivido. Deberías llevar la cabeza alta porque querías hacer algo con tu vida en lugar de desperdiciarla con drogas y crimen.

—No sé dónde está mi sitio —confesé con un sollozo.

—Tu sitio está conmigo —respondió él—. Pero aún no lo has entendido.

Yo di media vuelta para hacerle frente.

—¿Por qué ibas a querer a alguien como yo?

—Porque veo en ti todo lo que tú ves en mí —explicó—. Demonios, ¿crees que veo lo que tú ves cuando te miras al espejo? No. Veo a una mujer tan increíblemente fuerte que consiguió vencer las probabilidades de ser exactamente igual que el resto de su familia. No tomaste el camino fácil.

No lo había hecho. Yo lo sabía. Pero también había querido experimentar cómo era no ser buscada por la policía como mis padres. Mi motivación era bastante fuerte después de crecer en la zona más dura de Boston.

—Quería algo diferente para mí, pero descubrí cuánto quería el mundo que me quedase en mi barrio. Salir era prácticamente imposible sin formación profesional o un trabajo.

—Lo único que necesitabas era una oportunidad —dijo con las fosas nasales dilatadas por la rabia.

Yo me encogí de hombros.

—Yo no lo entendía. Tal vez, si no me hubieran atacado cuando fui a California, mi vida sería distinta. Puede que hubiera ganado un sueldo más decente como modelo, lo cual me habría permitido ir a la universidad. Pero intento no pensar en qué podría haber sido. Tenía que lidiar con la realidad.

—La realidad es un asco —murmuró él.

—A veces —convine yo—. Pero tú me has dado mi oportunidad, Dane. ¿No lo ves? Por eso no quería joder las cosas intentando tener otra clase de relación contigo. Podría salir mal.

Él permaneció en silencio mientras su mirada depredadora se centraba en mi rostro.

—No tiene nada que ver conmigo. Te hiciste valiosa, Kenzie. Y no solo por tu cara o tu cuerpo, aunque no puedo negar que también los deseo. Tú sola te has hecho cargo de mi negocio de arte y mi vida y los has organizado. No tenía mis cosas en orden cuando llegaste. Simplemente me gustaba pensar que sí.

—¿De verdad crees que estoy haciendo un buen trabajo? —pregunté dubitativa.

—Sí. Lo creo. Te habría despedido si no lo creyera. Demonios, quería despedirte al principio, pero eras tan eficiente que no pude. Tal vez no tengas estudios universitarios, pero eres increíblemente inteligente y organizada.

Le sonreí entre las lágrimas que me corrían por las mejillas.

—Gracias. Eso significa mucho para mí.

—De haberlo sabido, te lo habría dicho antes.

—Ahora lo sé.

Finalmente soltó mi brazo y me liberó.

—Vales mucho más de lo que crees.

Yo asentí.

—Tú también.

Un golpe en la puerta nos silenció a ambos.

—La ropa —musitó Dane mientras se dirigía a abrir la puerta.

Miré boquiabierta cuando varios chicos con carritos entraron uno detrás de otro y Dane los condujo a nuestros dormitorios. Yo los seguí, sorprendida cuando la mitad de los paquetes se dejaron en mi habitación, a medias temerosa de ver qué había comprado Dane. Y de por qué habían llevado la ropa allí.

Me acerqué a la cama y levanté la tapa de una de las cajas, conmocionada al ver varias cajas de ropa en su interior. Después de sacarlas una a una, abrí las tapas.

—Ay, Dios —dije sin aliento al percatarme de que todas las prendas eran las que me habían gustado en las tiendas.

—No lo rechaces —dijo Dane desde la puerta.

Yo me volví, aún sosteniendo el adorable vestido negro de cóctel que había encontrado en la última caja.

—¿Por qué? Sabes que no puedo aceptarlo.

—Pero quieres hacerlo —dijo—. Por Dios, acéptalo.

Sí, ansiaba las prendas que había comprado Dane. No podía negarlo.

—¿Cómo has sabido qué quería comprar?

—Me percaté de la cara que se te quedaba cada vez que te detenías junto a algo que te gustaba. Parecías una niña mirando los caramelos que no podía permitirse. Me llevé a una vendedora de vuelta a la tienda para que reuniera las prendas por mí.

Miré el cuello del vestido. Era de mi talla.

—¿Y cómo has sabido qué me valdría?

Él se encogió de hombros.

—Miré cuando buscaste tu talla al principio. Probablemente antes de encontrar la etiqueta con el precio.

El vestido negro era una prenda que quería de veras y había buscado mi talla.

—Dane, esto es demasiado. Es prácticamente un armario entero.

—Solo son un par de vestidos y unos accesorios —me contradijo—. No digas que no. Si quieres discutir, eres mi empleada. Le compré a Theo y a su familia un coche nuevo por Navidad. Soy generoso con los empleados valiosos. Y en realidad esto no es gran cosa.

Escucharle intentando justificar el haberme comprado ropa resultaba gracioso.

—Theo ha trabajado para ti durante años.

—¿Importa realmente, Kenzie? —preguntó él con voz ronca—. Quería hacerlo.

Veía la mirada suplicante que me lanzaba y no era inmune a ella. A pesar de lo mucho que quería las prendas, no fue eso lo que me hizo decidir tragarme mi orgullo. Más que nada, no quería hacer daño a Dane rechazando su detalle.

—No sé cómo darte las gracias por todo esto —le dije con voz trémula.

—Entonces, no lo hagas —sugirió llevándose la mano al bolsillo de los pantalones—. Y, ya que estamos, tengo un regalo de cumpleaños para ti. Quiero dártelo pronto.

Tomé el pequeño estuche de su mano y lo abrí.

—Ay, Dios. Dane —dije con la voz entrecortada al ver el conjunto de pendientes y colgante más exquisito que había visto en toda mi vida.

Él extrajo el precioso collar de la caja.

—Es aguamarina. Me recuerda al océano y a tus ojos. Es nuestra piedra natal.

Yo estaba casi segura de que lo que rodeaba el enorme colgante en forma de lágrima eran diamantes, pero no hice ningún comentario. Conociendo a Dane, la cadena y todo lo demás era de oro blanco. ¿Cómo demonios debía reaccionar a eso? Nadie me hacía regalos y estaba bastante abrumada.

—Es el conjunto más bonito que he visto en mi vida —musité mientras me colocaba la cadena alrededor del cuello.

—Sé que lo estás pensando, pero no se puede rechazar un regalo de cumpleaños —dijo en tono de advertencia—. Quedará bien con tus vestidos.

«¿Bien? ¿En serio?», pensé. Las joyas eran preciosas. El colgante era grande, pero no tanto como para dejar de ser elegante. La larga cadena se alejaba de la gema y los diamantes

circundantes caían justo por encima de mis pechos. Los dedos me temblaban cuando tomé los pendientes y me los puse a instancias de Dane.

De pie frente al espejo para observar el resultado, me caían lágrimas por el rostro a tal velocidad que prácticamente me cegaban. Parpadeé y miré fijamente a la mujer en el espejo, atónita ante la manera en que los pendientes y el collar resplandecían y brillaban.

—Te sientan bien —dijo Dane desde detrás de mí—. Pegan con tus ojos.

Nuestras miradas se encontraron en el espejo y nos las sostuvimos con intensidad.

—He dejado tu regalo en casa —confesé—. Lo único que te compré fue un estúpido libro de arte.

Una mirada cálida iluminó su rostro mientras decía:

—Me encantan los libros de arte.

Yo asentí levemente.

—Lo sé. Quería que lo tuvieras para tu colección.

Le había pedido a Theo que recogiera el regalo de Dane por mí cuando fuera a la capital y estaba envuelto bajo mi cama en Cayo Walker.

—Gracias —dijo sinceramente—. Nadie me ha comprado nunca un libro para mi colección excepto yo.

Yo sostuve la gema del collar en la mano mientras respondía:

—No es nada comparado con esto.

Él se encogió de hombros.

—No es una competición, Kenzie. Y tu regalo significará mucho para mí.

—No tanto como esto —discutí.

Nadie había hecho nada parecido por mí, nunca. Se me escapó un sollozo, pero no intenté sofocarlo. Empecé a llorar, me di media vuelta y me arrojé en brazos de Dane hecha un desastre.

Él me abrazó durante un tiempo indeterminado, sin parecer ansioso por soltarme en absoluto.



CAPÍTULO 23

Kenzie

—Bueno, entonces, ¿cómo van las cosas con Dane de verdad? —me preguntó Paige mientras nos retocábamos frente al espejo en el lujoso tocador aquella noche.

Todo en el restaurante donde nos habíamos reunido aquella velada apestaba a dinero. Incluso el cuarto de baño tenía clase.

Yo había echado mucho de menos a mi mejor amiga. No la había visto desde que dejé nuestro apartamento compartido para ir a Nueva York, justo antes de que Paige se mudara a Denver para trabajar para Walker.

Ahora parecía muy feliz, algo que yo agradecía ver. Amaba a Sebastian de verdad y el júbilo que estallaba entre ellos resultaba prácticamente palpable.

—El trabajo es bueno —dije con una evasiva—. Os agradezco mucho a ti y a Sebastian que lo arreglarais.

—¿Cómo de bueno? —preguntó lanzándome una mirada socarrona al espejo.

¿Qué podía decir? No podía contarle que estaba locamente enamorada del que sería su cuñado.

—Simplemente... bueno. Su isla es increíble. Deberíais visitarla alguna vez.

—¿Él te gusta? —preguntó.

—Mucho —respondí sinceramente—. Es un buen hombre.

—Venga, Kenzie. Veo cómo te mira. Y tú no eres precisamente indiferente.

—¿Cómo? —pregunté girando el taburete.

Paige giró conmigo hasta que dimos la espalda al espejo.

—No conozco bien a Dane, pero veo cuánto le importas. Ni siquiera mira a nadie más. Su atención está puesta en ti. —Extendió el brazo y tocó con delicadeza el colgante que me había regalado Dane—. ¿Te lo ha regalado él? Es precioso.

Yo sacudí la cabeza.

—No se trata de eso, Paige. Somos... amigos. Y los pendientes y el colgante son un regalo de cumpleaños. Ya conoces mi historia. Dane y yo nos entendemos.

—No sois solo amigos —dijo categóricamente—. Estoy enamorada del hermano de Dane. Reconozco esa mirada en tu rostro.

Yo suspiré.

—Bueno, vale. Sí, me gusta. Es atractivo y está soltero. Pero no pienso seguir por ahí. Me gusta demasiado mi trabajo.

Paige se echó a reír, una carcajada divertida y explosiva que resonó en la diminuta sala.

—Sí, eso es lo que pensaba.

—¿No tuviste miedo? —pregunté, a sabiendas de que Paige probablemente se había arriesgado a perder su trabajo si las cosas no hubieran funcionado con Sebastian. La diferencia era que Paige tenía una formación. Era licenciada de Derecho de Harvard. No habría perdido del todo su medio de vida.

—Sí. Mira, sé cómo te sientes, pero estoy preocupada por ti. Tarde o temprano tendrás que abrirte y confiar en alguien, Kenzie. Sebastian derribó mis barreras poco a poco. Me demostró que podía ser alguien en quien confiar. Pero creo que tú eres aún más difícil de convencer.

—Confío en ti —compartí.

Ella puso los ojos en blanco.

—Sí, y tardaste años. Sabes que fue así.

Paige tenía razón. Había tardado mucho en contárselo todo sobre mi pasado.

—Sí —reconocí yo— Pero ya sabes cómo ha sido mi vida. Nunca ha incluido a un chico.

—Entiendo por qué —me explicó—. Y no querría que no te protegieras. El escepticismo nos vino bien en Cambridge. Evitó que nos distrajáramos de nuestros objetivos e impidió que nadie nos hiciera daño. Pero si dejas pasar una oportunidad con el chico adecuado, podría doler de veras.

—Creo que quizás ya lo haya hecho —dije descontenta.

—¿Se lanzó?

—Supongo que nos enrollamos. Pero no llegamos hasta el final.

—¿Y fue como esperabas?

—Es mucho más que eso —confesé—. Pero es peligroso acostarse con el jefe. Tú lo sabes.

Paige rio entre dientes.

—No lo sé. Creía que lo último que quería era acostarme con Sebastian. Pero, a veces, el corazón no escucha a la cabeza.

—Las cosas funcionaron para ti, pero estabas enamorada.

—¿Y tú no lo estás? —inquirió—. Ni siquiera un poco.

Debería haber sabido me sonsacaría las emociones con sacacorchos.

—Mucho —respondí sencillamente.

—Él siente lo mismo —dijo ella emocionada—. Lo veo.

—Dejé que me comprara algo de ropa —gruñí yo.

—¡Y te ves fantástica! —exclamó Paige.

El vestido y los tacones negros me quedaban bien, lo cual me daba autoconfianza. Como Dane había predicho, las joyas hacían resaltar el vestido negro a la perfección.

—La rechacé al principio. Pero es difícil decirle que no a Dane.

Paige frunció el ceño.

—¿Por qué quieres hacerlo?

—Ya sabes por qué. Tengo miedo, Paige. Nada ha salido nunca como desearía.

—Lo sé —dijo con empatía—. Pero eso no significa que no pueda cambiar. Dane no es un vividor. Lleva en esa isla desde que se graduó del instituto. Nunca ha tenido oportunidad de

convertirse en un imbécil.

—No lo es. Tiene talento —lo defendí—. Es inteligente y bueno.

—Entonces no tienes razones para no confiar en él —argumentó ella—. La única mujer a la que dejó entrar en su vida lo dejó hecho una mierda. Así que él tiene un buen motivo para no confiar en una mujer.

—¿Dane tenía novia? —pregunté sin aliento.

—No estoy segura de que se pueda llamar *novia* a Britney. Era más bien una sanguijuela. Todo lo que quería de Dane era vengarse de Trace por dejarla. Se enteró de dónde estaba Dane y lo utilizó para intentar recuperar a Trace. Creo que también quería su dinero, ya que ha hecho carrera de dejar secos a los hombres para mantener su costoso tren de vida.

—¿Vivía con él? —pregunté, el corazón roto al enterarme del hecho de que alguien hubiera utilizado a Dane.

—Durante un tiempo —dijo Paige—. Pero Trace dice que Dane sabía que estaba utilizándolo, así que no estaba unido a ella.

Le hice más preguntas y Paige me dio las respuestas. Me contó toda la historia de las Navidades que habían terminado su relación con Britney.

—No se merecía eso —dije en tono de enfado—. ¿Cómo pudo utilizar deliberadamente a un chico como Dane? Tal vez supiera que no lo amaba, pero eso no hace que estuviera bien. Alguien así no es buena para él. Necesita a alguien a quien le importe. Se merece eso y más.

Paige se puso en pie.

—Estoy de acuerdo. Quizás alguien como... tú.

—Yo lo haría más feliz que ella —dije con confianza. Al menos, lo adoraba.

—Entonces, hazlo —me provocó ella.

Bromas aparte, yo sabía que podía hacer feliz a Dane. Pero no sabía cuánto tiempo duraría. Tenía demasiado miedo como para intentarlo y terminar fracasando. Permanecí en silencio mientras metía el brillo de labios en el bolso.

—Supongo que deberíamos volver a la mesa —dije tristemente.

—Piensa en lo que he dicho —respondió ella—. Kenzie, yo ya no estoy en una situación difícil. Siempre me aseguraré de que estés bien. Te quiero y eres mi mejor amiga. Siempre hemos estado ahí la una para la otra y yo siempre estaré ahí para ti, tanto si quieres como si no.

Yo asentí mientras la seguía. Nunca iba a aceptar nada de Paige, pero el hecho de que se ofreciera a guardarme las espaldas siempre me conmovió. Sabía que pensaría en lo que acababa de contarme y que seguiría enojándome. Dane era el chico de ensueño de cualquier mujer, y me enfadaba que una zorra lo hubiera utilizado para vengarse y por dinero. ¿Quién hacía eso?

—¿Era guapa? —pregunté dubitativa mientras seguía a Paige por la puerta del cuarto de baño.

—Lo era —respondió mi amiga—. Pero no tan preciosa como tú.

Yo resoplé por la nariz.

—Creo que eres parcial.

No podíamos mantener una conversación privada con todo el mundo rodeándonos, así que ambas nos callamos al sentarnos de nuevo.

Los cuatro hombres se levantaron cuando volvimos a la gran mesa y resultó encantador. Dane sacó mi silla y me ayudó a sentarme; su hermano Sebastian hizo lo mismo por Paige.

Eché un vistazo alrededor de la mesa mientras todos los chicos volvían a sentarse, percatándome de que, a pesar de ser una mujer moderna, no podía detestar los modales que les habían enseñado a los chicos criados en Texas.

Sebastian estaba sentado junto a Paige, frente a nosotros. Había conocido a Trace y Eva antes, sentados a la derecha de los prometidos. A todas luces, ellos tenían la misma relación amorosa que mi amiga tenía con Sebastian.

No sabía que Gabe y Chloe también iban a venir, pero eran una pareja encantadora. Estaban sentados junto a Dane, que había presentado a Gabe como su primo. Otro Walker asquerosamente rico que parecía enamorado de su mujer de la cabeza a los pies. Empezaba a pensar que cuando un Walker se enamoraba, lo hacía hasta la médula.

—¿Todo bien? —preguntó Dane acercándose la boca al oído.

—Bien —le susurré en respuesta.

—No sabía qué querías, así que te he pedido una bebida de chicas —dijo.

Yo contuve una risita.

—¿Qué es una bebida de chicas?

—Algo con zumo de fruta y nata montada —dijo—. A Paige le gusta, así que esperaba que a ti también.

Me parecía bien cualquier cosa que hubiera pedido. Rara vez bebía alcohol, pero creí que quizás me ayudaría para librarme de los nervios. Aquel ambiente no era algo a lo que estuviera acostumbrada y, aunque todas las parejas eran realmente simpáticas, temía hacer algo inapropiado.

—Vale —le dije con una sonrisa.

Dane se veía muy guapo con ropa semiformal. Llevaba una *blazer*, pantalones de vestir y una camisa blanca que se había dejado abierta en el cuello. Parecía que aquel era su sitio, con sus hermanos y su primo. Probablemente no era extraño que tuviera autoconfianza en su entorno. Tal vez viviera en una isla ahora, pero había crecido en un mundo muy acaudalado en Texas.

—Relájate —dijo Dane con un susurro ronco que nadie más oyó—. Nadie va a morderte excepto yo, pero solo porque estás guapísima.

Me sentí ruborizar por el cumplido. Intenté liberar la tensión de mi cuerpo para poder disfrutar de la velada. Paige me miró a los ojos mientras sonreía, mirando de hito en hito mis mejillas sonrosadas y la postura íntima de Dane. Yo sacudí la cabeza, intentando decirle sin palabras que eso no significaba nada. Para mi sorpresa, ella me guiñó un ojo antes de volver la atención a su prometido.



CAPÍTULO 24

Kenzie

No estaba borracha, pero estaba bastante desinhibida cuando Dane y yo hicimos el camino de vuelta a nuestra *suite* después de cenar.

—Ha sido una cena fantástica —le dije alegremente cuando nos detuvimos frente a nuestra torre en la limusina—. Creo que nunca había comido tan bien.

—Era marisco —dijo Dane en tono divertido.

Yo asentí mientras él me ayudaba a salir del coche.

—Pero era fabuloso.

Dane rio entre dientes mientras me daba la mano para conducirme a la *suite*.

—Srta. Jordan, creo que está borracha.

—No lo estoy —negué yo—. Solo estoy contenta.

—¿Y qué la alegra tanto esta noche?

Yo suspiré cuando entramos en el ascensor.

—Mi mejor amiga va a casarse con el hombre de sus sueños. Se lo merece.

Las puertas se cerraron con un golpe y Dane no me soltó la mano mientras contestaba:

—¿Y tú no te mereces eso también?

—Algún día, espero encontrar a alguien que me quiera tanto. Pero ahora mismo solo me alegro de que Paige sea tan feliz. Es mi mejor amiga.

—¿Y qué clase de hombre te haría feliz a ti? —preguntó él.

—Tendría que quererme —reflexioné.

—¿Es rico? —farfulló Dane.

Yo sacudí la cabeza con tanta vehemencia que me mareé un poco.

—No necesariamente. Solo ha de tener trabajo.

Sería glorioso tener dos sueldos para mantener a la familia. Pero la riqueza no era necesaria. De hecho, probablemente acababa de demostrar que no me sentía del todo cómoda con ella.

—¿Y qué aspecto tiene?

Yo lo miré fijamente.

—Creo que es exactamente igual que tú, en mis sueños al menos.

—¿Sí? —preguntó con voz gutural mientras ponía una mano a cada lado de mi cabeza, básicamente manteniéndome cautiva.

Mi autoconfianza alimentada por el alcohol, lo miré directamente.

—Sí. Está muy bueno.

—Kenzie —me dijo con voz de advertencia—. ¿Qué estás diciendo?

—Nada. Solo que, si tuviera a alguien, querría que fuera como tú. —El razonamiento tenía sentido para mí.

—¿Y si tuvieras al de verdad? —preguntó en tono penetrante.

—No puedo tenerte —dije apenada.

—Y una mierda —replicó—. ¿Quién lo dice?

—Yo. Creo que me partirías el corazón —compartí sinceramente.

—Kenzie, yo nunca te haría daño.

—Puede que no a sabiendas —le expliqué—. Pero no querría que terminásemos nunca.

Se abrió la puerta del ascensor y lo empujé del pecho al ver a una pareja mayor esperando para entrar.

Dane me dejó ir con desgana, pero me dio la mano mientras me conducía hacia nuestra habitación. Una vez dentro de la *suite*, no parecía dispuesto a soltarme. Me clavó de inmediato contra la puerta cerrada, diciendo con voz ronca:

—Si me quieres, soy todo tuyo, Kenzie.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunté con atrevimiento.

«¡Dios!», pensé. El alcohol me había vuelto muy osada, pero en ese preciso instante, no me importaba.

—Tanto tiempo como quieras —respondió él.

No tuve oportunidad de hacer más preguntas. Su mirada salvaje se desvaneció de mi vista cuando su boca descendió en picado para capturar la mía. No me contuve. No solo era menos precavida debido a la bebida de chicas, sino que además estaba cansada de reprimir mis emociones. Un gran anhelo escapaba de mi alma y no tenía deseos de detenerlo.

Dane me besó como si fuera la única mujer en el mundo, la única a la que deseaba. Me abrí a él y dejé que eliminase cualquier inhibición que yo tuviera con su pasión, respondiendo a él como una llama que de pronto se hubiera convertido en un incendio fuera de control. Le rodeé el cuello con los brazos, permitiéndome sumergirme en las sensaciones. El tacto de su cuerpo duro y caliente contra el mío era un afrodisiaco al que no pude resistirme.

—Dane —dije con voz llena de anhelo cuando liberó mi boca—. Te deseo tanto. Ya no puedo no desearte.

—No quiero que no me desees —me gruñó al oído—. Dios, Kenzie. Te necesito tanto que no puedo pensar en nada más. Me estás volviendo jodidamente loco. Quería darle una paliza a cualquiera que se atreviera a mirarte con este vestido esta noche.

—Nadie me miró —discutí yo.

—Dos tipos distintos intentaban decidir cómo te ves desnuda —respondió irritado—. Sentí deseos de partirles la cara a los dos.

—¿Por qué?

Él retrocedió y me clavó una mirada oscura y penetrante. Había un tormento en su rostro que quise eliminar con una caricia cuando respondí:

—Porque eres mía, joder. No quería que esos cabrones te mirasen como si no me pertenecieras.

—No me interesaba ninguno de los dos. Ni siquiera me di cuenta. Estaba demasiado atenta a ti —confesé sin aliento— Lo único que siempre he querido eres tú.

—Tengo que saber que sentirás lo mismo cuando estés sobria —dijo con voz grave mientras me levantaba en brazos y me llevaba a mi dormitorio—. Me volveré loco si no lo haces.

—No estoy borracha —dije yo.

—Puede que no del todo —convino él—. Pero, definitivamente, estás contentilla. No te tomaré así. Quiero que sepas con quién te estás acostando. Quiero que seas totalmente consciente de qué nombre gritas cuando te vengas.

Mi cuerpo reaccionó de inmediato a sus afirmaciones francas. Fluyó el calor entre mis muslos y mi sexo se contrajo con necesidad desesperada.

—Sabré quién eres exactamente.

Me dejó en la cama mientras iba a buscar mi camisón. Fue decepcionante: me ayudó a desvestirme solo para volver a cubrirme con mi pijama.

—No me dejes —dije mientras apagaba la lámpara de noche, sumiendo el dormitorio en la oscuridad.

—Mañana me lo agradecerás. Créeme, esto está matándome, pero no quiero un rollo de una noche, Kenzie. Te quiero a ti.

Quise gritarle que volviera cuando salió de la habitación. Quería saber que lo decía de verdad cuando dijo que me quería. Me dolió el corazón con un anhelo tan atroz que sentí que no podía respirar. Tardé una eternidad en caer en un sueño intranquilo.



CAPÍTULO 25

Kenzie

HACE OCHO AÑOS...

Estaba acostumbrada a estar sola, pero me aterrizzaba estar en California del Sur. Aquello era un terreno desconocido para mí y no me entusiasmaba el barrio donde había terminado debido a mi presupuesto. Pero no era como si no estuviese acostumbrada a vivir en una zona de mierda. Saldría de allí tarde o temprano. Tenía que aferrarme a eso.

El alivio corrió por mis venas, una repentina explosión de felicidad que no solía experimentar, porque la entrevista para mi primer trabajo de modelo como adulta había ido bien.

Esperaba con todas mis fuerzas que la agencia me contratase. No iba a poder sobrevivir bien si no tenía trabajo. «Encontraré algo, aunque no sea de modelo», me dije. A la edad de dieciocho años, ya tenía experiencia laboral. Seguro que alguien me daría trabajo. No me importaba mucho qué empleo pudiera encontrar. Solo necesitaba algo para ganar dinero mientras intentaba lanzar mi carrera de modelo.

Tal vez, entonces, podría asistir a la universidad y emprender una carrera normal, algo duradero cuando fuera demasiado mayor para seguir siendo modelo. Entré en el viejo edificio de apartamentos y subí las escaleras con esfuerzo, agotada de ir y venir de la agencia. Había perdido la cuenta de cuántos autobuses había tenido que tomar para llegar hasta allí y volver, y había caminado varios kilómetros desde la parada de autobús más cercana.

Lo único en lo que podía pensar era en comer algo y tirarme en el sofá desgastado que había comprado en la tienda de segunda mano. Mis muebles no eran gran cosa, pero eran míos.

En cuanto entré en el apartamento, supe que algo iba mal. Cosas que había metido en los cajones de la cocina estaban ahora en el suelo y el pequeño espacio que había dejado recogido aquella mañana parecía haber sido saqueado.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral, y yo había aprendido a escuchar mis instintos. Me volví para salir corriendo de la cocina, pero no fui lo suficientemente rápida. Dos cuerpos enormes ataviados de negro me hicieron tropezar y terminé en el suelo sin aliento. Me levanté rápidamente, intentando salvar el pellejo.

Ninguno de ellos dijo ni media palabra, pero uno de los hombres me tomó del brazo y tiró de él cuando pasé volando a su lado. El otro sacó una navaja horrorosamente grande.

—Por favor, no lo hagas... —supliqué cuando alzó el brazo. Yo solo tenía dieciocho años. No estaba preparada para morir. Me había esforzado demasiado para mantenerme con vida para poder tener un futuro mejor. No pude hablar cuando la hoja me atravesó una y otra vez. Dolor. Más dolor. Después, agonía. Horror. Y, finalmente, el inmenso alivio de desmayarme. Antes de cerrar los ojos, me dije que tenía que sobrevivir.

«Sobreviviré. Solo tengo que encontrar fuerzas para seguir intentándolo», pensé. Resulta que tenía razón. Sobreviví, en efecto. Pero no sabía el precio que pagaría más tarde, cuando mis sueños se hicieran pedazos.



CAPÍTULO 26

Kenzie

EN EL PRESENTE...

Me desperté gritando y completamente inconsciente de dónde estaba durante unos minutos después de obligarme a cerrar la boca.

Temblando por las secuelas de mi pesadilla sobre el ataque que había sufrido, tiré de la manta sobre mi cuerpo, intentando volver a entrar en calor.

Hacía mucho tiempo desde que había tenido esa pesadilla en concreto, pero me desbordó emocionalmente igual que siempre cada vez que el sueño aterrador me asaltaba mientras dormía.

—Estoy bien —jadeé—. Estoy a salvo. Solo ha sido un sueño.

—¡Kenzie! —bramó Dane cuando entró en el dormitorio.

—Estoy aquí. Estoy bien —le dije, a sabiendas de que probablemente me había oído gritar. Paige me había contado una vez que nuestros vecinos me habían oído cuando tuve una de mis pesadillas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sentándose al borde de la cama para encender la lámpara.

Yo entrecerré los ojos, pero agradecí no estar totalmente a oscuras.

—Solo ha sido una pesadilla —respondí, intentando obligarme a olvidar las imágenes espeluznantes de mi experiencia cercana a la muerte.

Dane iba ataviado con unos pantalones de pijama y nada más. No quise hacer nada más que abrazarme a ese cuerpazo y encontrar el consuelo que pudiera.

De pronto recordé lo que había ocurrido entre Dane y yo aquella. Dios, deseé que sus palabras fueran ciertas. Deseé que me quisiera de verdad, porque yo lo deseaba con todas mis fuerzas.

—¿Qué has soñado? —preguntó toscamente mientras se deslizaba entre las sábanas, obligándome a hacerme a un lado.

Sus brazos me rodearon y entré en calor de inmediato. Desprendía calor humano, tan tentador que me acurruqué contra su pecho y me abracé a su cuello.

—El ataque —reconocí—. De vez en cuando tengo pesadillas.

—Dios, Kenzie. Ojalá hubiera estado ahí para ti —dijo abrazándome más fuerte en gesto protector.

Cálida y a salvo, por fin me relajé en el abrazo de Dane, agradecida de tenerlo allí conmigo en ese momento.

—Creo que probablemente estabas ocupado recuperándote del accidente de avión.

Resultaba curioso que Dane y yo tuviéramos tantas experiencias paralelas. A juzgar por la fecha de su accidente, estaba casi segura de que habíamos estado ingresados a la vez. Pero mi recuperación no había durado tanto como la suya.

—Lo estaba —convino—. Pero aun así desearía que no hubieras estado completamente sola.

—Yo también —le dije.

Habría sido agradable tener a alguien especial en mi vida, pero estaba convencida de estar maldita en cuanto a los hombres y a mi vida amorosa. Había tenido una relación breve de adolescente en el instituto que no había terminado bien para mí. Después de eso, nunca había confiado lo suficiente en ningún chico como para querer ser nada más que conocidos.

—¿Quieres que me quede contigo? —preguntó, sin sonar seguro de querer irse.

—Sí, por favor —respondí dubitativa.

Dane estaba ahí y quería que se quedara ahí para no tener que pensar en mi pesadilla.

—Cuéntamelo —insistió.

—Siempre es lo mismo —expliqué apoyando la cabeza en su hombro—. Recuerdo llegar a casa y ser atacada. Esperaba que las pesadillas fueran menos aterradoras a estas alturas, pero lo único que recuerdo es esa horrible sensación de que iba a morir antes de tener oportunidad de vivir.

—Yo sentí lo mismo —comentó—. Cuando tuvimos el accidente de avión. Sabía que estábamos cayendo y no estaba seguro de que nadie pudiera sobrevivir esa clase de accidente.

—Tú lo hiciste —le recordé, mi mano deslizándose automáticamente por su torso hasta su abdomen musculoso. Quería tocarlo y asegurarme de que estaba bien.

Tuvo que haber pasado un miedo tremendo al descubrir que el avión de su padre iba a estrellarse. Yo estaba agradecida de que hubiera salido con vida.

—¿Cómo fue cuando te despertaste y te diste cuenta de que seguías viva? —preguntó Dane.

—Tan doloroso que no recuerdo pensar demasiado en nada —confesé.

—Yo tampoco —confesó él.

El corazón se me encogió al pensar en Dane despertándose después de haber sufrido quemaduras tan graves. Las quemaduras de su rostro no podían haber sido terribles. Independientemente de lo que pensara, su torso y abdomen tenían muchas más cicatrices de quemaduras.

—¿Tuviste miedo? —pregunté.

—Estaba aterrado —confirmó.

—Yo también. Supongo que nunca me di cuenta de lo sola que estaba hasta que no hubo nadie en el hospital con quien hablar.

—¿No tenías amigas? Joder, al menos yo tenía a mis hermanos, aunque faltara mi padre.

—Nadie —le informé—. Era una solitaria. Nunca he dejado que nadie se acerque demasiado a mí. Era la única manera de protegerme.

Él me acarició el cabello en un gesto reconfortante mientras respondía.

—Ya no estás sola, cielo.

—Lo sé. Y me da miedo.

—No tengas miedo de mí —pidió.

—No lo tengo. Nunca lo he tenido. Sí, me enfadaste al principio, pero de alguna manera supe que nunca me harías daño intencionadamente. No presentía esa locura que desprende la gente peligrosa.

—¿Instinto? —inquirió.

—Instinto —confirmé yo—. Lo desarrollé cuando era joven. Debería haberlo escuchado cuando llegué a California. Pero necesitaba un lugar donde dormir y no quería gastarme los fondos que tenía.

—Así que te mudaste a un cuchitril —concluyó él.

—Sí. Mis instintos gritaban, pero yo no escuché. Tenía demasiadas ganas de tener éxito.

—No tiene nada de malo querer una vida mejor. Simplemente desearía que hubieras tenido más dinero. Pero empiezo a comprender lo desesperada que estabas.

—Después de pagar la primera mensualidad de mi apartamento de mierda, solo me quedaban cincuenta dólares.

—¡Dios! No se puede vivir con eso.

—No me quedaba otra opción. Para mí siempre ha sido nadar o ahogarme. Así que intentaba aprender a navegar en un estanque muy grande.

—Eres tan valiente que me siento como un cobarde. Tomé mi dinero y me mudé a un lugar donde nadie pudiera hacerme daño. Tenía los fondos y ni siquiera los valoraba.

—No es culpa tuya —indiqué—. Venías de una familia rica y sana. Desearía que pudiera ser así para todo el mundo, pero no lo es. Creo que, si yo hubiera tenido el dinero, habría querido escapar y lamerme las heridas durante un tiempo. Quizás habría hecho exactamente lo mismo que hiciste tú.

—Lo dudo —respondió Dane con voz ronca—. Tú peleas por lo que quieres. Yo nací con ello.

—Deja de hacer eso —exigí—. Odio que te menosprecies a ti mismo y tus acciones. Eres increíblemente talentoso, tanto con tu arte como con las habilidades que has aprendido para evaluar el riesgo y los beneficios de las inversiones. No tenías por qué hacer nada, Dane, pero lo hiciste. Tienes el dinero para buscar el placer que quieras, pero elegiste convertirte en una persona mejor y más inteligente.

—Me habría aburrido si solo hiciera una cosa con mi tiempo.

—Eso es por ser quien eres —expliqué—. Quieres mantenerte ocupado y nunca dejas de preocuparte por ser productivo, incluso cuando no tienes por qué hacerlo.

—¿Por qué te importa la opinión que tengo de mí mismo?

—Simplemente... me importa. —No era muy buena razón, pero en realidad no podía decirle cuánto me importaba. Inconscientemente, empecé a mover la mano que seguía en su abdomen, señal de cuánto más deseaba de Dane.

—Quizás debería irme —dijo.

—¿Por qué?

—Porque, si sigues tocándome, no estoy seguro de poder contenerme de sujetarte a la cama y joderte hasta que grites mi nombre.

No dejé de tocarlo. De hecho, exploré aún más.

—No te vayas —pedí.

No podría soportarlo si me dejara otra vez. Quizás lo había apartado una vez, pero sabía que ya no podía hacerlo. No quería volver a hacerlo. Paige tenía razón. Tenía que empezar a dejar

sitio a la gente en mi vida. Siempre sería cautelosa, pero estaba cansada de ni dejar entrar a Dane en mi vida. Significaba demasiado para mí. Era una tentación demasiado grande. De alguna manera tendría que aprender a desprenderme de mis miedos cuando la situación lo justificara. Y Dane era alguien a quien definitivamente no podía seguir dejando fuera. El problema era que había echado a perder la oportunidad de unirme más a él.

Tendría que ser yo quien lo convenciera de que era sincera. Averiguar que una mujer le había hecho daño estuvo a punto de partirme el corazón. No se merecía lo que ella había hecho, pero yo quería ser quien le mostrara cuánto tenía que ofrecer.

Quería ser la única. Aunque la relación no durase, sabía que nunca me haría daño intencionadamente. Había estado a punto de morir hacía ocho años, pero en realidad nunca había aprendido a vivir. Todavía no. Pero quería hacerlo. Deslicé la mano lentamente por su cuerpo, tomándome mi tiempo para llegar donde quería.

Dane estaba duro como una roca y dispuesto cuando por fin me abrí paso bajo sus pantalones de pijama y envolví su miembro con los dedos.

—Dios, te quiero dentro de mí, Dane. Tanto que duele.

Él me agarró el brazo, listo para intentar detenerme. Pero yo no iba a ceder.

—¿Sigues borracha? —preguntó con voz ronca.

—No estaba tan borracha como para no saber lo que quería. Sabía lo que estaba pidiéndote esta noche.

—No me hagas esto, Kenzie. No sé si podré parar.

—No pares —sugerí mientras me zafaba de su agarre—. Quiero estar cerca de ti, Dane. Tan cerca como podamos.

—¡Gracias, joder! —respondió—. No cambies de idea.

Me sentía culpable por lo que había ocurrido antes entre nosotros, pero sabía que no pensaba volver a salir corriendo. Quería ver qué sentía al estar con el hombre increíble acostado en mi cama en ese momento. No podía ignorar la manera en que me carcomía el deseo cada vez que lo veía.

Me levanté y giré una pierna sobre su cuerpo hasta sentarme a horcajadas sobre él. Odiaba apartar la mano cuando tenía todo lo que quería a mi alcance, pero era la única manera en que conseguiría lo que necesitaba.

Me quité el camisón y lo arrojé al suelo. Con cualquier otra persona, no habría sido tan osada. Ni siquiera podía imaginar desear a nadie más. Pero quería mostrarle que hablaba en serio y que no iba a marcharme hasta que hubiéramos jodido una o dos veces, quizás tres.

—¡Dios! Eres tan preciosa que me mata mirarte —carraspeó Dane—. He querido verte así casi desde el día en que nos conocimos. Quería ver esa mirada en tu rostro que decía que me deseabas tanto como yo a ti.

Sus manos se dirigieron a mis pechos y pellizcaron cada pezón, haciendo que mi cuerpo prendiera en llamas de puro deseo. Suspiré cuando sus palmas ahuecaron mis senos.

—Yo también —confesé—. Simplemente tenía demasiado miedo de que me hicieras daño.

—Nunca te haría daño, Kenzie, joder. Moriría para protegerte sin pensármelo dos veces.

—Lo sé —le dije, consciente de que era la verdad—. Ya no tengo miedo.

—¿Por qué?

—Porque merece la pena arriesgarse por ti —dije con un gemido.

Grité de sorpresa cuando hizo girar mi cuerpo y terminé tumbada de espaldas.

—Entonces voy a asegurarme de que merezca la pena el riesgo que has asumido —gruñó, su cuerpo grande cerniéndose sobre el mío.

Yo lo miré y el momento se alargó una eternidad. Su rostro era solemne, pero la travesura en sus ojos hizo que mi corazón latiera desbocado. Dane iba a hacer que mereciera la pena. No lo dudaba.



CAPÍTULO 27

Kenzie

HACE SEIS AÑOS...

Lo único que sabía era que se llamaba Paige y que estudiaba Derecho en Harvard. Aparte de eso, no sabía nada sobre la chica a la que estaba a punto de conocer. Bueno, sabía una cosa más: necesitaba una compañera de piso.

«Puede que esta vez funcione. Es estudiante, así que no es probable que no pague el alquiler», pensé. Ya había tenido varias compañeras de piso que me habían dejado plantada con el alquiler y la última había estado a punto de dejarme en la calle. Tenía que encontrar un lugar donde vivir y tenía que hacerlo rápido. Ya me habían echado de mi apartamento anterior porque no podía pagar mi parte del alquiler y la de mi compañera.

Llamé a la puerta. El barrio estaba bien, mejor que donde vivía actualmente. El edificio era viejo, pero el exterior estaba bien mantenido. Quería un lugar seguro donde vivir y una compañera en quien pudiera confiar para seguir pagando el alquiler regularmente.

—¡Hola! ¿Eres Kenzie? —preguntó emocionada una chica simpática.

Asentí, temerosa de esperar que aquella chica fuera la persona en quien finalmente pudiera confiar.

—Sí, soy yo.

Tiró de mí hacia el interior y eché un vistazo al apartamento. Según Paige, tenía dos dormitorios, pero tendríamos que compartir el baño. El espacio estaba limpio, pero los muebles eran viejos, probablemente de segunda mano. Yo no tenía problema con eso porque Goodwill era prácticamente mi diseñador de interiores habitual. Quizás había encontrado a alguien como yo.

—Siento la decoración tan triste —dijo—. Como estoy en Harvard, no puedo permitirme nada bueno.

Me enseñó el pequeño apartamento y me encantó lo que vi. Incluso tenía una cama en el dormitorio libre. Esperaba que no le importase que la utilizara. Yo tenía una cama, pero había visto tiempos mejores, así que le pregunté si tendría que comprar muebles.

—No, puedes utilizar los míos, a menos que quieras algo mejor. Si es así, no me ofenderé.

—No —respondí yo—. Mis cosas son aún peores que las tuyas.

—Genial. Entonces, quizás podemos formalizar el trato para no tener que seguir aquí sola.

Yo suspiré.

—Para ser sincera, soy bastante pobre, pero siempre llego al alquiler.

Paige sonrió.

—Supongo que tenemos mucho en común entonces.

Aunque sabía que probablemente era superinteligente, me gustaba. Su franqueza hacía que me sintiera cómoda y tenía la sensación de que podíamos ser amigas.

«¿Y si me deja tirada con el alquiler como mis compañeras anteriores?», pensé. Sí, sabía que no todo el mundo era así, pero no había tenido mucha suerte con ninguna de mis antiguas compañeras. «Lo conseguiré. Solo tengo que encontrar la fuerza para seguir intentándolo», me recordé.

En ese momento, no tenía alternativas, así que tendría que esperar que las cosas salieran bien. Le ofrecí la mano.

—Trato. Te haré un cheque.

Ella me miró radiante y me estrechó la mano.



CAPÍTULO 28

Kenzie

EN EL PRESENTE...

Nunca había deseado nada tanto como deseaba a Dane Walker y, aunque me aterraba, lo que sentía por él no dejaba lugar a la precaución.

Si iba a confiar en algún hombre alguna vez, tendría que ser él. Nadie más me había tentado nunca para salir de mi capullo de supervivencia. Pero el hombre que me miraba intensamente desde arriba en ese momento había hecho pedazos cualquier ilusión de seguridad.

Tenía que dejarlo entrar en mi vida y al diablo con las consecuencias. Levanté la mano para acariciar su barba incipiente.

—No tengo mucha experiencia —le advertí—. Solo una vez en el instituto y no fue muy agradable.

—Haré que sea más que agradable —dijo con voz ronca—. Quiero que te vengas tan intensamente que nunca desees a ningún otro hombre.

Le rodeé el cuello con los brazos.

—No he deseado a nadie. En realidad, no. Nunca supe lo que era necesitar tanto a nadie.

—Es mucho más que mutuo, cielo —respondió, los ojos oscuros vibrantes de emoción cuando bajó la cabeza para besarme.

Su abrazo fuerte era abrumador y tuve que agarrarme para la cabalgada. Él saqueó. Exploró. Y, decididamente, me conquistó desde el momento en que me abrí por completo bajo su poderoso asalto a mis sentidos. Desesperada por más, rodeé sus caderas envueltas en franela con las piernas, esforzándome por crear la conexión que necesitaba. Él soltó mi boca y yo incliné la cabeza hacia atrás cuando atacó la piel sensible de mi cuello.

—Dane —gemí, incapaz de impedir que el placer me consumiera.

—Sigue diciendo mi nombre —gruñó contra mi piel—. Quiero que sepas exactamente quien te hace llegar al orgasmo.

El deseo cálido fluyó entre mis muslos, empapando mi ropa interior. Me encantaba que hablase sucio y la intimidad que había entre nosotros. Su torso desnudo se movió contra el mío, haciendo que mis pezones se volvieran guijarros al rozar su piel ardiente.

Mis uñas cortas se hundieron en su cuello, una súplica silenciosa para que me diera lo que necesitaba. Él se deslizó hacia abajo y plantó su boca abrasadora en mis pezones, uno detrás del otro, hasta volverme medio loca.

Ensarté las manos en su cabello y tiré.

—Por favor, Dane —gemí.

Él se incorporó entre mis piernas mientras su mano buscaba el material de mis braguitas hasta encontrarlo. No había tiempo para quitármelas con delicadeza. Desgarró el material de un fuerte tirón.

—Mía —farfulló cuando sus dedos se sumergieron en la humedad y el calor de mi sexo palpitante.

—Sí —coincidí, encantada con su posesividad feroz.

Su dedo pulgar empezó a moverse sobre mi clítoris, un movimiento rápido que se centró donde más lo necesitaba y alivió parte de mi desasosiego. Pero no era suficiente.

Empujé para apartarlo, la sangre palpitando en mis venas para que lo desnudara.

—¿Kenzie? —dijo con voz codiciosa—. ¿Qué quieres?

Yo me senté y agarré el cordón de su pijama.

—Esto —jadeé tirando del cordón—. Te necesito a ti.

Dane respiraba pesadamente, el pecho subiendo y bajando con cada bocanada de aire.

—Espera. Lo tendrás. Pronto.

—Ya no puedo esperar más, Dane.

Él se puso en pie con torpeza junto a la cama y se sacudió los pantalones de franela en un tiempo récord. No llevaba nada debajo y su pene salió disparado del confinamiento, pesado y precioso cuando quedó expuesto.

Me lo comí con los ojos, devorando la perfección de Dane. Era el espécimen de hombre perfecto a mis ojos. Todo lo que era mujer en mi interior ansiaba el cuerpo musculoso y despampanante del hombre que ahora me importaba tanto.

Sus ojos parecían casi negros, su color chocolate profundizándose cuando su mirada ávida se deslizó por mi figura, haciéndome sentirme poseída antes incluso de que volviera a la cama.

—Esto no va a ir despacio —me advirtió en tono salvaje—. No tengo freno cuando se trata de ti.

Me dio un vuelco el estómago al mirarlo con descaros para después extender el brazo y tocar la punta aterciopelada de su miembro.

—No te he pedido que vayas despacio —dije.

Tocarlo fue como un afrodisiaco para mí. Aunque no lo necesitaba. Ver a Dane en toda su gloria era suficiente. Acaricé su miembro, mi deseo ascendiendo a cotas enfebrecidas mientras miraba la línea cincelada en uve bajo su abdomen que parecía apuntar justo a la enorme erección que yo rozaba.

Tocarlo era tan increíble que no pude evitar barrer la gota de humedad de la punta y degustarla.

—¡Dios, Kenzie! —gruñó—. ¿Intentas matarme?

—Solo de placer —respondí con una voz irreconociblemente seductora.

—Para o te pondré sobre mi regazo y dejaré rojo ese precioso trasero.

El corazón me latió desbocado al imaginarme a merced de Dane.

—Puede que me guste —flirteé.

Dane apartó mi mano y volvió a la cama, sujetándome al colchón con su cuerpo.

—Ten cuidado con lo que pides —respondió, el aliento cálido junto a mi rostro.

—No tengo miedo —dije—. Me toques como me toques terminaría volviéndose placer.

Él retrocedió y bajó la mirada hacia mí, las fosas nasales abiertas con aspecto de esforzarse para controlarse.

—Vaya si lo convertiría en tu placer... —carraspeó.

Yo rodeé su cintura con las piernas y después me presioné contra él.

—Ahora, Dane. Te necesito.

El anhelo en mi interior se estaba volviendo atroz, más de lo que podía soportar.

—Espacio, cielo —canturreó—. Bésame, Kenzie.

Yo rodeé su cuello con los brazos y atraje su cabeza hacia abajo. Era todo el estímulo que necesitó para besarme como un poseso.

Su miembro duro me presionó el sexo. Estaba muy cerca de conseguir lo que necesitaba. Volví a apretarme contra él, instándolo a llenarme mientras su abrazo embriagador perduraba.

Cuando finalmente me penetró con una poderosa embestida de sus caderas, gemí contra su boca. Dane era grande y a mis músculos internos les costó aceptar su tamaño. Entonces el dolor menor cedió el paso a una sensación mayor de plenitud total y absoluta.

—Sí —gemí cuando soltó mi boca—. Sí, por favor. Jódeme.

—Qué apretada estás, cariño —gimió, su cuerpo estremeciéndose cuando se acomodó por completo en mi interior—. Y caliente.

—Eso es culpa tuya —gemí.

—Dios, Kenzie. No sabía que podía ser así —dijo con voz ronca cargada de deseo.

Lo entendía. Era perfecto. Nuestros cuerpos ardieron en tándem cuando Dane salió prácticamente del todo y después volvió a penetrarme.

—Ah, Dios, ¡sí! —lo insté a seguir adelante.

Él tomó un enorme mechón de pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás para poder devorar la piel de mi cuello con los dientes y la boca. Mi atención se centró en sus fuertes embestidas, sin sentir nada más que a él.

Me invadió una y otra vez hasta que lo único que pude hacer era cabalgar con él. Cada vez más profundo. Más duro.

—Más —gemí, clavando las uñas cortas en su espalda.

Era como yesca para su llama y estaba a punto de estallar en un infierno descontrolado, una llamarada incapaz de ser contenida.

—Dane, no puedo soportarlo —dije en tono de desesperación.

—Lo soportarás —me dijo al oído con voz animal—. Lo soportarás y luego suplicarás más.

Sabía que tenía razón. No podía hartarme. Mi espalda se arqueó cuando la espiral apretada en mi vientre empezó a desatarse y fue directa a mi sexo. Mis piernas estrecharon su cintura y sus embestidas se volvieron breves y profundas.

Nuestros cuerpos sudorosos se deslizaron juntos a un ritmo perfecto y tremendamente erótico, haciendo que cada golpe de su miembro se deslizase sobre mi clítoris palpitante. Entonces exploté y empecé a sollozar cuando el clímax se hizo presa de mi cuerpo hasta que me sentí como un inmenso desastre palpitante.

Mi vagina se cerró en torno a su enorme verga, como si no quisiera dejarlo ir. Yo quería alargar el momento, pero el orgasmo era demasiado fuerte como para ignorarlo.

—¡Dane! —grité entre sollozos.

—¡Joder! —dijo con voz gutural—. No puedo contenerme.

—No lo hagas —supliqué cuando mi sexo se tensaba en torno a su miembro, apretando y soltando hasta que llegó al orgasmo.

El clímax me golpeó de lleno, dejándome a la deriva después. Dane terminó por girar para quitarse de encima, ambos completamente exhaustos. Mi cuerpo seguía temblando cuando me rodeó con los brazos y me abrazó fuerte.

—No llores, cariño. ¿Por qué lloras?

Eran lágrimas de felicidad, un alivio y felicidad que simplemente no podía contener. Me aferré a él mientras respondía:

—No son lágrimas de pena. Soy feliz.

Nunca había sentido esa pertenencia con nadie, ese júbilo. Mis emociones se habían derramado más allá del punto donde solía reprimirlas y no había podido contenerlas. Todo había estallado en un festival de sollozos que nunca había experimentado en el pasado.

«Te quiero, Dane. ¡Te quiero tanto que duele!». Mi mente gritó lo que mi boca no podía pronunciar, así que seguí aferrada a él en silencio mientras me recuperaba después de la experiencia más extraordinaria y alucinante de toda mi vida.



CAPÍTULO 29

Kenzie

HACE TRES AÑOS...

—Me han despedido —le dije a Paige con la mirada pegada a los anuncios de “se busca ayudante” en el periódico. Estaba en el sofá con una bolsa de Cheetos, engulléndolos mientras miraba los anuncios, empezando a emborronar el papel de naranja con los dedos.

—¿Y ahora qué? —bromeó Paige—. ¡Ah, espera! No me lo digas. ¿El Sr. Patel ha traído a Estados Unidos a otro familiar que necesita tu trabajo?

—A su sobrino —respondí llanamente.

—Tienes que dejar el trabajo nocturno en hoteles —observó Paige—. Nunca duran demasiado.

Yo suspiré mientras alzaba la mirada hacia ella desde mi sitio en el sofá. Acababa de llegar de clase y parecía tan agotada como me sentía yo.

—Lo sé. Estoy buscando otra cosa.

El trabajo nocturno de recepcionista en el hotel era mi segundo empleo. Ya trabajaba a jornada completa durante el día en otro puesto mecánico, pero no ganaba lo suficiente como para no tener un segundo empleo.

Paige me arrancó el periódico de las manos.

—Deja de buscar. Dios, acaban de despedirte.

Yo me encogí de hombros.

—Como si no estuviera acostumbrada.

Había perdido cinco puestos de noche durante los últimos años y ninguno de los despidos había sido culpa mía. Un negocio en quiebra. Un negocio había hecho un expediente de regulación de empleo. Otro había hecho recortes de personal. Un negocio al que una mujer con baja de maternidad había decidido volver a trabajar. Y ahora... el jefe indio que quería dar trabajo a sus familiares que llegaban a Estados Unidos.

Demonios, ¿qué oportunidades tenía frente a un sobrino?

—No necesitas encontrar trabajo hoy —me tranquilizó.

Sí, de hecho, necesitaba encontrar algo que pagase antes de fin de mes o quizás no llegaría a pagar el alquiler. Pero no le dije eso a Paige. Estaba dejándose la piel trabajando también y lo último que necesitaba era una inútil como compañera de piso.

Paige había resultado ser la mejor clase de compañera, de las que se convierten en tu mejor amiga. Con el paso del tiempo, había compartido mucho con ella y ella me había contado cosas que nunca le había dicho a nadie. Habíamos conseguido llevarnos bien y ninguna se quejaba cuando tenía que poner un poco más de dinero si la otra andaba corta.

—Encontraré algo —le aseguré.

Me quitó el periódico y dio unos pasos para sostenerlo por encima de la papelera.

—Tienes que desistir. Nunca hemos pasado una tarde juntas. Podemos hacer una maratón de películas o ver la tele esta noche.

¡Maldita sea! Aquello sonaba bien. Rara vez conseguíamos pasar más de una hora o dos en casa juntas y no se debía a que ninguna de las dos tuviera una cita con un tío bueno. La mayoría de las veces, estábamos trabajando o Paige estaba en clase.

Por desgracia, yo sabía que no siempre seríamos compañeras de piso. Paige podía ver el final de su pobreza. Sería licenciada de Derecho de Harvard y yo seguiría trabajando en puestos sin futuro. No había luz al final de mi túnel. «Lo conseguiré. Solo tengo que encontrar la fuerza para seguir intentándolo», me recordé. Dejé que Paige se saliera con la suya y dejé de buscar trabajo por aquella noche. Ella no sería mi compañera de piso siempre y yo quería pasar una noche con mi mejor amiga.

Tarde o temprano, ella se marcharía y yo volvería a quedarme sola. Quería disfrutar de su compañía y esperaba que nos mantuviéramos en contacto cuando ella se mudase a un sitio mejor que nuestro pequeño apartamento en Cambridge.



CAPÍTULO 30

Kenzie

EN EL PRESENTE...

Me desperté por la mañana envuelta en calor en forma de un ardiente cuerpo de hombre que me abrazaba. Dane me había hecho la cucharita y no me soltó, ni siquiera después de dormirse. Permanecí ahí tumbada unos minutos, simplemente disfrutando de la sensación de ser lo bastante atesorada como para tener lugar en brazos de Dane.

Ambos apestábamos un poco porque nos habíamos quedado dormidos rápidamente después de que me jodiera hasta la locura, pero yo no pensaba quejarme. Al final, empecé a escabullirme de mi sitio despacio, desesperada por vaciar la vejiga.

—Ah, no, ni se te ocurra —dijo Dane en un tono adormilado y adorable que me hizo sentir escalofríos en la columna—. No vas a dejarme.

Me estrechó la cintura más fuerte.

—Dane, tengo que ir al baño. Literalmente. No he mojado la cama en más de veinte años.

—Bueno, vale —farfulló, sin dejarme ir.

Yo solté una risita porque era muy gracioso cuando seguía medio dormido.

—Tienes que soltarme.

—No quiero —protestó.

Sinceramente, no me apetecía levantarme en ese momento, pero estaba a punto de reventar.

—Tengo que ir al baño —dije con pereza; luego me contoneé hasta que soltó su agarre.

—Vuelve conmigo —gruñó.

Me tomé un momento para inclinarme y besarlo en la frente antes de apresurarme al baño privado. A juzgar por el hecho de que Dane ni siquiera había abierto los ojos, probablemente se quedaría dormido en cuestión de unos instantes. Terminé y después abrí el grifo de la ducha. Estaba desesperada por quitarme el mal olor del cuerpo.

«Vuelve conmigo», recordé. Estuve a punto de obedecer su orden porque quería hacerlo, pero la ducha ganó porque necesitaba volver a sentirme persona. El potente chorro de la alcachofa me espabiló, aclarando mis sentidos nublados.

«¡Ahora todo lo que necesito es un café!», pensé. Aunque, en realidad, lo único que quería era a Dane, otra vez. Supuse que ese era el problema de experimentar tanto placer. Codiciaba experimentarlo una y otra vez.

Me lavé el pelo y lo acondicioné mientras pensaba en lo que había ocurrido la víspera. Dane era increíblemente peligroso para mí. No solo estaba locamente enamorada de él, sino que además podía ser un gran amigo. Mi atracción por él era algo fuera de lo normal. Y mi alma sentía un profundo vínculo por primera vez en mi vida.

El problema era que esa combinación podía resultar desastrosa, pero había llegado a un punto en que tenía que intentarlo. ¿Qué tenía de bueno la vida si lo único que hacía yo era sobrevivir? Quizás estuviera condicionada a no arriesgarme, pero Dane me tentaba más allá de toda resistencia posible.

Yo quería amor. Quería un vínculo. Lo quería... a él. Sentí una opresión en el pecho al recordar cómo me había hecho venirme, la mente únicamente centrada en el placer. Era muy posible que la manera en que amaba a Dane pudiera presentarse una sola vez en la vida. Y no podía desperdiciarla a cambio de seguridad. Quería experimentar todo lo que pudiera antes de perder la oportunidad.

Cerré los ojos y me apoyé contra los azulejos, el cuerpo excitado y listo para el orgasmo. Antes de que me diera tiempo a pensarlo, deslicé la mano por mi vientre hasta llegar a mi sexo anhelante.

—Dane —suspiré mientras lo imaginaba, con esa expresión excitada y de ojos entornados que había visto la noche anterior tomando forma en mi mente—. Te necesito.

Levanté el pie y lo apoyé en la bañera, los dedos ocupados estimulando mi clítoris palpitante. Mi vientre se tensó y contuve un gemido mientras visualizaba a Dane penetrándome. Y a Dane dándose un festín en mi sexo como la primera vez que habíamos intimado.

Solté un gritito y abrí los ojos de golpe. Una mano fuerte me envolvía la muñeca, apartándola de lo que estaba haciendo. Antes de poder procesar lo que ocurría, Dane estaba arrodillado y entre mis piernas. Alzó la mirada hacia mí.

—Eres una chica muy mala, Kenzie. Hacer que te vengas es mi trabajo —carraspeó—. Pero lo dejaré pasar por esta vez.

Yo me estremecí ante el timbre bajo de su voz. Sabía que estaba jugando, pero no tenía muy claro cómo unirme al juego. O, al menos, creía que estaba bromeando. Con Dane, a veces era difícil saberlo. En cuestión de segundos, dejé de pensar en sus palabras. En cuanto enterró el rostro entre mis piernas, lo único que pude hacer fue sentir.

—Ah, Dios —susurré, las piernas temblando cuando puso las manos sobre mi trasero y atrajo mi sexo contra su cara.

Tuve que agarrarme a la barra de la ducha y agradecí que estuviera ahí. Con el pie apoyado, estaba completamente abierta a Dane, pero no tenía mucho equilibrio. Dejé caer la cabeza contra el azulejo cuando su lengua se deslizó rápidamente sobre la carne rosa y tierna antes de concentrarse en el diminuto manojito de nervios que me disparó. Me aferré a la barra de metal con todas mis fuerzas al sentir mi cuerpo reaccionar violentamente a cada roce sutil de la lengua de Dane.

Con él, probablemente nunca llegaría el momento en que yo dejase de arder en llamas en cuanto él me tocara.

—Haz que me venga, Dane, por favor —supliqué.

Mi vagina ya se contraía y yo sentí que el orgasmo se acercaba a toda velocidad. El chorro de agua palpitante golpeaba mis pezones, estimulándolos prácticamente al mismo ritmo que la lengua de Dane.

Mi espalda se arqueó instintivamente cuando el clímax me golpeó como una oleada.

—Dane. Sí. Sí. —Estiré la mano libre hacia abajo para ensartar los dedos en su pelo mojado mientras mi desahogo explosivo me consumía. Lo quería cerca. Más cerca. Aún más cerca. Mi cuerpo se estremeció cuando implosioné, convirtiéndome en una masa temblorosa mientras jadeaba para recuperar el aliento y la cordura.

Los dedos de Dane sustituyeron a su boca y él se puso en pie sin dejar de acariciarme delicadamente hasta que al final me relajé contra él, el cuerpo hecho un despojo.

—Buenos días —me dijo al oído con voz grave y sexy. Ahora estaba totalmente despierta, incluso sin mi café matutino.

—Sí, lo son —jadeé.

Su carcajada vibró contra mi piel y fue una de las mejores cosas que había oído en mi vida. Quería hacer feliz a Dane. Quería hacerlo reír. Había habido demasiada soledad y tristeza en su vida.

—Creí haberte dicho que volvieras conmigo —me reprendió.

—Quería dejar de apestar primero —protesté yo—. Pero puedo hacer que la espera merezca la pena.

—Ya lo has hecho, cariño —me aseguró.

El corazón se me encogió en el pecho.

—Puedo hacer que sea todavía mejor —me ofrecí, sin querer que él respondiera antes de descender por su cuerpo y arrodillarme a sus pies.

Había deseado aquello la noche anterior, pero las cosas fueron demasiado explosivas como para hacer mi primera mamada con torpeza. Ahora, teníamos tiempo de sobra.

—Kenzie, si haces eso, voy a venirme en tiempo récord, seguro —me advirtió.

Yo envolví su miembro duro como una roca con la mano.

—Dios, eso espero —dije en tono esperanzado—. Bueno, no lo del tiempo récord, pero sí que te vengas.

Saboreé el tacto de su verga ancha y dura, deseosa de conseguir darle tanto placer como él me había proporcionado a mí. Alcé la mirada hacia él y nuestros ojos se encontraron en un choque intenso.

—Ayúdame —dije—. No sé exactamente cómo hacer esto.

Su mirada se iluminó y él me sonrió.

—Confía en tu instinto. Te garantizo que me gustará cualquier cosa que hagas.

Yo moví las manos a su trasero firme, los dedos trazando la carne musculosa y suave. Como él dijo, seguí mis instintos, llevando la boca a sus abdominales mojados y trazando la seductora uve con la lengua.

Dejé que mi boca recorriera su verga y después la abrí para tomarlo. Dane sabía a pecado y a hombre duro, obstinado e irresistible. Desde el momento en que lamí su miembro me sentí embriagada. Lo agarré con torpeza, pero Dane estiró los brazos hacia abajo y sostuvo mi cabeza, alentándome al ritmo que necesitaba.

—¡Joder, Kenzie! Te dije que no iba a aguantar. Ver cumplirse mis sueños húmedos es demasiado difícil.

¿Había soñado con aquello? ¿Conmigo? Dios, eso esperaba, porque él había sido el protagonista de mis sueños eróticos casi desde el momento en que nos conocimos. Cogí el ritmo, más cómoda con su tamaño descomunal. Intenté tomar más y más de él, pero probablemente nunca sería capaz de llevármelo entero a la boca. Siguiendo mi instinto, bajé la mano desde su trasero para acariciarle las pelotas y me satisfizo arrancarle un gemido sexy y gutural.

—Así, Kenzie —gimió—. ¡Así! ¡Así!

Rodeé la base de su pene con la mano, empezando a conocer sus reacciones finalmente. Dejé que mi mano trabajase con mi boca y cuando noté tensarse su cuerpo, supe que iba a venirse.

—Levanta, cielo. Voy a venirme.

Yo no quería apartarme. Quería saborearlo igual que él me había saboreado a mí. De hecho, ansiaba hacerlo.

Recibí exactamente lo que quería y el orgasmo de Dane fluyó poderosamente por mi garganta, el calor y sus gemidos sensuales alimentando mi propio placer. ¡Lo había logrado! No se me daba fatal hacer mamadas. Supuse que lamía muy bien. Dane me agarró con fuerza por los brazos, me levantó y me atrajo entre los suyos.

—¿Ha estado bien? —pregunté dubitativa mientras alzaba la mirada hacia él.

—No —dijo intentando recobrar el aliento—. Ha estado mejor que bien.

Sonreí mientras él seguía con los ojos cerrados y la cabeza ladeada, el pecho subiendo y bajando rápidamente.

—Mejoraré con el tiempo —musité—. Solo necesito práctica.

Él me atrajo contra su cuerpo y me besó. Suspiré en su tierno beso y probé el sabor de ambos entremezclados.

Cuando finalmente liberó mi boca, apoyé la cabeza contra su fuerte hombro, encantada de simplemente estar con él.

—Si practicas más, probablemente acabes conmigo —gruñó.

Sonreí contra su piel, consciente de que en realidad no se quejaría si yo decidiera mejorar mis habilidades. Nos limpiamos con pereza, tomándonos nuestro tiempo antes de salir finalmente del calor de la ducha.



CAPÍTULO 31

Kenzie

HACE UN AÑO APROXIMADAMENTE...

No iba a llorar.

—Te echaré de menos —dijo Paige con voz apesadumbrada.

—Yo también te echaré de menos. Pero pronto tú también te irás de aquí —le recordé mientras nos despedíamos en la estación de autobús. Mi autocar estaba empezando a cargar.

Quizás la inminente graduación de Paige estaba espoleándome a mudarme y probar suerte en otra ciudad. La galería de Nueva York había sido una especie de excusa. Intencionadamente, había solicitado cualquier puesto en el mundo del arte, a sabiendas de que mi mejor amiga pasaría a trabajos mejores y más importantes. Como no tenía experiencia, ser recepcionista en una galería de renombre tendría que ser el punto de partida por ahora.

—Ten cuidado. No andes sola de noche —me previno Paige—. Y no te olvides de comer.

Dios, extrañaría a mi hermana mayor honoraria. Paige solo era unos años más mayor que yo, pero a veces se preocupaba como una mamá gallina. Iba a echar muchísimo de menos aquello. Siempre me había tratado como si fuera su familia y eso era algo que yo nunca había tenido.

—Ven aquí —dijo con voz llorosa—. Estoy muy preocupada por ti.

La abracé fuerte, a sabiendas de que era posible que nunca tuviera otra amiga que se preocupase tanto por mí como ella.

—Tú ten cuidado también —susurré—. Esta no es precisamente una ciudad pequeña.

Yo siempre había sido mucho más espabilada en la calle que mi amiga. Paige había recibido algunos golpes duros en la vida, pero no había pasado tanto tiempo como yo vagando por las calles.

—Nos mantendremos en contacto —dijo, intentando sonar alegre mientras se le escapaban las lágrimas.

«No voy a llorar», me dije. Asentí, consciente de que probablemente terminaríamos perdiéndonos la pista. Paige estaba destinada a hacer grandes cosas y no tendríamos mucho en común una vez que se convirtiera en una abogada con ingresos altos.

—¡Te llamaré! —grité por encima del hombro mientras corría hacia la puerta del autocar. Estaba arrancando.

Encontré mi sitio junto a la ventana y vi a Paige despidiendo al enorme vehículo mientras se preparaba para alejarse.

«Lo conseguiré. Solo tengo que encontrar la fuerza para seguir intentándolo», me recordé. No empecé a llorar hasta que el autocar se hubo alejado y dejé de ver a mi mejor amiga en la acera de la estación de autobuses. Después de eso, di rienda suelta a la pena. Solo habría una Paige en mi vida y echarla de menos merecía la pena el llanto.



CAPÍTULO 32

Dane

EN EL PRESENTE...

«¡Mía!».

No podía dejar de sentir tensión por todo el cuerpo mientras observaba a Kenzie comiendo el desayuno que habíamos pedido al servicio de habitaciones. Sí, era mía. Simplemente, ella no lo sabía aún. «¡Dios!», pensé. El mero hecho de verla lamer una gota de sirope de su dedo me provocaba una erección descomunal, y ni siquiera estaba tocándola.

«Sí, sé que es patético, pero no me importa una mierda», pensé. Lo único que importaba, mi único objetivo, era mantener a Kenzie a mi lado. Cuando había salido corriendo de la sala de cerámica, me aterrorizó haber ido demasiado rápido y haber hecho lo incorrecto al ofrecerle dinero. Estaba casi seguro de que lo había estropeado todo. Teniendo en cuenta su historia, no la culpaba por no confiar en nadie. Pensar en las dificultades que había sufrido me daba dolor de estómago. Y no podía evitar desear haber estado ahí para ella antes, pero ahora estaba ahí y no iba a permitir que volviera a verse sola y asustada nunca.

No podía pensar en el ataque que había sufrido sin entrar en cólera. Unos cabrones de mala vida habían estado a punto de matarla y la habían dejado por muerta. Había estado a punto de perderla cuando ni siquiera la conocía aún. Me cagaba de miedo pensar en la muerte de Kenzie antes incluso de haber tenido la oportunidad de que formara parte de mi vida.

Era esa sensación en la que a veces sabes que algo estaba destinado a ocurrir. Kenzie era esa certeza para mí. Sabía que estábamos destinados a conocernos. No sé cómo lo sabía, pero era cierto. Lo presentía.

El problema era que, ahora, Kenzie tenía el poder para destrozarme por completo y eso era aterrador. Pero yo no pensaba dejar que el miedo me atenazara. Ella me necesitaba a mí tanto

como yo a ella. Simplemente era posible que ella tardara un poco más de tiempo en verlo a mi manera.

No había vuelta atrás para mí. En el momento en que la había tocado, era toda mía. «Seamos justos, yo también soy todo tuyo», me dije. Lo único que necesitaba hacer ahora era convencerla de que quería a un cabrón lleno de cicatrices como yo.

—Se supone que hoy vamos a ir a bucear con tubo con las tortugas —me informó entre bocados de su enorme montaña de tortitas. «Dios, me encanta cómo come», pensé. Nada de ensaladas minúsculas para Kenzie. Disfrutaba de la comida casi como si fuera una especie de experiencia religiosa.

—¿Vamos a ir? —pregunté tomando el tenedor para empezar a engullir el desayuno de mi plato.

Ella me miró con el ceño fruncido.

—Sabes que no sé nadar.

—Yo cuidaré de ti —prometí—. Podríamos hacer que te den un chaleco salvavidas para que veas el arrecife. ¿Te apuntas?

Debería haber empezado las clases de natación con ella en la isla, pero, después de meter la pata, no habíamos tenido oportunidad de hacerlo.

—En realidad no me da miedo el agua —cavilé—. Simplemente no sé nadar. Pero me gustaría aprender.

Sí, tenía que enseñarla a nadar. No me gustaba la idea de que tuviera dificultades en la piscina o en la playa del cayo sin las habilidades básicas para mantenerse a flote. Había saltado al lado menos profundo de la piscina con tantas ganas que yo di por hecho que sabía nadar, hasta que ella me dijo lo contrario.

—Yo te enseñaré —respondí—. Te gusta el agua, así que eso es un buen comienzo. Tarde o temprano te llevaré a hacer submarinismo conmigo.

Su rostro se iluminó.

—Eso sería increíble.

Era una lección de humildad ver lo fácil que era hacerla feliz. La vida había sido una mierda para ella y le entusiasmaban cosas que yo llevaba haciendo toda la vida. ¿Era justo? No podía pensarlo o me volvería loco.

—Entonces ¿quieres ir? —preguntó ella.

—¿Tú no quieres?

Ella asintió.

—Sí. No sé si alguna vez volveré a Hawái, así que me gustaría ver todo lo que pueda.

—Tenemos bonitas playas en la isla —le recordé.

—Lo sé. Y me encanta. Pero hay algo mágico en este lugar.

Yo estaba de acuerdo. Ese algo mágico era su presencia allí. Me gustaba Maui. Había ido muchas veces allí a hacer submarinismo. Pero nunca había estado tan bien.

—Debería ponerme el bañador —dijo emocionada.

Yo puse la mano en alto para detenerla.

—Termínate el café. Tenemos tiempo.

Tomó su taza y permaneció en su sitio, sonriéndome mientras se llevaba el café a los labios antes de beber.

—Sobre lo que pasó anoche... —empezó a decir dubitativa cuando hubo tomado algo de cafeína.

—¿Y esta mañana? —pregunté yo.

—Sí, eso también. Estaba pensando que quizás solo haya sido un rollo.

«Mierda», pensé. Se la veía nerviosa y yo detestaba aquello. No tenía que explicarme lo que había ocurrido. Yo había estado allí con ella. Era perfectamente consciente de lo intenso que había sido.

Dejé el tenedor y la miré con obstinación.

—Para mí no ha sido un rollo —le dije con certeza. Tenía que convencerla de que todo lo que había pasado era real para ambos—. Pero, si no vuelve a ocurrir, lo entenderé. —Me puse en pie con dolor de estómago ante la idea de que ella desperdiciara lo nuestro antes de que tuviéramos oportunidad de empezar—. Quiero que vuelva a ocurrir, Kenzie. Una y otra vez. Todos los puñeteros días.

¿Podía ser más claro? No lo creía.

Ella se puso en pie y caminó hasta acercarse a mí.

—No estoy tomando anticonceptivos —espetó—. No debería haber sucedido sin protección y fui una estúpida. Quiero decir que, en realidad, no es el momento adecuado del mes para quedarme embarazada, pero, aun así, fue una insensatez.

Parecía tan desanimada que quise decirle que no me importaba si se quedaba embarazada. Cuidaría de ella y de cualquier niño que trajera al mundo, pero temía que ella no se sintiera preparada para eso.

—Ambos estábamos ahí, Kenzie. Yo era tan responsable como tú, quizás más.

En algún momento, podría haberseme ocurrido comprar condones. Nunca había dejado de ponerme goma, especialmente, no con Britney. Pero ni se me había ocurrido pensarlo con Kenzie, probablemente porque ya sabía que nunca desearía a nadie más que a ella una vez que la tocara. Ella era la chica para mí. Kenzie era la única mujer a la que iba a amar nunca. Lo era todo para mí. Ahora, lo único que tenía que hacer era convencerla de lo que mi corazón y mi instinto habían estado diciendo todo el tiempo.

—Sé que ambos participamos —respondió ella—. Simplemente no pensé en las consecuencias. No estoy segura de por qué. Suelo tener cuidado en todo.

—Es así entre nosotros —expliqué—. Creo que ambos nos dejamos llevar por el momento.

Al menos, sabía que yo lo había hecho. Demonios, ni siquiera podía respirar cuando ella me tocaba, mucho menos pensar.

—¿Nunca has hecho eso antes? —inquirió.

Tomé sus manos y las estreché con fuerza.

—Nunca. Y debería haber pensado en el hecho de que te preocuparía. Lo siento. Pero has de saber que, si ocurre, no estarás sola.

«Caramba, si se ha quedado embarazada, no podré perderla de vista. No es que ahora pueda, pero será mucho peor», me percaté.

—Pero podríamos utilizar protección —sugirió ella sin aliento.

—La utilizaremos —corregí yo—. No voy a dejar que me echés de tu cama de una patada.

Ella se abalanzó en mis brazos y yo la atrapé por la cintura.

—Nunca te echaría —prometió—. Tendrías que dejarme tú.

—Entonces supongo que estamos atrapados el uno con el otro —bromeé, el corazón mucho más liviano al saber que no saldría corriendo.

Yo estaba tan asustado como ella, pero iba a aguantar y a luchar por lo que quería esta vez. No iba a esconderme y, desde luego, no pensaba dejarla marchar.

Ella se abrazó a mi cuello y presionó sus cálidas curvas contra mi cuerpo más duro. «Dios, qué gusto da», pensé.

—No me siento atrapada —musitó—. Me siento afortunada.

—¿Te sientes afortunada de estar con un imbécil? —bromeé.

Ella suspiró y se relajó contra mí. El corazón empezó a batirme contra el pecho. Kenzie estaba empezando a confiar en mí y yo me sentía como si tuviera algo realmente frágil y precioso en mis manos. Lo único que tenía que hacer era manejarlo con cuidado.

—No eres un imbécil y, créeme, creo que he conocido a todos los que existen durante los últimos años.

Yo detestaba el hecho de que hubiera estado a merced de ningún tipo. Pero había hombres que hacían presa de las inocentes. Los excitaba.

Acaricié su pelo sedoso con la mano, intentando no pensar en las situaciones difíciles que había sufrido Kenzie en el pasado. Si lo pensaba durante demasiado tiempo, terminaría convirtiéndome en un homicida.

—Ahora estás a salvo. Lo sabes, ¿verdad?

«Por favor, di que sí», pensé.

—Me siento más segura de lo que me he sentido nunca en toda mi vida —contestó—. Pero eso no siempre es cómodo para mí, Dane. Me cuesta bajar la guardia.

—Entonces, tómate tu tiempo —dije—. Tenemos tiempo de sobra.

No iba a ser un impaciente, joder. Kenzie tenía derecho a ir con cuidado, pero esperaba que, al final, dejase caer todas sus barreras conmigo. A veces, resultaba más cómodo ser vulnerable con alguien que estaba tan aterrorizado como yo.



CAPÍTULO 33

Kenzie

HACE UNOS MESES, DURANTE LAS FIESTAS...

—Estás despedida, Mackenzie. Ve a recoger tus cosas de tu mesa.

Yo estaba sentada en el despacho de mi jefe, Keith Maxfield, preparándome para repasar la agenda matutina de posibles compradores que vendrían aquel día. No era algo que me esperase que dijera, especialmente porque había tenido que darle una patada en las pelotas el día anterior por intentar agredirme sexualmente.

Se me heló la sangre ante la idea de no tener trabajo durante las fiestas. Sobre todo, al tratarse de mi empleo principal a jornada completa. Nueva York era tan cara que terminaría arruinada en una semana y nadie estaría contratando tan cerca de las Navidades.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Es por lo de ayer?

Me habría marchado si hubiera podido. Keith era un capullo y yo había estado oponiéndome a sus insinuaciones desde que empecé a trabajar allí. De hecho, quizás fuera el motivo por el que había conseguido el puesto, para empezar. La víspera, él se había pasado de la raya toqueteándome en lugares que no solían ver la luz del sol muy a menudo. Aquello me dolió y estaba harta. Incapaz de detenerlo sin forcejear, recurrí a la única manera que conocía para hacer que me soltase.

—Por supuesto que no —respondió con voz gangosa—. Te perdono por haber perdido el control.

Yo no era estúpida. Aquella era su manera de decirme que nadie creería mi historia. Él era conocido en el sector del arte y yo no era nadie, una mujer a la que podía meterle mano y salirse con la suya.

—No hay nadie aquí, Keith. Y ambos sabemos la verdad. Estás enfadado porque te puse los huevos de corbata cuando fuiste incapaz de guardarte las manitas.

—Vamos, Mackenzie, ambos sabemos que eso no es verdad —dijo en un tono irritablemente tranquilo.

—Que te jodan, Keith —le dije con el cuerpo temblando de rabia.

Me puse en pie y dejé caer el horario en su mesa.

—¿Sin rencores, Mackenzie? —inquirió.

Cuando llegué a la puerta me volví y le lancé una mirada furiosa.

—Hay muchos rencores, imbécil. Estoy perdiendo mi trabajo porque no pudiste salirte con la tuya. Está claro.

Había pasado por aquella rutina muchas veces en mi vida, pero que tuviera que ocurrir ahora era una pesadilla.

—Mackenzie, sabes que te pasabas la mitad del día hablando con tu madre por teléfono. Estás despedida porque no eres una empleada productiva.

Yo abrí la puerta mientras decía:

—Mi madre está muerta, imbécil.

Cerré de un portazo a mis espaldas que resonó en los vestíbulos mientras mis tacones repicaban en las baldosas al abrirme camino hacia mi escritorio.

Yo nunca hablaba por teléfono. La única persona con la que hablaba por teléfono era Paige y últimamente casi no hablábamos porque estaba ocupada emprendiendo su carrera profesional. Pero cuando mi mejor amiga y yo hablábamos, nunca era en horario de trabajo.

Di una profunda bocanada y la solté despacio al llegar a mi mesa, buscando lo que quisiera llevarme antes de salir pitando por la puerta. «Lo conseguiré. Solo necesito encontrar la fuerza para seguir intentándolo», me dije. Salí de la oficina para encontrarme en el frío aire de Nueva York. Estaba nevando, así que serían unas Navidades blancas. Aunque eso no significara demasiado para mí. No me importaban mucho las fiestas. Nunca me habían importado. Lo único que quería era sobrevivir al invierno sin terminar en la calle.



CAPÍTULO 34

Dane

HACE UNOS MESES, DURANTE LAS FIESTAS...

—¿Qué demonios quieres decir con que no vienes? —bramó Sebastian al teléfono.

Yo alejé el aparato de mi oreja durante unos segundos antes de hablar.

—Es un concepto bastante sencillo —expliqué pacientemente—. No voy a montar en mi avión; por lo tanto, no me verás durante las fiestas.

Sabía que Sebastian tenía una prometida y lo último que quería hacer era echar a perder su recién encontrada felicidad. Iba a quedarme en mi isla este año y a perderme la incomodidad de estar con dos parejas felices. Yo no estaba en un momento bueno y mi arte estaba sufriendo. Quizás tuviera depresión navideña, pero sabía sin duda que sería el aguafiestas de cualquiera con la alegría de las fiestas.

—Eres lo peor, Dane —farfulló Sebastian—. Paige tiene muchas ganas de conocerte.

—Piensas estar casado con ella durante un tiempo, ¿verdad?

—Para siempre, ¡maldita sea!

—Entonces la conoceré la próxima vez que nos reunamos.

—¿De verdad quieres pasar las fiestas totalmente solo en esa isla? —cuestionó.

No. No, en realidad no quería, pero estaba acostumbrándome a estar solo. Era preferible a sentirme como si estuviera estropeándole las fiestas a nadie. No me importaban las fiestas. No me habían importado desde el año en que había perdido a mi padre.

—Sí —dije con la mandíbula apretada.

Odiaba decir que no a ninguno de mis hermanos, pero aquel año tenía que hacerlo. Estaba jodidamente deprimido y sombrío. Me lo agradecerían si supieran cuánta tristeza parecía pender a mi alrededor como un manto de niebla.

—¿Qué puedo hacer para convencerte de que vengas a casa? —preguntó Sebastian.

—Estoy en casa. Denver nunca ha sido un hogar para mí.

—¿Estarás bien? —preguntó Sebastian con voz áspera.

—Sí, lo estaré —le aseguré. Lo último que quería era que ninguno de los dos se preocupara por mí.

«Estoy bien solo. Me acostumbraré».

Puse una excusa y colgué la llamada con Sebastian, consciente de que mis fiestas no serían felices en absoluto.



CAPÍTULO 35

Kenzie

EN EL PRESENTE...

—Hoy ha sido increíble —le dije a Dane mientras me entregaba una copa de vino blanco. Parecía la bebida apropiada ya que estábamos probando el *jacuzzi* que Dane tenía en la habitación principal de la *suite*. Probablemente podríamos haber hecho una fiesta dentro, porque la bañera era lo bastante grande para una reunión. Pero me alegraba de tenerlo para mí sola, especialmente porque ambos estábamos desnudos.

Dejar que los chorros calientes aliviaran mi tensión parecía muy lujoso. Estaba haciendo algo simplemente para relajarme y desconectar. No estaba acostumbrada, pero mi cuerpo pareció agradecerlo.

Dane volvió a meterse en el *jacuzzi* con algo que probablemente era más fuerte que mi copa de vino.

—¿Te han gustado las tortugas? —preguntó.

Habíamos visto tantas variedades de peces que yo los confundía, pero nunca olvidaría la maravilla de ver una tortuga gigante volando frente a mí.

—Me sorprendió —reconocí—. En el buen sentido. Es lo más increíble que he hecho nunca.

—Has estado privada —indicó él.

Yo me encogí de hombros.

—Me ha hecho agradecer todas las cosas divertidas que estoy haciendo aquí.

—¿Estás diciendo que yo ya estoy aburrido? —bromeó.

Yo levanté la mirada hacia él, estupefacta ante su sonrisa traviesa.

—No aburrido —comenté—. Pero nada es nuevo para ti porque ya lo has hecho todo.

—Ya no. Ahora lo veo todo a través de tus ojos.

—¡Ay, Dios! —dije sorprendida—. Tienes un hoyuelo adorable cuando sonrías así. Nunca lo había visto.

Él levantó una mano y se tocó la cara.

—Lo detesto —dijo él.

Yo me acerqué más a él y puse una mano en su rostro.

—Me encanta —le dije sinceramente—. Te hace parecer más accesible.

—De acuerdo. Entonces puede que a mí también me encante —respondió ensanchando la sonrisa.

—Debería encantarte. Es lindísimo.

Me sorprendió no haber visto nunca ese hoyuelo adorable en su cara, pero Dane nunca había sonreído de oreja a oreja. Quería ver esa marca cada día de mi vida de ahora en adelante.

—Solían meterse conmigo en el instituto. Mis amigos decían que era muy lindo.

Me costaba imaginarme a Dane como alguien lindo, pero a sus amigos probablemente les encantaba atormentarlo por el hoyuelo diminuto en la parte baja de su mejilla.

—Seguro que estaban celosos. Tienes una sonrisa que quita el aliento.

—No es así como quiero quitarte el aliento exactamente —musitó.

Yo dejé mi copa junto a la bañera y me acerqué más a él, que deslizó un brazo por mi cintura y me colocó sobre su regazo.

No había nada que no me gustara de estar cerca de él. Había estado a mi lado todo el día, especialmente en el agua. Como yo no sabía nadar, él nunca se había apartado de mi lado. Yo aprendí rápido porque me encantaba el agua, pero, aunque llevaba chaleco salvavidas, él siempre tenía una mano protectora sobre mí.

Me volví y me senté a horcajadas sobre él. Luego, lo rodeé con los brazos.

—Gracias por todo esto.

—¿Por qué?

—Por traerme a Hawái para que pudiera ver la boda de mi mejor amiga. Por llevarme donde he querido. Por regalarme los preciosos vestidos y por las joyas más bonitas que he tenido en mi vida. —Yo sabía que él detestaba salir en público, pero parecía sentirse más cómodo con ello cada día.

Él se encogió de hombros.

—Ni que fuera un gran sacrificio.

—Para mí es importante —dije en voz baja—. ¿Sabes que nunca había estado en un *jacuzzi*?

Él sonrió.

—¿Y cuál es el veredicto?

—Es fantástico. De haber sabido el gusto que da, quizás habría tomado prestado el que hay junto a la piscina en casa.

«¿En casa? ¿Se está convirtiendo en mi casa la isla?», me pregunté.

—Lo siento —farfullé—. Es tu casa.

Dane dejó su copa junto a la mía y me rodeó la cintura con los brazos.

—Es tu casa. Es donde vives. Quiero que te sientas en casa allí.

Los ojos se me anegaron de lágrimas al ver su expresión sincera. Dane lo decía en serio, hasta la última palabra, y la consideración de sus palabras fue arrolladora para mi alma.

—Nunca he tenido un hogar en realidad —dije llorosa—. Nunca he pertenecido a ninguna parte.

Cada momento solitario de mi pasado estaba abrumándome. Nunca lo había pensado seriamente hasta que lo dije, pero me sentía como si siempre hubiera estado esperando averiguar

dónde me sentiría como en casa finalmente. Eso nunca había sucedido... hasta ahora.

Mi hogar no se trataba de la isla ni de su casa. Era Dane. Me sentía como en casa porque sentía que mi lugar estaba con él.

—¿Y qué hay de cuando viviste con Paige? —preguntó con voz ronca.

—Estuvo bien, pero apenas nos veíamos y yo sabía que se terminaría. Sabía que ella se marcharía en cuanto se licenciase. Tenía todo el futuro planeado y no incluía un apartamento venido a menos en Cambridge.

—Tu sitio está conmigo —afirmó Dane—. Siempre lo ha estado. Creo que yo siempre he estado esperándote, Kenzie.

Me acarició la espalda desnuda de arriba abajo con las manos y yo apoyé la cabeza en su hombro.

—Yo siento lo mismo —confesé—. ¿Es una locura?

—Posiblemente —dijo en tono jocoso—. Pero supongo que nuestras neurosis se complementan.

Yo me eché a reír, el corazón tan liviano que probablemente podría salir flotando.

—Supongo que estaremos un poco locos los dos juntos.

—Siempre juntos —prometió él.

Pensar en pasar una vida con Dane era algo que no podía considerar del todo y tenía que ser realista. No duraría eternamente, pero yo pensaba disfrutar de cada momento que tuviera.

No nos conocíamos desde hacía tanto tiempo. Yo me había enamorado de él de la cabeza a los pies, pero no podía garantizar que él fuera a corresponder a ese compromiso emocional. Pero era un riesgo que estaba dispuesta a correr. Preferiría dárselo todo a saber que no me había lanzado a la relación de todo corazón. Mi vida iba de intentarlo y pensaba dar lo mejor de mí en aquella historia con Dane. Si no funcionaba, yo me quedaría destrozada. Pero, si no me desprendía de mis inseguridades, nunca sabría lo que podría haber sido.

—¿Qué pasó entre tú y Britney? —pregunté. Tal vez no fuera asunto mío, pero ya que estábamos contándonos secretos, quería saberlo.

—Te lo dijo Paige —supuso él.

—Sí. Pero no conoce toda la historia. No sabe cómo sucedió ni qué querías tú.

—Fue un error —me dijo él—. Yo echaba de menos tener compañía y ella satisfizo una necesidad.

—¿Sexo? —pregunté.

—Sí.

—¿Ayudó?

—En realidad, no. Solo me hizo darme cuenta de que no bastaría cualquiera para ayudarme a sacudirme ese vacío. Simplemente me sentí más solo.

Yo no lograba imaginar cómo había sido el haberse aislado para él.

—El aislamiento social no es bueno para ti. He leído artículos que dicen que es peligroso.

—Lo sé. Creo que es una pendiente resbaladiza. Cuando no fui a casa durante las fiestas, supe que tenía un problema. Simplemente no sabía con quién hablar y no quería que mis hermanos se preocuparan de que estuviera perdiendo la cabeza.

—¿Creías que no te querían allí?

—En parte era yo. Sé que mis hermanos querían que celebrase las fiestas con ellos, pero estaba demasiado metido en mi burbuja. No quería aguarle las Navidades a nadie.

—Dane, eso no es la realidad. Te quieren.

—Creo que estaba perdiendo la noción de lo que era real. Tengo a Theo y Emilee, pero los veo en raras ocasiones. Y ni siquiera tenía a Picasso para hablar. Creo que perderlo fue el principio de la espiral.

—¿Picasso?

—Mi perro potcake. Es una raza mixta que vive en partes del Caribe. Lo atropelló un coche cuando volví a casa durante las fiestas. No sobrevivió.

—¿Cómo era?

—A veces era como un grano en el trasero, pero era mi grano. Era inteligente y me escuchaba sin interrumpirme —dijo secamente—. Me lo regalaron cuando me mudé a mi isla y estuvo varios años conmigo hasta que murió.

Yo sabía que aquella muerte tuvo que haber afectado profundamente a Dane. El perro era realmente lo único que tenía. Puede que yo no hubiera tenido nunca una mascota propia, pero perder algo o a alguien a quien amaba cuando estaba tan solo tuvo que ser un golpe devastador.

—¿Has pensado alguna vez en adoptar otro?

—No. Era único.

—Eso no quiere decir que no puedas encontrar otro igual de único. Nunca lo sustituiría, pero puedes tener otro sin intentar reemplazarlo.

—No estaba muy abierto a la idea antes, pero puede que ahora esté preparado para comprar otro perro —dijo pensativo.

—Creo que sería bonito darle un hogar a otro.

—Entonces esta vez puedes elegirlo tú —dijo con un poco más de entusiasmo.

—Nunca he tenido mascota —compartí—. Me gustan los perros, pero nunca pude tener uno. No podía permitírmelo.

—Entonces iremos a ver algunos cuando regresemos.

Estaba preocupada por Dane, así que pregunté:

—¿Te sientes mejor estando en público? Creo que ya has pasado suficiente tiempo en aislamiento.

—No puedo decir que me sienta completamente cómodo —reconoció—. Pero, sí, sabía que tenía que suceder antes de volverme loco de remate yo solo. Simplemente no estaba muy seguro de cómo hacerlo por mí mismo. Conocerme me ha cambiado, Kenzie. Ahora me siento más cómodo conmigo mismo.

Yo esperé que tuviera razón. No quería forzarlo a volver a unirse a la sociedad, pero quería volver a verlo feliz. O bien había estado deprimido, o bien corría un gran riesgo de deprimirse. Había pasado de ser un graduado de instituto activo y normal a un aislamiento total y absoluto. Debía tener efectos psicológicos, pero parecía estar ajustándose bien a volver a estar en público. Llevaría tiempo, pero juré que tarde o temprano lo vería feliz y capaz de ir donde quisiera.

Yo siempre había sido una solitaria, pero socializaba en el trabajo y había tenido compañeras de piso y un pequeño círculo de amistades con quienes hablar.

Dane realmente no tenía a nadie excepto su contacto ocasional con Theo y Emilee.

—Creo que necesitas pasar más tiempo con tus hermanos. Te quieren y sé que han estado preocupados por ti.

—Estoy aquí ahora —farfulló.

—Lo sé. Solo quiero que seas feliz.

—Soy feliz, Kenzie —dijo con voz ronca mientras estrechaba el abrazo en torno a mi cintura—. Pero lo entiendo. Al final, creo que el aislamiento habría acabado volviéndome loco.

—Me alegro de que estemos aquí —le dije rodeando su cintura con las piernas.

Dane parecía estar saliendo de su burbuja en público, y estar en compañía de gente en la que confiaba era lo mejor para él ahora mismo.

—Yo también —dijo llevando las manos a mi trasero.

Yo bajé la vista hacia sus preciosos ojos castaños y me perdí. Vi muchas sombras allí y deseé conocer todo aquello que lo había vuelto tan receloso.

Mi cuerpo se inundó de deseo al sostener su mirada. Lo ansiaba y no iba a conformarse con nada menos que él.

—Jódeme, Dane —dije con voz cargada de anhelo.

—Eso pienso hacer —respondió él. Entonces llevó una mano a mi cabello y atrajo mi boca hacia la suya.



CAPÍTULO 36

Kenzie

Supé que estaba en problemas en cuanto su boca empezó a devorar la mía. Estaba permitiéndome sumergirme demasiado profundamente en Dane. Pero era incapaz de resistirme a su encanto. Con él, era todo o nada. Las emociones fluían demasiado libremente como para que fuera de ninguna otra manera. Por una vez en mi vida, tenía que arriesgarme. Dane me importaba demasiado como para no aceptar la oportunidad de experimentar algo maravilloso.

Gemí contra su boca a medida que me acomodaba sobre su regazo. Todo en él y en aquella situación era erótico. El agua caliente que lamía mi piel y Dane, tan crudo e intenso que me estremecí cuando finalmente liberó mi boca y me acarició la espalda de arriba abajo con su fuerte mano.

Cada roce se veía intensificado, cada emoción tan fuerte que yo me desmoronaba bajo el peso de sentir tantas cosas a la vez. Su miembro duro presionaba mi sexo pidiendo entrada y yo no podía esperar. Dane debía de haber sentido mi impaciencia o sentía la misma urgencia que yo, porque se levantó cargando mi cuerpo hasta que ambos estuvimos sentados en las baldosas junto a la bañera.

Se estiró y agarró un condón que supuse había dejado en la superficie plana antes de meterse en el jacuzzi conmigo.

—Agárrate a mí —exigió.

Yo rodeé su cuerpo con los brazos mientras él se ponía la goma con pericia. Entonces, sin advertencia, de pronto estaba ajustando mi cuerpo para que lo aceptara.

—Dios, sí —gemí contra su hombro.

Necesitaba aquello. Lo necesitaba a él. Ser parte de Dane era la cura perfecta para cada ápice de soledad que había experimentado nunca, y había conocido esa emoción profundamente durante la mayor parte de mi vida.

—Toma lo que quieras, Kenzie —me dijo al oído con un barítono vibrante—. Soy tuyo.

Dios, ojalá fuera verdad, pero pensaba saborear el momento, regodearme en el placer y la seguridad que sentía cuando estaba con él.

Dane me ayudó hincado los dedos en mi trasero mientras guiaba mis caderas para que cabalgase sobre él. Yo me incliné hacia atrás para poder ver sus bonitos ojos color chocolate. En el momento en que nuestras miradas se encontraron, todo fue más intenso. Apoyé las manos sobre sus hombros mientras reconocía:

—Yo solo... te deseo a ti.

—Me tienes —gruñó él, lanzando destellos de fuego con la mirada mientras nuestros cuerpos se movían al compás—. Siempre me tendrás.

Dejé caer la cabeza, el placer del momento demasiado intenso.

—No —rugió Dane—. Mírame, Kenzie.

Yo sacudí la cabeza, pero Dane me tomó de la nuca y me obligó a incorporar la cabeza hasta que volví a mirarlo.

—Mírame, Kenzie —dijo con voz animal y gutural.

Se me quedó el corazón en un puño cuando me perdí en su mirada. Parecía atormentado y vulnerable en ese momento; lo único que deseé yo era calmarlo, hacerle entender que lo último que quería era hacerle daño.

Mantuve la mirada fija en él, consciente de que probablemente lo veía todo en mis ojos. Mi alegría. Mi miedo. Mis inseguridades. Y, quizás, el intenso amor que sentía por él.

—Te veo —respondí finalmente con un gemido hambriento, levantando y dejando caer las caderas a medida que lo aceptaba en mi interior una y otra vez—. Dane, necesito venirme —gimoteé—. Es demasiado.

La presión intensa en mi vientre empezaba a desplegarse y yo estaba desatándome. Su mano se deslizó hasta el punto donde se unían nuestros cuerpos y empezó a trazar círculos castigadores sobre mi clítoris con el pulgar. Fuerte. Firme. Y tan condenadamente estimulante que sentí el orgasmo acercándose como una tormenta perfecta.

Estreché el abrazo de mis piernas en torno a su cintura, moviéndome más duro y más rápido contra él, tomando su miembro con movimientos más cortos, más fuertes, más furiosos.

—Kenzie —gimió Dane. Estaba acercándose rápidamente a su propio desahogo. Yo caí al abismo, pero no podía dejar de mirarlo a la cara. Para mí, él era precioso con su placer totalmente al descubierto. Sus ojos se tornaron más oscuros, los músculos faciales tensos.

—¡Sí! —grité—. ¡Vente conmigo!

—Nunca hubo duda de eso —dijo con voz áspera, sus ojos aún fijos en los míos.

Mis uñas se clavaron en sus hombros, pero él pareció disfrutarlo cuando mi violento clímax lo llevó al hasta el orgasmo.

Dane se dejó caer hacia atrás y yo fui con él, mi cuerpo despatarrado sobre el suyo mientras ambos intentábamos recobrar el aliento. Se me estaba poniendo la piel de gallina y yo empecé a tiritar, pero supe que mi reacción no tenía nada que ver con el frío. El baño estaba caldeado y el agua caliente de la que habíamos salido lo caldeaba aún más.

—Tienes frío —dijo Dane, sentándose rápidamente, librándose del condón y volviendo a meternos en el agua caliente.

—No tengo frío —protesté. Aunque no me importaba volver al jacuzzi.

—Estás tiritando —razonó.

—Una reacción apropiada después de lo que acaba de ocurrir —bromeé, alcanzando mi copa de vino junto a la bañera de hidromasaje.

Me acomodé a su lado, acurrucada a lo largo de su costado, la cabeza sobre su hombro. Tomé un sorbo de vino, deseando que calmara mi cuerpo. Dane tomó su copa y se la bebió de un gran trago antes de volver a ponerla sobre la baldosa.

Yo me sentía agradecida por el hecho de que se le hubiera ocurrido utilizar protección. Habíamos parado en una clínica después de nuestra salida de aquel día e hice que me pusieran un implante anticonceptivo en el brazo. Duraría años, pero, como estaba a mitad del ciclo, tendría que utilizar otro método. Una vez que empezase mi periodo, lo cual probablemente ocurriría muy pronto, sería seguro.

—Me alegro de que esto te agite tanto como a mí —respondió él finalmente.

Yo resoplé.

—¿Quieres que sea un charco desastroso en tu suelo?

—No. Quiero que lo sientas todo tanto como yo —confesó—. Sería un asco estar solo en esto.

—No estás solo —le dije.

—Tú tampoco, Kenzie. Nunca más —afirmó contundentemente.

Nada bueno me duraba nunca, pero su declaración me reconfortó.

—¿Vamos a salir de la bañera en algún momento? —pregunté en tono jocoso—. No es que no me encante, pero creo que estoy empezando a arrugarme como una pasa.

Dane se puso en pie y a mí se me hizo la boca agua al ver su poderoso cuerpo cuando dijo:

—Entonces nos largamos de aquí. Estoy listo para llevarte a la cama.

Me ofreció la mano y yo la tomé. Mis piernas seguían débiles y agradecí que me ayudase a salir de la bañera.

—Tengo mi propia cama —le dije mientras esperaba pacientemente a que secara mi cuerpo. Su roce era delicado y yo prácticamente me sentí... cuidada. Era una sensación nueva ya que nadie había hecho nunca el rol de cuidador en mi vida.

—Vas a dormir conmigo —afirmó.

Tomé una toalla del calentador y empecé a secarlo a palmaditas cuando hubo terminado conmigo. En cuanto terminé, Dane me llevó en brazos a su dormitorio. Yo no quería, pero aquella noche no habría escapatoria de Dane. Por suerte, me parecía bien.



CAPÍTULO 37

Kenzie

—Estás guapísima —le dije a Paige dos días después en la recepción nupcial. Todo el día había sido mágico, desde el desayuno aquella mañana a la boda que se había celebrado por la tarde.

—Tú también —respondió Paige sinceramente. Ella había comprado los vestidos para mí y para su cuñada, Eva. Ambas habíamos sido sus damas de honor, frente a los hermanos Walker.

Había que reconocer que Paige tenía un gusto exquisito. Me encantaba el vestido negro formal que había elegido para Eva y para mí. Había sido una boda pequeña, pero elegante. Ella y Sebastian pronunciaron sus votos en un espacioso patio que había sido transformado en lo que parecía un frondoso jardín junto al mar. El agua había contribuido de manera espectacular y no hubo razones para trasladarse al interior según su plan de emergencia.

La recepción se estaba celebrando en el exterior, en otro ambiente de cuento de hadas junto al océano. Se habían levantado carpas blancas para las bebidas, la comida y las mesas. Pero la mayor parte de los asistentes estaban sentados fuera porque hacía una tarde espléndida.

—No puedo creer que ya seas toda una mujer casada —le dije—. Pero ese vestido de novia lo confirma. Por no hablar de que lo he presenciado hace tan solo unas horas.

Paige estaba realmente despampanante con un vestido blanco largo y tradicional. Lo único que rompía la tradición era que tenía muy poca tela en la espalda y que era un palabra de honor. Recordé el momento en que Sebastian la había visto acercándose al altar hacia él. Se le había iluminado el rostro como un árbol de Navidad y su mirada no había vacilado ni un instante desde ese momento hasta el final de la ceremonia. Estaba enamorado de ella. Yo estaba segura de eso, lo cual me emocionó profundamente.

—Sienta bien —reconoció mientras daba un sorbo de su copa de champán—. Pero, definitivamente, todavía parece surrealista. ¿Cómo he tenido tanta suerte?

—Te mereces esto —dije severamente. La vida de Paige no había sido fácil. Necesitaba toda la felicidad que pudiera obtener.

—Todo el mundo merece amor —contestó ella—. Pero creo que he tenido suerte con Sebastian. Me quiere tanto como yo a él. Y no intenta cambiar quién soy. Sí, es protector, pero en el buen sentido. Solo a veces se pone imposible.

Observé sus ojos mientras echaban un vistazo a los invitados hasta que llegaron a su nuevo esposo, que estaba charlando con sus hermanos al otro lado del jardín. Resultó evidente en cuanto encontré a Sebastian. Sus rasgos se suavizaron y su mirada se vidrió de adoración.

—¿Solo a veces? —bromeé.

—Decididamente, los hombres Walker están acostumbrados a conseguir lo que quieren —dijo con irritación fingida—. ¿Dane también es así?

Yo me paré a pensar un momento en su pregunta antes de responder:

—Sí. A veces. Probablemente es uno de los chicos más buenos que he conocido nunca, pero tiene sus momentos de obstinación.

Paige puso los ojos en blanco.

—Creo que es requisito para ser un Walker.

Yo me eché a reír y estuve a punto de atragantarme con el champán.

—Puede ser —respondí cuando me recuperé.

—¿Qué tal van las cosas con Dane? —preguntó con curiosidad.

—Bien —le dije—. A veces, demasiado bien. Casi da miedo.

Paige alzó una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que creo que estoy enamorándome de él —confesé con tristeza—. O puede que ya lo esté. Dane es demasiado dulce. Demasiado detallista. Está demasiado bueno. Es un poco demasiado de todo. Me entiende y eso me aterra.

Paige extendió el brazo y apoyó una mano reconfortante sobre el mío.

—Tienes miedo. ¿Por qué?

Yo le lancé una mirada escéptica.

—Ya sabes por qué. No me dura nada bueno.

—Kenzie, no hay nada de malo en encontrar a alguien a quien amar. Creo que tú y Dane os lo merecéis y sé que le importas. Es evidente —dijo al dejar caer la mano.

—Tengo miedo —confesé con un suspiro.

—No te culpo —respondió Paige con voz suave y reconfortante—. Nunca te ha pasado nada bueno, pero eso no significa que no pueda ni vaya a suceder. No dejes que tu pasado determine tu presente. Yo lo hice con Sebastian y eso estuvo a punto de destruirnos. Si a Dane le importa, deja que te ame.

—No estoy segura de tener muchas opciones ahora mismo. Lo quiero —dije.

—¿Pero es difícil confiar? —preguntó ella.

—Para mí, sí. No es nada que hiciera él. Es lo que tú has dicho... mi pasado.

—Lo entiendo —respondió Paige—. Tal vez, si le das algo de tiempo, él te demostrará que es digno de confianza.

—Él no tendría que probarse ante mí, Paige, —dije con tristeza—. No ha sido nada más que bueno. De acuerdo, puede que sea terco y mandón a veces, pero nunca de manera abusiva. Más bien es porque se preocupa por mí. No estoy acostumbrada a eso.

Paige sonrió.

—Créeme, es fácil acostumbrarse.

Yo le devolví la sonrisa.

—Lo sé. Es bastante adictivo.

—Sois buenos el uno para el otro —concluyó—. Tú solo deja que las cosas sigan su curso.

Yo asentí.

—Ya decidí que iba a hacer eso. Quiero experimentar la vida en lugar de huir de ella. Dane vale la pena que yo haga todo lo posible por desprenderme de los demonios de mi pasado.

—Sé que no será fácil, pero me encantaría verte feliz —dijo Paige en voz baja.

—Soy feliz —dije—. Pero, para mí, eso también da miedo.

—Porque no es algo a lo que estés acostumbrada. Detesto eso —respondió Paige— La vida ha sido una pesadilla para ti y nada de lo que pasó fue tu culpa.

Yo me encogí de hombros.

—Es el destino.

—Mala suerte hasta ahora —me corrigió Paige—. Aún no has encontrado tu sino. Pero veo a un chico alto allí que te mira como si estuviera a punto de cambiar tu destino.

Mis ojos pasaron de Paige a Dane y me sorprendió la intensidad de su mirada. Estaba mirándome desde el otro lado del patio.

—Dios, odio cuando hace eso —dije con un susurro audible.

—¿Por qué?

—Porque me dan ganas de ir con él. Es como un faro para mí.

Paige se rio entre dientes.

—Vamos. Tengo que encontrar al novio de todos modos.

Asentí mientras ella empezaba a abrirse paso entre la multitud y yo la seguía.

Se situó al lado de Sebastian y Dane me rodeó la cintura con el brazo antes de atraerme a su lado posesivamente.

—Te he echado de menos —me dijo al oído.

—Estaba justo al otro lado del patio —dije en tono de broma.

—No importa —respondió él con voz ronca, los ojos centrados en mi rostro—. Aun así, te he echado de menos.

Me ruboricé, sintiendo el calor en mi piel mientras él seguía mirándome fijamente.

—Yo también te he echado de menos —admití.

No estaba acostumbrada a esa clase de atención por parte de ningún chico; recibirla de un hombre como Dane me ponía nerviosa.

Cuando estábamos juntas a solas, me sentía cómoda. Pero, en compañía, me sentía vulnerable. Las demostraciones públicas de afecto me resultaban incómodas porque no tenía idea de cómo actuar.

En un instante, sus ojos se cruzaron con los míos y me sostuvo la mirada. Solo tardé un momento en olvidar que había alguien más muy cerca de nosotros.

—Bésame —exigió con voz grave—. Sé que la boda y este banquete te ponen nerviosa, pero...

No salió otra palabra de su boca. Me abracé a su cuello y atraje su gloriosa boca a la mía en un abrir y cerrar de ojos. Yo veía su propia incomodidad y lo único que quería era hacerle olvidar a la multitud. Él tomó el control con entusiasmo, besándome tan a fondo que juraría que se me encogieron los dedos de los pies.

Cuando finalmente levantó la cabeza, me sonrió.

—Eso ha sido inesperado —murmuró.

—Lo deseabas —le recordé.

—Ah, no he dicho que no lo deseara. Lo quería. Desesperadamente. Pero sé que la multitud rica te incomoda.

Yo sacudí la cabeza.

—Ya no —lo corregí—. No contigo aquí.

Dane me hacía sentir normal y yo gozaba con eso. No estaba acostumbrada a fiestas elegantes ni a intentar mantener una conversación informal con desconocidos. Pero Dane hacía que me sentara bien.

—Bien —dijo—. ¿Te he dicho lo preciosa que estás?

—Solo cien veces —respondí con una sonrisa aún más amplia—. Probablemente tantas veces como yo te he dicho lo increíblemente *sexy* que estás con esmoquin.

Juraría que él se sonrojó un poco mientras yo daba un paso atrás y lo examinaba. Dane estaba buenísimo con su atuendo formal. Su esmoquin negro era perfecto, la chaqueta envolvía con cariño sus anchos hombros y su cuerpo musculoso. Su cabello estaba tan rebelde como siempre, pero yo se lo había cortado antes de que se vistiera y había sido capaz de domarlo un poco.

Se me aceleró el corazón al contemplar a Dane al completo, cada detalle grabado en mi mente. En circunstancias cotidianas, era guapísimo. Pero, con un esmoquin, estaba impresionante.

—Creo que necesitáis una habitación, —dijo Sebastian en broma.

—Tengo una—gruñó Dane.

—Entonces tal vez tengas que encontrarla —respondió Sebastian—. Me estás haciendo quedar mal. Soy yo quien se supone que tiene que estar babeando por la novia.

—Ya lo estás —dijo Trace rodeando a Eva con el brazo—. Creo que quizás tú y tu novia tengáis que buscar vuestra habitación lo antes posible.

Yo contuve una sonrisa. Nunca había visto a un novio tan atento y amoroso como Sebastian. Podía dejar en vergüenza a todos los recién casados.

—No puedo —se quejó Sebastian de buena gana—. Tenemos un pastel que cortar.

—Pues id a hacerlo —sugirió Trace—. Le tengo echado el ojo a ese maldito pastel desde que llegamos aquí.

Yo había visto el pastel al entrar y era extraordinario. Tenía cuatro pisos y estaba cuidadosamente decorado con una multitud de flores diferentes y delicadas, todas comestibles.

—Yo también estoy ansiosa por probarlo —dijo Paige—. Sebastian y yo probamos tantos pasteles que me sorprende que lográsemos identificar qué queríamos.

—Todos empezaban a tener el mismo sabor —dijo Sebastian secamente.

Paige le dio una toba juguetona en el estómago.

—No todos sabían igual y el nuestro es perfecto.

—Hoy, todo es perfecto —dijo Sebastian en voz baja, pero lo suficientemente fuerte como para escucharlo—. Ahora me pertenesces.

Paige atrajo su cabeza hacia abajo para darle un beso breve; luego lo tomó de la mano.

—También es perfecto para mí. Vamos a cortar el pastel.

Solo se me escapó una lagrimita cuando los novios fueron juntos a conquistar su enorme pastel, ambos con la certeza de un amor que duraría para siempre.

Mi mejor amiga sería amada durante el resto de su vida. Eso era algo que bien merecía una lagrimita.



CAPÍTULO 38

Kenzie

Miré la preciosa luna llena con los dedos de los pies estrujando la arena y con el sonido apacible de las olas golpeando la costa. Suspiré, un sonido sincero que pareció salido de mi alma.

—Esto es tan bonito —le dije a Dane.

Nos escabullimos unos minutos del banquete para dar un paseo por la playa. Me había quitado los tacones y los dejé cerca de las escaleras que conducían a la zona de recepción.

—¿Quieres quedarte aquí una temporada? —Preguntó Dane.

—No. No a menos que quieras tú. Echo de menos la isla y tenemos que buscar un perro nuevo.

Sabía que, probablemente, lo último que Dane quería hacer era pasar el tiempo allí después de que su familia se hubiera marchado.

—Entonces nos iremos a casa mañana —respondió, apretando mi mano—. Podemos celebrar nuestros cumpleaños allí.

«¡Casa!», pensé. La palabra sonaba bien.

—Te haré una tarta —prometí—. Y algo especial para la cena.

—Ojalá pudiera prometerte lo mismo, pero creo que tendremos que compartir la tarta. Nunca he intentado hornear nada.

—Me parece bien —dije apresuradamente.

Él se rio entre dientes.

—Sí, supuse que así sería.

—Pero ha sido bonito ver Hawái. Gracias.

Dane abrazó mi cintura y atrajo mi cuerpo contra su pecho.

—En realidad no hemos visto mucho.

—Yo sí. ¿Recuerdas? Nunca he estado en ningún lado.

—Podemos viajar más a menudo —sugirió Dane—. Puedo mostrarte el mundo.

Me recosté contra él, completamente relajada.

—Me gustaría cuando tengamos tiempo.

—Haz una lista de dónde quieres ir y trabajaremos en ello —me susurró al oído.

Yo me reí.

—No estoy segura de si todos esos sitios cabrán en una lista. Siempre he querido viajar.

—Tenemos tiempo —respondió.

Yo no pensé en cuánto tiempo llevaría completar una lista. No tenía que hacerlo. Solo estaba disfrutando del momento. Pero lo amaba aún más por aceptar aventurarse a cualquier lugar del mundo por mí.

—Ya veremos —respondí sin comprometerme.

—¿A qué viene esa vacilación?

—Sé que odias viajar —le dije con sinceridad.

—Ya no lo odio —reveló—. No cuando tú estás conmigo.

Se me encogió el corazón y unas molestas lágrimas se formaron en mis ojos. Dane me dejaba al descubierto cuando decía cosas como esa.

—¿Ya no te sientes cohibido?

Noté cómo se encogía de hombros.

—No. En realidad, no. Incluso estaba pensando en comprar una segunda casa, tal vez en Denver.

El corazón casi se me salió del pecho.

—¿De verdad? Creo que eso sería fantástico.

—Podríamos ir y venir entre casas. Tal vez pasar el verano en Colorado y el invierno en Cayo Walker.

Dios, cómo había cambiado.

—Tus hermanos se pondrían muy contentos.

Sus brazos se estrecharon alrededor de mi cintura.

—¿Y tú? —Preguntó vacilante—. ¿Serías feliz? Podrías estar con Paige más a menudo.

—Estoy totalmente dispuesta a viajar de un lado a otro contigo.

Dane estaba listo por fin para abrazar la civilización y yo no podría haber estado más emocionada.

—Me alegra que finalmente te hayas dado cuenta de lo guapísimo que eres y de que no tienes nada por lo que sentirte incómodo.

—Es por ti, Kenzie. Por eso todo esto es soportable.

—No lo creo —negué yo—. Creo que simplemente estás preparado.

Me sentía aliviada, independientemente de cómo se hubiera producido aquel cambio. Dane necesitaba formar parte del mundo. Tal vez había tolerado el aislamiento y a veces parecía que le gustaba estar solo. Pero, en el fondo, quería estar con otras personas, especialmente con su familia.

—No puedo decir que esté completamente preparado. Llevará más tiempo. Pero no quiero que te sientas aislada. Sé lo difícil que puede ser.

—No he estado en la isla el tiempo suficiente como para que me moleste. Y no estoy sola. Te tengo a ti.

—No quiero que llegues a ese punto nunca —dijo bruscamente.

—¿Quieres estar en otro sitio?

—Sí. Creo que sí. Al menos, durante parte del año. Detesto sentirme tan desconectado y, aunque Trace y Sebastian pueden ser unos imbéciles, los echo de menos. Son todo lo que me queda en realidad desde que mamá y papá nos dejaron.

Una lágrima corrió por mi mejilla porque no pude contenerla. Dane merecía tener a su familia cerca de nuevo. Me deslicé de entre sus brazos al darme cuenta de cuánto tiempo habíamos estado fuera del banquete.

—Creo que deberíamos volver.

Nuestro tranquilo paseo estaba llegando a su fin y el patio del complejo estaba a la vista.

—Supongo —convino Dane—. Si no lo hacemos, Sebastian se irá. Y probablemente Trace también. Después del pastel, ninguno de los dos parecía interesado en nada excepto sus esposas.

Me metí el pelo detrás de la oreja. Mi peinado probablemente era un desastre después del tiempo que habíamos pasado en la playa, pero había merecido la pena.

—Sebastian y Paige se van esta noche —dije mientras caminaba junto a Dane. La playa no estaba iluminada, pero las luces del complejo y la luna llena nos habían guiado perfectamente.

—Lo sé. Pero pronto los veremos de nuevo. Mi objetivo principal en la vida ahora mismo es hacerte feliz.

Me detuve, haciendo que ambos parásemos ya que tenía un fuerte control sobre la mano de Dane.

—Soy feliz —le dije enérgicamente—. Nunca he sido más feliz de lo que soy ahora.

Dane me dejó extasiada. Desearía tener las palabras para decirle cuánto significaba para mí y cómo había cambiado mi vida. Pero no las tenía.

—Si eres feliz ahora, espera hasta que volvamos a la *suite*, —dijo en un tono *sexy*, grave y muy masculino.

Me estremecí al pensar en lo que podría haber planeado. Pero no tenía que estar jodiendo con él para sentir nuestra conexión. Sin embargo, probablemente nunca discutiría si él quería desnudarme. Yo lo necesitaba a él tanto como él a mí. Con toda probabilidad, mucho más.

—Gracias por esto —le dije mientras seguimos caminando.

—¿Por qué?

—Por traerme aquí. Por enseñarme algo de la isla.

Después de nuestra excursión de buceo con tubo, Paige y Sebastian habían organizado dos días más repletos de turismo. Y una velada en un luau tradicional. Cada momento había sido dulce para mí. Dane había asistido a todas las festividades, cada vez menos reservado a medida que seguíamos los eventos de la boda.

—Ya me lo agradeciste —me recordó.

—Hace tiempo —protesté—. Ahora te estoy agradeciendo los últimos días. Ha sido increíble.

—Volveremos tarde o temprano. Tengo sitio en Kauai.

—¿Cómo es?

—Caro, —dijo con voz traviesa—. Es un resort.

—¿Otra inversión? —Bromeé.

—Sí. Te encantará.

—Estoy segura de que sí —dije.

—Iremos allí cuando hayamos visto más mundo.

Ese momento parecía tan perfecto, poder soñar con un futuro. Ciertamente, yo tenía miedo, pero estaba decidida a seguir el consejo de Paige y no dejar que mi pasado invadiera mi futuro. Dane valía cualquier riesgo que tuviera que correr para tener un potencial futuro con él. Sinceramente, yo lo necesitaba y esperaba que él también siguiera necesitándome a mí.

—Ahí estaré —le dije a Dane cuando llegamos al pie de las escaleras que conducían a la recepción. Tenía que volver a ponerme los zapatos, lo cual implicaba que tenía que atar un montón

de tiras diminutas. Hice un aspaviento hacia las escaleras cuando empecé a asegurar todas las tiras.

Él subió las escaleras y gritó por encima del hombro:

—¡Voy a despedirme de mis hermanos!

—Sigue. Ya voy. Un segundo.

Me senté en el cemento para mantener el equilibrio mientras me peleaba con las piezas de cuero.

En unos instantes, estaba levantándome de nuevo y probando los tacones sobre el cemento.

—Servirá —dije en voz baja, preparándome para ir a buscar a Dane, su familia y Paige.

Lo que ocurrió después de terminar sucedió tan rápido que no tuve oportunidad de gritar. Un escalofrío de advertencia recorrió mi columna cuando intenté hablar contra la mano que me había tapado la boca. Al instante, supe exactamente quién me mantenía callada e inmóvil en el sitio. Lo conocía, así como el terror que sentí cuando me mantuvo sujeta.

—Un movimiento estúpido y estás muerta, zorra —me dijo la voz ronca y áspera al oído. Él me sujetaba contra su cuerpo sucio y maloliente; la punta afilada de un cuchillo desgarraba mi piel.

«¡Ay, Dios! ¿Cómo puede estar aquí él?», pensé. Sentí náuseas y arcadas subiendo por mi garganta, pero intenté no entrar en pánico.

Conocía su voz desagradable y reconocí su olor nauseabundo. Se me acabó el tiempo. Finalmente había sido atrapada. Aquel hombre y su odio hacia mí eran inconfundibles. Yo había vivido con eso desde que tenía memoria.

Miré hacia el patio mientras él me arrastraba lejos de allí, el corazón partido al darme cuenta de que nunca volvería a ver a Dane.



CAPÍTULO 39

Dane

—No encuentro a Kenzie —les dije a mis hermanos cuando volví al patio. Había ido a buscarla dos veces, pero no estaba en la playa. Me maldije por dejarla sola al pie de las escaleras, pero estábamos en una zona segura y yo no había ido muy lejos.

La recepción se había ido vaciando lentamente y los únicos que quedaban en el patio eran Sebastian, Paige, Trace y Eva. Yo llevaba más de una hora buscando a Kenzie, esperando que se hubiera escapado al cuarto de baño o a otro lugar donde pudiera tener un poco de intimidad.

—¿Dónde demonios ha ido? —preguntó Trace bruscamente.

Yo me mesé el pelo de frustración.

—No tengo ni puta idea. Dimos un paseo por la playa para escaparnos unos minutos. La última vez que la vi estaba poniéndose los zapatos para volver aquí arriba.

—Yo no la he visto desde más temprano esta noche —dijo Paige en tono alarmado—. La habría visto si hubiera vuelto a la recepción. Supuse que había vuelto a vuestra *suite*.

—No lo hizo —confirmé—. Yo tengo la llave.

—Tenemos que buscarla —dijo Eva con voz preocupada.

—He subido y bajado por la playa y he estado buscando en todas las salas públicas de este sitio —gruñí, enfadado conmigo mismo por no haberla esperado.

—Entonces tenemos que separarnos. Y deberíamos llamar a la policía —dijo Eva.

—¡Espera! —exclamó Paige—. Creo que quizás sepa qué le ha ocurrido.

—¿Qué? —pregunté yo con voz áspera—. Cuéntamelo. —Estaba fuera de mí de preocupación.

—¿Kenzie te habló de su pasado? —Preguntó Paige, la cara pálida de miedo.

—¿Unos padres de mierda y una vida igualmente funesta? Sí, me lo contó.

—¿Te habló de sus padres? ¿Te contó que su padre lleva años intentando matarla?

—¿De qué hablas, Paige? —Pregunté mirando su expresión desazonada.

Ella suspiró nerviosa.

—Entonces no te lo contó. Tiene sentido, porque creía que por fin se había rendido hace varios años. Pero tal vez no lo hiciera.

—Su padre está en prisión. Me lo dijo ella —respondí yo.

—Su madre murió en prisión, de hecho, pero sé que Kenzie intenta no pensar en ello. Sus padres eran yonquis los dos y su madre contrajo el VIH. Murió de sida mientras estaba encarcelada. Kenzie nunca tuvo padres. Solo enemigos.

Yo me froté la cara intentando comprender lo que decía Paige.

—No me contó que su padre fuera un homicida —confesé yo—. Pero ¿qué tiene que ver eso con su desaparición ahora?

—El padre de Kenzie sigue vivo y ha estado intentando dar con ella, incluso desde la cárcel. Ella testificó contra él, Dane. Lo desveló todo acerca de sus padres antes de graduarse del instituto. Ella los puso entre rejas. Kenzie fue testigo de un homicidio vehicular que cometió su padre cerca de su apartamento. Un trato de drogas que salió mal. Su testimonio fue lo que cimentó el caso contra sus padres.

«¡Dios!», pensé. Sabía que la vida de Kenzie había sido dura, pero no me había percatado de cuánto valor había tenido como adolescente. Habría sido muy fácil para ella seguir el mismo camino que sus padres, pero se había esforzado por hacer lo correcto.

—¿Y su padre la quiere muerta por soplona?

Paige frunció el ceño.

—Formaba parte de una organización criminal, la parte estadounidense de un cártel de la droga mexicano. Uno poderoso que opera a nivel internacional. Su padre transportaba droga. Podría haber sido un hombre rico, aunque era una persona horrible, pero sus padres se esnifaban y se chutaban todos los beneficios. Desapareció dinero durante el mal trato de droga, más de un cuarto de millón de dólares. Su padre dio por hecho que Kenzie se lo había llevado. Pero no lo hizo. Es imposible que lo hiciera.

Yo me estremecí ante la idea de que miembros de un cártel dando caza a Kenzie. Por lo visto, habían querido intentado sacarle el dinero que supusieron había robado.

—Sé que no lo hizo —dijo Paige en voz baja—. No solo me lo dijo, sino que no tendría que haber vivido con lo justo si hubiera escondido el dinero.

—¿Has dicho que su padre se rindió? —Le pregunté a Paige.

—Kenzie no hizo nada más que huir de los enemigos que su padre envió para perseguirla. Si le pisaban los talones, huía. Pero cuando nos hicimos compañeras de piso, o bien no consiguieron encontrarla o bien los tipos de fuera perdieron interés y pasaron a otras cosas.

—¿Y su padre? —inquirí bruscamente.

—La odia. Siempre lo ha hecho. Ella lo mandó a prisión y él cree que se llevó su dinero.

—Voy a ver dónde está ahora mismo —dijo Sebastian caminando hacia el lado opuesto del patio, tecleando en el teléfono a medida que avanzaba.

Paige gritó la información que necesitaba Sebastian, pero no se alejó de mí.

—Voy a mirar en el ordenador —dijo Trace antes de salir corriendo hacia el ascensor que había en el interior del edificio.

Solo Eva y Paige permanecieron allí.

—¿Por qué no me lo contó todo? —pregunté enfadado—. La habría protegido mejor. No puedo cuidar de ella si no entiendo todo lo ocurrido. No tenía ni idea de que había tenido que huir por su vida una y otra vez ni de que su padre la quería muerta.

—Estoy segura de que quería hacerlo, pero siempre se ha sentido avergonzada de su procedencia, Dane. ¿Quién quiere contarle a nadie que su padre lo quiere muerto?

—No es culpa suya —estallé yo.

—Claro que no, pero Kenzie ha pasado la mayor parte de su vida huyendo o guardándose las espaldas. Su padre era muy poderoso en el crimen organizado y ella cantó sobre él. Imagino lo duro que debió de ser para ella. Y después, el suceso que la dejó marcada la destrozó. Su oportunidad de una nueva vida desapareció de un plumazo y tenía que volver a un lugar que ya conociera. Cierto, no volvió a Boston, pero Cambridge se acerca bastante.

Yo estaba lívido. Sí, estaba enojado con Kenzie por no contármelo, pero la mayoría del enfado iba dirigido al hijo de puta de su padre por lo que le había hecho a Kenzie. Nadie que intentara hacer lo correcto debería vivir como una presa a la que se da caza.

—Crees que se trata de él, ¿no?

Su expresión era de terror cuando respondió:

—Espero que no, pero no se me ocurre ninguna otra explicación posible, Dane. No quiero que sea él, porque temo que vaya en busca de venganza. Cuando quien esté ayudándolo se convenza de que Kenzie no tiene su dinero, la matará. Esta gente no se anda con chiquitas. Un cadáver más no es nada para ellos.

A mí tampoco se me ocurría nada que tuviera más sentido. El bolso de Kenzie seguía donde lo había dejado, así que lo más seguro era que no se hubiera marchado por voluntad propia.

—¡Joder! —Maldije, sintiendo que perdía el tiempo—. Tenemos que ir a buscarla, Paige.

—¿Te dijo que está enamorada de ti? —preguntó ella en voz baja.

Giré la cabeza hacia ella.

—¿Que está qué?

—Te quiere, Dane. Creo que deberías saberlo.

Sentí un dolor tan atroz en el pecho que no podía respirar.

—¿Me quiere?

Paige asintió.

—Espero que tú sientas lo mismo.

—Claro que sí. Demonios, moriría por Kenzie sin pensármelo dos veces.

Yo seguía intentando asimilar el hecho de que Kenzie me amaba. Pero supuse que Paige sabía la verdad.

—Debería habérselo dicho —pensé arrepentido—. Tenía mucho miedo de que me hiciera daño porque Kenzie tiene ese poder. Temía que me importara demasiado. Pero, ahora que se ha ido, eso no quiere decir nada.

Me odiaba por no haberme sincerado con ella. Debería haberlo hecho. Al menos, ella habría sabido que la buscaría hasta caerme muerto o encontrarla.

—Tenía miedo, Dane. Por favor, entiende que no tenía nada que ver contigo. Yo tardé años en conseguir que me contara toda la historia.

—Lo único que quise siempre fue darle una vida mejor —le confesé a Paige.

—Era mejor —opinó Eva—. Yo lo noté.

Paige asintió.

—Por primera vez en su vida, no estaba mirando a sus espaldas. Tú cambiaste eso para ella.

—¡Mierda! Puede que se durmiera en los laureles —sopesé.

—Hace años desde que nadie le da caza. Ella creía que por fin se había terminado, pero seguía alerta ante la posibilidad.

—¿Crees que esos cabrones en California iban detrás de ella por su padre? —pregunté con voz áspera.

—No —respondió Paige—. Creo que al principio Kenzie sospechó que sí, pero querían dinero para droga. Fue un crimen desafortunado, pero no tenían ninguna relación con su padre.

Sebastian volvió corriendo justo cuando Trace llegaba disparado por la puerta.

—Ha salido —anunció Trace—. Su padre salió de prisión hace unos días. Terminó condenado por homicidio vehicular involuntario, así que está en libertad condicional. Como se portó bien en prisión, le han dado la libertad.

—Yo iba a decir lo mismo —explicó Sebastian.

—¡Joder! —Estallé, sintiéndome en una agonía.

El cabrón se la había llevado delante de mis narices. De haber sabido que corría cualquier tipo de peligro, la habría vigilado como un halcón.

—La tiene —dije yo.

Todo el mundo asintió. Nadie creía que aquello fuera una coincidencia, sobre todo yo.

—La encontraremos —prometió Sebastian—. Mis chicos de seguridad ya están empezando a buscar. Tenemos que rastrear dónde podría ir con ella.

—Mi gente también está trabajando en ello —confirmó Trace—. La encontraremos, Dane.

«Estaré bien solo. Me acostumbraré». Las palabras de mi mantra se me pasaron por la cabeza, pero no las aceptaba en absoluto. No iba a quedarme de brazos cruzados y a sentirme bien solo. No después de Kenzie.

—No estaré bien solo y no pienso seguir acostumbrándome a ello, joder —gruñí—. La quiero de vuelta.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Trace.

—Solía decirme a mí mismo que estaría bien solo. Creía que me acostumbraría. Cada vez que empezaba a sentirme solo, me consolaba con esas estúpidas palabras. Pero ya no funcionan, joder. No desde que Kenzie entró en mi vida como un tornado. Quiero gente alrededor. Quiero a mi familia. Y, que Dios me ayude, necesito tenerla a ella.

—Nunca has estado solo, Dane —dijo Sebastian en voz baja—. Siempre hemos estado ahí.

—Yo no lo veía cuando estaba sufriendo de verdad. No entendía una mierda. Pero ahora lo entiendo.

Trace frunció el ceño.

—Más vale que lo entiendas. Te queremos, hermano.

Ahora que lo veía con claridad, supe que siempre me habían querido, pero había estado demasiado consumido por mis propios problemas como para verme como nada más que un estorbo para ellos. Quería que vivieran sus propias vidas, algo que no me incluía en realidad. Pero ya no me sentía así.

—Yo también os quiero, chicos —gruñí—. Os lo explicaré más tarde. Ahora mismo tengo que encontrar a Kenzie. La quiero. Y no voy a perderla. No puedo.

Se me retorcía el estómago ante la idea de que estuviera con alguien que la quería muerta. Sinceramente, no podía entender cómo nadie era capaz de odiar a Kenzie, pero su padre era un jodido cabrón.

—Sebastian y yo trabajaremos con los equipos de seguridad —me dijo Trace mientras mis dos hermanos se retiraban al hotel.

Por primera vez en mi vida, deseé tener guardaespaldas. No soportaba estar mano sobre mano.

—Iré a ayudarlos —les dije a Eva y Paige.

—Nosotras dos nos quedaremos juntas y la buscaremos. Puede que alguien haya visto algo —dijo Paige.

—Tened cuidado —les advertí—. Si algo os pasara a cualquiera de las dos, vuestros maridos se quedarían completamente destrozados.

Paige apoyó una mano en mi brazo.

—No pasará nada. Tengo que intentar ayudar. Yo soy la razón por la que mi mejor amiga estaba aquí, para empezar. Y sabía lo de su padre. Debería haber hecho que Trace pusiera más seguridad, pero no sabía que él estaba libre. Estoy dispuesta a apostar a que Kenzie tampoco lo sabía.

Tomé la mano de Paige con fuerza.

—¡No hagas eso! —le dije con urgencia—. No te culpes.

—Pararé cuando pares tú —me desafió, lanzándome una mirada punzante—. La culpa no ayudará en esta situación.

Yo lo entendía. Y probablemente sabía que debía desprenderme de mis propias emociones para buscar a Kenzie. Pero no sería fácil.

—Lo entiendo —musité soltándole la mano.

—Solo quiero a Kenzie de vuelta —dijo Paige llorosa—. He estado muy ocupada esta semana. No hemos podido pasar tiempo juntas.

—Oye —le advertí—. Nada de culparse. No va a morir, Paige. —Yo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para salvarla.

Ella asintió, pero un lagrimón le cayó en la mejilla justo antes de que diera media vuelta y desapareciera rápidamente con Eva para proseguir la búsqueda alrededor de las instalaciones.

Yo corrí hacia la puerta y solo sentí irritación cuando tuve que esperar a que el ascensor me llevara la *suite* de Trace en el ático.

—No te rindas, Kenzie. Estamos detrás de ti —dije con un susurro áspero mientras las puertas del ascensor se cerraban con un golpe seco—. Cueste lo que cueste, te encontraré.

La localizaría de alguna manera. Siempre había sido como un misil termodirigido cuando ella andaba cerca. Solo esperaba que ese vínculo no me fallase ahora.



CAPÍTULO 40

Kenzie

Había tenido muchas pesadillas acerca de que mi padre me encontrase algún día, pero la realidad no se parecía en nada al sueño terrorífico. Era peor.

—Ya te lo he dicho. No sé qué pasó con el dinero —repetí con nerviosismo. Miré al rostro frío y duro de mi padre, Víctor Jordan, aún incapaz de creer que él hubiera sido el donante de esperma que me dio la vida. Estaba vacío emocionalmente y no identifiqué ni una pizca de ternura por su hija. Me odiaba. Siempre lo había hecho. Desde mis recuerdos más tempranos, siempre había sido un monstruo, cosa que no había cambiado a medida que yo crecía. Mis padres habían intentado utilizarme para introducir drogas en el colegio, pero yo me negué. Sí, recibí una tunda que me dejó inconsciente durante un tiempo indeterminado, pero ninguno de mis compañeros de clase tendría una sobredosis ni moriría por mi culpa.

—Eso es lo que esperas que crea, zorrita. Dime dónde está.

¿Para que pudiera matarme inmediatamente después? Ni en broma. Aunque supiera dónde estaba su dinero, no se lo diría. Conocía su juego. Había crecido en las calles. Lo único que tenía que hacer era proporcionarle una ubicación y recibiría un balazo en la cabeza. En realidad, no esperaba convencerlo de que no había robado el dinero del coche el día en que él mató a un comprador. Básicamente estaba ganando tiempo.

Mi mejilla resonó cuando mi padre me asestó una bofetada tan fuerte que golpeé el suelo sucio de su habitación de hotel. Vi las estrellas durante un instante antes de abrir los ojos. No estábamos lejos del resort, pero, por el momento, parecía un millón de kilómetros de distancia.

Dane tenía que estar buscándome. Desearía haberle contado toda mi historia en lugar de omitir que tenía un padre homicida. «Creía que se había terminado. Nunca dejé de tener miedo de que uno de los mafiosos de mi padre me encontrara, pero creí que habían perdido el interés», pensé. Si hubiera sabido que mi padre estaba en libertad condicional, habría tenido más cuidado. No habría dejado nada al azar.

«Debería haberle dicho a Dane que lo quiero», pensé. Porque lo quería. Con todo mi corazón.

—Puedes pegarme tanto como quieras —dijo estoicamente—. Eso no cambiará el hecho de que no puedo llevarte hasta el dinero.

Mis sospechas eran que el dinero ya se había gastado hacía mucho tiempo. Había otros yonquis y traficantes en la calle aquel día, gente que no habría dudado en robar bolsas repletas de dinero.

—Entonces encontraré otra manera de conseguir lo que merezco —dijo en tono malvado.

Yo incorporé el tronco, utilizando la cama para apoyarme.

—¿Cómo? —pregunté, temiendo su nueva idea.

—Estabas con Dane Walker, uno de los multimillonarios Walker. ¿Te quiere de vuelta?

Yo entré en pánico, temerosa de atraer a Dane cerca de ese loco cabrón.

—No. Solo soy su empleada. Puede encontrar otra asistente.

Mi padre no había envejecido bien en prisión y tenía cara de trastornado. Se veía igual, pero más viejo. Mucho más viejo. Y todavía me hacía cagarme de miedo.

—Creo que estás mintiendo, niña —dijo mientras levantaba la pistola de 9 mm y la nivelaba cerca de mi sien—. Mírate, con tu vestido elegante, y dónde si no habrías conseguido esas joyas. ¿Esas piedras son auténticas?

Yo me encogí ante la forma en que observaba mi regalo de cumpleaños de Dane.

—No estoy mintiendo y compré esta baratija de disfraz en una tienda de segunda mano —argumenté, consciente de que moriría antes de contarle cuánto significaba Dane para mí en realidad. Él lo tergiversaría y lo utilizaría.

Si sabía que Dane estaría preocupado, me utilizaría para conseguir cualquier cosa que pudiera obtener. Lo único en lo que yo podía pensar en ese momento era en mi necesidad de proteger a Dane. Mi vida me había llevado hasta allí para enfrentarme finalmente al hombre del que había huido durante tanto tiempo. Mi padre no tenía que decirme que quería verme muerta. Yo ya lo sabía. No iba a salir con vida de aquella habitación asquerosa a menos que pudiera escapar, y mis posibilidades no parecían muy prometedoras.

—Si él cree que sé dónde estás, podría secuestrarlo. Sus hermanos pagarían por un regreso seguro —caviló Víctor.

—Tú no lo devolverías con vida. Lo matarías —dijo enfadada.

Ninguna víctima inocente que supiera algo había conseguido escapar de mi padre. Él prefería no dejar testigos. Por fortuna, yo me había mantenido con vida, pero siempre había temido aquel momento, el día en que tuviera que hacer frente al padre a quien había traicionado.

Víctor Jordan era despiadado y yo ya sabía que aquello no terminaría bien.

—Me conoces bien, hija —dijo con una sonrisa malvada.

Por desgracia, yo sabía demasiado sobre él.

—Sí —respondí sencillamente—. Y no puedes secuestrar a un Walker. Son muy mediáticos. Tendrías a la policía en los talones antes de conseguir meterlo a la fuerza en un coche.

Victor odiaba a la policía y yo esperaba que se echase atrás. No tuve esa suerte.

—Que se joda la policía —dijo mecánicamente—. Soy más listo que ellos, excepto cuando una miembro de mi propia familia me delata.

—Mataste a alguien —le recordé—. ¿Crees que merecías librarte?

—Sí. Soy tu padre, pero nunca me has respetado.

Podría haberlo respetado si no le hubiera gustado tanto hacer daño a la gente o si hubiera querido dejar su vida criminal. Tal vez incluso si hubiera tenido la capacidad de preocuparse por su hija. Pero aquel hombre no sabía amar. Mi padre era pura maldad.

—Intentaste matarme. Varias veces —dije.

—Mereces morir —dijo como un maníaco—. Y lo harás. Nadie me traiciona y vive para contarlo.

Yo tragué el gran nudo que tenía en la garganta. Sabía que iba a morir, pero no iba a suplicarle nada, ni siquiera mi vida. Él nunca me la perdonaría y yo no quería someterme a él durante los últimos momentos que tenía en este mundo.

—Hazlo —le dije—. Mátame.

—Todavía no —dijo él—. Lo haré cuando tenga ganas.

Yo sabía que me arriesgaba al desafiarlo, pero lo conocía bien y, si yo quería algo, él haría lo contrario de lo que yo quisiera. Era así de retorcido. Se inclinó y me levantó de un brazo, su agarre tan brutal que sentí que mi extremidad iba a romperse.

—¿Qué estás haciendo? —Le pregunté, intentando mantener el miedo fuera de mi voz. Eso lo complacería demasiado.

—Quitarte tu libertad, igual que tú me quitaste la mía.

Me golpeó para hacer que me moviera y yo fui hacia el baño a trompicones. Me protegí la cabeza cuando me obligó a entrar en el baño, consciente de que me iba a caer. Mi medida de protección no ayudó mucho. Oí mi cabeza golpearse contra la bañera.

No fui lo suficientemente rápida como para levantarme. Me quedé allí durante unos instantes, intentando hacer que mi cerebro funcionara. Escuché cómo cerraba la puerta desde fuera. ¿Había comprado el cerrojo y lo había instalado antes de que yo llegara? No tenía idea, pero sería bastante extraño tener una puerta de baño con cerrojo exterior.

Una bocanada trémula escapó de mis pulmones cuando escuché el golpe de la puerta principal, señal de que mi padre había salido de la habitación. Mirando a mi alrededor frenéticamente, me di cuenta de que estaba atrapada. La ventana diminuta sobre la bañera era minúscula. Probablemente lo suficientemente pequeña como para que cupiera mi mano o parte de mi pierna. Me levanté del suelo y tiré del pomo de la puerta, pero esta estaba bien cerrada.

—¡Joder! —Maldije de frustración y miedo—. Tengo que salir de aquí.

Estaba casi segura de que Victor había ido tras Dane. Estaba lo suficientemente desesperado como para perseguir a cualquiera en ese momento.

—Ándate con ojo, Dane —susurré para mí misma mientras seguía intentando abrir la puerta a tirones, pero esta no se movía—. Por favor, Dane, por favor. No vayas a ningún sitio con él —dije con los ojos llenos de lágrimas. Estaba desesperada y agitada, intentando combatir el miedo a que mi padre hiciera daño a Dane y fracasando estrepitosamente. Tenía que concentrarme. Tenía que encontrar una vía de escape, y rápido. Mi vida y la de Dane dependían de ello.



CAPÍTULO 41

Kenzie

A la tarde siguiente, seguía encerrada en el baño sucio y diminuto. Había intentado abrir la puerta hasta que me sangraron las uñas de los dedos y finalmente me desplomé en la bañera, incapaz de seguir levantada por más tiempo sin dormir.

Había oído a mi padre regresar por la mañana y volver a marcharse aquella tarde. Supuse que había dormido. Desde luego, no me había dejado salir del baño, incluso cuando grité a pleno pulmón para que me dejase salir.

No estaba segura de cuánto tiempo había dormido, pero acababa de despertarme un ruido procedente de la puerta del baño. Seguía oscuro, así que probablemente no llevaba mucho tiempo dormida. Salí de la bañera de un salto, medio dormida, y me situé junto a la puerta, esperando poder escapar si mi padre necesitaba entrar al baño o si venía a matarme.

No pensaba dejar que me matase de un disparo mientras dormía en la bañera. Contuve la respiración mientras él forcejeaba con el cerrojo, esperando poder escabullirme a su lado antes de que encendiera la luz.

«Dios, no estoy preparada para morir. No ahora. Aún no», pensé. No cuando acababa de descubrir al hombre más increíble del mundo y yo le importaba.

Después de pensar en mi situación y la de Dane, supe que era imposible que mi padre lograra capturarlo. La única razón por la que Victor había podido darme alcance era porque yo no sabía que había salido. A esas alturas, los Walker probablemente ya lo sabían todo sobre mí y Dane estaría alerta. Era más que probable que los Walker estuvieran rodeados de guardaespaldas y policía, o al menos yo esperaba que así fuera.

Estaba lista para abrimme paso a empujones en cuanto se abriera la puerta, pero en lugar de avanzar hacia delante, una figura muy dura me empujó hacia atrás antes de que la puerta volviera a cerrarse de golpe. Caí bajo el peso del cuerpo que chocó contra mí, intentando evitar volver a caer de espaldas contra la bañera.

Victor ni siquiera había encendido la luz, así que di un gritito en la oscuridad cuando la figura desconocida dio un paso a mis espaldas, impidiendo que volviera a caer sobre la bañera de cerámica.

—¿Kenzie? —Preguntó una voz familiar en la oscuridad.

—¿Dane? —No podía creer que estuviera allí conmigo realmente. Encendí la luz en cuanto recuperé el equilibrio. Era Dane y se veía mucho peor por el cansancio—. ¿Qué demonios ha hecho Victor?

Estaba furiosa. Dane tenía aspecto de haber recibido una paliza; tenía golpes frescos en la cara y varias heridas que seguían sangrando. Tenía los brazos atados delante del cuerpo con alguna especie de bramante barato y yo deliberé si conseguiría desatarlo.

—No es nada —farfulló—. Pero parece que ese cabrón te ha pegado.

Dane estaba enfadado, una emoción que no veía en él muy a menudo.

Yo me encogí de hombros.

—Estoy acostumbrada a que me pegue. ¿Qué te ha hecho?

Estábamos atrapados juntos en un espacio reducido con muy poco sitio para movernos. Como el cuarto de baño era tan pequeño, volví a meterme en la bañera.

—Siéntate —exigí—. No parece muy estable.

Él se sentó y apoyó la espalda contra la pared contigua a la bañera mientras preguntaba:

—¿Llegas al bolsillo de mi chaqueta? Tengo una navaja para cortar la cuerda.

—¿Por qué demonios te ha hecho daño? —dije airada.

—Le llamé varios apelativos que no le gustaron —dijo Dane, sonando más satisfecho que arrepentido—. Habría matado al muy cabrón de haber tenido la oportunidad. Pero no lo hice. Necesitaba llegar hasta ti.

Dane llevaba una chaqueta de piloto liviana, una prenda prácticamente innecesaria en un clima tropical. Yo no tuve que estirarme mucho para llegar al bolsillo interior.

—¿Cómo dio contigo? Yo esperaba que estuvieras protegido. No quería que te apresara.

Encontré la navaja en su bolsillo y empecé a cortar el bramante de sus manos atadas.

—Quería que me atrapara —respondió en tono realista.

Yo lo miré conmocionada.

—Por Dios... ¿por qué? ¿Quieres morir o qué? Victor no deja testigos con vida. Te matará, Dane. Nos matará a los dos.

Finalmente, las manos de Dane estaban libres y arrojó la cuerda bajo el lavabo antes de volver a meter la mano en el bolsillo de su cazadora.

—Nadie va a morir.

—Tú no conoces a Victor...

—Se marchará pronto. Y después podemos salir de aquí de una vez.

Yo lo observé extraer un pequeño objeto que parecía un mando a distancia y encenderlo.

—¿Es un dispositivo rastreador? —Pregunté, todavía atónita de que Dane estuviera allí conmigo.

—Sí —respondió sencillamente.

Volvió a meter el rastreador en su bolsillo.

—No entiendo. —Tal vez aún no me hubiera repuesto del golpe en la cabeza, porque no comprendía por qué Dane había dejado que Victor lo atrapara.

Dane se puso de rodillas y apoyó las manos sobre mis hombros. Habló con un susurro ronco:

—Mis hermanos harán que Victor salga de aquí tentándolo con una promesa de dinero. Luego, alguien vendrá a sacarnos de aquí.

—¿Lo habéis preparado? —pregunté con el ceño fruncido, no muy contenta de que arriesgara su vida.

Hablamos en voz baja. Victor no estaba lejos de la puerta del baño y si supiera que Dane lo había engañado, dispararía primero sin hacer ninguna pregunta.

—¿Creías que te dejaría aquí sola? —preguntó, la boca cerca de mi oído.

—Deberías haberlo hecho —respondí sinceramente.

—Ni en broma. Acabo de encontrarte. No voy a perderte ahora.

Se me escaparon las lágrimas al responder:

—No quiero que salgas herido. ¿Y si te pasa algo?

Él retrocedió y nuestros ojos se encontraron. Nos sostuvimos la mirada. La suya era turbulenta.

—¿Cómo demonios crees que me sentía yo? Estabas aquí en un momento y desapareciste al siguiente. Estuve a punto de volverme loco. Cuando mis hermanos y yo nos enteramos de la historia de tu padre, supimos que había una posibilidad de que Victor viniera detrás de mí o al menos llamara e intentara sacarnos algo para que pudiéramos recuperarte si él no conseguía el dinero de otra manera porque tú y yo estamos conectados. Me aseguré de prepararme por si acaso y me quedé disponible. Por suerte, apareció.

Ahora lloraba sin parar.

—Estás loco —lo acusé, el corazón encogido en el pecho.

Incluso después de no haberle contado la verdad, se había convertido en una presa fácil para rescatarme. Él me lanzó una mirada intensa mientras susurraba:

—Estoy loco por ti. Preferiría morir intentando salvarte a vivir sin ti, Kenzie.

Su boca envolvió la mía en un abrir y cerrar de ojos, el beso tosco y urgente. Abriendo los brazos para abrazarme a su cuello, suspiré en su boca, temblando de miedo por él y por las emociones que fluían por mi cuerpo. Lo necesitaba. Pero quería que estuviera a salvo. Lo último que quería era tenerlo cerca del loco de mi padre.

Cuando él levantó la cabeza finalmente, yo me puse en pie con dificultad.

—Estás sangrando —dije.

—No importa.

Extendí los brazos hacia él, tiré de una fina toalla y la mojé en el lavabo. Volví a agacharme y empecé a limpiar la sangre de su rostro con ternura.

—A mí me importa.

Una vez que retiré la sangre, pude ver las heridas en su rostro y la hinchazón cerca de su ojo.

—¿Por qué dejaste que te ocurriera esto?

—No podía pelear muy duro —respondió—. Quería que me llevara donde estuvieras.

—No deberías estar aquí. —De pronto me enfrenté al hecho de que Dane lo sabía todo—. Es mi padre. Es mi problema.

La puerta de fuera se cerró de un portazo y me percaté de que Victor se había marchado por fin.

Dane me quitó la toalla de la mano y la tiró bajo el lavabo.

—No es tu padre, Kenzie. Es un maldito monstruo. Y solía ser tu problema. Ya no lo es. Ahora es nuestro problema.

Aunque escapásemos, Victor nunca dejaría de buscarme. Cuando tenía una *vendetta*, nunca se rendía. Estaba loco en ese sentido.

—No desaparecerá, Dane. Nunca lo hará.

—Va a reunirse con mis hermanos para conseguir el rescate. La policía estará allí. Va a volver a la cárcel, Kenzie.

—No importa. Llegará hasta mí de algún modo —respondí yo. Victor siempre lograba encontrarme si quería, tanto si estaba en prisión como si no. Tenía demasiados contactos en el exterior, demasiados socios en el crimen organizado. Puede que todos me hubieran perdido la pista durante un tiempo, pero si mi padre volvía a prisión, haría cualquier cosa para conseguir poner a su banda tras mi pista para matarme.

Victor se enfadaría cuando lo atraparan tan pronto después de salir de prisión. Acudiría a alguien en el interior que pudiera matarme. Tal vez hubiera pasado a otra cosa cuando no logró encontrarme antes, pero ahora nunca dejaría de buscarme.

«Me pasaré la vida huyendo. Siempre huyendo. Mi vida volverá a ser lo que era antes de mudarme con Paige», asumí. Hice una mueca de dolor cuando Dane posó un dedo en mi cara, trazando la marca donde mi padre me había pegado con el cinturón.

—¿Duele? —gruñó, el músculo de la mandíbula tenso, la expresión furiosa.

—No. Ya, no —respondí con sinceridad.

—Podría matar a ese cabrón con mis propias manos. Créeme, quería hacerlo, pero tenía más ganas de encontrarte.

—Estás loco —volví a decirle. ¿Qué clase de persona hacía eso? ¿Qué hombre se dejaría secuestrar solo para encontrar a otra persona?

Él se encogió de hombros.

—No estoy loco. Te quiero.

Se me cortó el aliento al ver la expresión sincera en su rostro. Me quería de verdad. Lo veía en sus ojos. Pensé en todas las cosas que lamentaba no haberle contado mientras respondía:

—Yo también te quiero. Por eso no te quiero aquí, poniéndote en peligro.

—No hay nada que no haría por ti, cielo —dijo—. Nada.

Sentí que me arrancaban el corazón del pecho. Después de tantos años huyendo sola, sus palabras y acciones me dejaban atónita.

—Yo siento lo mismo. Dane, tienes que salir de aquí.

Me aterrorizaba que Victor fuera a volver, que hubiera herido al hombre al que amaba más que a nada ni nadie en el mundo.

—Los dos tenemos que salir de aquí —me corrigió—. Y espero nuestro rescate en cualquier momento. Me prometiste una tarta de cumpleaños y una cena, y pienso reclamar lo prometido.

—Hoy es nuestro cumpleaños —dije con remordimiento, habiendo pensado en que era el cumpleaños de Dane varias veces antes de desmayarme en la bañera.

—De hecho, ya es más de medianoche. En realidad, es tu cumpleaños.

Yo di un grito cuando me envolvió con los brazos y me sacó en volandas de la bañera para dejarme caer sobre su regazo.

Me abracé a sus hombros, agarrándome mientras él me acomodaba. Mi precioso vestido estaba básicamente hecho una ruina, la tela arrugada en torno a mis muslos.

—¿Cómo supiste que él iría a por ti? —Pregunté, retirándole el pelo de la cara con los dedos delicadamente.

—No lo sabía. Pero, si lo hacía, pensaba estar preparado. Supuse que estaba desesperado por conseguir dinero y yo tengo mucho. Cuando no recibimos una demanda de rescate, di por hecho que había dado con otro plan. Simplemente esperaba que no te matase antes de que te encontráramos —dijo mientras su cuerpo musculoso se estremecía.

—Le dije que no te preocuparías por mí. Que solo era una empleada. Aunque le hubieras pagado, me habría matado. Me quiere muerta.

—¡Dios! Es tu puñetero padre.

—No importa —contesté yo—. Es tan retorcido que ni siquiera reconoce el vínculo. Nunca fui nada más que un inconveniente para él y para mi madre. Siento mucho no habértelo contado. Quería hacerlo, pero tenía miedo.

—Sí, algún día te pediré que me cuentes por qué no creías que lo entendería —me avisó—. Pero, ahora mismo, solo estoy aliviado de que estés bien.

Había un millón de razones por las que no quería compartir todo mi pasado. La vergüenza. La humillación. El miedo. Las inseguridades... Pero ninguna de ellas parecía importar ahora.

—Te amo, Dane. Es posible que te ame desde hace bastante tiempo, pero no quería reconocerlo.

—¿Por qué?

—Porque nunca nadie me ha querido de verdad excepto Paige. Yo no tengo relaciones de pareja. No sé cómo hacerlo.

—Aprenderemos, cielo. Yo tampoco sé lidiar con una mujer que me ama así tampoco, pero no te perderé. Nunca. Acabo de pasar dos días que han sido un infierno. Voy a asegurarme de protegerte de ahora en adelante.

Yo no estaba muy segura de cómo lidiar con eso. Nadie se había preocupado lo suficiente como para protegerme, ni siquiera cuando era una niña inocente, así que lo besé, intentando comunicarle todo lo que sentía. Dane tomó el control, las manos a ambos lados de mi cabeza para mantenerla firme. Fue el último resquicio de intimidad que tuvimos antes de que las patrullas llegaran para sacarnos de nuestra prisión improvisada.

Cuando por fin salimos, mis rodillas cedieron bajo mi peso al darme cuenta de que Dane y yo estábamos a salvo. Ninguno de nosotros iba a morir. Dane me levantó y me sentó en el coche de policía; yo no dejé de sollozar sobre su hombro durante todo el camino de vuelta al resort.



CAPÍTULO 42

Kenzie

—Victor ha muerto.

Yo alcé la mirada hacia Paige cuando se sentó a mi lado en la *suite* de Dane en el resort al día siguiente. Su gesto era amable y tardé un momento en asimilar la noticia.

—¿Cómo? —pregunté.

—Intentó huir de la policía en el lugar preparado para que recogiera el rescate. Los apuntó y la policía se vio obligada a dispararle.

Paige extendió el brazo y tomó mi mano mientras se imponía la realidad.

—Soy libre —susurré conmovida.

Ella apretó mi mano.

—Sí. Lo eres. Gracias a Dios.

—¿Es malo que me alivie el que haya muerto? —Le pregunté.

—Por supuesto que no —negó ella—. Yo también estoy aliviada de que haya muerto. Todos lo estamos. Creo que es la única forma en que te recuperarás. Has pasado toda tu vida aterrorizada de él y cubriéndote las espaldas. No merece ningún remordimiento. Nunca fue tu padre.

—Lo único que quería ser era mi verdugo.

—Fracasó —respondió Paige enojada.

—Gracias —dije yo en voz baja—. Gracias por todo.

Ella se levantó y se trasladó al sofá para sentarse a mi lado antes de atraerme a un fuerte abrazo.

—Todo lo que quería era que ya no tuvieras miedo. Quería que pudieras dejar de huir y mirar a tus espaldas de miedo.

Yo le devolví el achuchón.

—No estoy segura de saber cómo, pero ahora que soy libre, me gustaría aprender.

—Dane cuidará de ti. Te quiere.

—Yo también lo quiero —confesé cuando nos soltamos.

—Toma lo que quieras, Kenzie. No dejes que ganen los demonios de tu pasado.

Yo me sequé una lágrima de la cara.

—Pienso acabar con esos cabrones —dije en tono jocoso.

Paige se echó a reír.

—Bien. Yo tardé un tiempo en destruir a los míos. Pero tenemos que quitárnoslos de encima para poder pasar página de verdad.

Yo sabía que mi mejor amiga había exorcizado sus propios demonios.

—Haré todo lo que pueda. Diviértete en tu luna de miel.

Odiaba despedirme de Paige, pero Dane y yo también nos marchábamos dentro de una hora.

Ella me guiñó un ojo.

—Eso pienso hacer. ¿Cómo no iba a hacerlo? Tendré a Sebastian para mí solita.

Paige y su marido iban a viajar al extranjero antes de volver a Denver. Yo casi envidiaba su itinerario de viaje.

—Intenta ver cosas mientras estés fuera —bromeé.

—Ver a Sebastian desnudo es lo primero de mi lista.

Yo sofoqué una carcajada.

—Eso ya lo ves todo el tiempo.

—Y nunca aburre —dijo Paige con un suspiro.

—Siento que tuvierais que lidiar con mi desaparición justo después de vuestra recepción.

Sentía remordimientos por haberla obligado a posponer su luna de miel.

—Soy tu amiga, Kenzie. ¿Crees que eso me importa? Dime que tú no habrías hecho lo mismo por mí.

No podía decírselo porque, sin duda, yo habría hecho lo que pudiera por Paige.

—Sigue siendo un asco —le dije.

—Para eso están las amigas —respondió ella—. De hecho, para mí eres familia. Gracias a Dios, podemos escoger a los amigos, aunque no podamos elegir a la familia.

—Siempre has sido mi única amiga.

—Lo mismo digo —me confió—. No hay mucha gente con la que quisiera compartir mis secretos, pero tú lo entendiste cuando la mayoría de la gente no lo habría hecho.

Yo asentí. Lo entendía. Ambas nos habíamos guardado nuestros secretos hasta que encontramos a alguien que pudiera comprenderlos.

—Si no te lo hubiera contado todo, probablemente Dane nunca me habría encontrado.

—Espero que me perdones por contárselo, pero sabía que estabas en problemas.

—Me alegro de que lo hicieras.

Paige sonrió.

—Yo también. Intenta ser feliz con Dane.

—¿Cómo no iba a serlo? —Dije divertida—. Lo tendré para mí sola en cuanto llegemos a Cayo Walker.

—Puede que lo veas desnudo —me replicó Paige.

—Dios, eso espero.

Nos reímos juntas, ambas divertidas ante el hecho de estar tan colgadas por nuestros chicos Walker.

Finalmente, Paige se puso en pie y se alisó el vestido veraniego.

—Tengo que darme prisa. Sebastian estará esperándome.

Yo me levanté del sillón.

—Ten cuidado —dije—. Sé feliz.

No había nada más satisfactorio que ver a mi amiga tan alegre y despreocupada. Paige siempre había tenido un comportamiento serio, probablemente debido a su propio pasado.

Ella volvió a abrazarme brevemente.

—Tú, también. Ojalá vivieras más cerca de Denver. Te echo de menos.

—Yo a ti también —dije mientras le devolvía un leve abrazo—. ¿Por qué no venís de visita a la isla?

—Dane nunca le pidió a Trace ni a Sebastian que lo visitaran. Creo que sentían que estarían invadiendo su intimidad —caviló Paige—. Creían que Dane necesitaba su espacio.

—No lo necesita —le dije—. Necesita a sus hermanos. Dane estaba volviéndose medio loco solo en la isla, pero tenía miedo de salir en público. Sospecho que no les pidió a sus hermanos que lo visitaran porque se sentía... diferente. No podía pasar página con su propia vida y nunca llegó a reponerse.

Paige asintió.

—Creo que Sebastian se da cuenta de eso ahora. Quiere a Dane. No tienes ni idea de cuánto. Simplemente no sabía qué hacer. Quería dejarle su espacio, pero no entrometerse estaba matando a Sebastian y a Trace.

—Deberían entrometerse —compartí—. Tanto como quieran. Puede que Dane refunfuñe, pero lo haría feliz.

Paige suspiró.

—Ahora que Sebastian ya lo sabe, estará ahí. Y Trace, también. Sé que yo no me quejaría de pasar tiempo allí. Tiene que ser divino.

—Lo es —le aseguré—. Es tranquilo, pero es muy bonito.

Paige recogió su bolso.

—Iremos a menudo. Sé que Trace y Eva también lo harán. Es posible que Dane tarde un tiempo en abrirse completamente a sus hermanos, pero ellos seguirán intentándolo hasta que lo haga.

—Creo que está preparado —contesté.

—Haz que venga a vernos si puedes —sugirió.

—Lo haré. Lo prometo.

Hubo un último abrazo antes de que Paige saliera de la *suite* y yo cerré la puerta tras ella. Tenía el corazón liviano ahora que Víctor había dejado mi vida permanentemente. Nadie me perseguiría. Nadie me daría caza. No estaba muy segura de cómo creerme que nunca tendría que volver a huir, pero sin duda me acostumbraría.

«Lo conseguiré. Solo tengo que encontrar la fuerza para seguir intentándolo», pensé sonriente mientras iba a mi dormitorio a terminar de hacer la maleta. Ya no necesitaría mi mantra.

Dane no había dicho nada sobre el futuro, pero yo ni siquiera tenía que encontrar las fuerzas para seguir intentándolo. Dane me daba fuerzas. Me daba amor. Y yo lo conseguiría. Ser libre había abierto toda mi vida. Si no tenía que huir ni tener miedo, encontraría la manera de ser la persona que siempre había querido ser.

No más sombras. No más miedo. Y, lo mejor de todo, no más secretos.

Empaqué mis cosas con una autoconfianza que nunca había tenido, consciente de que estaba más que lista para ir a casa.



CAPÍTULO 43

Kenzie

—Nunca había visto tan feliz al Sr. Dane —comentó Theo mientras yo le servía una taza de café solo y se la entregaba. Dane y yo llevábamos una semana de regreso en la isla y él se había tomado unas vacaciones de su pintura.

Habíamos estado en Miami y Nassau, pasando todos los días juntos, fuera de la isla o en casa. Dane y yo celebramos nuestros cumpleaños con retraso. Yo le preparé la cena y la tarta prometidas.

Sonreí al pensar en las cosas creativas que Dane había descubierto con el glaseado. Ambos terminamos hechos un desastre pringoso, pero había valido la pena.

—Yo también estoy feliz —le confesé a Theo.

—Se nota —respondió él con una sonrisa—. Estáis hechos para estar juntos. Igual que mi Emilee y yo. Lo supe por la forma en que te miró el primer día.

Yo dejé mi café y me crucé de brazos.

—¿Cómo podías saberlo? Fue horrible conmigo.

—Porque yo ignoré su enfado. Solo vi la forma en que te miraba.

—¿Qué aspecto tenía?

Theo tomó un sorbo de su café antes de decir:

—Como si acabara de encontrar algo de valor incalculable, pero tuviera miedo de tomarlo. Me alegro de que finalmente entrase en razón.

Dane no era el único que necesitaba un poco de claridad. Yo no había desterrado por completo a mis demonios, pero estaba trabajando en ello.

—Gracias por traer a la cachorrita —le dije a Theo—. Espero que Dane esté listo para ella.

Había arreglado que Theo trajera otro potcake, una hembra esta vez. Esperaba que Dane la quisiera. Como era tan diferente de su difunto Picasso, yo estaba casi segura de que él podría formar un vínculo con ella.

Theo sonrió.

—Yo diría que está listo para todo lo que le des.

—Quería a Picasso —cavilé.

Theo inclinó la cabeza.

—Sí. Siempre me he sentido fatal porque se nos escapó y murió por eso.

—Fue un accidente. No fue tu culpa.

—Tal vez. Pero eso casi mata al Sr. Dane.

—Creo que está listo para tener otro perro —respondí yo—. Pensé que, si teníamos una hembra, quizás estaría abierto a la idea. Dijiste que la cachorrita no se parece en nada a Picasso.

Él asintió.

—Es de otro color.

—Bien. —Quería que Dane tuviera otro perro. La hembra que Theo había traído nunca reemplazaría al animal al que tanto había querido, pero yo esperaba que aún pudiera cuidar a otro perro.

Theo vació su taza y la llevó al fregadero.

—Me voy. Estoy seguro de que el Sr. Dane estará bien. No creo que haya nada que pueda arruinar su estado de ánimo ahora mismo.

Sabía que Theo tenía un horario de cosas que comprobar en la isla.

—Saluda a Emilee de mi parte y no olvides que mañana es tu aniversario.

La esposa de Theo me había contado que se acercaba su aniversario de boda y que esperaba tomarse unas vacaciones.

Yo le había pasado la información a Theo y él empezó a planearlas rápidamente. Sabía que había reservado una escapada para él y su esposa.

Él me sonrió.

—No se olvida un aniversario. Nunca olvidaré la fecha en que me casé con la mujer más guapa e inteligente que he conocido nunca.

Sonreí hasta que Theo se fue. Él y Emilee seguían enamorados y llevaban mucho tiempo casados. Resultaba increíble verlos a los dos juntos.

Tomé mi taza de café, acunando la preciosa taza de cerámica mientras terminaba mi dosis de cafeína. Había hecho la pieza yo misma hacía un par de días y Dane la había pintado. No se parecía en nada a su pintura habitual. Las figuras abstractas eran mucho más livianas de lo habitual y parecían más una expresión de esperanza que de desesperación. Había dejado un espacio en el medio para pintar “Te quiero más que a mis ojos”.

Me sorprendió cuando me lo trajo la víspera y, ciertamente, yo no pensaba usarla, pero Dane me había engatusado hasta que prometí que la trataría como cualquier otra taza. Había insistido en que podía pintar más si se rompía.

«Estoy tomando café de un recipiente que probablemente no tiene precio porque es una pieza única de Dane Walker», pensé embelesada. Resultaba extraño beber de una taza pintada por uno de los artistas más venerados del mundo, pero yo no la consideraba una pieza de valor incalculable. La veía como un acto de amor.

Puse la taza en la encimera con cuidado. Pronto empezaría a preparar el desayuno, pero no pude resistirme a mirar en la caja a mis pies. La cachorrita de potcake que Theo había elegido era adorable y sus ojos marrones oscuros llamaban la atención mientras ella gemía suavemente para llamar la atención.

Me arrodillé y la saqué de la caja, sosteniéndola contra mi pecho. Solté una risita cuando ella empezó a lamerme la cara rápidamente.

—¿Necesitas salir? —Le pregunté a la linda perrita—. ¿Puedo dejarte en el suelo o te harás pis, chica?

No tenía idea de cómo criar un perro, pero alguien más en casa sí sabía.

—Se hará pis, pero podemos limpiarlo —dijo Dane por encima de mi cabeza.

Yo alcé la mirada hacia él. Acababa de salir de la ducha. Estaba ataviado con unos pantalones, el torso desnudo. Su pelo seguía mojado y estaba para comérselo.

—Era una sorpresa —dije con nerviosismo. No pretendía lanzarle al perro de aquella manera, pero él no parecía molesto.

—Déjala correr. Tendrá mucha energía para quemar.

La dejé e inmediatamente empezó a olisquear los pies de Dane antes de salir disparada bailoteando por la cocina.

Yo me enderecé.

—No sé cómo entrenarla para que vaya al baño. Espero que no estés enfadado. Sé que querías un perro y yo también quería uno.

Vimos correr a la cachorrita por la zona con curiosidad antes de que Dane la recogiera. Sus ojos se mostraron cautelosos durante unos instantes, pero una vez que la hembra empezó a lamerle la cara con entusiasmo, supe que estaba enganchado.

—Qué simpática es —dijo con voz ronca.

—Le gustas.

Dane acunó a la cachorrita con un brazo fuerte.

—Son inteligentes. Aprenderá a ir al baño rápido.

—Tendrás que ayudarme. Nunca he tenido un perro.

—Siempre te ayudaré. Eso ni se pregunta.

El corazón casi se me salía del pecho. Quería tanto a aquel hombre que casi me dolía.

—¿Cómo la llamarás?

—Decide tú —sugirió.

—Pero la compré para ti.

—Nos querrá a los dos.

Miré a la perra durante un momento antes de decir:

—Ahora la llamaría Suerte porque está abrazada a ti.

—¿Celosa? —Dane arqueó una ceja mientras me miraba.

—Puede ser —bromeé.

Él dejó a la perra en el suelo con cuidado.

—Siempre serás la mujer más importante de mi vida —dijo con voz ronca.

El corazón me dio un vuelco, como cada vez que Dane me decía algo así. Ya debería estar acostumbrándome a eso. No escatimaba en afecto conmigo y yo lo disfrutaba.

Me rodeó con sus brazos y yo puse una mano en su nuca y la bajé para besarlo.

—Entonces es Suerte —murmuré una vez que hubo levantado la cabeza.

¿Me acostumbraría a sentirme tan fuera de control con él algún día? «Dios, espero que no».



CAPÍTULO 44

Dane

¡Maldita sea! Estaba nervioso. Bajé las escaleras unas mañanas después de que Kenzie hubiera comprado a nuestra nueva cachorrita, preguntándome si alguna vez reuniría el valor para pedirle matrimonio.

El anillo había estado haciéndome un agujero en el bolsillo desde que habíamos vuelto de la boda de Sebastian. Quería pedirle a Kenzie que se casara conmigo, pero lo último que quería era meterle prisa.

¿Y si decía que no? O que no estaba preparada. No me creía capaz de soportarlo. Sí. De acuerdo. Lo más probable era que aceptara. Pero ¿y si no lo hacía? Yo no era la clase de hombre que se lanzaba de cabeza a nada. Pero, con Kenzie, todo era diferente. La necesitaba unida a mí de todas las formas que yo pudiera disponer.

La quería. La necesitaba. Y ya no lograba imaginar la vida sin ella. Una parte jodida, primitiva y posesiva de mí necesitaba que fuera mía en todos los sentidos. El problema era que yo dudaba que incluso el matrimonio pudiera calmar mi instinto protector.

Le habían dado caza como a un animal antes de ser adulta siquiera. Quizás debería dejarla tener su libertad. O... quizás no.

—¡Joder! Soy patético —me susurré irritado mientras buscaba a mi chica.

Kenzie solía despertarse antes que yo y casi siempre estaba en la cocina.

—¡Lo voy a hacer hoy, maldita sea! —Dije por lo bajo ferozmente.

No iba a poder esperar más. Me reuní con Theo en la cocina.

—¿Dónde está Kenzie? —Pregunté.

Él hizo un gesto hacia las puertas francesas.

—Llevó a Suerte a pasear. Hay café hecho. Me pongo el mío para llevar. Tengo trabajo que hacer.

Theo agarró su taza de viaje que supuse estaba llena, se dirigió a la puerta principal y salió.

Yo llené una taza y fui a las puertas francesas a buscar a Kenzie. No estaba acostumbrado a que la casa estuviera tan silenciosa. Kenzie había cambiado mi hogar y mi vida. Por lo general, estaba viva con su energía y yo no quería que volviera a estar en silencio.

Había pasado demasiado tiempo de mi vida solo y nunca me había acostumbrado realmente. Tal vez me decía que estaba conforme, pero no lo estaba. Creo que siempre había estado esperándola a ella.

—Se casará conmigo —farfullé mientras me dirigía a la playa. Si no estaba preparada, yo esperaré. Demonios, no había límite de tiempo para convencerla. Solo sabía que ya no sobreviviría sin ella.

Me detuve en la arena blanca, tapándome los ojos mientras echaba un vistazo a la playa a lo largo de la costa de la isla. Ni rastro de Kenzie. Lógicamente, sabía que no había ido muy lejos. Estábamos en una maldita isla. ¿Dónde podría ir?

Aun así, se me aceleró el corazón y se me disparó la adrenalina mientras la buscaba.

Debido a su pasado y a lo que sentía por ella, yo siempre iba a preocuparme cuando no consiguiera encontrarla. Perderla era mi puñetera pesadilla.

Escuché el sonido distante de un perro ladrando sobre el sonido de las pequeñas olas que golpeaban la orilla. Estaba tranquilo y en realidad no había oleaje aquella mañana.

Corrí por la arena, deteniéndome repentinamente cuando por fin vi a Kenzie, y mi cuerpo se tensó al divisarla en el agua.

—No nada muy bien todavía. ¿Qué demonios está haciendo?

Habíamos estado trabajando poco a poco en su capacidad para mantenerse a flote, pero todavía no era una buena nadadora. Eso llevaría más tiempo.

Suerte tenía las patas en el agua, pero ni siquiera intentó seguir a Kenzie a aguas más profundas. La perrita ladraba sin parar, intentando convencerla de que volviera.

—Perra lista —musité yo.

Me quité los pantalones rápidamente y los arrojé sobre la ropa de Kenzie. No me había molestado con ninguna otra prenda, así que estaba desnudo cuando me metí en el agua.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunté tomándola del brazo mientras me acercaba.

Ella se sobresaltó visiblemente antes de girarse para mirarme.

¡Dios! Odiaba cuando veía miedo en su expresión, pero estaba enfadado porque se había aventurado al agua sin mí. A veces había fuertes corrientes a lo largo de la isla y, dada su condición de nadadora novata, me asustó muchísimo verla sola.

—Estoy bien —dijo erizada—. El agua está en calma y no es lo suficientemente profunda como para tener que nadar.

—Hay un desnivel unos pocos metros más adelante. —Estaba enojado, pero mi ira la provocaba el miedo.

A ella se le cayó la cara.

—No lo sabía. Parecía lo bastante seguro.

Probablemente habría estado a salvo. Aunque hubiera salido del banco de arena, podría haber nadado fácilmente hacia donde era poco profunda, pero no se podía razonar conmigo cuando me enfadaba.

—Sal del agua —exigí, soltándole el brazo para que pudiera caminar de regreso a la orilla.

—Estás aquí ahora —razonó ella.

—Sal.

Durante un instante, parecía que no iba a moverse, pero luego se volvió hacia la orilla y volvió a la arena. Yo la seguí de cerca, mi temperamento apenas contenido.

Ella tomó su camiseta y se dejó caer sobre la prenda seca.

—Estoy bien. Ya puedes irte —resopló.

Ni hablar. No me iría hasta que ella entendiera que no podía hacer nada que pudiera poner su vida en peligro. Yo extendí mis pantalones y me senté a su lado.

—No me iré hasta que tú lo hagas.

Suerte hizo cabriolas durante unos instantes antes de terminar escabulléndose a la sombra para echar una siesta.

—No necesito guardián —respondió ella en tono brusco.

—Es una lástima. Ya tienes uno de todos modos. No puedo dejarte sola ni un minuto sin que intentes matarte.

—¿Por eso estás enfadado? —Preguntó en voz baja—. ¿Creías que iba a morir? Dane, eso no es razonable. Estaba perfectamente a salvo.

—¡Y una mierda! Todavía no sabes nadar bien. Una mala corriente, un paso en falso y fácilmente podría arrastrarte el agua. ¡Maldita sea! ¿No entiendes que, si te pasara algo, nunca sobreviviría, Kenzie? Ahora eres toda mi vida. No habrá un *yo* sin ti.

Tal vez yo era patético, pero esa era la verdad. Los ojos de Kenzie se llenaron de lágrimas mientras me miraba durante un minuto antes de columpiar su cuerpo sobre el mío, sentada a horcajadas sobre mí.

Me dije que no me dejara influenciar por su precioso cuerpo desnudo sobre el mío, pero empezaba a fracasar miserablemente.

Todo lo que tenía que hacer era sentir su suave piel tocando la mía o captar un indicio de su aroma seductor y estaba frito.

—Gracias por preocuparte por mí —me dijo al oído—. Pero no puedes darme órdenes como un sargento de instrucción. No me gusta.

«¿He sido tan malo?», me pregunté.

—Tenía miedo —reconocí.

Ella me apartó el pelo mojado de la cara.

—Lo entiendo. Pero el riesgo era mínimo y hace calor esta mañana. Todo lo que quería hacer era humedecerme un poco.

—Yo puedo humedecerte —carraspeé, pensando mal en cuanto habló de humedecerse.

Ella se ríe, un sonido musical y alegre que me hinchó el corazón en el pecho.

Kenzie no había tenido muchos motivos para reír en la vida y me encantaba cuando lo hacía. Ocurría cada vez más a menudo y las sombras en sus ojos se estaban desvaneciendo lentamente.

—No hay duda de que puedes humedecerme mucho —dijo ella en tono seductor.

Yo la miré a los ojos, el corazón latiéndome con fuerza al ver el amor que necesitaba ahí mismo, en su cara.

«¡Santo Dios!», pensé. Al instante supe que estaba perdido.



CAPÍTULO 45

Kenzie

Me sentí dolida cuando Dane me gritó, dándome órdenes como si yo le perteneciera. Pero eso se desvaneció cuando vi el miedo en su mirada.

«No está enfadado. Está asustado. Y tiene miedo por mí», pensé. Haría que se le pasara el enfado y que me hablase de qué lo perturbaba. Aunque yo no era la clase de mujer que aguantaba órdenes de nadie, podía lidiar con el miedo de Dane. Estuvo a punto de hacerme llorar que se preocupara tanto.

—No estás enfadado —le dije—. Pero tu preocupación se está mostrando como ira. Y eso me duele.

—¡Joder! Tienes razón —dijo—. Pero no soporto la idea de que nada ni nadie pueda volver a hacerte daño nunca. Lo siento —dijo en tono arrepentido—. No quiero controlarte, Kenzie. Solo quiero que estés a salvo. Me siento tan posesivo que ni yo mismo me soporto.

Yo apoyé las manos sobre sus hombros y lo miré.

—Creo que yo podré aguantarlo. Quizás me gusta la forma en que quieres protegerme.

—¿Sí? —preguntó.

Yo asentí.

—Es *sexy*.

—Me alegro de que lo pienses, porque no parezco capaz de controlarla. Me he convertido en uno de esos tipos celosos y obsesivos de los que solía reírme, como mis hermanos. Nunca comprendí cómo podían volverse tan locos por una mujer.

Yo sonreí.

—¿Pero ahora lo comprendes?

—El karma es un cabrón.

—Te quiero, Dane. No quiero irme a ningún sitio ni deseo a nadie más.

—Sí. A veces me cuesta creerlo.

—Pues créetelo.

—Podrías encontrar a alguien mejor, pero no pienso darte esa oportunidad.

Yo sofoqué una carcajada.

—¿De verdad? ¿Podría encontrar a alguien mejor que el chico más guapo del mundo que tiene un talento exagerado? Un multimillonario que además resulta ser bueno y maravilloso. Perdona si no me lo creo. No hay mejor hombre. Y da la casualidad de que estoy locamente enamorada de ti.

Dane nunca se había dado cuenta de su valía, que no tenía nada que ver con el dinero ni con su pintura. Él me veía. Siempre lo había hecho. Era bueno y generoso. Era amable y protector. Todas esas razones hacían que lo quisiera. Estrechó el abrazo en torno a mi cintura.

—Entonces no pienso intentar convencerte de lo contrario.

—Bien —dije inclinándome hacia abajo y besándolo, intentando mostrarle cuánto lo necesitaba.

Dane se había convertido en parte de mi alma, en parte de la fibra de mi ser. No tenía ni idea de cómo lo había encontrado, pero lo necesitaba tan desesperadamente que me dolía el corazón. Nuestras bocas no se separaron cuando él me hizo rodar sobre mi espalda, tomando posesión de mi cuerpo tembloroso bajo el suyo.

Yo jadeé cuando soltó mis labios y encontró la piel sensible de mi cuello.

—Sí —lo alenté—. Por favor.

—Cielo, no tienes que suplicar —dijo contra mi piel.

—¿Te excita? —Pregunté con voz trémula.

—Sí, claro —gruñó.

—Entonces no me importa suplicar. No contigo.

—No puede haber nadie más, Kenzie. Nunca.

Cuando su boca se deslizó hasta mi seno, dije con voz áspera:

—Nunca.

Nunca habría otro Dane. Nunca volvería a sentirme así, de modo que atesoré lo que teníamos. Toda idea de conversar se disipó cuando sus dientes se aferraron a un pezón duro, enviando un destello de sensaciones por mi cuerpo. Cuando sus dedos jugaron con el otro, yo me desaté. Así era con Dane. Todo lo que hacía falta era un roce para volverme loca. Mi sexo se inundó de deseo en cuanto sus dedos trazaron un sendero por mi vientre hasta por fin encontrar lo que buscaban.

Nuestros cuerpos estaban prácticamente secos, así que la arena había empezado a desprenderse de mi cuerpo hasta que la noté cálida bajo el mismo en lugar de pegándose a mi piel.

—Ah, Dios. Dane —gemí, necesitada de más.

Sus dedos encontraron mi clítoris. Él me provocaba en lugar de satisfacerme.

—Jódeme, Dane. No quiero esperar esta vez —supliqué.

Nunca había tardado en hacerme entrar en un frenesí. Pero ahora no podía soportarlo. Aquel día, no. Ambos nos necesitábamos tan desesperadamente que yo solo quería que me hiciera llegar al orgasmo. Y lo quería dentro de mí cuando lo hiciera.

Lo que sentíamos era primitivo y crudo, y eso era lo que yo ansiaba.

—¿Qué quieres, cielo? —preguntó con voz ronca.

—¡A ti! —exclamé—. Solo te quiero a ti.

—Siempre me has tenido —gruñó él mientras cubría mi cuerpo con el suyo. Sentí cada centímetro de su miembro duro presionándome el vientre.

—Lo quiero todo —gemí.

—Lo tienes —dijo él toscamente con la puntita presionándome el sexo.

No hubo vacilación. Dane me penetró con una poderosa embestida. Yo le rodeé las caderas con las piernas, pidiéndole sin palabras que me jodiera lo más duro que pudiera.

—¡Dios! Qué rica —dijo saliendo y volviendo a entrar—. Pero necesito más.

Se retiró, haciéndome gemir por la agonía de perder su miembro dentro de mi cuerpo. Pero yo jadeaba cuando él me impulsó a ponerme a cuatro patas.

Quitó la arena que se aferraba a mi trasero sensualmente antes de agarrar mis caderas.

—¿Estás bien? —Preguntó.

—Sí. Hazlo —exigí, ansiosa por sentirlo tomándome.

Estar con él de esa manera provocó algún tipo de locura que no podía explicar. Lo único que sabía era que nada era más importante que joder con él. Nunca lo habíamos hecho en esa postura y, sin embargo, coincidía con la forma desesperada en que necesitaba tenerlo.

Solté un gritito cuando se enterró de nuevo hasta las pelotas, su fuerte agarre sobre mis caderas casi doloroso. Me penetró tan profundamente que satisfizo la feroz necesidad que dominaba todo mi cuerpo.

—Te quiero —jadeé—. Te quiero mucho.

Él se retiró y me penetró con una fuerza aún mayor.

—Yo también te quiero, cielo. Probablemente, demasiado.

Quería decirle que nunca podría amarme demasiado. Ansiaba su ferocidad y adoraba su instinto protector. Tal vez fuera un poco exagerado a veces, pero yo lo entendía. Sentía lo mismo.

Mi cabeza cayó cuando él chocó contra mí. Una y otra vez. Cada vez más fuerte a medida que yo lo alentaba. Al agarrar mi pelo y levantarme la cabeza, yo grité su nombre cuando mi cuerpo empezó a desatarse.

El deseo se disparó en mi vientre y fue directo a mi vagina. Ni siquiera me estremecí cuando su pulgar se deslizó toscamente sobre mi trasero, sondeando mi ano.

—Esto también será mío algún día —insistió con voz ronca llena de codicia.

Yo nunca había tenido sexo anal, pero me imaginaba dándole cualquier cosa a Dane. Él haría que fuera placentero. Siempre lo hacía.

—¡Sí! —consentí con un gemido torturado.

Cuando su dedo sondeó aquella zona no probada, mi clímax no solo dio comienzo, sino que vino a mí a una velocidad que no pude controlar.

—Eres mía, cielo. Nunca te dejaré marchar —dijo él con un gemido.

Ni que yo fuera a querer que lo hiciera. Lo único que quería era a Dane.

—¡No lo hagas! —Exclamé—. No me dejes nunca.

—No voy a ninguna parte.

Cuando aquella mano errante se desplazó a mi vientre y descendió a mi clítoris, exploté. Estaba sacudiendo mi cuerpo con sensaciones y no pude contenerme.

Los músculos en mi vagina se contrajeron y se relajaron con espasmos casi atroces, llevando a Dane a un desahogo acalorado.

Yo me derrumbé y él descendió a mi lado mientras su mano buscaba la mía hasta dar con ella. Permanecimos así, las manos entrelazadas, mientras nuestra respiración entrecortada se recuperaba lentamente.

—¿Qué he hecho en mi vida para merecerte? —preguntó con voz ronca.

Yo suspiré.

—Estaba preguntándome lo mismo.

Dane soltó mi mano y se sentó, antes de tomar mis manos para incorporarme junto a él.

—No estaba pensando hacer esto ahora mismo, pero no puedo esperar. —Me soltó para buscar algo en el bolsillo de sus pantalones.

Mi ritmo cardíaco, prácticamente de vuelta a la normalidad, volvió a aumentar en cuanto vi el diminuto estuche en su mano. Dane levantó la tapa y lo colocó directamente frente a mí.

—Cásate conmigo, Kenzie. No puedo pasar ni un minuto más sin hacerte mía oficialmente.

Yo me tapé la boca con la mano cuando se me escapó un sollozo.

—Dane, ¿estás seguro?

Era evidente que hablaba en serio, la expresión de su rostro esperanzada.

—Más seguro de lo que he estado en toda mi vida. Sé que no soy ningún príncipe azul, Kenzie, pero te necesito muchísimo.

El enorme diamante centelleó al sol. Era lo más bonito que había visto en toda mi vida. Yo sacudí la cabeza.

—Eso no es verdad. Eres mi príncipe azul —dije entre sollozos.

El corazón me latía desbocado mientras asimilaba el momento. El hombre al que quería más que a nada en el mundo quería casarse conmigo.

—Ser tuyo es lo único que importa —explicó—. Sácame de esta agonía. Cásate conmigo. Nunca seré perfecto, pero puedo prometerte que siempre te querré.

Yo podía prometerle lo mismo.

—Sí. Sí. Sí.

—Gracias, joder —respondió en tono de alivio mientras tomaba mi mano. El solitario encajaba perfectamente.

—¿Cómo supiste mi talla de anillo? —pregunté con lágrimas cayéndome por las mejillas.

—Puede que Paige me ayudara un poco —respondió él.

Me abalancé a su cuello y lo lancé de espaldas.

—Te quiero muchísimo.

Él me abrazó fuertemente.

—Yo también te quiero, Kenzie. Siempre te querré. No hay nadie más que tú para mí.

Nos quedamos allí un rato, absortos en la sensación de paz que nos invadió ahora que estábamos comprometidos con hacernos felices el uno al otro durante el resto de nuestras vidas.

Sinceramente, yo no lograba entender cómo una mujer como yo había cautivado a un chico como Dane, pero no iba a cuestionar mi sino. Estaba demasiado feliz por ello como para seguir preguntándome por mi destino.

El sol empezaba a dar calor para cuando Dane me levantó de la arena y me llevó de vuelta al interior. Suerte nos siguió, ladrando juguetona mientras corría detrás nuestro; por lo visto, aprobaba que acabásemos de sellar nuestro amor. Durante las maravillosas semanas siguientes, hicimos muy poco excepto celebrar nuestro compromiso. Para cuando nos casamos en Las Vegas, nuestra unión era tan fuerte que nada ni nadie nos separaría nunca. Yo agradecía cada día que pasaba con el hombre que amaba. Y saber que teníamos toda una vida juntos por delante era el regalo más grande que había recibido nunca.

Los dos éramos más fuertes juntos y el miedo que siempre me había acompañado terminó disipándose. Resultaba extraño lo que el intenso y absolutamente invencible poder del amor era capaz de hacer para reparar el daño emocional que llevaba acumulándose toda una vida.



EPÍLOGO

Kenzie

MESES DESPUÉS, DURANTE LAS FIESTAS...

—¿Qué estamos haciendo aquí? —le pregunté a Dane con curiosidad, no muy segura de querer salir del coche caldeado en el que viajábamos. Él se encogió de hombros y abrió la puerta.

—Es Navidad. Tengo un regalo para ti.

Como si no tuviera ya bastantes regalos. Entre Dane, Paige, Eva, Trace y Sebastian, había recibido más regalos aquella Navidad que en toda mi vida. Me encantaba Denver y eran unas Navidades muy bonitas. La única pega era el frío. Dane y yo estábamos acostumbrados a nuestra isla tropical, así que yo estaba casi segura de que me había vuelto más friolera, pero era agradable volver a ver un invierno de verdad.

Llevábamos tres semanas allí, pasando tiempo con su familia. Había sido tan maravilloso tener familia cerca que no quería marcharme. Paige y Eva me metieron en su círculo mucho antes de que llegáramos a Denver. Los hermanos de Dane y sus esposas eran visitas frecuentes en Cayo Walker, así que nos habíamos conocido bastante bien. Cuando se acercaron las fiestas, mi marido no dudó en tomar su avión privado a Denver.

Yo tenía la certeza de que la mayor parte de sus inseguridades sobre su aspecto se habían esfumado. Habíamos viajado juntos por el mundo después de casarnos, viendo lugares que yo solo había soñado con visitar.

—Lo último que necesito es otro regalo —le dije en tono jocosos mientras salía del auto.

Dane me esperó en el lado del copiloto y tomó mi mano con firmeza cuando cerré la puerta.

—Este lo necesitas —dijo misteriosamente.

Pisé la nieve con fuerza con él y me sorprendí cuando él abrió la puerta del enorme edificio con un código. Saludó al portero radiante y el señor mayor le devolvió el saludo. Después de entrar en el ascensor, le pregunté:

—En serio. ¿Dónde vamos?

Él puso dos dedos sobre mis labios.

—Nada de preguntas hasta que lo veas.

Bueno. Vale. Quizás podría resolverlo por mí misma. Era un edificio de lujo, así que, obviamente, tenía un amigo rico que era dueño de una residencia en el rascacielos.

¿Pero qué demonios guardaba aquí?

Antes de que pudiera seguir rompiéndome la cabeza, el ascensor se detuvo. Mis ojos se dirigieron a la pantalla y vi que estábamos en el ático. Tirando de mí para hacerme salir del ascensor, Dane buscó en su bolsillo mientras caminábamos.

—Toma —dijo entregándome una llave cuando nos detuvimos frente a una puerta.

Yo la tomé.

—¿Qué es esto?

—La llave de nuestra nueva casa.

Yo me quedé sin palabras. ¿Teníamos una casa nueva en Denver? Abrí la puerta rápidamente y entramos, pero yo no llegué muy lejos sin percatarme de que la casa la había decorado un profesional con un bonito estilo contemporáneo.

—Esto es precioso —dije sin aliento—. ¿De verdad es nuestra?

—Toda nuestra —confirmó—. Probablemente debería haberlo consultado contigo, pero quería darte una sorpresa. Si no te gusta, la venderemos y nos mudaremos.

—¿Y qué pasa con Cayo Walker?

—Nos lo quedamos. Siempre me gustará pasar tiempo allí, pero ya no necesito la isla, Kenzie. Sé que quieres ir a la universidad y esta casa tiene un estudio con una luz increíble. Yo puedo trabajar aquí y tú también.

Entré en el ático como en una nube, aún aferrada a la mano de Dane.

«Ya no necesito la isla». Aquellas palabras eran su forma de decirme que ya no quería esconderse, que finalmente creía en sí mismo. Sus acciones hablaban por sí solas y aquella casa era más que otro hogar. Era el lugar donde él podría estar más cerca de su familia y yo podría estar más cerca de Paige y Eva.

Permanecí en silencio mientras recorríamos la enorme mansión en el ático con vistas alucinantes. No había contado los dormitorios, pero creía que había visto seis o siete. La cocina profesional era increíble y la casa tenía una piscina cubierta y un spa, un gimnasio, un enorme estudio donde Dane y yo podíamos trabajar, una sala de cine y una habitación principal de escándalo.

—¿Te gusta? —preguntó Dane cuando volvimos a la cocina.

—Me encanta —le dije sinceramente—. Es muy íntima, pero estamos en el centro de la ciudad.

—Solo estaremos a unos minutos de las casas de mis hermanos.

Yo asentí.

—Lo sé. Sería muy agradable tener familia cerca.

Pensé en todas las cosas que me gustaría hacer, como ir a la universidad, y en todas aquellas que ahora eran posibles. Dane acababa de poner el mundo entero a mis pies.

Alzando la mirada hacia él, pregunté.

—¿De verdad es esto lo que quieres?

—Sí —respondió él.

—¿No extrañarás la isla? —Pregunté. No quería que se arrepintiera de dejar aquello para volver a vivir en la ciudad.

—No la echaré de menos. Seguiremos pasando tiempo allí. Pero creo que ya es hora de que ambos volvamos a unirnos a la civilización. Yo crecí en Dallas. Tú creciste en Boston. Denver es una solución intermedia.

Ambos habíamos crecido en la ciudad, así que no era como si no supiéramos sobrevivir allí.

—Entonces me encantaría vivir aquí —le dije sinceramente.

De vez en cuando había echado de menos las comodidades de la ciudad: ir de compras, a restaurantes, a otros perros para Suerte, ir al cine y todas las otras cosas que no se podían hacer sin más gente alrededor.

Sobre todo, había extrañado estar cerca de mis amigas. Habría renunciado a todo ello para siempre encantada si Dane no pudiera tolerar la ciudad, pero estaba eufórica por no tener que hacerlo.

—No creo que sea posible no ser feliz siempre que te tenga a ti —dijo Dane con voz ronca.

Cuando me arrojé en sus brazos, él estaba preparado. Tomó mi cuerpo abrigado, con la ropa de invierno y todo, y me atrajo contra él.

—Te quiero mucho. Simplemente no quiero que renuncies a algo que te encanta por mí —dije con voz llorosa.

—Te quiero más que a nada. Y la isla era algo que solía necesitar, pero ya no la necesito. A veces, era una prisión. Ahora puedo disfrutarla ocasionalmente.

Tal vez tenía que recordar que, una vez, Dane se había sentido atrapado e increíblemente solo allí.

—Ya no estás solo.

Él asintió.

—Lo sé. Por eso no importa dónde viva. Y sería agradable estar cerca de Trace y Sebastian. Me he perdido mucho de sus vidas.

—¿Lo saben?

—Lo saben. Ambos están contentos de que todos estemos en la misma ciudad.

Yo estaba segura de que los hermanos de Dane se alegraban de volver a traer a su hermano pequeño al redil. ¿Y yo? Yo estaba feliz por tener una familia. No era algo que hubiera tenido nunca, pero lo había anhelado.

—Gracias —dije sencillamente.

—¿Por qué?

—Por darme dos hogares y una familia, y por ser el mejor marido que pudiera pedir cualquier mujer.

Dane seguía siendo posesivo y bastante celoso a veces, pero no era nada con lo que yo no pudiera lidiar. Aparte de eso, era el esposo más detallista y amante del mundo.

Él me sonrió.

—Técnicamente, tenemos muchas más casas. Simplemente nunca voy a visitarlas.

—Todas esas son básicamente inversiones. Pero esto y la isla siempre serán hogares.

—Seguiré intentando hacerte más feliz —me advirtió.

—No puedo ser más feliz que ahora mismo.

—Ya lo veremos —dijo—. ¿Deberíamos estrenar la nueva casa?

A juzgar por la picardía en sus ojos, entendí exactamente a qué se refería. Lo golpeé en el hombro con un gesto juguetón.

—Tenemos que estar en casa de Trace para la cena de Nochebuena muy pronto.

—Le llamaré y le diré que llegamos un poco tarde —bromeó.

—No puedes hacer eso —dije con firmeza—. Me moriré de vergüenza porque todos sabrán perfectamente por qué llegamos tarde.

—Creo que todos saben que no puedo mantener las manos quietas con mi mujer.

—Razón por la que no podemos llegar tarde precisamente.

Estaba diciendo que no, pero mi cuerpo quería desesperadamente llegar tarde a cenar.

—Mentiré —se ofreció—. Diré que se nos ha pinchado una rueda.

Me quitó el gorro de lana de la cabeza y enterró las manos en mi cabello.

—No podemos —gemí mientras Dane me desabrochaba el abrigo cálido.

—Podemos —me contradijo.

Yo bajé la cremallera de su abrigo para poder sentir su cuerpo duro como una roca bajo los dedos. Era una buena sensación. Absolutamente increíble.

—Tal vez uno rapidito —cedí.

Su boca descendió sobre la mía y yo rodeé su cuello con los brazos para que pudiera saquear todo lo que quisiera. Mi mano se ensartó en su cabello y supe que no me marcharía de allí hasta que mi cuerpo encontrara la satisfacción.

Dane levantó la boca y bajó la mirada hacia mí.

—No muy rápido.

Cuando su lengua empezó a recorrer el sensible lóbulo de mi oreja, de pronto no me importó si llegábamos un poco tarde a casa de Trace y Eva.

—Tengo hambre —informé a Dane.

Su cara cambió a una de preocupación mientras respondía.

—Entonces deberíamos irnos. No deberías saltarte comidas.

—Te necesito a ti más que a la comida ahora mismo —dije en tono seductor, sin permitir que me alejara de él.

Debería haber mantenido la boca cerrada. Yo, más que nadie, sabía que Dane se ocuparía de mis necesidades básicas si creía que necesitaba algo.

—De acuerdo. Pero será uno rapidito. Tienes que cenar.

Me tomó en volandas y dejó caer mi trasero sobre la mesa de la cocina.

—Comeremos más tarde —le dije—. Ahora mismo, solo te quiero a ti.

No había competición posible entre joder con Dane o comer. Me quedaba con la primera opción, siempre.

—Te quiero, Kenzie —dijo Dane con voz ronca.

—Yo te quiero más —respondí.

Si tenía un último muro, ya se habría derrumbado. Dane había comprado esa casa para mí porque sabía que aún había cosas que quería lograr. Tal vez estuviera listo para dejar la isla, pero yo sabía perfectamente que no estaba pensando en sí mismo cuando decidió reubicarse.

—Seremos felices aquí, Kenzie —dijo con voz ronca, cargada de emoción.

—Sé que lo seremos.

Yo sería feliz en cualquier lugar con Dane, pero sabía que construiríamos grandes recuerdos en aquel hogar. Sabía que Eva y Paige querían tener hijos las dos, y a Dane también le gustaría tener una familia. Nuestros hijos y los de sus hermanos crecerían juntos allí, en Denver. Quizás no sucediera pronto, pero tarde o temprano todos estaríamos listos para tener hijos, y los nuestros tendrían primos con quienes jugar.

Empezamos a arrancarnos la ropa mutuamente, desesperados por estar piel contra piel.

—Te necesito —le dije enfebrecida.

—Yo, más —carraspeó.

Suspiré.

—He olvidado dónde estaba la habitación más cercana.

—No la necesitamos —farfulló él—. Estaba pensando en reclinarte sobre la mesa y...

—Tienes razón —lo interrumpí—. No necesitamos habitación. Aquella idea me gustaba mucho más que buscar una cama.

Al final, llegamos bastante tarde a cenar, pero lo que había sucedido antes fue demasiado bueno como para que Dane y yo nos arrepintiéramos. A veces volvía a preguntarme cómo era posible que una mujer pobre, llena de cicatrices, dañada e imperfecta hubiera terminado casada con un tipo como Dane.

«Tengo familia. Tengo un marido que me quiere. Y ya no tengo que guardarme las espaldas, siempre preparada para huir». Mis cicatrices nunca desaparecerían por completo, pero no importaba. El daño a mi psique estaba sanando y yo necesitaba eso más que un rostro perfecto.

Lo único que había tenido que hacer era seguir intentándolo. Lo conseguí y todos mis años de huida habían servido un objetivo. Estaba intentando llegar hasta Dane. Mi marido también se consideraba dañado. Pero yo nunca lo vería de ese modo, al igual que él no veía mis cicatrices. Nos reconocíamos mutuamente con nuestros corazones en lugar de con los ojos. Cuando nos mirábamos, lo único que veíamos y sentíamos era amor.

~ *Fin* ~

Sigue leyendo para ver una muestra de la historia de Jett Lawson, el hermano de Dani, de la serie *La Obsesión del Multimillonario: Multimillonario Rechazado ~ Jett*



PRÓLOGO

Jett

HACE MÁS DE DOS AÑOS...

—¡No puedo creer que me hayas hecho esto! —Me gritó mi prometida—. No puedo casarme contigo así. Ni siquiera puedo mirarte, mucho menos tener sexo contigo. Estás... desfigurado.

Lisette estaba prácticamente púrpura cuando se alejó de mi cama del hospital, una imperfección que yo sabía que odiaría si supiera que su cara estaba de ese color.

Sus palabras me tocaron la fibra sensible, pero me dolía, y no era mi corazón lo que me estaba causando un dolor insoportable. Era mi cuerpo y pierna en mal estado lo que me causaba tanta agonía que deseé que pudieran poner fin a mi maldita miseria.

—No puedo tener esta discusión contigo ahora mismo, Lisette —le dije apretando la mandíbula.

—No hay nada que discutir. No puedo casarme con un hombre que nunca podrá ir a eventos sociales y bailar conmigo. En lugar de tenerme envidia, mis amigas sentirán lástima de mí porque estoy casada con un discapacitado. No soporto ser compadecida. Sabes que quiero ser admirada. Me lo merezco —dijo ella con un pequeño resoplido de disgusto.

«¡Dios! ¿Cómo no me había dado cuenta de lo superficial que era mi prometida ni de lo mezquina que era? Probablemente porque no he tenido mucho tiempo para otra cosa que no fuera el trabajo», pensé.

Lisette y yo nos reuníamos para tener sexo y acudir a fiestas. En general, yo quería el sexo, así que la llevaba donde ella quisiera ir.

Ella no me había exigido nada más que eso y yo no había necesitado nada más. Por supuesto, habíamos hablado acerca de fijar una fecha para nuestra boda, pero Lisette estaba muy contenta con el caro diamante que le había puesto en el dedo y la fecha no nos había parecido tan

importante a ninguno de los dos. Yo estaba empezando a pensar que ella amaba la idea del anillo caro más de lo que quería casarse conmigo. Quizás la demora había sido una bendición, ya que ella estaba rompiendo conmigo mientras yo aún intentaba recuperarme de mi última cirugía.

Según mis dos hermanos, ella no había podido venir a verme antes porque no podía tolerar ver gente enferma. Pero había venido corriendo hasta aquí en cuanto recobré la consciencia para romper nuestro compromiso.

«Bueno. Sí. Puede que supiera que ella no era exactamente una intelectual», reconocí, pero me pregunté por qué nunca me había dado cuenta de lo narcisista que era. «Tal vez porque nunca había hecho algo que ella no aprobara antes», reflexioné.

Nunca le había hablado a Lisette de la ORP, la organización de voluntarios dirigida por mi mejor amigo, Marcus Colter, para rescatar a víctimas secuestradas y a prisioneros políticos en países hostiles.

Tal vez el hecho de que nunca hubiera confiado lo bastante en ella como para hablarle de la ORP debería haber sido una gran señal de alerta, pero me dije que ella no necesitaba saberlo y que la ORP era un grupo secreto. El equipo había mantenido una actitud discreta.

Francamente, yo sabía que a ella no le importaba un comino, pero nunca lo había reconocido para mis adentros. Es curioso lo que estar a punto de morir puede hacerle a un chico. Estaba pensando en toda clase de mierdas en las que nunca lo había hecho.

Por extraño que parezca, Lisette ni siquiera me había preguntado nunca cómo había terminado en un accidente de helicóptero en un país extranjero. Evidentemente, lo único que importaba era cómo la afectaban mis lesiones.

—Supongo que debería devolver el anillo —dijo en un tono más amable.

—Como dije, podemos discutirlo más tarde.

—Quiero que esto termine —dijo—. No quiero casarme contigo.

Sí, yo ya había captado ese punto, pero todavía no podía decir que sus palabras no dolieran. Estaba en una posición bastante vulnerable y el hecho de que mi prometida no pudiera soportar estar conmigo era una amarga píldora que tragar en ese preciso momento.

Tenía mal aspecto. Lo sabía. Cuando nuestro helicóptero cayó, yo estaba en el lado que golpeó el suelo y todo mi cuerpo se hizo pedazos de un extremo al otro. Mi pierna quedó destrozada y los médicos todavía estaban intentando recomponerla.

—Quédate el anillo —dije con voz áspera. Lo único que quería en ese momento era sufrir en silencio sin su voz estridente e irritante lamentándose de cómo yo lo había arruinado todo para ella.

Sinceramente, desde que estuve en el accidente, no había pensado realmente en cómo iban a afectar mis lesiones al resto de mi vida. Demonios, solo había estado intentando sobrevivir a la jornada.

Había estado impaciente por ver a mi prometida finalmente, esperando que ella me hiciera recordar cuánto tenía por lo que vivir y que tenía un futuro por delante que anhelar deseoso. Pero me había equivocado. En ese preciso instante, haría cualquier cosa para deshacerme de ella.

—Creo que me debes el diamante después de todo lo que me has hecho sufrir —caviló.

—Además de resultar herido, ¿se puede saber qué te he hecho? Te compré todo lo que querías, exactamente cuando lo querías. Te envié de vacaciones caras con todas tus amigas. ¿Qué más querías?

No mencioné que me había gastado una pequeña fortuna en su colección de joyas y en el caro deportivo que le había comprado. Con Lisette, siempre se trataba de cosas materiales, pero como yo podía permitirme lo que ella quisiera, no había visto ninguna razón para negarle nada.

—Quería que siguieras siendo uno de los solteros más atractivos, ricos y codiciados del mundo para que todas me envidiaran —dijo con un mohín.

—Joder, siento muchísimo haberte decepcionado —respondí con sarcasmo frío.

Lo único que quería era que saliera de mi habitación de una puñetera vez.

—Adiós, Jett —dijo en tono dramático mientras salía por la puerta.

—Que te vaya bonito, perra —dije en voz alta después de que se hubiera ido.

Miré el reloj y me di cuenta de que faltaba otra hora antes de poder tomar algo para el dolor. Parecía que toda mi puñetera vida giraba en torno al horario de mi medicación. Intenté relajarme, pero todo mi cuerpo estaba tenso por el dolor y el enfado. Y es posible que también hubiera algún dolor, en alguna parte.

La mujer a la que creía amar y con la que iba a pasar el resto de mi vida acababa de dejarme porque iba a estar cubierto de cicatrices y, sinceramente, mis días de baile habían terminado. Pero yo ni siquiera había pensado en ninguna de esas cosas porque había estado intentando superar otro día mirando las cuatro paredes que empezaban a hacerme sentir encerrado. Pero los crueles comentarios de Lisette estaban obligándome a pensar en mi futuro y no tenía tan buena pinta como antes del accidente de helicóptero.

«Nada volverá a ser lo mismo. Quizás pueda volver a caminar, pero mi vida diaria será diferente», pensé. Sabía que, si los roles se invirtieran, yo nunca me habría alejado de Lisette. Tal vez fuera una especie de idiota en algunos aspectos, pero eso requería una crueldad en su interior cuya existencia yo desconocía.

—¿Qué demonios me pasó? —Gruñí.

¿Cuándo había estado bien con alguien como Lisette y mucho menos comprometido con ella? Había crecido más rico que la mayoría de las personas del mundo, pero mis padres fallecidos nos habían criado a todos y cada uno de sus hijos para que fuéramos individuos decentes. Mi madre y mi padre nunca habían antepuesto el dinero y el éxito a la moral y los valores.

Me pregunté qué más había estado ignorando mientras estaba ocupado en desarrollar una de las compañías tecnológicas más grandes del mundo con mis hermanos Mason y Carter.

De alguna manera, si alguna vez salía de aquel maldito hospital y me libraba del dolor que desgarraba mi cuerpo herido, volvería a prestar atención a lo que ocurría en el mundo que me rodeaba. Y nunca me permitiría dejarme atrapar por una mujer sin sustancia porque estaba ocupado.

El compromiso había sido idea de Lisette y yo sentí que le debía el respeto de regalarle un anillo porque llevábamos más de un año saliendo. Parecía el desarrollo natural y yo no era reacio a casarme. Como nunca había visto su lado desagradable, pensé que seríamos felices juntos.

Ahora, dudaba de las decisiones que había tomado mientras mis hermanos y yo intentábamos enviar a nuestra empresa a la estratosfera. Tenía que preguntarme dónde demonios habían estado mi cerebro y mi corazón mientras trabajaba doce horas diarias en mi despacho. Habíamos conseguido nuestro objetivo, pero ¿a qué precio? Había estado a punto de casarme con una mujer sin corazón.

«Algún día encontraré a alguien a quien no le importe que mi cuerpo tenga una cantidad considerable de cicatrices y que no pueda bailar», me dije. El diagnóstico de mi pierna no era bueno. Necesitaría más cirugías e incluso después de que se hicieran, nunca tendría la misma movilidad que tenía antes del accidente.

En mi mundo, encontrar a una mujer que aceptara mi apariencia y mis limitaciones era muy poco probable. Si lo hicieran, sería por el dinero. Como había nacido rico, sabía lo superficial

que podía ser mi mundo a veces. Tal vez esa fuera mi motivación para formar parte del equipo de Marcus. Quería marcar alguna diferencia en el mundo, y no donando dinero que fuera desgravable.

Ahora que había tenido mi epifanía, sabía que nunca seguiría el mismo camino que había seguido durante la mayor parte de mi vida adulta. La vida era finita y nadie lo sabía mejor que un tipo que había engañado a la muerte.

No tenía ni idea de si había una mujer que pudiera ver más que mi dinero cuando me mirase. Una mujer que pensara que las cicatrices y una pata coja no eran nada importante. Pero si me encontraba con ella en algún lugar, no la dejaría escapar. Le pediría que se casara conmigo en el acto. Si no la conocía, estaría mejor solo.



BIOGRAFÍA

J. S. Scott, “Jan”, es una autora superventas de novela romántica según *New York Times*, *USA Today*, y *Wall Street Journal*. Es una lectora ávida de todo tipo de libros y literatura, pero la literatura romántica siempre ha sido su género preferido. Jan escribe lo que le encanta leer, autora tanto de romances contemporáneos como paranormales. Casi siempre son novelas eróticas, generalmente incluyen un macho alfa y un final feliz; ¡parece incapaz de escribirlas de ninguna otra manera! Jan vive en las bonitas Montañas Rocosas con su esposo y sus dos pastores alemanes, muy mimados.

OTROS LIBROS DE J. S. SCOTT

Visita mi página de Amazon España y Estados Unidos, donde podrás conseguir todos mis libros traducidos hasta el momento.

Estados Unidos: <https://www.amazon.es/J.S.-Scott/e/B007YUACRA>

España: <https://www.amazon.es/J.S.-Scott/e/B007YUACRA>



Otros Libros de J. S. Scott

Serie La Obsesión del Multimillonario:

La Obsesión del Multimillonario ~ Simon (Libro 1)

La colección completa en estuche

Mía Por Esta Noche, Mía Por Ahora

Mía Para Siempre, Mía Por Completo

Corazón de Multimillonario ~ Sam (Libro 2)

La Salvación Del Multimillonario ~ Max (Libro 3)

El juego del multimillonario ~ Kade (Libro 4)

La Obsesión del Multimillonario ~ Travis (Libro 5)

Multimillonario Desenmascarado ~ Jason (Libro 6)

Multimillonario Indómito ~ Tate (Libro 7)

Multimillonaria Libre ~ Chloe (Libro 8)

Multimillonario Intrépido ~ Zane (Libro 9)

Multimillonario Desconocido ~ Blake (Libro 10)

Multimillonario Descubierta ~ Marcus (Libro 11)

Serie de Los Hermanos Walker:

¡DESAHOGO! ~ Trace (Libro 1)

¡VIVIDOR! ~ Sebastian (Libro 2)

¡DAÑADO! ~ Dane (Libro 3)

Próximamente:

Multimillonario Rechazado ~ Jett (Libro 12)